

Misioneros de la Luz

Por el Espiritu André Luiz

Francisco Cândido Xavier

La Vida en el Mundo Espiritual



FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER

Misioneros de la Luz

La Vida en el Mundo Espiritual

POR EL ESPÍRITU

ANDRÉ LUIZ



INSTITUTO DE DIFUSÃO ESPÍRITA

Av. Otto Barreto, 1067 - Caixa Postal 110

CEP 13602-970 - Araras - SP - Brasil

Fone (19) 3541-0077 - Fax (19) 3541-0966

C.G.C. (MF) 44.220.101/0001-43

Inscrição Estadual 182.010.405.118

IDE EDITORA É APENAS UM NOME FANTASIA UTILIZADO
PELO INSTITUTO DE DIFUSÃO ESPÍRITA,
O QUAL DETÉM OS DIREITOS AUTORAIS DESTA OBRA.

www.ide.org.br
info@ide.org.br
vendas@ide.org.br

ISBN 978-85-7341-374-8

Titulo del original en portugués:
MISSIONÁRIOS DA LUZ
Derechos de autor cedidos gratuitamente por la
Federación Espírita Brasileña

Traducción:

Alipio González Hernández

Revisión:

*Ana María García Asencio
Blanca Flor González Medina
Chelita Fontaina
Marina Navarro
Trinidad Blak*

Portada:

César França de Oliveira

Diagramación:

María Isabel Estéfano Rissi

© 2007, Instituto de Difusão Espírita

1ª edición – agosto/2007
10.000 ejemplares



MENSAJE FRATERNAL

Apartado Postal 22 28 Caracas 1010-A - Venezuela.
Calle 12 A, entre Calles 7 y 8, Quinta Mensaje Fraternal.
Urbanización Vista Alegre, Caracas, 1020, Venezuela.

Telfs. (58-212) 472 13 25 - 472 77 46 - 472 92 89.

www.mensajefraternal.org.br

mensajefraternal@telcel.net.ve

ÍNDICE

<i>Ante los tiempos nuevos</i>	9
1 - El psicógrafo	13
2 - La epíffisis	21
3 - Desarrollo mediúmnico	29
4 - Vampirismo	38
5 - Influencia	49
6 - La oración	62
7 - Socorro espiritual	71
8 - En el plano de los sueños	82
9 - Mediumnidad y fenómeno	96
10 - Materialización	109
11 - Intercesión	125
12 - Preparación de experiencias	156
13 - Reencarnación	181
14 - Protección	237
15 - Fracaso	252
16 - Incorporación	261
17 - Adoctrinamiento	279
18 - Obsesión	298
19 - Pases	320
20 - Adiós	342

ANTE LOS TIEMPOS NUEVOS

Mientras la Historia relata la intervención de hadas, refiriéndose a los genios tutelares, a los palacios ocultos y a las maravillas de la floresta desconocida, los niños escuchan atentos, estampando alegría e interés en el semblante feliz. Pero, cuando el narrador modifica la palabra, fijándola en las realidades educativas, se retrae la mente infantil, contrariada, cansada... No comprende la promesa de la vida futura, con sus trabajos y responsabilidades.

Los corazones, aún tiernos, aman el sueño, aguardan el heroísmo fácil, prefieren el menor esfuerzo, no entienden de inmediato la labor divina de la perfección eterna, y por eso, se apartan de la enseñanza real, sorprendidos, asustadizos. No obstante, la vida los espera con sus leyes inmutables y les revela la verdad, gradualmente, sin ruidos espectaculares, con la serenidad de madre.

Las páginas de André Luiz recuerdan esa imagen.

Mientras los Espíritus Sabios y Benévolos traen la visión celeste, ampliando el campo de las esperanzas humanas, todos los compañeros encarnados nos oyen, extáticos, venturosos. Es el

consuelo sublime, el aliento deseado. Se congregan los corazones para recibir los mensajes del cielo. Pero, si los emisarios del plano superior revelan algunos ángulos de la vida espiritual, hablándoles del trabajo, de la necesidad del propio esfuerzo, de la responsabilidad personal, de la lucha edificante, del estudio necesario, del auto-perfeccionamiento, no ocultan su desagradable impresión. Al contrario de las suposiciones de la primera hora, no vislumbran el cielo de las facilidades, ni la región de los favores, no divisan acontecimientos milagrosos, ni observan la reposada beatitud. En vez del paraíso próximo, se sienten en las cercanías de un taller incansable, donde el trabajador no se elevará por la mano besada por el proteccionismo, sino a costa de sí mismo, para que deba a su propia conciencia la victoria o la derrota. Perciben la ley imperecedera que establece el control de la vida, en nombre del Eterno, sin falsos juicios. Comprenden que las playas de belleza divina y los palacios encantados de la paz, esperan al Espíritu en otros continentes vibratorios del Universo, reconociendo, no obstante, que les compete sudar y luchar, esforzarse y perfeccionarse para poder alcanzarlos, braceando en el inmenso mar de las experiencias.

La mayoría se espanta e intenta retroceder. Pretenden, después de la muerte del cuerpo, un cielo fácil, que sea conquistado por meras afirmaciones doctrinales.

Sin embargo, nadie perturbará la ley divina; la verdad vencerá siempre y la vida eterna continuará enseñando lentamente, con paciencia maternal.

Al Espiritismo Cristiano le corresponde actualmente, en el mundo, la grandiosa y sublime tarea.

No basta definirlo con las características venerables de Consolador de la Humanidad, es preciso también revelar su condición de movimiento libertador de conciencias y de corazones.

La muerte física no es el final. Es un simple cambio de capítulo en el libro de la evolución y del perfeccionamiento. A su

influjo, nadie debe esperar soluciones finales y definitivas, cuando sabemos que cien años de actividad en el mundo representan una fracción relativamente corta de tiempo para cualquier edificación en la vida eterna.

Un infinito campo de servicio aguarda la dedicación de los trabajadores de la verdad y del bien. Gigantescos problemas desafían a los espíritus valerosos encarnados en la presente época, con la gloriosa misión de preparar la nueva era, contribuyendo a la restauración de la fe viva y para ampliación del entendimiento humano. Urge socorrer a la Religión, sepultada en los archivos teológicos de los templos de piedra, y amparar a la Ciencia, transformada en genio satánico de la destrucción.

La espiritualidad victoriosa recorre el mundo, regenerándole las fuentes morales, despertando al ser humano al cuadro realista de sus adquisiciones. Para el hombre del siglo XX, sin creencias, hay nuevas llamadas indicándole horizontes más vastos, que le demuestran que el Espíritu vive por encima de las civilizaciones que la guerra transforma o las consume en su voracidad de dragón multimilenario.

Ante los nuevos tiempos y considerando el esfuerzo grandioso de la renovación, se hace necesario el concurso de todos los servidores fieles a la verdad y al bien para que, antes de todo, cada uno viva la nueva fe, mejorándose y elevándose, camino hacia un mundo mejor, para que la edificación del Cristo prevalezca sobre las meras palabras de las ideologías brillantes.

En la consecución de la tarea superior, se congregan encarnados y desencarnados de buena voluntad, construyendo el puente de luz, a través del cual la Humanidad traspondrá el abismo de la ignorancia y de la muerte.

Es por este motivo, lector amigo, que André Luiz viene, una vez más, a tu encuentro, para decirte algo acerca del servicio divino de los Misioneros de la Luz, aclarando, además, que el hombre es

un Espíritu Eterno habitando temporalmente el templo vivo de la carne terrestre; que el periespíritu no es un cuerpo de vaga neblina y sí una organización viva a la que se le amoldan las células materiales; que el alma, donde quiera que esté, recibe según sus creaciones individuales; que los lazos del amor y del odio nos acompañan en cualquier círculo de nuestra vida; que, más allá de la lucha vulgar de cada día, la conciencia encarnada, desempeña otras actividades; que la reencarnación es orientada por sublimes ascendientes espirituales y que, más allá del sepulcro, el alma continúa luchando y aprendiendo, perfeccionándose y sirviendo a los designios del Señor, creciendo siempre hacia la gloria inmortal a la que el Padre nos destinó.

Si la lectura te asombra, si las afirmaciones del Mensajero te parecen revolucionarias, recurre a la oración y agradece al Señor el aprendizaje, pidiéndole que te esclarezca e ilumine, para que el engaño no te retenga en sus redes. Recuerda que la revelación de la verdad es progresiva y, rogando el socorro divino para tu corazón, atiende a los sagrados deberes que la Tierra te designó para cada día, consciente de que la muerte no te conducirá al estancamiento y sí a nuevos campos de perfeccionamiento y trabajo, de renovación y lucha bendita, donde vivirás mucho más y más intensamente.

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 13 de mayo de 1945.

EL PSICÓGRAFO

Terminada la conversación, referente a los problemas de intercambio con los habitantes de la esfera carnal, el Instructor Alejandro, que desempeña elevadas funciones en nuestro plano, me dirigió la palabra, gentilmente:

–Comprendo su deseo. Si usted quiere, podrá acompañarme a nuestro núcleo, en el momento oportuno.

–Sí –respondí, encantado–, la cuestión mediúmnica es fascinante.

El interlocutor sonrió con benevolencia y concordó:

–De hecho lo es, para quien examine sus ascendientes morales.

Se marcó más tarde la noche de mi visita y esperé por las enseñanzas prácticas, alimentando patente interés.

Llegado el momento, me valí de la prestigiosa influencia de Alejandro para ingresar en el espacioso y viejo salón, donde tiene las atribuciones de la dirección.

Entre las decenas de sillas, dispuestas en filas, solamente

dieciocho permanecían ocupadas por auténticas personas terrestres. Las demás pertenecían a la masa, invisible para los ojos comunes del plano físico.

Era una gran asamblea de almas en sufrimiento. Público extenso y necesitado.

Observé que hilos luminosos dividían a los asistentes de la región espiritual en diferentes grupos. Cada uno exhibía características propias. En torno a las zonas de acceso, se situaban cuerpos de guardia y comprendí por el vocerío proveniente del exterior, que también allí, la entrada de los desencarnados, obedecía a significativo control. Las entidades necesitadas, admitidas al interior, se mantenían, discretas, en silencio.

Entré con cautela, sin despertar la atención de la asamblea, que oía emocionada la palabra generosa y edificante de un dedicado instructor de la casa.

Gran número de cooperadores velaban, atentos. Y, mientras el consagrado mentor hablaba con el corazón en las palabras, los dieciocho compañeros encarnados permanecían en rigurosa concentración de pensamiento, elevado a objetivos altos y puros. Era hermoso sentirles la vibración particular. Cada cual emitía rayos luminosos, muy diferentes entre sí, en la intensidad y en el color. Esos rayos se unían, a una distancia aproximada de sesenta centímetros de los cuerpos físicos y establecían una corriente de fuerzas, bastante diferente de las energías de nuestra esfera. Esa corriente no se limitaba al círculo en movimiento en el que se hallaba. En cierto punto, despedía elementos vitales, como si se tratara de una fuente milagrosa con origen en los corazones y en los cerebros humanos que se reunían allí. Las energías de los encarnados se unían a los fluidos vigorosos de los trabajadores de nuestro plano de acción, congregados en vasto número, formando precioso almacén benéfico para los infelices que se hallaban todavía extremadamente apegados a las sensaciones fisiológicas.

Semejantes fuerzas mentales no son ilusorias, como podría parecer al entendimiento terrestre, poco ilustrado en cuanto a las infinitas reservas de posibilidades que existen más allá de la materia más grosera.

Me detuve a observar los nuevos valores de mi aprendizaje, cuando mi amigo, terminada la consoladora disertación, solicitó mi presencia en los servicios mediúmnicos.

Demostrándose interesado en el aprovechamiento integral del tiempo, fue muy medido en los saludos.

–No podemos perder un minuto –informó.

Y designando a un reducido grupo de seis entidades próximas, aclaró:

–Esperan allí los amigos autorizados.

–¿Para la comunicación? –indagué.

El instructor hizo una señal afirmativa y aclaró:

–Pero no todos consiguen la posibilidad a la misma hora. Algunos se ven obligados a esperar semanas, meses, años...

–No suponía que fuese tan difícil la tarea –aduje, asombrado.

–Ya lo verá –dijo Alejandro gentilmente.

Y dirigiéndose a un joven que se mantenía en profunda concentración, rodeado de auxiliares de nuestro plano, explicó, atento:

–Tenemos seis probables comunicantes, pero, en la presente reunión, apenas compareció un médium en condiciones de atender. Por tanto, desde ya, estamos obligados a considerar que el grupo de aprendices y obreros terrestres solamente recibirá lo que más se relacione con el interés colectivo. No hay posibilidades para cualquier otro servicio extraordinario.

–Juzgué que el médium, sobre todo, fuese un instrumento.

–El instrumento también se gasta –observó el instructor– y estamos ante una herramienta demasiado delicada.

Observando mi expresión de asombro, Alejandro continuó:

–En principio, debemos reconocer que en los servicios mediúmnicos, tienen preponderancia los factores morales. En este momento, el médium, para ser fiel al mandato superior, necesita poseer claridad y serenidad, como el espejo cristalino de un lago. De otro modo, las ondas de inquietud perturbarían la proyección de nuestra espiritualidad sobre la materialidad terrestre, como las aguas revueltas no reflejan las sublimes imágenes del cielo y de la Naturaleza del ambiente.

Indicando al médium, el orientador prosiguió con voz firme:

–Este hermano no es un simple aparato. Es un Espíritu que debe ser tan libre como el nuestro y que para prestarse al intercambio deseado, necesita renunciar a sí mismo, con abnegación y humildad, factores primordiales en la obtención de acceso al intercambio con las regiones más elevadas. Necesita callar para que otros hablen; dar de sí mismo, para que otros reciban. En suma debe servir de puente, donde se encuentren intereses diferentes. Sin esa comprensión consciente del espíritu de servicio, no podría atender a los propósitos edificantes. Naturalmente, él es responsable por el mantenimiento de los recursos interiores, tales como la tolerancia, la humildad, la disposición fraterna, la paciencia y el amor cristiano; además, necesitamos cooperar en el sentido de conservarles los estímulos de naturaleza exterior, porque si el compañero no tiene pan, ni relativa paz, si le falta asistencia para las adquisiciones más sencillas, no podremos exigirle la colaboración que resulta del sacrificio. Por tanto, nuestras responsabilidades están conjugadas en los mínimos detalles de la tarea a cumplir.

Pensando que el médium, satisfecho, debería esperar, la compensación divina, Alejandro ponderó:

–Consideremos, amigo mío, que aún nos encontramos ante un trabajo incompleto. La cuestión del salario vendrá después...

A esa altura de la conversación, me invitó a aproximarme al aparato mediúmnico y colocándole la diestra sobre la frente, exclamó:

–Observe. Estamos ante un psicógrafo común. Antes del trabajo al que en este momento se somete, nuestros auxiliares ya lo han preparado demarcando sus posibilidades para que no se le perturbe la salud física. La transmisión del mensaje no será simplemente “tomar la mano”. Hay procesos intrincados, complejos...

Y, ante mi profunda curiosidad científica, el orientador me ofreció el auxilio magnético de su vigorosa personalidad y pasé a observar, en el cuerpo del intermediario, gran laboratorio de fuerzas vibrantes. Mi poder de captación visual, superaba el de los rayos X, con características mucho más perfeccionadas. Las glándulas del joven se transformaron en núcleos luminosos, como si fueran perfectos complejos eléctricos. En particular, me detuve en la contemplación del cerebro. Los conductores medulares formaban un extenso pabulo, sustentando la luz mental, como llama generosa de una vela de enormes proporciones. Los centros metabólicos me llenaban de sorpresa. En sus caprichosos diseños, el cerebro mostraba fulguraciones. Los lóbulos cerebrales recordaban corrientes dinámicas. Las células corticales y las fibras nerviosas, con sus tenues ramificaciones, constituían delicadísimos elementos de conducción de las energías recónditas e imponderables. En ese concierto, bajo una luz mental indefinible, la epífisis emitía rayos azulados e intensos.

–¿Está realizando una cabal observación? –indagó el instructor, interrumpiéndome el asombro. –Transmitir mensajes de una esfera para otra, en el servicio de la edificación humana – continuó–, demanda esfuerzo, buena voluntad, cooperación y propósito consistente. Es natural que el entrenamiento y la

colaboración espontánea del médium faciliten el trabajo; entretanto, de cualquier modo, el servicio no es automático. Requiere mucha comprensión, oportunidad y conciencia.

Estaba admirado.

—¿Cree que el intermediario —preguntó— pueda improvisar el estado receptivo? De ningún modo. Su preparación espiritual debe ser incesante. Cualquier incidente puede turbarle la sensible herramienta, como un golpe que interrumpe el trabajo de la válvula receptora. Además, nuestra cooperación magnética es fundamental para la ejecución de la tarea. Examine atentamente. Estamos notando las singularidades del cuerpo periespiritual. Ahora puede reconocer que todo centro glandular es una potencia eléctrica. En el ejercicio mediúmnico, de cualquier modalidad, la epífisis desempeña el papel más importante. A través de sus fuerzas equilibradas, la mente humana intensifica el poder de emisión y recepción de rayos peculiares de nuestra esfera. Es en ella, en la epífisis, que reside el nuevo sentido de los hombres; entretanto, en la gran mayoría de ellos, la potencia divina duerme embrionaria.

Reconocí que, de hecho, la glándula pineal del intermediario, expedía luminosidad cada vez más intensa.

Desplazando su atención del cerebro hacia la máquina corpórea en general, el orientador prosiguió:

—La operación del mensaje no es nada simple, aunque los trabajadores encarnados no tengan conciencia de su mecanismo intrínseco, así como los niños, hartándose en el ambiente doméstico, no conocen el costo de la vida ni el sacrificio de los padres. Mucho antes de la reunión que se efectúa, el servidor ya fue objeto de nuestra atención especial, para que los pensamientos groseros no le pesen en su campo íntimo. Fue convenientemente ambientado y, al sentarse aquí, fue asistido por varios operadores de nuestro plano. Ante todo, sus células nerviosas recibieron nuevo coeficiente magnético, para que no sufra pérdidas lamentables de sustancia

tigroide (corpúsculos de Nissl), necesario a los procesos de la inteligencia. El sistema nervioso simpático, principalmente en el campo magnético del corazón, recibió auxilios enérgicos y el sistema nervioso central fue convenientemente atendido, para no comprometer la salud del trabajador de buena voluntad. A través de nuestra influencia, el vago fue defendido contra cualquier choque de las vísceras. Las glándulas suprarrenales recibieron aumento de energía, para lograr que se verifique la producción acelerada de adrenalina, de la que precisamos para atender al dispendio eventual de las reservas nerviosas.

En ese instante, vi que el médium parecía estar casi desencarnado. Sus expresiones groseras, de carne, habían desaparecido a mi vista; tal era la intensidad de la luz, nacida de sus centros periespirituales, que lo cercaba.

Después de un largo intervalo, Alejandro continuó:

—Según nuestra observación, no tenemos un esqueleto de cal revestido de carbohidratos y proteínas, y sí una expresión más significativa del hombre inmortal, hijo del Dios Eterno. Observe, en esta nueva anatomía, la gloria de cada minúscula unidad del cuerpo. Cada célula es un motor eléctrico que necesita de combustible para funcionar, vivir y servir.

Despreocupado con mi asombro, el instructor cambió de actitud y consideró:

—Interrumpamos las observaciones. Es necesario actuar.

Indicó a uno de los seis comunicantes. El mensajero se aproximó contento.

—Calixto —dijo Alejandro, en tono grave—, tenemos a seis amigos para el intercambio; pero, las posibilidades son reducidas. Tan solo escribirá usted. Tome su lugar. Recuerde que su misión debe ser consoladora y nada de particularismos personales. La oportunidad es limitadísima y debemos considerar el interés de todos.

Después de saludarnos ligeramente, Calixto se colocó al lado del médium, quien lo recibió con evidente señal de alegría. Lo enlazó con el brazo izquierdo y alzando la mano hasta el cerebro del joven, le tocaba el centro de la memoria con la punta de los dedos, como para recoger el material de las recordaciones del compañero. Poco a poco, vi que la luz mental del comunicante se mezclaba con las irradiaciones del trabajador encarnado. La zona motora del médium adquirió otro color y otra luminosidad. Alejandro se aproximó a la pareja en servicio y colocó su diestra sobre el lóbulo frontal del colaborador humano, como para controlar las fibras inhibitorias, evitando en lo posible, las interferencias del aparato mediúmnico.

Calixto mostraba enorme alegría en su semblante feliz de servidor que se regocija con las bendiciones del trabajo, y dando señales de profunda gratitud al Señor, comenzó a escribir, tomando posesión del brazo del compañero e iniciando el servicio con las bellas palabras:

—¡Qué la paz de Jesús sea con vosotros!

LA EPÍFISIS

Mientras nuestro compañero se aprovechaba de la organización mediúmnica, me valí de las fuerzas magnéticas que el instructor me había suministrado, para fijar la máxima atención en el médium. Cuanto más le notaba las singularidades del cerebro, más le admiraba la luz creciente que la epífisis dejaba percibir. La minúscula glándula se había transformado en un núcleo radiante y alrededor de ella, sus rayos formaban un loto de sublimes pétalos.

Examiné atentamente a los demás encarnados. En todos ellos la glándula presentaba notas de luminosidad, pero en ninguno brillaba como en el intermediario en servicio.

Sobre el núcleo, semejante ahora a una flor resplandeciente, caían luces suaves de lo Alto, reconociendo yo que allí se encontraban en juego vibraciones delicadísimas, imperceptibles para mí.

Había estudiado la función de la epífisis en mis modestos servicios como médico terrestre. Según los orientadores clásicos, sus atribuciones se circunscribían al control sexual en el período infantil. No pasaba de ser un velador de los instintos, hasta que las

ruedas de la experiencia sexual pudiesen deslizarse con regularidad por los caminos de la vida humana. Después decrecía en fuerza, se relajaba y casi desaparecía, para que las glándulas genitales la sucediesen en el campo de la plena energía.

Entretanto, mis observaciones allí contrastaban con las definiciones de los círculos oficiales.

Como el recurso de quien ignora, es esperar por el conocimiento ajeno, aguardé las aclaraciones de Alejandro, al finalizar el servicio activo.

Pasados algunos minutos, el generoso mentor se acercó a mí.

No esperó a que me explicase.

–Conozco su perplejidad –dijo–. También pasé por la misma sorpresa, en otro tiempo. La epífisis, es ahora una revelación para usted.

–Sin duda –afirmé.

–No se trata de un órgano muerto, según las viejas suposiciones –prosiguió él–. Es la glándula de la vida mental. Despierta en el organismo del hombre, en la pubertad, las fuerzas creadoras y enseguida, continúa funcionando, como el más avanzado laboratorio de elementos psíquicos de la criatura humana. El neurólogo común, no la conoce bien. El psiquiatra, descubrirá más tarde sus secretos. Los psicólogos vulgares la ignoran. Freud interpretó su desvío cuando observó la influencia de la libido en el estudio de la indisciplina congénita de la Humanidad. Mientras se encuentra en el período del desenvolvimiento infantil, fase de reajuste de ese importante centro del cuerpo periespiritual preexistente, la epífisis parece constituir el freno a las manifestaciones del sexo; pero es necesario rectificar las observaciones.

A los catorce años, aproximadamente, de posición

estacionaria en cuanto a sus atribuciones esenciales, comienza a funcionar de nuevo en el hombre reencarnado. Lo que representaba control, es fuente creadora y válvula de escape. La glándula pineal se reajusta al concierto orgánico y reabre mundos maravillosos de sensaciones e impresiones en la esfera emocional. La persona se entrega a la recapitulación de la sexualidad y examina el inventario de sus pasiones vividas en otra época, que reaparecen bajo fuertes impulsos.

Me hallaba profundamente sorprendido.

Finalizado el intervalo que le impusiera a la exposición de la enseñanza, Alejandro continuó:

–Ella preside los fenómenos nerviosos de la emotividad, como órgano de elevada expresión en el cuerpo etéreo. Desata, de cierto modo, los lazos divinos de la Naturaleza, los cuales ligan las existencias unas a otras, en la secuencia de luchas para alcanzar el perfeccionamiento del alma, y deja entrever la grandeza de las facultades creadoras con las que el ser humano se halla investido.

–¡Dios mío! –exclamé– ¿y dónde quedan las glándulas genitales?

El instructor sonrió y aclaró:

–Son demasiado mecánicas para poder guardar los principios sutiles y casi imponderables de la generación. Se hallan absolutamente controladas por el potencial magnético del que la epífisis es la fuente fundamental. Las glándulas genitales segregan las hormonas del sexo, pero la glándula pineal, si me puedo expresar así, segrega “hormonas psíquicas” o “unidades de fuerza” que van a actuar, de manera positiva, en las energías generadoras. Los cromosomas de la bolsa seminal no escapan a su influencia absoluta y determinada.

Alejandro hizo un gesto significativo y consideró:

–No obstante, no estamos examinando problemas de

embriología. Limitémonos al asunto inicial y analicemos la epífisis, como glándula de la vida espiritual del hombre.

Dentro de mi asombro, guardé riguroso silencio, hambriento de nuevas instrucciones.

–Segregando delicadas energías psíquicas –prosiguió él– la glándula pineal conserva ascendencia en todo el sistema endocrino. Ligada a la mente a través de principios electromagnéticos del campo vital, que la ciencia común no puede aún identificar, comanda las fuerzas subconscientes bajo la determinación directa de la voluntad. Las redes nerviosas constituyen sus hilos telegráficos para dar órdenes inmediatas a todos los departamentos celulares, y bajo su dirección se efectúan los suministros de energías psíquicas a todos los almacenes autónomos de los órganos. Como manantial creador de los más importantes, sus atribuciones son extensas y fundamentales. En calidad de controladora del mundo emotivo, su posición en la experiencia sexual es básica y absoluta. De modo general, todos nosotros, ahora o en el pretérito, hemos viciado ese foco sagrado de fuerzas creadoras, transformándolo en un imán relajado, entre las sensaciones inferiores de naturaleza animal. ¿Cuántas existencias hemos empleado en la canalización de nuestras posibilidades espirituales, hacia los más bajos campos del placer materialista? Lamentablemente divorciados de la ley del uso, abrazamos los desarreglos emocionales, y de ahí, mi querido amigo, procede nuestro multimilenario vicio de las energías creadoras, cargándonos de compromisos morales, para con todos aquellos a quien herimos con nuestros desvaríos e irreflexiones. Del lamentable menosprecio a ese potencial sagrado, se suceden los dolorosos fenómenos de la herencia fisiológica, que debería constituir, invariablemente, un cuadro de adquisiciones benditas y puras. La perversión de nuestro plano mental consciente, determina, en cualquier sentido de la evolución, la perversión de nuestro psiquismo inconsciente, encargado de la ejecución de los deseos y ordenaciones más íntimas, en la esfera de las operaciones automáticas. La voluntad desequilibrada desorganiza el foco de

nuestras posibilidades creadoras. De ahí procede la necesidad de reglas morales, para quien, de hecho, se interese por las adquisiciones eternas en los dominios del Espíritu. Renuncia, abnegación, continencia sexual y disciplina emotiva, no constituyen simples preceptos de carácter religioso. Son providencias de tenor científico, para enriquecimiento efectivo de la personalidad. Nunca podremos huir de la ley, cuyos artículos y párrafos del Supremo Legislador, abarcan el Universo. Nadie engañará a la Naturaleza. Centros vitales desequilibrados obligarán al alma a permanecer en situaciones de desequilibrio. De nada adelanta alcanzar la muerte física, exhibiendo gestos y palabras convencionales, si el hombre no se preocupó por lograr su propio perfeccionamiento. La Justicia que rige la Vida Eterna, jamás se inclinó. Es cierto que los sentimientos profundos del extremo instante del Espíritu encarnado, cooperan decisivamente en las actividades de regeneración más allá del sepulcro, pero no constituyen la necesaria realización.

El instructor hablaba en tono sublime, por lo menos para mí, que por primera vez, oía comentarios sobre la conciencia, la virtud y la santificación, dentro de conceptos estrictamente lógicos y científicos en el campo de la razón.

Ahora, se me aclaraban los raciocinios de modo franco. Recibir un cuerpo, por medio de las concesiones de la reencarnación, no era ganar un barco para correr una nueva aventura, al acaso de las circunstancias, era sí, una responsabilidad definida en los servicios del aprendizaje, elevación o reparación, en los esfuerzos evolutivos redentores.

—¿Comprende ahora las funciones de la epífisis en el crecimiento mental del hombre y en el enriquecimiento de los valores del alma? —me preguntó el orientador.

—Sí...—respondí bajo fuerte impresión.

—Segregando “unidades de fuerza”, —continuó—, puede ser comparada a un poderoso generador que debe ser aprovechado y

controlado, en el servicio de iluminación, refinamiento y beneficio de la personalidad y no relajarla por el gasto excesivo del suplemento psíquico en las emociones de baja clase. Refocilarse en el charco de las sensaciones inferiores, a la manera de los cerdos, es retenerla en las corrientes tóxicas de los desvaríos de naturaleza animal y en el gasto excesivo de energías sutiles, muy difícilmente el hombre consigue emerger de la terrible zambullida en las sombras, inmersión que se prolonga más allá de la muerte corporal. En vista de eso, es indispensable cuidar atentamente de la economía de las fuerzas, en todo servicio honesto de desenvolvimiento de las facultades superiores. Los materialistas de la razón pura, señores de vastos patrimonios intelectuales, percibieron superficialmente semejantes realidades y, con intención de preservar la juventud, la plástica y la eugenesia, fomentaron la práctica del deporte en todas sus modalidades. Contra los peligros posibles, en la excesiva acumulación de fuerzas nerviosas, como son llamadas las secreciones eléctricas de la epífisis, aconsejaron a los jóvenes de todos los países el uso del remo, de la pelota, del salto, de la barra, de las carreras a pie. De ese modo se preservaban los valores orgánicos, legítimos y normales, para las funciones de la herencia. Esa medida, si bien satisface en parte, es, indudablemente, incompleta y defectuosa. Incuestionablemente, la gimnasia y el ejercicio controlados, son factores valiosos de la salud; la competencia deportiva honesta, es precioso fundamento de socialización; no obstante, pueden circunscribirse a meras providencias, en beneficio de los huesos, y a veces, degeneran en resorte de pasiones indignas. Son muy raros aún, en la Tierra, los que reconocen la necesidad de la preservación de las energías psíquicas, para el engrandecimiento del Espíritu eterno. El hombre vive olvidado de que Jesús enseñó la virtud como deporte del alma, y no siempre se acuerda de que, en el problema del perfeccionamiento interior, no se trata de rectificar la sombra de la sustancia y sí la sustancia en sí misma.

Escuchaba esas instrucciones, entre la emotividad y el asombro.

–¿Comprende ahora cómo es importante renunciar? ¿Percibe la grandeza de la ley de elevación por el sacrificio? La sangre estimula la producción de células vitales en la médula ósea; la poda ofrece belleza, novedad y abundancia a los árboles. El hombre que practica verdaderamente el bien, vive en el seno de las vibraciones constructivas y santificantes de la gratitud, de la felicidad, de la alegría. Esto no es hacer teoría de esperanza. Es principio científico, sin cuya aplicación en la esfera común, no se liberta el alma, descentralizada, en las zonas más bajas de la Naturaleza, por el vicio.

Observando que las instrucciones le tomaban demasiado tiempo, Alejandro concluyó:

–De acuerdo con nuestras observaciones, la función de la hipófisis en la vida mental es muy importante.

–Sí –consideré–, comprendo ahora lo sustancial de su influencia en el sexo y entiendo, igualmente, la dolorosa y larga tragedia de la Humanidad. Percibo, nítidamente, el porqué de los dramas que se suceden sin interrupción, las aflicciones que parecen no tener fin, las ansiedades que se arrojan al crimen, el lodazal del sufrimiento envolviendo hogares y corazones...

–Y el hombre siempre dispuesto a viciar los centros sagrados de su personalidad –concluyó Alejandro, solemnemente–, siempre inclinado a contraer nuevas deudas, pero difícilmente decidido a rectificar o pagar.

–Comprendo, comprendo.

Y, sintiendo ciertas dudas, exclamé:

–¿No sería entonces más razonable...

El orientador me cortó la palabra y aclaró:

–Ya sé lo que desea indagar.

Y, sonriendo, añadió:

–Usted pregunta si no sería más interesante cerrar todas las experiencias del sexo y sepultar las posibilidades del renacimiento carnal. No obstante, semejante indagación es improcedente. Nadie debe actuar contra la ley. El uso respetable de los patrimonios de la vida, la unión ennoblecedora, la aproximación digna, se constituyen en programa de elevación. Es, por tanto, indispensable distinguir entre armonía y desequilibrio, evitando el estancamiento en desfiladeros fatales.

Dichas estas palabras, Alejandro se calló, como orientador de buen criterio que deja al discípulo el tiempo necesario para digerir la lección.

DESARROLLO MEDIÚMNICO

En compañía de Alejandro, los servicios particulares no proporcionaban ocasión para excursiones dilatadas y frecuentes; pero me valía de todo el tiempo libre de los trabajos comunes.

Siempre había algo que aprender. Constituía enorme satisfacción seguir al activo misionero en las actividades de comunicación.

–Hoy, por la noche, –me dijo el dedicado amigo–, observará algunas demostraciones de desarrollo mediúmnico.

Esperé las instrucciones con interés.

En el momento indicado, comparecí en el grupo.

Antes del ingreso de los compañeros encarnados, era ya muy grande el movimiento. Había considerable número de trabajadores y mucho servicio de naturaleza espiritual.

Admiraba las características de los socorros magnéticos proporcionados a entidades en sufrimiento, cuando Alejandro afirmó:

–Por ahora, nuestros esfuerzos son más fructíferos en el

círculo de los desencarnados infelices. Las actividades benéficas de la casa, se concentran en mayor proporción en ellos, porque los desencarnados, incluso aquellos que ya se interesan por la práctica espiritista, muy raramente se disponen, con sinceridad, al aprovechamiento real de los legítimos valores de nuestra cooperación.

Y después de larga pausa, prosiguió:

–La transición, entre la animalidad grosera y la espiritualidad superior, es muy lenta y difícil. En ese sentido, entre los hombres, hay siempre, un océano de palabras y algunas gotas de acción.

En ese instante, hicieron su entrada en el recinto, los primeros amigos del plano carnal.

–Veremos si hoy tenemos buena suerte, –exclamaba un señor de gruesos bigotes.

–No he venido con asiduidad a estas experiencias –comentó un joven–, porque vivo desanimado... ¿Cuánto tiempo hace que mantengo el lápiz en la mano, sin resultado alguno?

–¡Es una lástima!, –respondía otro señor–; realmente, la dificultad desanima.

–¡Parecería que no mereciésemos nada de estímulo, por parte de los benefactores invisibles!, –agregaba una señora de edad–; hace muchos meses que procuro, en vano, desarrollarme. En algunos momentos, siento vibraciones espirituales intensas junto a mí, pero no paso de las manifestaciones iniciales.

La conversación continuó interesante y pintoresca.

Pasados algunos minutos, con la presencia de otros pequeños grupos de experimentadores que, solícitos, iban llegando, fue iniciada la sesión de desarrollo.

El director dijo una sentida oración, en la que fue acompañado por todos los presentes.

Dieciocho personas se mantenían en expectativa.

–Algunos –explicó Alejandro– pretenden la psicografía, otros intentan la mediumnidad de incorporación. Pero, desgraciadamente, casi todos confunden poderes psíquicos con funciones fisiológicas. Creen en el absoluto mecanismo de la realización y esperan el progreso, que es eventual y problemático, olvidando que toda edificación del alma requiere disciplina, educación, esfuerzo y perseverancia. La mediumnidad constructiva, es la lengua de fuego del Espíritu Santo, luz divina para la cual es preciso conservar el pabito del amor cristiano y el aceite de la buena voluntad pura. Sin la preparación necesaria, la excursión de los que provocan el ingreso en el reino invisible, es casi siempre un viaje en los círculos de la sombra. Alcanzan grandes sensaciones y tropiezan con perplejidades dolorosas. Hacen descubrimientos sorprendentes y acaban en ansiedades y en dudas sin término. Nadie puede traicionar la ley impunemente, y, para subir, hacia el perfeccionamiento íntimo, ningún Espíritu dispensará el esfuerzo de sí mismo.

Dirigiéndose de manera especial hacia los circunstantes, el instructor recomendó:

–Observemos.

Se colocó al lado de un joven que esperaba con el lápiz en la mano, sumergido en profundo silencio.

Alejandro me ofreció su vigoroso auxilio magnético y lo contemplé con atención. Sus núcleos glandulares emitían pálidas irradiaciones. Principalmente, la epífisis, se asemejaba a una reducida simiente algo luminosa.

–Observe sus órganos genitales, me aconsejó gravemente el instructor.

Quedé estupefacto. Las glándulas generadoras emitían debilísima luminosidad, que parecía oscurecida por aluviones de corpúsculos negros, que se caracterizaban por su espantosa movilidad. Comenzaban su movimiento en la vejiga urinaria y vibraban a lo largo de todo el cordón espermático, formando colonias

compactas en las vesículas seminales, en la próstata, en la masa de las mucosas uretrales, invadían los canales seminíferos y luchaban con las células sexuales, aniquilándolas. Las más vigorosas de aquellas fieras microscópicas, se situaban en el epidídimo, donde absorbían, famélicas, los embriones delicados de la vida orgánica. Estaba asombrado. ¿Qué significaba aquel acervo de pequeños seres oscuros? Parecían imantados unos a otros, en la misma faena de destrucción. ¿Serían expresiones mal conocidas de la sífilis?

Enunciando semejante indagación íntima, sin que yo le dirigiese la palabra, Alejandro me explicó:

—No, André. No tenemos bajo nuestros ojos la espiroqueta de Schaudinn, ni cualquier nueva forma susceptible de análisis material por los bacteriólogos humanos. Son bacilos psíquicos de la tortura sexual, producidos por la sed febril de placeres inferiores. El diccionario médico del mundo no los conoce y en ausencia de una terminología adecuada a sus conocimientos, simplemente, los llamaremos larvas. Han sido cultivadas por este compañero, no sólo por la incontinencia en el dominio de las emociones propias, a través de sus variadas experiencias sexuales, sino, también, por su contacto con entidades groseras, que tienen afinidad con las predilecciones de él; entidades que lo visitan con frecuencia, en forma de imperceptibles vampiros. El pobrecito aún no puede comprender que el cuerpo físico es apenas una leve sombra del cuerpo espiritual; no se preparó para comprender que la prudencia, en materia de sexo, es equilibrio de la vida y, recibiendo nuestras advertencias sobre la temperancia, cree oír remotas lecciones de aspecto dogmático, exclusivamente acerca del examen de la fe religiosa. Con el pretexto de aceptar el imperio de la razón pura en la esfera de la lógica, admite que el sexo no tiene nada que ver con la espiritualidad, como si ésta no fuese la existencia en sí. Se olvida de que todo es espíritu, manifestación divina y energía eterna. El error de nuestro amigo es el de todos los religiosos, que suponen que el alma está absolutamente separada del cuerpo físico, cuando

todas las manifestaciones psicofísicas se derivan de la influencia espiritual.

Nuevos mundos de pensamientos surgían ante mí. Comenzaba a conocer definiciones más francas de lo que habían sido terribles incógnitas para mí, en el capítulo de la patogenia en general. No había salido de mi intraducible espanto, cuando el instructor me llamó la atención hacia un caballero maduro que intentaba la psicografía.

—Observe a este amigo, —me dijo con autoridad—, ¿no siente un olor característico?

Efectivamente, alrededor de aquel rostro pálido, se observaba la conformación de una atmósfera poco agradable. Su cuerpo se asemejaba a un tonel de configuración caprichosa, de cuyo interior escapaban ciertos vapores muy leves, pero incesantes. Se le notaba la dificultad para sostener el pensamiento en relativa calma. No me cabía duda alguna. Debería estar ingiriendo bebidas alcohólicas en cantidades regulares.

Me valí de la oportunidad para observar sus particularidades orgánicas.

El aparato gastrointestinal parecía totalmente ensopado en aguardiente, pues esa sustancia invadía todas las partes del estómago, y comenzando a hacerse sentir en las paredes del esófago, manifestaba su influencia hasta en el bolo fecal. Me espantaba el enorme tamaño de su hígado. Pequeñas figuras horripilantes se situaban, a veces, a lo largo de la vena porta, luchando desesperadamente con los elementos sanguíneos más nuevos. Toda la estructura del órgano se mantenía alterada bajo terrible ingurgitación. Los lóbulos cilíndricos, modificados, abrigaban células enfermas y empobrecidas. El bazo presentaba extrañas anomalías.

—El alcohol —aclaró Alejandro con grave entonación—, lo va aniquilando lentamente. Usted está examinando las anormalidades

menores. Este compañero permanece completamente desviado de sus centros de equilibrio vital. Todo su sistema endocrino fue alcanzado por la actuación tóxica. La médula trabaja inútilmente para mejorar los valores de la circulación. En vano se esfuerzan los centros genitales para ordenar sus funciones peculiares, porque el alcohol excesivo determina modificaciones deprimentes sobre la propia cromatina. En balde trabajan los riñones en la excreción de los elementos corrosivos, porque la acción perniciosa de la sustancia que estamos estudiando, anula diariamente gran número de nefrones. El páncreas, viciado, no atiende con exactitud al servicio de desintegración de los alimentos. Larvas destructoras exterminan las células hepáticas. Profundas alteraciones modifican las disposiciones del sistema nervioso vegetativo y, si no fuese por las glándulas sudoríparas, tal vez se le haría imposible la continuación de la vida física.

No conseguía disimular mi fascinación. Alejandro indicaba los puntos enfermos y aclaraba los asuntos con sabiduría y sencillez tan grandes que no pude ocultar el asombro que se apoderaba de mí.

El instructor me colocó, enseguida, al lado de una dama simpática y de edad. Después de examinarla con atención, agregó:

—Observe a esta hermana. Es candidata al desarrollo de la mediumnidad de incorporación.

Debilísima luz emanaba de su organización mental y desde el primer instante, noté sus deformaciones físicas. El estómago se le dilataba horriblemente y los intestinos parecían sufrir extrañas alteraciones. El hígado, considerablemente aumentado, demostraba indefinible agitación. Desde el duodeno hasta el sigmoides, se le notaban grandes anomalías. Tenía la idea de que estaba presenciando, no el trabajo de un aparato digestivo normal, y sí el de un vasto alambique lleno de pastas de carne y caldos gruesos, oliendo a vinagre y otros ingredientes de condimentación activa. En gran zona del vientre, sobrecargado de alimentación, se veían muchos parásitos conocidos, pero, además de ellos, divisaba otros

corpúsculos semejantes a lombrices voracísimas que se agrupaban en grandes colonias, desde los músculos y las fibras del estómago hasta la válvula ileocecal. Semejantes parásitos atacaban los jugos nutritivos con asombroso potencial de destrucción.

Observando mi extrañeza, el orientador vino en mi socorro:

–Tenemos aquí a una pobre amiga desviada por los excesos de alimentación. Todas sus glándulas y centros nerviosos trabajan para atender a las exigencias del sistema digestivo. Se descuidó de sí misma, cayendo en la glotonería crasa, volviéndose presa de seres de baja condición.

Y viendo que me conservaba en silencio, incapaz de argumentar ante enseñanzas tan innovadoras, el instructor observó:

–Ante estos cuadros, puede usted considerar la extensión de las necesidades educativas en la esfera de la superficie terrestre. La mente encarnada, se engalanó con los valores intelectuales e hizo culto de la razón pura, olvidándose de que la razón humana necesita de la luz divina. El hombre común percibe muy poco y siente menos. Ante la eclosión de nuevos conocimientos, y en vista de la onda regeneradora del Espiritualismo que baña las naciones más cultas de la Tierra, angustiada por largos sufrimientos colectivos, necesitamos poner en acción las mejores posibilidades de colaboración, para que los compañeros terrestres valoricen sus oportunidades benditas de servicio y de redención.

Comprendí que Alejandro se refería veladamente al gran movimiento espiritista, en virtud de que nos encontrábamos en las tareas de una casa doctrinaria, y no me engañaba, porque el bondadoso mentor continuó diciendo gravemente:

–El Espiritismo Cristiano es la reviviscencia del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, y la mediumnidad constituye uno de sus fundamentos vivos. Pero, la mediumnidad no es exclusiva de los llamados “médiums”. Todas las personas la poseen, pues significa percepción espiritual, que debe ser incentivada en nosotros

mismos. Sin embargo, no será suficiente percibir. Es imprescindible santificar esa facultad, convirtiéndola en ministerio activo del bien. La mayoría de los candidatos al desarrollo de esa naturaleza, no se dispone a los servicios preliminares de limpieza del vaso receptivo. Dividen inexorablemente la materia y el espíritu, situándolos en campos opuestos, a pesar de que nosotros, estudiantes de la Verdad, integrados a la certeza de que toda organización universal se basa en vibraciones puras, todavía no hemos conseguido identificar rigurosamente las fronteras entre una y otra. Innegablemente, amigo mío, –y sonrió–, no deseamos transformar el mundo en un cementerio de tristeza y desolación. Atender la santificada misión del sexo en su plano respetable, usar un aperitivo común, hacer buenas comidas, en modo alguno significa desvíos espirituales; no obstante, los excesos representan desperdicios lamentables de fuerza, los cuales retienen al alma en los círculos inferiores. Ahora, para los que se precipitan en las cárceles de las sombras, no es fácil desarrollar percepciones avanzadas. No se puede pensar en una mediumnidad constructiva, sin el equilibrio constructivo de los aprendices, en la sublime ciencia del bienvivir.

–¡Oh! –exclamé–, ¿por qué motivo no decir todo esto a nuestros hermanos congregados aquí? ¿Por qué no advertirlos seriamente?

Alejandro se sonrió con benevolencia y dijo:

–No, André. Tengamos calma. Estamos en servicio de evolución y adiestramiento. Nuestros amigos no son rebeldes o malos, en sentido voluntario. Están espiritualmente desorientados y enfermos. No pueden transformarse de un momento a otro. Nos compete, por tanto, ayudarlos en el camino educativo.

El orientador dejó de sonreír y agregó:

–Es verdad que sueñan con edificar maravillosos castillos, sin base; alcanzar inmensos descubrimientos exteriores, sin estudiarse a sí mismos; pero, gradualmente, comprenderán que

mediumnidad elevada o percepción edificante, no constituyen actividades mecánicas de la personalidad y sí conquistas del Espíritu, para cuya consecución no se puede prescindir de las iniciaciones dolorosas, de los trabajos necesarios, con la auto-educación sistemática y perseverante. Pero, exceptuando esas ilusiones infantiles, son buenos compañeros de lucha, a los cuales estimamos cariñosamente, no sólo como nuestros hermanos más jóvenes, sino también, por ser acreedores de reconocimiento por la cooperación que nos prestan, muchas veces inconscientemente. Los tiernos embriones vegetales de hoy, serán los árboles robustos del mañana. Las tribus ignorantes de ayer, constituyen la Humanidad de hoy. Por eso mismo, todas nuestras reuniones son provechosas, y, aunque sus pasos sean vacilantes en la senda, haremos todo lo necesario por defenderlos contra las peligrosas mallas del vampirismo.

VAMPIRISMO

La sesión de desarrollo mediúmnico, según deduje de la conversación sostenida entre los amigos encarnados, había sido muy pobre en resultados para ellos. Pero no había sucedido lo mismo en nuestro ambiente, donde se podía ver enorme satisfacción en todas las fisonomías, comenzando por Alejandro, que se mostraba jubiloso.

Los trabajos habían durado más de dos horas y en efecto, aunque me conservase retraído, ponderando las enseñanzas obtenidas en aquella noche, observé en cada detalle, el intenso esfuerzo realizado por los trabajadores de nuestra esfera. Muchos de ellos, en gran número, no solo asistían a los compañeros terrestres, sino que atendían también a largas filas de entidades de nuestro plano que se hallaban sufriendo.

Alejandro, el dedicado instructor, se movió de mil maneras. Y tocando la tecla que más me impresionara, en el círculo de observaciones del noble concierto de servicios, aproximándose a mí, afirmó satisfecho:

–Gracias al Señor, tuvimos una noche feliz. Hemos tenido mucho trabajo contra el vampirismo.

¡Oh! El vampirismo era la tesis que me preocupaba. Había visto los más extraños bacilos de naturaleza psíquica, completamente desconocidos en la microbiología más avanzada. No tenían la forma esférica de las cocáceas, ni el tipo de bastoncito de diversas bacterias. No obstante, formaban también colonias densas y terribles. Había reconocido su ataque a los elementos vitales del cuerpo físico, actuando con mayor potencial destructivo sobre las más delicadas células.

¿Qué significaba aquél mundo nuevo? ¿Qué agentes serían aquellos, caracterizados por indefinible y pernicioso poder? ¿Estarían todos los hombres sujetos a su influencia?

No me contuve. Expuse al orientador, francamente, mis dudas y temores.

Alejandro sonrió y consideró:

–¡Muy bien! ¡Muy bien! Usted vino a observar trabajos de mediumnidad y está buscando su lugar como médico. Es natural. Si estuviera especializado en otra profesión, habría identificado otros aspectos del asunto en análisis.

Y para alentarme fraternalmente, añadió:

–Usted demuestra buena preparación ante la medicina espiritual que espera por sus estudios.

Después de una larga pausa, prosiguió explicando:

–Sin referirnos a los murciélagos succionadores, el vampiro entre los hombres, es el fantasma de los muertos, que se retira del sepulcro en altas horas de la noche, para alimentarse con la sangre de los vivos. No sé quien es el autor de semejante definición, pero, en el fondo, no está equivocada. Apenas cumple considerar que, entre nosotros, vampiro es toda entidad ociosa que se vale, indebidamente, de las posibilidades ajenas y tratándose de vampiros que visitan a los encarnados, es necesario reconocer que ellos atienden a sus siniestros propósitos a cualquier

hora, siempre que encuentren oportunidad en la estructura carnal de los hombres.

Alejandro hizo un ligero intervalo en la conversación, dando a comprender que expusiera lo preliminar de más serios esclarecimientos y continuó:

—Usted no ignora que, en el círculo de las enfermedades terrestres, cada especie de microbios tiene su ambiente preferido. El pneumococo se aloja habitualmente en los pulmones; el bacilo de Eberth se localiza en los intestinos donde produce la fiebre tifoidea; el bacilo de Klebs se sitúa en las mucosas donde provoca la difteria. En condiciones especiales del organismo, proliferan los bacilos de Hansen o de Koch. ¿Cree usted que semejantes formaciones microscópicas se circunscriben a la carne transitoria? ¿No sabe que el macrocosmos está repleto de sorpresas en sus variadas formas? En el campo infinitesimal, las revelaciones obedecen al mismo orden sorprendente. André, amigo mío, las enfermedades psíquicas son mucho más deplorables. La patología del alma está dividida en cuadros dolorosos. La cólera, la intemperancia, los desvíos del sexo, los vicios de varios matices, forman creaciones inferiores que afectan profundamente la vida íntima. Casi siempre el cuerpo enfermo denota una mente enfermiza. La organización fisiológica, según conocemos en el campo de los estudios terrestres, no va más allá del vaso de barro, dentro del molde preexistente del cuerpo espiritual. Alcanzado el molde en su estructura por los golpes de las vibraciones inferiores, inmediatamente, el vaso las reflejará.

Comprendí a dónde deseaba llegar el instructor. Entretanto, sus consideraciones relacionadas a las nuevas expresiones microbianas, daban ocasión a ciertas indagaciones. ¿Cómo encarar el problema de las formas iniciales? ¿Se encuadraba la afección psíquica en el mismo cuadro sintomatológico que conociera, hasta entonces, para las enfermedades orgánicas en general? ¿Habría contagio en las molestias del alma? ¿Sería razonable que fuera así

en la esfera en la que los fenómenos patológicos de la carne ya no deberían existir? Afirmaba Virchow que “el cuerpo humano es un país celular, en el que cada célula es un ciudadano, constituyendo la enfermedad una lucha entre ciudadanos, provocada por la invasión de elementos externos”. De hecho, la criatura humana debe luchar, desde la cuna, contra diversas flagelaciones climáticas, entre venenos y bacterias de variados orígenes. ¿Cómo explicar, ahora, el nuevo cuadro que se enfrentaba a mis escasos conocimientos?

No pude retener la curiosidad. Recurriendo a la admirable experiencia de Alejandro, pregunté:

–Amigo mío, ¿cómo se verifican los procesos mórbidos de ascendencia psíquica? La afección, ¿no resulta del asedio de las fuerzas exteriores? En nuestro dominio ¿cómo explicar la cuestión? ¿Es la perversión de la personalidad espiritual la que produce las creaciones vampirísticas, o son éstas las que avasallan el alma, imponiéndole ciertas enfermedades? En esta última hipótesis, ¿podríamos considerar la posibilidad del contagio?

El orientador me escuchó con atención y aclaró:

–Primero la siembra, después la cosecha; y tanto las semillas de trigo como las de cualquier mala hierba, encontrando tierra propicia, producirán a su modo y en la misma pauta de multiplicación. En esa respuesta de la Naturaleza al esfuerzo del labrador, tenemos simplemente la ley. Usted está observando el sector de las larvas con justificable admiración. No tenga duda alguna. En las molestias del alma, como en las enfermedades del cuerpo físico, antes de la afección, existe el ambiente. Las acciones producen efectos, los sentimientos generan creaciones, los pensamientos dan origen a formas y consecuencias de infinitas expresiones. Y en virtud de que cada Espíritu representa un universo en sí, cada uno de nosotros es responsable por la emisión de las fuerzas que lanzamos en circulación, en las corrientes de la vida. La cólera, la desesperación, el odio y el vicio, ofrecen campo a

peligrosos gérmenes psíquicos en la esfera del alma. Y, tal como acontece en el terreno de las enfermedades del cuerpo, el contagio es aquí un hecho consumado desde el momento en que la impresión o la necesidad de lucha establecen ambiente propicio entre compañeros de un mismo nivel. Naturalmente, en el campo de la materia densa, esa ley funciona con violencia, mientras que entre nosotros, se desenvuelve con las modificaciones naturales. Además, no puede ser de otro modo, ya que usted no ignora que muchas personas cultivan vocación por el abismo. Cada vicio particular de la personalidad, produce las formas sombrías que le son consecuentes, y éstas, como las plantas inferiores que se arrastran por el suelo, por enveniamiento del responsable, se extienden a las regiones próximas en las que no predomina el espíritu de vigilancia y de defensa.

Evidenciando extrema prudencia en el examen de los hechos y advirtiéndome en contra de cualquier concepción indigna en el ámbito de apreciaciones sobre la Obra Divina, agregó:

—Sé que su perplejidad es enorme; no obstante, usted no puede olvidar nuestra condición de viejos reincidentes en el abuso de la ley. Desde el primer día de razón en la mente humana, la idea de Dios creó principios religiosos, sugiriéndonos las reglas del buen vivir. Con todo, a medida que se refinan conocimientos intelectuales, parece que el hombre, tiene menos respeto por las dádivas sagradas. Con rarísimas excepciones, los padres terrenales son los primeros centinelas viciados, actuando en perjuicio de los hijitos. Comúnmente, a los veinte años, en virtud de la inercia de los vigías del hogar, la mujer es una muñeca y el hombre un maniquí de futilidades enfermizas, mucho más interesados en adornarse y lucirse que en el esclarecimiento de los maestros; cuando alcanzan lo alto de la montaña del casamiento, son, muchas veces, personas excesivamente ignorantes o demasiado desviadas. Corresponde aun reconocer que nosotros mismos, en todo el curso de las experiencias terrestres, en la mayoría de las ocasiones, fuimos campeones del endurecimiento y de la perversidad contra nuestras propias fuerzas

vitales. Entre abusos del sexo y de la alimentación, desde los años más tiernos, no hacíamos otra cosa que desarrollar las tendencias inferiores, manteniendo hábitos malignos. ¿Serían, pues, de admirar, tantas molestias del cuerpo y tantas degeneraciones psíquicas? El Plano Superior jamás niega recursos a los necesitados de todo orden y valiéndose de las pequeñas oportunidades, auxilia a los hermanos de la humanidad en la restauración de sus patrimonios, ya sea cooperando con la Naturaleza o inspirando el descubrimiento de nuevas fuentes medicinales y reparadoras. Por nuestra parte, al despojarnos de los fluidos groseros a través de la muerte física, a medida que nos elevamos en comprensión y en capacidad, nos transformamos en auxiliares directos de las criaturas. Pero, a pesar de ello, la maraña de la ignorancia es todavía muy densa. Y el vampirismo mantiene considerable expresión, porque si el Padre es sumamente misericordioso, es, también, infinitamente justo. Nadie podrá confundir sus designios, y la muerte del cuerpo, casi siempre sorprende al alma en terrible condición parasitaria. De ese modo, la promiscuidad entre encarnados indiferentes a la Ley Divina y los desencarnados que han sido indiferentes a ella, es muy grande en la superficie terrestre. Absolutamente faltos de preparación y habiendo vivido mucho más de sensaciones animalizadas que de sentimientos y pensamientos puros, las criaturas humanas, más allá de la sepultura, prosiguen en muchísimos casos imantadas a los ambientes familiares que alimentaban su campo emocional. Una dolorosa ignorancia que les aprisiona los corazones repletos de particularidades, encarcelados en el magnetismo terrestre, engañándose a sí mismos y fortaleciendo sus antiguas ilusiones. Los infelices que cayeron en semejante condición de parasitismo sirven de alimento habitual a las larvas que usted observó.

—¡Dios mío! —exclamé, fuertemente asombrado.

Alejandro, atentamente, aclaró:

–Semejantes larvas, son portadoras de vigoroso magnetismo animal.

Y observando tal vez que muchas y torturantes indagaciones se entrecrocaban en mi cerebro, el instructor consideró:

–Naturalmente que la fauna microbiana en análisis no será servida en bandejas; bastará que el desencarnado se agarre a los compañeros de la ignorancia todavía encarnados, cual hierba dañina a los gajos de los árboles, para que pueda succionarles la sustancia vital.

No conseguía disimular el asombro que me dominaba.

–¿Por qué tanta extrañeza? –preguntó el cuidadoso orientador–, ¿qué hacíamos nosotros cuando nos hallábamos en la esfera de la carne? ¿No se mantenían nuestras mesas a costa de carne y vísceras de bovinos y de aves? Con el propósito de buscar recursos proteicos, exterminábamos incontables pollos y carneros, lechones y cabritos. Chupábamos los tejidos musculares, roíamos los huesos. No satisfechos con matar a los pobres seres que nos pedían rutas de progresos y valores educativos para mejorar la Obra del Padre, aumentábamos el refinamiento de la explotación milenaria y a muchos de ellos les infligíamos determinadas molestias, para que nos sirvieran al paladar con la máxima eficiencia. Poníamos al cerdo común en régimen de ceba, y el pobre animal, muchas veces a costa de residuos, debía crear ciertas reservas de gordura, hasta que se postrase totalmente al peso de las grasas enfermas y abundantes. Colocábamos gansos en determinadas condiciones para hacerlos engordar, para que hipertrofiaran el hígado, con el fin de obtener sustanciosas pastas destinadas a manjares que se hicieron famosos, despreocupándonos de las faltas cometidas, pero con la supuesta ventaja, de enriquecer la calidad culinaria. Para que nuestras ollas olieran agradablemente, en nada nos dolía el cuadro conmovedor de las vacas madres en dirección al matadero. Exagerábamos, con toda la responsabilidad

de la Ciencia, la necesidad de proteínas y grasas diversas, pero olvidábamos que nuestra inteligencia, tan fértil para el descubrimiento de comodidades y confort, hallaría recursos, sin recurrir a la industria de la muerte, para encontrar nuevos elementos y nuevos medios para conseguir suministros proteicos al organismo. Olvidábamos que el auge de lacticinios para el enriquecimiento de la nutrición es una elevada tarea, pues vendrán tiempos para la Humanidad terrestre en que el establo, como el hogar, será también sagrado.

—Con todo, amigo mío, —propuse considerar—, la idea de que muchas personas viven en la Tierra a merced de vampiros invisibles, es francamente desagradable e inquietante. ¿Y dónde queda la protección de las altas esferas? ¿Y el amparo de las entidades angélicas, y la amorosa defensa de nuestros superiores?

—Querido André, —dijo Alejandro con benevolencia—, debemos afirmar la verdad aunque resulte en contra de nosotros mismos. En todos los sectores de la Creación, Dios, nuestro Padre, colocó a los superiores y a los inferiores para el trabajo de evolución a través de la colaboración y del amor, de la administración y de la obediencia. ¿Acaso nos atreveríamos a declarar que hemos sido buenos para con los seres que nos son inferiores? ¿No les hemos arrebatado la vida, personificándonos como diabólicas figuras en sus caminos? Claro que no deseamos crear un principio de falsa protección a los irracionales, obligados, como nosotros, a cooperar con la mejor parte de sus fuerzas y posibilidades en el engrandecimiento y en la armonía de la vida, ni sugerimos la peligrosa conservación de los elementos reconocidamente dañinos. Pero, debemos aclarar que, en el capítulo de la indiferencia para con la suerte de los animales, de la cual participamos en el cuadro de las actividades humanas, ninguno de nosotros podría, en sana conciencia, tirar la primera piedra. Los seres inferiores y necesitados que se hallan en el Planeta, no nos encaran como superiores generosos e inteligentes y sí como verdugos crueles. Confían en la tempestad furiosa que perturba las fuerzas de la Naturaleza, pero

huyen, desesperados, ante la aproximación del hombre de cualquier condición; con la excepción de los animales domésticos que, por confiar en nuestras palabras y actitudes, aceptan el cuchillo en el matadero, casi siempre con lágrimas de aflicción, incapaces de discernir con el raciocinio aún embrionario, donde comienza nuestra perversidad y donde termina nuestra comprensión. Si no protegemos ni educamos a aquellos que el Padre nos confió, como frágiles gérmenes de racionalidad todavía en los pesados vasos del instinto, si abusamos largamente de su incapacidad de defensa y de conservación, ¿cómo exigir el amparo de superiores benévolos y sabios, cuyas más sencillas instrucciones son para nosotros difíciles de soportar, por nuestra lamentable condición de infractores de la ley de auxilios mutuos? En su condición de médico, usted no puede ignorar que el embriólogo, contemplando el feto humano en sus primeros días, a distancia del vehículo natural, no podrá afirmar, con certeza, si tiene ante sus ojos el germen de un hombre o de un caballo. El médico forense, encuentra dificultades para determinar si la mancha de sangre encontrada eventualmente proviene de un hombre, de un perro o de un mono. El animal posee igualmente su sistema endocrino, sus reservas de hormonas, sus procesos particulares de reproducción en cada especie y, por eso mismo, ha sido un auxiliar precioso y fiel de la Ciencia en el descubrimiento de los más eficientes servicios de curación de las enfermedades humanas, colaborando activamente en la defensa de la Civilización. Sin embargo...

El instructor se interrumpió y, considerando la gravedad del asunto, pregunté con emoción:

—¿Cómo solucionar problemas tan dolorosos?

—Los problemas son nuestros —aclaró el generoso amigo, tranquilamente—, no nos corresponde condenar a nadie. Abandonando las fajas de nuestro primitivismo, debemos despertar nuestra propia conciencia para alcanzar la responsabilidad colectiva. La misión del superior es amparar al inferior y educarlo.

Y nuestros abusos para con la Naturaleza están profundamente enraizados en todos los países, desde hace muchos siglos. No podemos renovar los sistemas económicos de los pueblos, de un momento para otro, ni sustituir, de manera repentina, los hábitos arraigados y viciosos de alimentación impropia. Reflejan ellos, igualmente, nuestros errores multimilenarios. Pero, en nuestra calidad de hijos endeudados para con Dios y para con la Naturaleza, debemos proseguir en el trabajo educativo, despertando a los compañeros encarnados más experimentados y más esclarecidos, en beneficio de la nueva era en la que los hombres cultivarán el suelo de la Tierra por amor y se valdrán de los animales con espíritu de respeto, educación y entendimiento.

Después de ligero intervalo, el instructor observó:

–Semejante realización, es de importancia esencial en la vida humana, porque, sin amor para con nuestros inferiores, no podremos esperar la protección de los superiores; sin respeto para con los otros, no debemos esperar el respeto ajeno. Si hemos sido vampiros insaciables de los seres frágiles que, entre las formas terrenas, nos rodean, abusando de nuestro poder racional ante la debilidad de la inteligencia de ellos, no está demás que, por fuerza de la animalidad que la mayoría de las criaturas humanas aún conserva, vengan a caer desveladamente, en situaciones enfermizas a causa del vampirismo de las entidades que le son afines en la esfera invisible.

Las aclaratorias de Alejandro, suministradas sin presunción y sin crítica, penetraban en mí profundamente. Algo nuevo se despertaba en mi ser. Era el espíritu de veneración hacia todas las cosas, y el reconocimiento efectivo del Paternal Poder del Señor del Universo.

El delicado orientador, me interrumpió el transporte de íntima adoración al Padre, acentuando:

–Según puede observar, el legítimo desenvolvimiento

mediúmnico, es un problema de ascensión espiritual por parte de los candidatos a las percepciones sublimes. Mientras tanto, André, no importa que nuestros amigos ansiosos por lograr los altos valores psíquicos, hayan venido hasta aquí sin la debida preparación. Aunque incipientes en el asunto, ganaron muchísimo, porque fueron auxiliados contra el vampirismo venenoso y destructor. Usted se sorprendió con las larvas que les aniquilaban sus energías espirituales; ahora verá a las entidades explotadoras que permanecen fuera del recinto, esperando su regreso.

–¿Allá afuera? –pregunté alarmado.

–Sí –respondió Alejandro–. Si nuestros hermanos consiguieran de hecho aplicarse a sí mismos los deseables golpes de la disciplina, ganarían mucho en fuerza contra la influencia de los infelices que los siguen; pero, lamentablemente, son muy raros los que se mantienen con la necesaria resolución en el terreno de la aplicación viva de la luz que reciben. La mayoría, al ser roto nuestro círculo magnético, organizado en el curso de cada reunión, olvida las bendiciones recibidas y se vuelve, nuevamente, hacia las mismas condiciones deplorables en que se hallaba horas antes, subyugada por los vampiros, renitentes y crueles.

–¡Oh! ¡Qué lecciones! –exclamé.

Notando que nuestros amigos encarnados se disponían a salir, el instructor me invitó:

–Venga conmigo a la calle y observe por sí mismo.

INFLUENCIA

Notaba, ahora, la diferencia en el ambiente.

Para nosotros los desencarnados, la atmósfera interior se hallaba impregnada de elementos balsámicos, regeneradores. Pero, aquí afuera, el aire pesaba. Se me había acentuado, sobremanera, la hipersensibilidad, ante las emanaciones espesas de la calle. Las lámparas eléctricas se asemejaban a pequeños globos, de luz muy pobre, aislados en una densa sombra.

Aspirando las nuevas corrientes de aire, observaba la indefinible diferencia. El oxígeno parecía impregnado de magnetismo poco agradable.

Comprendí, una vez más, la sublimidad de la oración y del servicio de la Espiritualidad superior, en lo íntimo de las personas.

La oración, la meditación elevada, el pensamiento edificante, refunden la atmósfera, purificándola.

El instructor interrumpió mis íntimas consideraciones, exclamando:

—Evidentemente, la modificación es inexpresable. Entre las vibraciones armoniosas del ambiente interior iluminado por la

oración, y la vía pública, repleta de emanaciones inferiores, hay singulares diferencias. El pensamiento elevado santifica la atmósfera del entorno y posee propiedades eléctricas que el hombre común está lejos de imaginar. En tanto, la calle es un vetusto depósito de vibraciones antagónicas, en medio de sombríos materiales psíquicos y peligrosas bacterias de variada procedencia, en vista de que la mayoría de los transeúntes en circulación, lanza, incesantemente, no sólo las inmensas colonias de diversos microbios, sino también los malos pensamientos de todo orden.

Mientras ponderaba la enseñanza oída, observé que muchos grupos de entidades infelices e inquietas se apostaban en las cercanías. Se hacían oír mediante las más interesantes y pintorescas conversaciones; pero, desordenadas e impropias en sus mínimas expresiones.

Alejandro me indicó un pequeño grupo de desencarnados, que me parecían inmersos en profundo desequilibrio, y dijo:

—Aquellos hermanos constituyen la corte casi permanente de nuestros compañeros encarnados que regresan ahora al nido doméstico.

—¿Qué? —indagué involuntariamente.

—Sí —agregó el orientador cuidadosamente—, los infelices no tienen permiso para ingresar aquí, en sesiones especializadas como las de esta noche. En las reuniones dedicadas a la asistencia general, pueden comparecer. Hoy necesitábamos socorrer a los amigos, para que el vampirismo de que son víctimas sea atenuado en sus consecuencias perjudiciales.

Por su excelencia, la orientación me impresionó. Todo, en aquellos trabajos, obedecía a un orden premeditado. Todo estaba calculado, programado, previsto.

—Ahora —prosiguió Alejandro con buen humor—, repare en la salida de nuestros cooperadores terrestres. Observe la manera mediante la cual vuelven, instintivamente, a los brazos de las entidades ignorantes que los explotan.

Quedé muy atento. Todos se disponían a dejar tranquilamente el recinto.

En la puerta, junto a nosotros, dieron comienzo las despedidas entre ellos:

–¡Gracias a Dios! –exclamó una señora de modales delicados–, hicimos nuestras oraciones en paz, con inmenso provecho.

–¡Qué bien me siento! –comentó una de las amigas de mayor edad– la sesión constituyó un alivio. Traía el espíritu sobrecargado de preocupaciones, pero ahora me siento reconfortada y feliz. Creo que me retiraron pesadas nubes del corazón. Oyendo las oraciones y participando de las tentativas de desarrollo para el servicio al prójimo, ¡el socorro que hemos recibido es grande! ¡Ah! ¡Qué generoso es Jesús!

Un caballero de porte distinguido, se adelantó diciendo:

–El Espiritismo es nuestro consuelo. Los compromisos que tenemos ante la verdad, son muy grandes. No es sin razón que el Señor nos colocó las lámparas sublimes de la fe en las manos. Alrededor de nosotros lloran los que sufren, se desvían los ignorantes en el extenso camino del mal. De los Cielos nos llegan las herramientas de trabajo. ¡Es necesario servir intensamente, transformándonos en colaboradores fieles de la Nueva Revelación!

–¡Exactamente! –afirmó una de las interlocutoras, conmovida con la exhortación–, tenemos grandes obligaciones, no debemos perder el tiempo. La confortante doctrina de los Espíritus, es nuestro tesoro de luz y consuelo. ¡Oh!, mis amigos, ¡cómo necesitamos trabajar! Jesús nos llama al servicio, es imprescindible atenderle.

Reconociendo las características de gratitud y loor de la conversación, expresé mi sincera admiración, exaltando la fidelidad de los cooperadores de la casa. Se demostraban fervorosos en la fe, confiados en el futuro e interesados en la extensión de los beneficios divinos, considerando los dolores y las necesidades de los semejantes.

Viendo mis expresiones encomiásticas, Alejandro, sonriendo, expresó:

—No se impresione. El problema no es de entusiasmo y sí de esfuerzo persistente. No podemos ceder ante las soluciones lentas. Son raros los amigos que consiguen conservar su emoción e idealismo uniformemente en las construcciones espirituales. Ya hace nueve años, con algunas interrupciones, que me encuentro en concurso activo en esta casa y, mensualmente, veo desfilar aquí las nuevas promesas y los votos de servicio. Al primer embate con las necesidades reales del trabajo, es reducido el número de compañeros que permanece fiel a su propia conciencia. En las horas de calma, grandes loores. En los momentos difíciles, disfrazadas deserciones, bajo el pretexto de incompreensión ajena. Me veo forzado a decir que, en la mayoría de los casos, nuestros hermanos son serviciales y caritativos con el prójimo, cuando se trata de las necesidades materiales, pero casi siempre continúan siendo no tan buenos consigo mismos, pues olvidan la aplicación de la luz evangélica a su vida práctica. Prometen excesivamente con las palabras, pero, operan poco en el campo de los sentimientos. Con excepciones, se irritan al primer contacto con las luchas más ásperas, después de afirmar los más sanos propósitos de renovación y, comúnmente, volviendo cada semana al núcleo de las oraciones, están en las mismas condiciones, requiriendo consuelo y auxilio exteriores. No es con facilidad que cumplen en sí mismos la promesa de cooperación con el Cristo, base fundamental de la verdadera iluminación.

Mientras Alejandro guardaba silencio, observé con atención a los circunstantes. Aún se hallaban todos ellos, los encarnados, irradiando alegría y paz, adquiridas en la rápida convivencia con los benefactores invisibles. De la frente de cada uno, emanaban rayos de espiritualidad sorprendentes.

En un gesto significativo, el instructor aclaró:

—Aún se encuentran bajo las irradiaciones del baño de luz a que se sometieron a través del servicio espiritual con la oración. Si

consiguiesen mantener semejante estado mental, poniendo en práctica las reglas de perfección que aprenden, comentan y enseñan, les sería fácil alcanzar positivamente el nivel superior de la vida; no obstante, André, como nosotros, que en otros tiempos fuimos inexpertos y débiles, ellos ahora, aún lo son también. Cada hábito poco digno, adquirido por el alma en el curso incesante de los siglos, funciona como entidad viva en el universo de sentimientos de cada uno de nosotros, compeliéndonos a regiones tenebrosas y ofreciendo elementos de unión con los infelices que se encuentran en un nivel inferior. Examine a nuestros amigos encarnados, con bastante atención.

Los contemplé con interés. Cambiaban gentilmente los últimos saludos de la noche, demostrando luminosa felicidad.

—Acompañemos al grupo en que se encuentra el hermano fuertemente atacado por las inquietudes del sexo —exclamó el orientador, proporcionándome valiosa experiencia.

El joven, acompañado de una señora de edad y de una muchacha, que luego percibí eran la madre y la hermana, se ponían de regreso al hogar.

Moviéndonos, los seguimos de cerca.

Algunos metros más allá del recinto donde se habían reunido los compañeros de lucha, el ambiente general de la calle era todavía más denso.

Tres entidades de sombrío aspecto que en virtud del bajo patrón vibratorio de sus percepciones, estaban absolutamente ciegas para vernos, se acercaron al trío que se hallaba bajo nuestra atenta mirada.

Una de ellas se arrimó a la señora de edad e, instantáneamente, observé que su frente se opacó, haciéndose extrañamente oscura. Su semblante se modificó. Desapareció el júbilo radiante, dando lugar a señales de fuerte preocupación. Se había transfigurado de manera completa.

–¡Oh, hijos míos! –exclamó la madre, que parecía paciente y bondadosa–, ¿por qué motivo somos tan diferentes durante el curso de los trabajos espirituales? Quisiera poseer, al retirarme de nuestras oraciones colectivas, el mismo buen ánimo y la misma paz íntima. Pero, eso no sucede así. Al retomar el camino de la lucha práctica, siento que la esencia de las disertaciones evangélicas, persevera dentro de mí, pero de modo vago, sin aquella nitidez de los primeros minutos. Me esfuerzo sinceramente por continuar manteniendo el mismo estado del alma, pero algo me falta, que no sé definir con precisión.

En este momento, las otras dos entidades que aún se mantenían distanciadas, se agarraron cómodamente de los brazos del joven, quien ofreció a mi vista los mismos fenómenos. Se le dispó la claridad mental y dos arrugas de aflicción y desaliento se le manifestaron en el rostro, que perdió aquel halo de alegría luminosa y de confianza. Fue entonces que él respondió con voz pausada y triste:

–Es verdad, mamá. Nuestras imperfecciones son enormes. Créame: mi situación es peor que la suya. Usted sufre ansiedad, amargura, melancolía. Es muy poco para quien, como yo, se siente víctima de malos pensamientos. Me casé hace menos de ocho meses y a pesar de la devoción que siento por mi esposa, a veces tengo el corazón repleto de tentaciones indeseables. Me pregunto la razón de tales ideas extrañas y francamente, no encuentro respuesta. La invencible atracción por los ambientes malignos, me confunde el espíritu, al que siento inclinado al bien y a la rectitud de proceder.

–¡Quién sabe, hermano, si estás bajo la influencia de entidades poco esclarecidas! –consideró la joven con buenas maneras.

–Sí –contestó el joven–, por eso mismo vengo intentando el desarrollo de la mediumnidad, a fin de localizar la causa de semejante situación.

En ese instante, el orientador murmuró abiertamente:

–Ayudemos a este amigo a través de la conversación.

Sin pérdida de tiempo, colocó su diestra sobre la frente de la jovencita, manteniéndola bajo vigoroso influjo magnético, transmitiéndole sus generosas ideas. Observé que aquella mano protectora, al tocar los cabellos rizados de la joven, despedía luminosas chispas, solamente perceptibles a mi vista. La muchacha, a su vez, pareció más noble y más digna en su expresión casi infantil, y respondió firmemente:

—En este caso, opino que el desarrollo mediúmnico debe ser la solución extrema, porque antes de enfrentar a los enemigos, hijos de la ignorancia, deberíamos armar el corazón con la luz del amor y de la sabiduría. Si descubrieses a perseguidores invisibles, en torno a tus actividades, ¿cómo beneficiarlos cristianamente sin la necesaria preparación espiritual? La reacción educativa contra el mal, es siempre un deber nuestro, pero antes de tratar del desenvolvimiento psíquico, que tal vez sería prematuro, debemos procurar la elevación de nuestras ideas y sentimientos. No podríamos contar con una buena mediumnidad sin la consolidación de nuestros buenos propósitos; y para ser útiles, en los reinos del Espíritu, nos corresponde aprender, en primer lugar, a vivir espiritualmente, aunque todavía nos hallemos inmersos en la carne.

La respuesta, que fuera para mí una valiosa sorpresa, no provocó mayor interés en ambos interlocutores, casi neutralizados por la actuación de los habituales vampiros.

Tanto la madre como el hijo, dejaban percibir profunda contrariedad, en vista de las definiciones oídas. La palabra de la jovencita, llena de verdadera luz, los había desconcertado.

—Usted no tiene aún suficiente edad, hija mía, —exclamó disgustada la progenitora—; por tanto, no puede opinar sobre este asunto.

Y como buena cultivadora de viejos sufrimientos, agregó:

—¡Cuando usted haya atravesado los caminos que ya cruzaron mis pies, cuando le lleguen las desilusiones sin esperanza, observará entonces como es difícil mantener la paz y la luz en el corazón!

–Y si algún día –dijo el joven, melancólico–, experimentas las luchas que yo ya conozco, verás que tengo motivos para quejarme contra la suerte y que no me queda otro recurso que el de permanecer en el círculo de las indecisiones que me asaltan. Hago cuanto puedo por deshacerme de ideas sombrías y vivo combatiendo inesperadas tentaciones; sin embargo, me siento lejos de alcanzar la necesaria libertad espiritual. No me falta la voluntad, pero...

Alejandro, que había retirado su diestra de la frente de la joven, viendo mi perplejidad, me informó:

–El amigo que se unió a nuestra hermana fue su marido terrestre, hombre que no desarrolló sus posibilidades espirituales y que vivió con gran egoísmo doméstico. En cuanto a los dos infelices que se apegan tan fuertemente al joven, son dos compañeros ignorantes y perturbados que él adquirió en sus contactos con el meretricio.

Ante mi asombro, el instructor continuó explicándome:

–El ex esposo sólo concibió el matrimonio como una unión corporal para atender conveniencias vulgares de la experiencia humana y, al haber pasado el tiempo terrestre de aprendizaje, sin ideales nobles, interesado en disfrutar todas las gratificaciones de los sentidos, no se siente con bastante fuerza para abandonar el círculo doméstico, donde la compañera, por su parte, solamente ahora, después de la desencarnación de él, es cuando comienza a preocuparse por los problemas concernientes a la vida espiritual. En cuanto al joven, de liviandad en liviandad, creó fuertes lazos con ciertas entidades atoradas todavía en el pantano de las sensaciones del meretricio, entre las cuales se destacan por su perseverancia las dos entidades que ahora se le prenden, casi integralmente sintonizadas con su campo de magnetismo personal. El pobrecito no se dio cuenta de los peligros que enfrentaba, tornándose presa inconsciente de afines invisibles, tan débiles y viciosos como él mismo.

–¿Y no habrá recursos para liberarlos? –indagué, emocionado.

El orientador sonrió paternalmente y ponderó:

—¿Pero quién deberá romper las cadenas sino ellos mismos? Nunca les faltó el auxilio exterior de nuestra amistad permanente; no obstante, se alimentan unos a otros, en el terreno de las sensaciones sutiles, absolutamente imponderables para todos aquellos que no puedan sondear el mecanismo íntimo. Es innegable que procuran, ahora, los elementos de liberación. Se aproximan a la fuente de esclarecimientos elevados, se sienten cansados de la situación y experimentan, efectivamente, el deseo de una vida nueva; con todo, ese deseo es más de los labios que del corazón, pues se trata de una aspiración muy vaga, casi nula. Si de hecho cultivasen una resolución positiva, transformarían determinantemente sus fuerzas personales para el dominio de la acción regeneradora. No obstante, esperan por milagros inadmisibles y renuncian al empleo de sus propias energías, únicas palancas de realización.

—Pero, ¿no podríamos provocar la retirada de esos vampiros inconscientes? —pregunté.

—Los mismos interesados forzarían su regreso —explicó Alejandro sonriendo. Ya se hizo el intento que usted indica, con el propósito de beneficiarlos de modo indirecto, pero nuestra hermana se declaró demasiado nostálgica por el compañero, y nuestro amigo afirmó, íntimamente, sentirse menos hombre, tomando la humildad como cobardía, y el desapego a los impulsos inferiores, como tedio destructor. Tanto emitieron sus requerimientos mentales, que sus funciones óptimas constituyeron verdaderas invocaciones, y en vista del vigoroso magnetismo del deseo constantemente alimentado, de nuevo se les agregaron los infelices compañeros.

—Pero, ¿viven así imantados unos a los otros, en todos los lugares? —indagué.

—Casi siempre. Se satisfacen mutuamente, en el intercambio continuo de las emociones e impresiones más íntimas.

Preocupado por hacer algún bien, ponderé:

–A lo mejor podríamos conducir a estas entidades al debido esclarecimiento. ¿No sería razonable adoctrinarlas, incentivándolas al equilibrio y al respeto propio?

–No hemos olvidado semejante recurso –dijo Alejandro, complaciente–. Esa providencia viene siendo efectuada con la perseverancia y el método precisos. Pero, tratándose de un caso en el que los encarnados se convirtieron en poderosos imanes de atracción, la medida exige tiempo y tolerancia fraternal. Tenemos gran número de trabajadores consagrado a ese menester, en nuestro plano y esperamos que la siembra de la enseñanza dé sus frutos. De cualquier modo, convéznase de que a los amigos que se encuentran bajo nuestra observación se les ha prestado toda la asistencia posible. Si todavía no avanzaron todos ellos en el camino de la espiritualidad elevada, ello se debe a la debilidad y la ignorancia en que viven voluntariamente esclavizados. Recogen lo que siembran.

En ese instante, fijamos nuevamente la atención en la conversación que se desarrollaba:

–Hago lo que puedo –repetía el joven desalentado–, a pesar de ello, no logro obtener la tranquilidad interior que deseo.

–Lo mismo me sucede a mí –observaba la progenitora con tono triste–. Mis únicas mejoras se verifican cuando hacemos nuestras oraciones colectivas. Luego, en seguida, asaltan mi espíritu las peores emociones. Vivo sin paz, sin apoyo. ¡Oh, hijos míos! ¡Es cruel rodar así por el mundo, como un náufrago sin orientación!

–La comprendo, mamá –volvió a decir el hijo, como satisfecho por alimentar las impresiones nocivas que le ocupaban la mente–, la comprendo, porque las tentaciones me transforman la vida en una maraña de sombras espesas. No sé que otra cosa hacer para resistir los pensamientos amargos. ¡Ay de nosotros, si el Espiritismo no hubiese llegado a nuestros destinos como sagrada fuente de sublimes consuelos!

En ese momento, Alejandro colocó nuevamente la diestra sobre la frente de la joven, quien tradujo su pensamiento en tono de respeto y cariño:

–Estoy de acuerdo en que el Espiritismo es nuestro manantial de consuelo, pero no puedo olvidar que tenemos en la Doctrina la bendita escuela de preparación. Si permanecemos arraigados en las exigencias del confort, probablemente olvidemos las obligaciones del trabajo. Creo que los instructores de la verdad espiritual, desean, ante todo, nuestra íntima renovación para la vida superior. Si solamente buscamos consuelo sin adquirir fortaleza, no pasaremos de ser niños espirituales. Si buscamos la compañía de orientadores benévolos, tan sólo para disfrutar ventajas personales, ¿dónde estará el aprendizaje? ¿Acaso no permanecemos, aquí en la Tierra, ante constantes lecciones? ¿Habríamos recibido el cuerpo, al renacer, tan sólo para reposar? Es increíble que nuestros amigos de la esfera superior nos vengan a suprimir la posibilidad de caminar, sin ayuda, usando nuestros propios pies. Naturalmente, los benefactores del Más Allá, no nos quieren como eternos necesitados de la casa de Dios, y sí como compañeros de los gloriosos servicios del bien, tan generosos, fuertes, sabios y felices cuanto ellos ya lo son.

Y modificando su inflexión de voz, deseosa de demostrar la ternura filial que vibraba en su alma, agregó:

–Mamá sabe cuánto la quiero, pero algo, en el fondo de mi conciencia, no me permite comentar nuestras necesidades sino así, ajustándome a las elevadas enseñanzas que la Doctrina nos grabó en el corazón. No puedo comprender el Cristianismo sin nuestra integración práctica en los ejemplos de Cristo.

Habiendo interrumpido el instructor la operación magnética y hallándome perplejo ante la facilidad con que la muchacha captaba sus pensamientos, en contraste con la complejidad observada en los servicios de psicografía, expuse al orientador amigo las dudas que me asaltaban el espíritu.

Sin titubear, Alejandro me explicó:

—Aquí, André, observa usted el simple trabajo de transmisión mental y no puede olvidar que el intercambio del pensamiento es un movimiento libre en el Universo. Desencarnados y encarnados, en todos los sectores de la actividad terrestre, viven en la más amplia permuta de ideas. Cada mente es un verdadero mundo de emisión y recepción, y cada cual atrae a los que se les asemejan. Los tristes, agradan a los tristes, los ignorantes se reúnen, los criminales comulgan en la misma esfera, los buenos establecen lazos recíprocos de trabajo y realización. Aquí tenemos el fenómeno intuitivo que, con mayor o menor intensidad, es común a todos los seres humanos, no solo en el plano constructivo, sino también en los círculos de expresiones menos elevadas. Tenemos, ante nuestros ojos, a una hermana y a su hijo mayor, completamente ambientados con la explotación inferior por parte de amigos desencarnados, presas de la ignorancia y la enfermedad, estableciendo perfecto intercambio de vibraciones inferiores. Hablan bajo la determinación directa de los infelices vampiros, transformados en huéspedes permanentes en el continente de sus posibilidades físico-psíquicas. Permanece también bajo nuestro análisis una joven que, en el presente momento, alcanzó dieciséis años en su nueva existencia terrenal. No obstante, sus disposiciones son bastante diversas. Ella consigue captar nuestros pensamientos y traducirlos en lenguaje edificante. Propiamente, no está en el servicio técnico de la mediumnidad, pero sí en el bendito trabajo de la espiritualización.

E indicando a la jovencita cercada de maravilloso halo de luz, agregó:

—Conserva todavía su vaso orgánico en la misma pureza con que lo recibió de los benefactores que le prepararon la presente reencarnación. Todavía no fue conducida al plano de las emociones fuertes, y sus posibilidades de recepción en el dominio intuitivo, se conservan claras y maleables. Sus células se encuentran aún libres de influencias tóxicas; sus órganos vocales, por ahora, no

fueron viciados por la maledicencia, por la rebeldía, por la hipocresía; sus centros de sensibilidad todavía no sufrieron desvíos; su sistema nervioso goza de envidiable armonía, y su corazón, envuelto en buenos sentimientos, comulga con la belleza de las verdades eternas, a través de la creencia sincera y consoladora. Y además, no teniendo deudas muy graves del pasado, condición que la aísla del contacto con entidades perversas que se mueven en la sombra, puede reflejar con exactitud nuestros más íntimos pensamientos. Viviendo mucho más por el espíritu, en las actuales condiciones en que se encuentra, basta la permuta magnética, para que traduzca las ideas esenciales.

—¿Significa esto —pregunté— que esta joven es bastante pura y que continuará con semejantes aptitudes en toda la existencia?

Alejandro sonrió y observó:

—No tanto. Ella conserva aún los beneficios que trajo del plano espiritual y las cartas de la felicidad todavía permanecen en sus manos para que pueda extraer de ellas las mayores ventajas en el juego de la vida, pero en el futuro, dependerá de ella ganar o perder. La conciencia es libre.

—Entonces —continué preguntando— ¿no sería difícil que se prepararan todos los seres humanos para recibir la influencia superior?

—De ningún modo, —aclaró él—, todas las almas rectas, dentro del espíritu de servicio y de equilibrio, pueden comulgar perfectamente con los mensajeros divinos y recibir de ellos los programas de trabajo y de iluminación, independientemente de la técnica de la mediumnidad que, actualmente, se desenvuelve en el mundo. En la Creación no existen privilegiados. Existen sí, los trabajadores fieles, compensados con justicia, donde quiera que fuere.

Fuertemente emocionado con las explicaciones oídas, sentí que mi pensamiento se perdía en un mar de nuevas y benditas ilusiones.

LA ORACIÓN

Después de separarse de la madre y de la hermana, el joven se dispuso a tomar el camino de su residencia.

Lo seguimos de cerca. Me dolía identificar su posición de víctima, rodeado por las dos formas oscuras.

Las observaciones referentes a la microbiología psíquica, me impresionaban fuertemente.

Conocía de cerca las alteraciones circulatorias, determinando la embolia, el infarto, la gangrena. Había tratado en otro tiempo innumerables casos de infección, a través de artritis y miositis, úlceras gástricas y abscesos miliars. En el campo médico, había examinado con atención las manifestaciones del cáncer, y de otros tumores malignos, en complicados procesos patológicos. Había visto múltiples expresiones microbianas, en el tratamiento de la lepra, de la sífilis, de la tuberculosis. Muchas veces, en mi condición de defensor de la vida, Había permanecido largos días en duelo con la muerte, sintiendo la inutilidad de mi técnica profesional en el ataque a los virus extraños que apresuraban la destrucción orgánica, burlándose de mis esfuerzos. Entretanto, en la condición de médico, en la mayoría de los casos, cuando todavía podía contar

con la prodigiosa intervención de la Naturaleza, mantenía la presunción de conocer variadas formas de combate, en diversas direcciones. En el diagnóstico de la difteria, no vacilaba en la aplicación del suero de Roux y conocía el valor de la operación de traqueotomía en el crup declarado. En las congestiones, no iba a olvidarme de intensificar la circulación. En los eczemas, sin duda, hubiera recordado los baños de almidón, las pomadas a base de bismuto y la medicación arsenical y sulfurosa. Diagnosticando el edema, habría recordado la veratrina, el calomelano, la cafeína y la teobromina, después de analizar, detalladamente, los síntomas. En el cáncer, hubiese practicado la intervención quirúrgica, si los rayos X no demostrasen la eficiencia precisa. Para todos los síntomas, habría sabido utilizar regímenes y dietas, aplicaciones diversas, aislamientos e intervenciones, pero... ¿y allí?

Frente a nosotros caminaba un enfermo distinto. Su diagnóstico era diferente. Escapaba a mi conocimiento sobre los síntomas y a mis antiguos métodos de curar. No obstante, se trataba de un paciente en condiciones muy graves. Se le veían los parásitos oscuros. Se le observaba la desesperación íntima en vista del asedio incesante. ¿No habría remedio para él? ¿Estaría abandonado y sería más desdichado que los enfermos del mundo? ¿Qué hacer para aliviarle los terribles dolores que se manifiestan como angustiosas y permanentes inquietudes? Había atendido ya a entidades perturbadas y sufridoras, balsamizando sus atroces padecimientos. No ignoraba los constantes esfuerzos de nuestra colonia espiritual, con el fin de atenuar los sufrimientos de los desencarnados de orden inferior, pero, allí, en virtud de la contribución magnética de Alejandro, el grande y generoso instructor que me seguía, observaba a un compañero encarnado, presa de singulares vicios. ¿Qué factores podrían suministrarle el socorro indispensable?

Y, naturalmente, nuevas reflexiones se me sucedían aceleradamente. ¿Semejantes expresiones microbianas acompañarían a los desencarnados? ¿Atacarían al alma fuera de la carne? Cuando

me había debatido en amarguras inexpresables, en las zonas inferiores, ¿habría sido, ciertamente, víctima de las mismas influencias crueles? Pero, ¿dónde encontrar el remedio saludable? ¿Dónde hallar alivio para tan grandes angustias?

Revelando paternal interés, Alejandro vino a socorrerme, aclarando:

–Estas interrogaciones íntimas, André, traen consigo un gran bien para su corazón. Comienza a observar las manifestaciones del vampirismo, las cuales no se circunscriben al ambiente de los encarnados. Casi la totalidad de los sufrimientos, en las zonas inferiores, le deben a él su doloroso origen. Criaturas humanas desviadas de la verdad y del bien, en los largos caminos evolutivos, se reúnen unas y otras, para continuar en las permutas magnéticas de baja índole. Los criminales de variados matices, los débiles de voluntad, los de carácter paralizado, los enfermos voluntarios, los tercos y recalcitrantes de todas las situaciones y de todos los tiempos, integran comunidades de sufridores y penitentes del mismo patrón que se arrastran pesadamente, en las regiones invisibles a la mirada humana. Todos ellos segregan fuerzas detestables y crean formas horripilantes, porque toda materia mental está revestida de fuerza plasmadora que se exterioriza.

–Mas –objeté– siento que el campo médico es mucho mayor después de la muerte del cuerpo.

–Sin duda –arguyó mi interlocutor, con serenidad–, cuando comprendemos la extensión de los ascendientes morales en todos los acontecimientos de la vida.

–Sin embargo, –consideré–, me horrorizan los nuevos descubrimientos en la región microbiana. ¿Qué hacer contra el vampirismo? ¿Cómo luchar con las fuerzas mentales degradantes? En el mundo, tenemos la clínica especializada, la técnica quirúrgica, los antídotos de varios sistemas curativos. ¿Pero, aquí?

Alejandro sonrió, pensativo, y dijo, después de una larga pausa:

–Conforme verificamos, André, en los siglos pasados, el tratamiento remoto en los templos, la ascendencia de la fe en los procesos de la Medicina, y la concepción de que las entidades diabólicas provocan las más extrañas enfermedades en el hombre, no están integralmente destituidas de razón. Indudablemente, entre los Espíritus encarnados, las expresiones mentales dependen del equilibrio del cuerpo, así como la buena y perfecta música depende del instrumento fiel. Mas, la ciencia médica alcanzará culminaciones sublimes, cuando verifique en el cuerpo transitorio, la sombra del alma eterna. Cada célula física es instrumento de determinada vibración mental. Todos somos herederos del Padre que crea, conserva, perfecciona, transforma o destruye, y diariamente, con nuestro potencial generador de energías latentes, estamos creando, renovando, perfeccionando o destruyendo alguna cosa. Comprendo su sorpresa ante sus deducciones del nuevo paisaje que se desdobra a su vista. La lucha por el perfeccionamiento es muy vasta. En cuanto al combate sistemático al vampirismo, en las múltiples molestias del alma, aquí también, en el plano de nuestras actividades, no faltan procesos sanadores y curativos de naturaleza exterior; no obstante, examinando el asunto en su esencia, somos compelidos a reconocer que cada hijo de Dios debe ser el médico de sí mismo y, hasta la plena aceptación de esta verdad con las aplicaciones de sus principios, la criatura humana estará sujeta a incesantes desequilibrios.

Entendiendo mi extrañeza, Alejandro indicó al joven que se disponía a penetrar en su reducto doméstico, después de pequeña incursión a pie, y dijo:

–Existen diversos procesos de medicación espiritual contra el vampirismo, los cuales podremos desarrollar en distintas direcciones; mas, para suministrarle a usted una demostración

práctica, visitemos el hogar de nuestro amigo. Así conocerá el más poderoso antídoto.

Curioso, observé que las infelices entidades se mostraban, ahora, terriblemente disgustadas. Algo les impedía acompañar a la víctima al interior.

–Naturalmente –manifestó mi generoso compañero–, usted sabe ya que la oración traza fronteras vibratorias.

Sí, ya había observado experiencias de esa índole.

–Aquí –prosiguió él– reside una hermana que tiene la felicidad de cultivar la oración fervorosa y recta.

Entramos. Y, mientras el amigo encarnado se preparaba para recogerse, Alejandro me explicaba el motivo de la sublime paz reinante entre aquellas humildes paredes.

–El hogar –dijo– no es tan sólo la morada de los cuerpos, por encima de todo, es la residencia de las almas. El santuario doméstico que encuentre personas amantes de la oración y de los sentimientos elevados, se convierte en campo sublime de las más bellas floraciones y cosechas espirituales. Nuestro amigo todavía no se equilibró en las bases legítimas de la vida, después de caer en extremas vacilaciones y en livianas experiencias de la primera juventud. No obstante, su compañera, mujer joven y cristiana, por la abundante y permanente emisión de fuerzas purificadoras y luminosas de que se nutre su Espíritu, garantiza la tranquilidad de la casa con su presencia.

Estaba sumamente sorprendido. De hecho, la tranquilidad interior era grande y confortable. En cada ángulo de las paredes y en cada objeto aislado, había vibraciones de paz inalterable.

El joven, ahora, penetraba en el modesto aposento, naturalmente dispuesto a obtener el descanso nocturno.

Alejandro me tomó la diestra paternalmente, se encaminó a

la puerta, que se había cerrado sin estrépito, y tocó levemente, como si nos halláramos ante un santuario que no debíamos penetrar sin religioso respeto.

Una señora muy joven, desligada del cuerpo físico en los momentos del sueño, que percibí inmediatamente era la esposa de nuestro compañero, nos vino a atender, saludando al instructor afectuosamente. Después de cumplimentarme gracias a la presentación de Alejandro, exclamó jovialmente:

–Agradezco a Dios la posibilidad de que podamos orar juntos. Entren. Deseo transformar nuestra casa en un templo vivo de Nuestro Señor.

Ingresamos en el aposento íntimo y, de mi parte, mal podía contener la sorpresa de la situación.

En ese instante, el esposo se acostaba con evidente cuidado como para no despertar a la esposa que dormía.

Contemplé el hermoso cuadro santificante. El lecho estaba rodeado de intensa luminosidad. Observé los hilos tenuísimos de energía magnética que ligaban el alma de nuestra amiga a su forma física, plácidamente acostada.

–Discúlpeme –dijo bondadosamente mientras miraba al instructor–, necesito atender ahora a mis deberes inmediatos.

–Actúe como le plazca, Cecilia –dijo el orientador con la ternura de un padre que bendice–, pasamos por aquí tan solo para visitarla.

Cecilia le besó las manos y le rogó:

–No se olvide de dejarnos su acción benéfica.

Alejandro sonrió en silencio y, por algunos minutos, se mantuvo en profunda meditación.

Y mientras él se mantenía aislado en sí mismo, yo observaba la delicada escena: La esposa, desligada del cuerpo, se sentó a la

cabecera y, en el mismo instante, el joven, como si estuviera arreglando la almohada, descansó la cabeza en su regazo espiritual. Cecilia, acariciándole la cabellera con ambas manos, elevaba los ojos a lo Alto, mostrándose en fervorosa oración. Luces sublimes la cercaban por completo y yo podía sintonizarme con sus más íntimas expresiones, oyendo su rogativa por la iluminación del compañero a quien parecía amar infinitamente. Conmovidó por la belleza de sus súplicas, observé con asombro que el corazón se le transformaba en un foco ardiente de luz, del cual salían innumerables partículas resplandecientes, que se proyectaban sobre el cuerpo y sobre el alma del esposo con la velocidad de minúsculos rayos. Los radiantes corpúsculos penetraban en su organismo en todas direcciones y, muy particularmente, en la zona del sexo, en la que había identificado tan grandes anomalías psíquicas, concentrándose y destruyendo las pequeñas formas oscuras y horripilantes del vampirismo devorador. No obstante, los elementos mortíferos no permanecían inactivos. Luchaban, desesperados, con los agentes de luz. El joven, como si hubiera alcanzado un oasis, iba perdiendo la expresión de angustioso cansancio. En aquel momento, se le veía calmado, y gradualmente en cada instante, más fuerte y feliz, en aquel momento. Restaurado en sus energías esenciales, abrazó suavemente a la esposa amorosa que se conservaba maternalmente a su lado, y se durmió jubiloso.

La escena íntima, era maravillosamente bella a mi vista.

Me disponía a pedir explicaciones, cuando el instructor me llamó delicadamente, encaminándose al exterior.

Fuera de la habitación me dijo paternalmente:

–Ya observó cuanto debía. Ahora, podrá extraer sus propias conclusiones.

–Sí –contesté–; estoy asombrado con lo que vi, no obstante, apreciaría oírle sus esclarecedoras consideraciones.

–No le quepa duda alguna –prosiguió el orientador–, la

oración es el más eficiente antídoto contra el vampirismo. La plegaria no es el movimiento mecánico de los labios, ni disco de fácil repetición en el aparato mental. Es vibración, energía, poder. La persona que ora movilizándolo sus propias fuerzas, realiza trabajos de inexpresable significación. Semejante estado psíquico descubre fuerzas ignoradas, revela nuestro origen divino y nos coloca en contacto con las fuerzas superiores. Dentro de esa realización, el Espíritu, en cualquier estado, puede emitir rayos de magnánimo poder.

Después de breve intervalo, Alejandro, imprimiendo más fuerza a la enseñanza, consideró:

—Usted no puede ignorar que las propias formas inferiores de la materia en la Tierra, se alimentan casi integralmente de rayos. Sobre la frente humana, descienden cada minuto, billones de rayos cósmicos, oriundos de estrellas y de planetas ampliamente distantes de la Tierra, sin hacer mención de los rayos solares, caloríficos y luminosos, que la ciencia terrestre mal comienza a conocer. Los rayos gamma, provenientes del *radium* que se desintegra incesantemente en el suelo y los de varias expresiones emitidas por el agua y por los metales, alcanzan a los habitantes de la Tierra por los pies, determinando considerables influencias. Y, en el sentido horizontal, experimenta el hombre la actuación de los rayos magnéticos exteriorizados por los vegetales, por los irracionales y por los propios semejantes.

El asombro me mantuvo en silencio, pero, el orientador, después de ligera pausa, prosiguió:

—¿Y las emanaciones de naturaleza psíquica que envuelven a la Humanidad, provenientes de las colonias de seres desencarnados que rodean a la Tierra? Cada segundo, André, todos y cada uno de nosotros recibe trillones de rayos de distinto orden, emitidos por fuerzas que nos son peculiares, las que, a veces, van a actuar en el plano de la vida, en regiones muy apartadas de nosotros. En ese círculo de permuta incesante, los rayos divinos,

expedidos por la oración santificadora, se convierten en factores adelantados de cooperación eficiente y definitiva en la curación del cuerpo, en la renovación del alma y en la iluminación de la conciencia. Toda oración elevada, es manantial de magnetismo creador y vivificante y toda persona que cultiva la oración, con el debido equilibrio de sentimiento, se transforma, gradualmente, en foco irradiante de las energías de la Divinidad.

Las explicaciones del instructor, penetraron en mi ser profundamente. No obstante, deseando cerciorarme en cuanto a otro pormenor de la sublime experiencia, interrogué:

–Pero, ¿bastará el recurso de la esposa para que nuestro enfermo restaure su equilibrio psíquico?

–El socorro de Cecilia es valioso para su compañero, pero el potencial de emisión divina le pertenece a ella, como fruto incorruptible de sus esfuerzos individuales. Para él significa un “aumento de misericordia” que deberá anexar, en definitiva, al patrimonio de su personalidad, a través de su propio trabajo. El recibir el auxilio del bien, no quiere decir que el beneficiado sea bueno. Nuestro amigo necesita dedicarse, con fervor, al aprovechamiento de las bendiciones que recibe, porque, innegablemente, toda cooperación exterior puede ser interrumpida y cada hijo de Dios es heredero de posibilidades sublimes y debe funcionar como médico vigilante de sí mismo.

SOCORRO ESPIRITUAL

–¿Necesita regresar pronto a los servicios? –indagó Alejandro, cuando regresábamos a la vía pública.

–Puedo disponer de más tiempo –respondí

Mi interés en la continuidad de las instrucciones era enorme. Alejandro poseía vastísimas experiencias médicas. Mis adquisiciones, en ese terreno, en comparación con las de él, representaban pálidos conocimientos.

–Todavía tengo que realizar una reunión educativa para hermanos encarnados –continuó el orientador– y si usted pudiese acompañarnos, nos sentiríamos complacidos.

–Por supuesto que iré. Estoy aprendiendo y no debo perder la oportunidad.

Salimos.

Las entidades perturbadas se mantenían en la puerta, dando idea de alguien que espera una brecha para poder entrar.

Como Alejandro proseguía con su conversación edificante, lo seguíamos, casi paso a paso, como cuando nos hallábamos en la superficie terrestre.

Estábamos en los primeros minutos de la madrugada. Los transeúntes desencarnados eran numerosísimos. La mayoría, de naturaleza inferior, llevaba vestimenta oscura; pero, de espacio en espacio, nos enfrentábamos con grupos luminosos que pasaban aceleradamente, en servicios cuya importancia se adivinaba.

–Siempre hay quehaceres urgentes en el auxilio oportuno a nuestros hermanos de la Tierra –comentó el instructor con afabilidad y dulzura– y en la mayor parte de las veces, nuestra labor es más eficiente por la noche, cuando los rayos solares directos no desintegran ciertos recursos de nuestra cooperación...

No había terminado, cuando inesperadamente, se acercó a nosotros una ancianita simpática.

–¡Justina, hermana mía, que el Señor la bendiga! –la saludó el orientador gentilmente.

La entidad amiga, que demostraba mucha inquietud en la mirada, contestó con afectuoso respeto y se explicó:

–Alejandro, tengo necesidad de su auxilio urgente, por esto vine a su encuentro. Discúlpeme.

Y antes que el instructor pudiese sondearle verbalmente la aflicción, la interlocutora prosiguió:

–Mi hijo Antonio se encuentra en gravísimo estado...

Ahora era Alejandro quien la interrumpía:

–Adivino lo que sucede. Cuando lo visité el mes pasado, le observé anomalías circulatorias.

–Sí, sí –continuó la afligida madre– Antonio vive en un círculo de pensamientos desviados, pese a su buen corazón. Y hoy llevó al lecho de reposo tantas preocupaciones indebidas, tanta angustia innecesaria, que sus creaciones mentales se transformaron en verdaderas torturas. Inútilmente traté de auxiliarlo con mis humildes recursos; desgraciadamente, es tan grande su desequilibrio interior, que toda mi colaboración resultó inútil,

permaneciendo su cerebro bajo la amenaza de un derrame mortífero.

Y sintiendo la gravedad del minuto, agregó tristemente:

—¡Oh, Alejandro! Sé muy bien que debemos subordinar nuestros deseos a los designios de Dios. Pero es que mi hijo necesita continuar por algunos días más en la Tierra. Creo que en dos meses más, conseguiré que él, indirectamente, solucione todos los problemas que afectan la paz de la familia. ¡Su autoridad puede auxiliarnos! ¡Su corazón edificado en el Cristo está en condiciones de otorgarnos ese gran bien...!

Reconociendo la urgencia del asunto, exclamó el orientador:

—¡Pongámonos en camino! ¡No debemos perder ni un segundo!

En pocos instantes, penetrábamos en una confortable residencia. La anciana, afligida, nos condujo a una espaciosa alcoba, donde el hijo, jefe de la casa, reposaba entre albas sábanas, dando la impresión característica de un moribundo.

Antonio parecía próximo a los setenta años y exhibía todas las señales del arteriosclerótico avanzado.

El cuadro era profundamente educativo para mí, ahora que estaba entrando en un círculo valioso de nuevas observaciones.

Identificaba perfectamente el estado preagónico, en todas sus expresiones físico-espirituales. El alma confusa, inconsciente, se movía con dificultad, casi totalmente exteriorizada junto al cuerpo inmóvil, respirando dificultosamente.

Mientras Alejandro se inclinaba paternalmente sobre él, observé que nos hallábamos ante una trombosis peligrosísima, localizada en una de las arterias que irrigan la corteza motora del cerebro. La apoplejía no se haría esperar. Algunos instantes más y la víctima desencarnaría.

Alejandro, que centralizaba todas sus atenciones en el

enfermo, le tocó el cerebro periespiritual y dijo con serena autoridad:

—¡Antonio, manténgase vigilante! ¡Nuestro auxilio pide su cooperación!

El moribundo, desligado parcialmente del cuerpo, abrió los ojos fuera del cuerpo carnal, pareciendo dar vagas señales de conciencia, y el instructor prosiguió:

—Usted, por un conflicto injustificable con sus propios pensamientos, ha sufrido este accidente. Sus excesivas preocupaciones crearon elementos de desorganización cerebral. Intensifique el deseo de volver a tomar las células físicas, mientras nos preparamos con el fin de ayudarlo. Este momento es decisivo para sus necesidades.

El interpelado no contestó, pero observé que, en lo íntimo de las fuerzas de la conciencia profunda, Antonio comprendiera la advertencia, colocándose en buena posición para colaborar en favor de sí mismo.

En seguida, el orientador inició complicadas operaciones magnéticas en el cuerpo inanimado, suministrándole nuevas energías a la espina dorsal. Pasados algunos segundos, colocó la mano derecha a lo largo del hígado y más tarde, demorándola en el cerebro físico, bien a la altura de la zona motora, me llamó y dijo:

—André, manténgase en oración, cooperando con nosotros. Para que nos ayuden, convocaré a algunos hermanos que se encuentran en servicio esta noche.

Y afirmó, después de meditar algunos segundos:

—El grupo del Hermano Francisco no puede estar lejos.

Dicho esto, Alejandro asumió una actitud de profunda concentración de pensamiento.

No había pasado un minuto y una pequeña expedición de

ocho entidades, cuatro compañeros y cuatro hermanas, en religioso silencio, penetró en el recinto doméstico.

Nos saludamos todos brevemente y el instructor se dirigió con mucha atención a la entidad que parecía ser el jefe.

–Francisco, necesitamos los fluidos de alguno de nuestros amigos encarnados, cuyo vehículo material se encuentre ahora en reposo equilibrado.

Mientras el hermano recién llegado observaba con cuidado al agonizante, Alejandro añadía:

–Como puede ver, estamos ante un caso gravísimo. Es necesario mucho criterio al escoger al donante de fluidos.

El dirigente de los socorristas, pensó por algunos momentos y dijo:

–Tenemos un compañero que podrá atendernos razonablemente bien. Se trata de Alfonso. Mientras voy a buscarlo, nuestro grupo auxiliará con su acción curativa, emitiendo fuerzas de colaboración magnética, a través de la oración.

Francisco se ausentó inmediatamente.

En ese instante, la ancianita se aproximó al instructor y dijo respetuosamente:

–Si hay necesidad de fluidos de hermanos encarnados, quizá podríamos emplear la cooperación de mis nietas, que reposan en los aposentos próximos.

–No –respondió Alejandro con delicadeza–, no podrían atender a las presentes exigencias. Necesitamos de alguien suficientemente equilibrado en el campo mental.

La inquieta madre se apartó, enjugándose las lágrimas.

Atendiendo a una señal afectuosa del orientador, me aproximé, observando al enfermo más de cerca, aunque me mantuve en íntima actitud de oración.

–Antonio es viudo desde hace veinte años –explicó Alejandro–, y está en vísperas de volver con nosotros al plano espiritual. Pero, nuestro amigo necesita permanecer por algunos días más en la esfera de la superficie terrestre para poder dejar debidamente solucionados algunos problemas serios. El Señor nos concederá la satisfacción de colaborar en el resurgimiento provisional de sus fuerzas.

Ya fuese porque me detenía observando el grupo de entidades que oraban en silencio o porque pretendiese beneficiarme con nuevas enseñanzas, el instructor aclaró:

–Tenemos aquí al grupo del Hermano Francisco. Se trata de una de las innumerables agrupaciones de servicio que nos presta cooperación. Muchos compañeros se consagran a trabajos de esa naturaleza, sobre todo por la noche, cuando nuestras actividades de auxilio pueden ser más intensas.

Con el fin de solucionar los problemas del momento, un verdadero mundo de interrogaciones fluía en mi cerebro; pero, comprendiendo la gravedad de aquellos minutos y teniendo en cuenta la tarea para la cual fuimos llamados, decidí guardar silencio.

No había pasado mucho tiempo cuando Francisco volvía seguido de alguien. Se trataba del compañero encarnado al que Alejandro se había referido.

No hubo oportunidades para saludos. El orientador, tomando su diestra, lo condujo inmediatamente a la cabecera del moribundo, diciéndole con afectuosa autoridad:

–Alfonso, no podemos perder un segundo. Coloque ambas manos en la frente del enfermo y permanezca en oración.

El interpelado ni pestañeó. Dándome la impresión de ser un veterano en semejantes servicios de asistencia, parecía sumamente despreocupado de todos nosotros, fijándose tan sólo en la obligación a cumplir.

Fue entonces cuando vi a Alejandro actuar como un verdadero

magnetizador. Recordando mis antiguos trabajos médicos en los casos extremos de transfusión de sangre, apreciaba perfectamente el esfuerzo de transferir los vigorosos fluidos de Alfonso al organismo de Antonio, ya moribundo.

En la condición de discípulo, acentuando mis facultades de análisis ante la preciosa lección, observé que el semblante del enfermo se transformaba gradualmente. A medida que el instructor movía sus manos sobre el cerebro de Antonio, éste revelaba crecientes señales de mejoría. Yo, con gran asombro, verificaba, que su forma periespiritual se iba reuniendo lentamente a la forma física, integrándose, armoniosamente una a la otra, como si estuvieran de nuevo en un proceso de reajuste, célula por célula.

Después de un cuarto de hora, según mi cálculo de tiempo, estaba terminada la laboriosa intervención magnética. Alejandro llamó a la ancianita y le dijo:

–Justina, el coágulo acaba de ser reabsorbido y con nuestros recursos conseguimos socorrer la arteria; pero Antonio tendrá como máximo, cinco meses más de permanencia en la Tierra. Si usted luchó por el auxilio de ahora para ayudarlo a resolver urgentes negocios, no pierda las oportunidades, porque el alivio de este instante no perdurará por más de ciento cincuenta días. Y no se olvide de prevenirlo, por los procesos intuitivos a nuestro alcance, sobre el cuidado que deberá mantener consigo mismo en el terreno de las preocupaciones excesivas, sobre todo por la noche, cuando ocurren los fenómenos desastrosos más serios en la circulación, dada la falta de vigilancia de muchas personas, que se valen de las horas sagradas del reposo físico para la creación de fantasmas crueles en el campo vivo del pensamiento. Si nuestro amigo se despreocupa de su auto enmienda, tal vez desencarne antes de los cinco meses. Es indispensable la mayor cautela.

La progenitora agradeció, conmovida, con lágrimas de alegría.

Alejandro recomendó al “socorrista” encarnado que retirase

las manos de la frente del enfermo, y vi, entonces, lo inesperado. El enfermo grave, reintegrado, con la armonía posible, a sus funciones orgánicas, abrió los ojos físicos como si estuviese profundamente embriagado, y comenzó a gritar estentóreamente:

–¡Socorro! ¡Socorro...! ¡Ayúdenme, por amor de Dios! ¡Me muero! ¡Me muero...!

Corrieron algunas jóvenes asustadas nerviosas, en ropas blancas, percibiéndose que las hijas cariñosas y sensibles, venían a atender al padre ansioso.

–¡Papá! ¡Papá! –exclamaban llorando– ¿qué le sucede?

–¡Me estoy muriendo! –clamaba el enfermo con voz pungente– llamen al médico... ¡Deprisa!

–Pero, ¿qué siente, papá? –preguntó una de ellas, en llanto convulsivo.

–Me siento morir, tengo la cabeza embotada, incapaz de razonar...

Era una gran confusión la de los encarnados que pasaban a través de nosotros con indescriptible bulla, atropellándose entre sí, sin el más leve trazo de conciencia sobre nuestra presencia allí.

Alejandro solicitó al Hermano Francisco que suministrase instrucciones a Alfonso para que éste regresara al hogar y, después de esta providencia, se dispuso a retirarse, diciéndome sonriente, ante la extrañeza que me causaba la actitud de los jóvenes.

–Generalmente, cuando nuestros amigos encarnados gritan y lloran pidiendo socorro, nuestro servicio de asistencia ya se ha completado. Partamos.

El enfermo, semilúcido, proseguía inquieto, mientras el teléfono sonaba, contribuyendo a la inmediata visita del médico.

La ancianita se despidió de nosotros, conmovedoramente, permaneciendo junto al enfermo, velando con devoción y humildad.

En la calle, pedí al instructor que me pusiese en contacto más íntimo con el Hermano Francisco, que nos acompañaba solícito.

Alejandro, afable como siempre, atendió mis deseos.

–Nuestra pequeña expedición –aclaró el jefe del grupo después de intercambiar conmigo palabras muy cordiales– es uno de los innumerables grupos de socorro que colabora en los círculos de la superficie terrestre. Somos millares de servidores, en esas condiciones, unidos a diversas regiones espirituales más elevadas.

–Su núcleo –pregunté– ¿procede de nuestra colonia?

–Sí. Y tenemos nuestras actividades interrelacionadas con las tareas de varios instructores de Nuestro Hogar. (*)

–¿Hay tareas especializadas para cada grupo de esta naturaleza?

–Es así. El nuestro, por ejemplo –afirmó Francisco con gentileza–, se destina a la reanimación de enfermos graves y agonizantes. De modo general, las condiciones de lucha para los enfermos son más difíciles por la noche. Los rayos solares, durante las horas del día, destruyen gran parte de las creaciones mentales inferiores de los enfermos que se hallan en estado grave; no sucediendo lo mismo por la noche, cuando el magnetismo lunar favorece las creaciones, de cualquier especie, buenas o malas. En vista de eso, nuestro esfuerzo debe ser vigilante. Casi nadie en el círculo de nuestros hermanos encarnados conoce la extensión de nuestras tareas de socorro. Ellos permanecen en un campo de vibraciones muy diferentes de las nuestras y no pueden aprehender o discriminar nuestro auxilio. Pero, esto no importa. Otros benefactores, mucho más elevados que aquellos de quienes podemos acceder al conocimiento directo, velan por nosotros y, en el campo de las obligaciones comunes, nos inspiran con

(*) Colonia de que trata el primer libro de André Luiz, con ese mismo nombre –*Nuestro Hogar*– obra publicada por la misma editora.

devoción, sin que advirtamos la forma de su expresión en los trabajos referentes a los divinos designios.

Y tal vez porque yo sonriese, admirándole el ideal de renuncia serena y edificante, el interlocutor también sonrió y agregó:

–Sí, amigo mío, reclamar comprensión y resultados de criaturas y situaciones, todavía incapacitadas para darnoslas, se convierte en una exigencia más cruel que la solicitud de recompensas inmediatas.

Era una verdad muy convincente. El Hermano Francisco permanecía dentro de la lógica más elevada. Los que auxilian a alguien, interesados en el reconocimiento o en la compensación, casi siempre permanecen con los ojos cerrados para la contribución divina e invisible que reciben de lo Más Alto. Exigen que otros identifiquen su posición de bienhechores, pero nunca se acuerdan de que amigos sabios y desvelados, les ofrecen la mejor cooperación desde los planos superiores, sin reclamarles la más mínima nota de gratitud personal.

–Son muchos los hermanos afines entre sí –continuó mi interlocutor, interrumpiendo mis íntimas reflexiones– que se reúnen, en las tareas de amparo fraternal, después de la muerte del cuerpo, cuando ya alcanzaron los primeros grados de la escala de purificación. De lo que me es posible deducir, semejantes trabajos, a favor de los hombres, son de los más eficientes y dignos. Raramente los compañeros encarnados, cuando se hallan en excelentes condiciones de salud física, pueden comprender las aflicciones de los enfermos que se encuentran en situación desesperada, o de los moribundos que están prontos a partir. Pero, nosotros que nos hallamos en el cuadro de las realidades más fuertes, sabemos que, muchas veces, en esas circunstancias, después de haber transcurrido largos años de actividades inútiles, es posible realizar, en pocos días, beneficios de naturaleza espiritual verdaderamente sublimes. En el lecho de muerte, las criaturas son más humanas y más dóciles. Se diría que el dolor intransigente,

debilita los instintos más bajos, atenúa las llamas más vivas de las pasiones inferiores, humaniza el alma, abriéndole benditos intersticios en torno, por los cuales penetra infinita luz divina. El dolor va derrumbando las pesadas murallas de la indiferencia, del egoísmo endurecido y del excesivo amor propio. Entonces se hace posible el gran entendimiento. Lecciones admirables benefician al ser humano que, aunque pálido, percibe la grandeza de la herencia divina. Se le acentúa el heroísmo y se le graban en el corazón, para siempre, mensajes vivos de amor y sabiduría. En la noche espesa de la agonía comienza a brillar la aurora de la vida eterna. Y en sus indistintos resplandores, nuestros principios son fácilmente aceptados, la sensibilidad demuestra características sublimes y la luz inmortal lanza fuentes de infinito poder en lo recóndito del espíritu.

El interlocutor hizo una larga pausa y concluyó:

—De este modo, conseguimos efectuar un servicio de asistencia eficaz, cargando nuevos valores en el campo de la fraternidad y del legítimo bien. ¿Nunca observó la paciencia inesperada de enfermos graves, la calma de ciertos enfermos incurables y la suprema conformidad de la mayoría de los moribundos? Muchas veces, semejantes construcciones, incomprensibles para los encarnados que los rodean, constituyen el fruto del esfuerzo de nuestros grupos itinerantes de socorro.

Francisco había enunciado sublimes verdades. De hecho, la serenidad de los enfermos que se hallan en condición desesperada y la inexplicable resignación de los que agonizan, absolutamente distanciados de la fe religiosa, no podrían tener otro origen. La bondad divina es infinita y, en todos los lugares hay siempre generosas manifestaciones de la Providencia Paternal de Dios, confortando a los tristes, calmando a los desesperados, socorriendo a los ignorantes y bendiciendo a los infelices.

EN EL PLANO DE LOS SUEÑOS

Después de algunos minutos de grata conversación, el Hermano Francisco se acercó al orientador, indagando sobre los objetivos de la reunión de la noche.

–Sí –aclaró Alejandro con afabilidad–, tendremos algún trabajo de esclarecimiento general para nuestros amigos, con relación a los problemas de la mediumnidad y del psiquismo, sin minucias particulares.

–Si nos lo permite –volvió a decir el interlocutor–, desearía traer algunos compañeros que colaboran frecuentemente con nosotros. Tendríamos gran satisfacción viéndolos aprovechar los minutos del sueño físico.

–Sin duda alguna. El servicio de hoy se destina a la preparación de nuestros cooperadores encarnados en la Tierra. Estaremos a su disposición y recibiremos a sus auxiliares con alegría.

Francisco se lo agradeció sensibilizado y preguntó:

–¿Podemos proceder?

–Inmediatamente –explicó el instructor sin titubeos– conduzca a los amigos al lugar que ya le es conocido.

Se apartó el grupo de “socorristas”, dejándome inmerso en un nuevo mundo de pensamientos.

Según informaciones previas, Alejandro dirigiría, aquella noche, una pequeña asamblea de estudiosos y cuando nos vimos a solas, me explicó solícito:

–Nuestro núcleo de estudiantes terrestres alcanza ya cierto número de integrantes. No obstante, le faltan determinadas cualidades esenciales para funcionar con pleno provecho. Por tal motivo, es imprescindible dotar a los compañeros de conocimientos más constructivos.

Y como considerase útil conseguir informaciones personales destinadas a mi propia elucidación, agregó gentilmente:

–Atendiendo las obligaciones de este orden, establecí un curso de esclarecimiento metódico para mejorar la situación. No todos saben valerse de las horas del sueño físico, para el incentivo de semejantes adquisiciones, pero si algunos labradores más valerosos no se dispusieran a cultivar algunas semillas, con el fin de iniciarse más tarde en el cultivo intensivo, jamás la comunidad rural alcanzaría abundantes cosechas.

Y sonriendo, añadió:

–En nuestro centro de estudios, contamos con un número superior a trescientos miembros, no obstante, apenas treinta y dos consiguen romper las telas inferiores de las más bajas sensaciones fisiológicas, para asimilar nuestras lecciones. Hay noches en las que muchos de ellos quiebran los compromisos asumidos, atendiendo a seducciones comunes, por lo que se reduce aún más la frecuencia general. En compensación, de vez en cuando, existe la participación fortuita de otros compañeros, como ocurre esta noche, en vista de la aspiración del Hermano Francisco, de traernos algunos amigos.

–Y los hermanos que comparecen –indagué, curioso– ¿conservan el recuerdo integral de los servicios compartidos, de los estudios llevados a cabo y de las observaciones oídas?

Alejandro pensó por un momento y observó:

–Más tarde, la experiencia le demostrará a usted lo reducida que es la capacidad sensorial. El hombre eterno guarda el recuerdo completo y conservará consigo todas las enseñanzas, intensificándolas y valorizándolas, de acuerdo con el estado evolutivo que le es propio. Entretanto, el hombre físico, esclavo de limitaciones necesarias, no puede ir tan lejos. El cerebro carnal prescripto para la lucha que el Espíritu fue llamado a vivir, es un aparato de reducido potencial, dependiendo mucho de la iluminación de su poseedor, en lo que se refiere a la fijación de determinadas bendiciones divinas. De ese modo, André, el archivo de semejantes reminiscencias, en el libro temporal de las células cerebrales, es muy diferente en los discípulos entre sí, variando de alma a alma. Pero, me corresponde añadir que, en la memoria de todos los hermanos de buena voluntad, permanecerá de cualquier modo el beneficio, aunque ellos, en el período de vigilia, no consigan identificar el origen. Las clases, del tenor de aquella a la que usted asistirá esta noche, son mensajeras de inexpresables utilidades prácticas. Después de ellas, al despertar en la Tierra, los aprendices experimentan alivio, reposo y esperanza, a la vez que adquieren nuevos valores educativos. Es cierto que no pueden revivir los pormenores, pero guardarán la esencia, sintiéndose revigorizados, de inexplicable manera para ellos, no solo al volver a tomar la lucha diaria en el cuerpo físico, sino también para beneficiar al prójimo y combatir con éxito, sus propias imperfecciones. Sus pensamientos se tornarán más claros, los sentimientos más elevados y las oraciones más respetuosas y productivas, enriqueciéndoseles las observaciones y trabajos de cada día.

–Es lamentable –dije, valiéndome la extensa pausa– que todos los miembros del grupo no puedan frecuentar, en masa, las instrucciones de esa naturaleza. Sería de extraordinaria significación el acto de congregar a más de trescientas personas para los mismos fines santificantes, recibiendo, en conjunto, sublimes bendiciones de iluminación.

–Sin duda –arguyó el orientador, con el optimismo de siempre–. Sin embargo, no podemos violentar a nadie. Toda elevación representa una ascensión y toda ascensión pide el correspondiente esfuerzo en la subida. Si nuestros amigos no se aprovechan de la fuerza que les es peculiar, si menosprecian sus propios derechos divinos, unas veces por olvidar y otras por detestar los sagrados deberes que el Padre les confió, ¿cómo actuar por ellos, si la realización divina y eterna constituye para cada uno de nosotros, ley primordial de la vida?

La observación era profunda e indiscutible.

En esos momentos, nos hallábamos ante vasto edificio que impresionaba por sus líneas modestas, aunque emitían mucha luz.

–Ahora, ¡vamos al trabajo!– convocó Alejandro con resolución.

–Pero –pregunté– ¿no se efectuarán las clases en la sede de la agrupación donde se procesan los servicios a su cargo?

–Si el trabajo –respondió él, atento– fuera puramente consagrado a las entidades liberadas del cuerpo material, podríamos desarrollar nuestros esfuerzos, allí mismo, con el mayor éxito; pero, en el presente caso, debemos atender a hermanos todavía encarnados que vienen hacia nosotros en condiciones muy especiales, por lo que necesitamos aprovechar los recursos magnéticos de los amigos que aún se encuentran, igualmente, en lucha en la Tierra.

Y llegando a la puerta de entrada donde se movía gran número de compañeros de nuestro plano, el instructor explicó:

–Tenemos aquí una noble institución espiritista, al servicio de los necesitados, de los tristes, de los que sufren. El sagrado espíritu de familia evangélica, permanece vivo en esta casa de amor cristiano que el Espiritismo irguió por intermedio de una venerable misionera del Cristo. Nuestros trabajos se desenvolverán aquí con más eficiencia, en relación con los fines a los que se destinan.

–¡Qué interesante es –acentué– el hecho de que necesitemos de los ambientes domésticos para brindar instrucciones a los compañeros encarnados!

–Sí –comentó Alejandro, con gran sabiduría– usted no puede olvidar que las grandes enseñanzas del Maestro, fueron suministradas en el seno de la familia. La primera institución visible del Cristianismo, fue el hogar pobre de Simón Pedro, en Cafarnaún. Una de las primeras manifestaciones de Nuestro Señor ante el pueblo, fue la multiplicación de las alegrías familiares, en una fiesta de nupcias, en plena calidez del hogar. Jesús visitó muchas veces las casas de pecadores confesos, encendiendo nuevas luces en los corazones. La última reunión con los discípulos se verificó en el cenáculo doméstico. El primer núcleo de servicio cristiano en Jerusalén, fue también la sencilla morada de Pedro, transformado entonces en baluarte inexpugnable de la nueva fe. Innegablemente, todo templo de piedra, dignamente administrado, funciona como farol en el seno de las sombras, indicando los caminos rectos a los navegantes del mundo; pero no podemos olvidar que el movimiento vital de las ideas y de las realizaciones, se basa en la iglesia viva del espíritu, en el corazón del pueblo de Dios. Sin la adhesión del sentimiento popular en la esfera de la creencia vivida en lo íntimo de cada uno, cualquier manifestación religiosa se reduce a mero culto externo. Por eso mismo, André, en el futuro de la Humanidad, los templos materiales del Cristianismo, estarán transformados en iglesias-escuelas, iglesias-orfanatos, iglesias-hospitales, donde no solo el sacerdote de la fe ofrezca la interpretación de la palabra, sino donde el niño encuentre acogida y esclarecimiento, el joven, la necesaria preparación para las dignas realizaciones de su índole y del sentimiento, el enfermo, el remedio para la salud, el ignorante, la luz, el anciano, el amparo y la esperanza. El Spiritismo evangélico es también el gran restaurador de las antiguas iglesias apostólicas, amorosas y trabajadoras. Sus intérpretes fieles serán auxiliares preciosos en la transformación de los parlamentos teológicos, en academias de espiritualidad, de las cátedras de piedra, en hogares acogedores a Jesús.

Hubiera dado todo lo que estuviese a mi alcance, por poder continuar oyendo las encantadoras elucidaciones del orientador, pero, en ese instante, traspasábamos el umbral.

Verifiqué que faltaban apenas cinco minutos para las dos de la madrugada.

Por el gran número de entidades que vinieron aceleradamente a nuestro encuentro, percibí que había enorme interés en torno a la palabra instructiva de la noche. No se hallaban presentes apenas los aprendices ligados al esfuerzo de Alejandro, en sentido directo, sino también otros amigos, llevados allí por compañeros del plano espiritual.

Se acercó a nosotros, amigablemente, un pequeño grupo de colaboradores, destacándose uno de ellos, que conversó con Alejandro de manera más íntima.

—¿Todavía no han llegado todos? —indagó el instructor con interés afectuoso, después de cambiar las primeras impresiones.

Percibí, claramente, que se refería a los hermanos encarnados, que deberían comparecer, en la cuota de frecuencia del grupo del cual era él uno de los directores espirituales.

—Faltan solamente dos compañeros —aclaró el interpelado—. Hasta este momento, no han llegado todavía Vieira y Marcondes.

—Urge comenzar los trabajos —exclamó Alejandro sin afectación. —Debemos terminar la tarea a las cuatro, como máximo.

Y, demostrando gran interés de amigo, añadió:

—Quien sabe si fueron víctimas de algún accidente. Conviene averiguar.

Con el espíritu de calmada decisión que lo caracteriza, recomendó al auxiliar que le daba las informaciones:

—Sertorio, mientras ultimo algunas disposiciones para las instrucciones de esta noche, averigüe lo que sucede.

Respetuoso, el subordinado interrogó:

–En caso de que nuestros hermanos estén bajo la influencia de entidades malhechoras, ¿cómo debo proceder?

–Dejarlos donde se encuentren –replicó el instructor con resolución–; el momento no comporta grandes conversaciones con los que se unen deliberadamente al plano inferior. Terminado el trabajo, usted mismo dispondrá los recursos que sean necesarios.

El mensajero se disponía a partir, cuando el orientador, notando mi fuerte interés en acompañarlo, agregó:

–Si lo desea, André, puede ir a colaborar con el emisario en su servicio. Sertorio sentirá placer con su compañía.

Agradecí extremadamente satisfecho y abracé al auxiliar de Alejandro, quien me sonrió cálidamente.

Salimos.

Era indispensable atender el mandato con presteza; pero, satisfaciendo mi curiosidad, Sertorio, generosamente, me explicó:

–Mientras nos hallamos encarnados en la Tierra, no tenemos bastante conciencia de los servicios realizados durante el sueño físico; con todo, esos trabajos son inexpresables e inmensos. Si todos los hombres apreciaran seriamente el valor de la preparación espiritual ante semejante género de tarea, con seguridad alcanzarían las conquistas más brillantes en los dominios psíquicos, aun hallándose ligados todavía a las envolturas inferiores. Pero, por desgracia, la mayoría se vale inconscientemente del reposo nocturno, para salir a la caza de emociones frívolas o poco dignas. Se relajan las defensas propias, y ciertos impulsos, largamente reprimidos durante la vigilia, se expanden en todas direcciones por falta de educación espiritual, verdaderamente sentida y vivida.

Interesado en aclaraciones concretas, pregunté:

–Pero, ¿ocurre esto con aprendices de cursos avanzados del

Espiritismo? ¿Podrán ser víctimas de esos engaños, alumnos de un instructor de la categoría de Alejandro?

–Por supuesto –comentó Sertorio fraternalmente– Con referencia a esa posibilidad, no tenga duda alguna. ¿Cuántos pregonan la Verdad, sin adherirse íntimamente a ella? ¿Cuántos repiten fórmulas de esperanza y de paz, desesperando y persiguiendo, en el fondo de sus corazones? Hay siempre muchos “llamados” en todos los sectores de la construcción y del perfeccionamiento, en el mundo. Pero, los “escogidos” ¡son siempre pocos!

Completando el pensamiento, como para eximirlo de cualquier falsa noción de personalismo en la obra divina, Sertorio agregó:

–Necesitamos reajustar nuestras definiciones sobre los “escogidos”. Los compañeros así clasificados, no son especialmente favorecidos por la gracia divina, que es siempre la misma fuente de bendiciones para todos. Sabemos que la “selección”, en cualquier trabajo constructivo, no excluye la “calidad”; y si el hombre no ofrece calidad superior para el servicio divino, bajo ninguna hipótesis debe esperar la distinción de la selección. Se infiere, pues, que Dios llama a todos sus hijos a la cooperación en su augusta obra; pero solamente los dotados de devoción persisten, laboriosos y fieles, construyendo cualidades eternas que los hacen dignos de las grandes tareas. Reconociendo que las cualidades son fruto de nuestras construcciones, nunca podremos olvidar que la selección divina comenzará por el esfuerzo de cada uno.

La tesis del compañero era muy interesante y educativa, pero habíamos llegado a un pequeño edificio, a cuyo frente, Sertorio se detuvo y dijo:

–Es la residencia de Vieira. Veamos lo que sucede.

Lo acompañé en silencio.

Seguido, nos encontramos dentro de una habitación confortable, en la que dormía un hombre de edad, haciendo singular ruido. Se le veía, perfectamente, el cuerpo periespiritual unido a la forma física, aunque parcialmente desligados entre sí. A su lado, permanecía una singular entidad, con vestimenta absolutamente negra. Noté que el compañero, adormecido, permanecía bajo impresiones de doloroso pavor. Gritos agudos escapaban de su garganta. Se sofocaba angustiosamente mientras la entidad oscura hacía gestos que yo no conseguía comprender.

Sertorio se acercó a mí, diciendo:

–Vieira está sufriendo una pesadilla cruel.

E indicando la extraña entidad, continuó:

–Creo que él ha atraído hasta aquí a esta entidad que lo aterra.

En efecto, con mucha delicadeza, mi interlocutor comenzó a dialogar con la entidad enlutada:

–¿Acaso el amigo es pariente del compañero que duerme?

–No, no. Somos viejos conocidos.

Y con mucha impaciencia, acentuó:

–Hoy, por la noche, Vieira me llamó con sus reiterados recuerdos, y me acusó de faltas que no cometí, conversando livianamente con la familia. Eso, como es natural, me disgustó. ¿No bastará lo que he sufrido después de la muerte? ¿Necesitaré además, oír falsos testimonios de amigos que me denigren? No podía esperar de él semejante actitud, en virtud de las relaciones afectivas que nos unían, incluyendo a nuestras familias. Vieira fue siempre persona de mi confianza. En razón de tal sorpresa, decidí esperarlo en los momentos del sueño, con el fin de hacerle las necesarias aclaraciones.

El extraño visitante, hizo una pausa y continuó:

–Sin embargo, desde el momento en que me puse a explicarle la situación del pasado, informándolo sobre los verdaderos móviles

de mis iniciativas y resoluciones en la vida carnal, para que no prosiguiera calumniando mi nombre, aunque sea sin intención, Vieira puso ese rostro de pavor que están viendo. Y tal parece que no desea escuchar mis verdades...

Interesado en aquellas nuevas lecciones, me aproximé al amigo, cuyo cuerpo descansaba en posición horizontal, y sentí su sudor frío, con el cual estaba empapando las sábanas blancas. No podía comprender convenientemente el auxilio que le estábamos proporcionando, ya que nos miraba con extrañeza y ansiedad, intensificando, aún más, los gritos y gemidos que salían de su boca.

Sintiendo la silenciosa reprobación de Sertorio, el habitante de las zonas inferiores le dirigió la palabra de modo especial.

—¿Cree usted, señor, que debemos oír impasibles las acusaciones que con liviandad se nos dirigen? ¿No será motivo de censura y de castigo el amigo infiel que se vale de las imposiciones de la muerte para calumniar y deprimir? Si Vieira se sintió con el derecho de acusarme, desconociendo ciertas particularidades de los problemas de mi vida privada, ¿no es justo que ahora escuche mis aclaraciones hasta el fin? ¿Acaso no sabe que los muertos continúan viviendo? ¿Ignorará, por ventura, que la memoria de cada compañero debe ser sagrada? ¡Vamos! Si yo mismo lo oí, en mi nueva condición de desencarnado, sosteniendo largas disertaciones con referencia al respeto que nos debemos unos a otros... ¿No considera, pues, que tengo motivos justos para exigir un legítimo entendimiento?

El interpelado esbozó un gesto de complacencia y comentó:

—Tal vez tenga razón, querido mío. No obstante, ¡creo que debe disculpar al amigo! ¿Cómo exigir de los otros una conducta rigurosamente correcta si todavía no somos seres irrepreensibles? ¡Tenga calma, seamos caritativos unos para con los otros!

Y mientras la entidad se ponía a meditar sobre las palabras oídas, Sertorio dijo en tono discreto:

–Vieira no podrá comparecer esta noche a los trabajos.

No pude reprimir la mala impresión que la escena me causaba y, tal vez porque hiciese una mirada suplicante, abogando por la causa del pobre hermano, que casi estaba desencarnando del miedo, el auxiliar de Alejandro prosiguió:

–Retirar violentamente a la visita, cuya presencia él mismo propició, no es tarea compatible con mis posibilidades del momento. Pero podemos socorrerlo despertándolo.

Y, sin dilación, sacudió al adormecido, enérgicamente, gritándole su nombre con fuerza.

Vieira despertó confuso, desorientado, bajo enorme fatiga, y lo oí exclamar, palidísimo:

–¡Gracias a Dios que desperté! ¡Qué pesadilla tan horrible! ¿Será posible que yo haya luchado con el fantasma del viejo Barbosa? ¡No! ¡No puedo creerlo...!

No nos vio ni identificó la presencia de la entidad enlutada que allí permaneció hasta no sé cuando. Al retirarnos, notaba todavía sus íntimas interrogaciones, preguntándose a sí mismo sobre lo que había comido al cenar, en su intento de justificar el susto cruel, con pretextos de origen fisiológico. Lejos de auscultar a su propia conciencia, con respecto a la maledicencia y a la liviandad, procuraba materializar la lección en su propio estómago, buscando evadirse de la realidad.

Sertorio no me proporcionó oportunidad para mayores reflexiones. Llamándome al cumplimiento del deber inmediato, dijo:

–Visitemos a Marcondes. No podemos perder tiempo.

A los pocos minutos, entrábamos en otro departamento privado. El cuadro, aquí, era más triste y lamentable.

De hecho, Marcondes estaba allí mismo, parcialmente desligado del cuerpo físico, que descansaba con agradable apariencia, bajo magníficas colchas. No estaba con impresiones

de pavor, como sucedía con el primer amigo visitado: revelaba la posición de relajamiento característico de los consumidores de opio. A su lado se observaban tres entidades femeninas de burlona expresión que permanecían en actitud poco edificante.

Al vernos de súbito, el dueño del apartamento se sorprendió sobremedida, sobre todo al mirar a Sertorio, que era un antiguo conocido y se levantó, avergonzado, ensayando algunas explicaciones, con dificultad.

—Amigo mío —comenzó a decir dirigiéndose al auxiliar de Alejandro—, ya sé que viene a buscarme... no sé cómo aclarar lo que ocurre...

No pudo continuar y sumergió la cabeza entre ambas manos, como si deseara esconderse de sí mismo.

A esta altura de la triste escena, verifiqué, sin lugar a dudas, que las entidades visitantes eran, de cuantas había conocido en las regiones de las sombras, las de la peor especie.

Irritadas tal vez con el retroceso del compañero, que se revelaba triste y humillado, prorrumpieron en gran algazara, acercándose mucho más a nosotros, sin el más mínimo respeto.

—¡Es imposible que nos arrebaten a Marcondes! —dijo una de ellas, enfáticamente. —¡A fin de cuentas, vine de muy lejos para perder así mi tiempo, sin más ni menos!

—Él mismo nos llamó para que viniéramos esta noche —exclamó la segunda, atrevidamente— y no se irá en modo alguno.

Sertorio oyó con serenidad, haciendo evidente su íntima compasión.

La tercera entidad, que parecía poseer instintos inferiores más desarrollados, se aproximó a nosotros con terrible expresión de sarcasmo y, dándome a entender que aquella no era la primera vez que Sertorio procuraba el sitio con los mismos fines y en las mismas circunstancias, dijo:

—Ustedes no pasan de ser unos intrusos. Marcondes es débil

dejándose impresionar por la presencia de ambos. Pero nosotras haremos que reaccione. No conseguirán arrancarnos al predilecto.

Y lanzando carcajadas con ironía, agregaba:

–También tenemos un curso de placer. Marcondes no se irá.

Contrariamente a mis impulsos, Sertorio no demostraba darles la más mínima atención. Las palabras y las expresiones de aquella entidad, me irritaban. A mi lado, el auxiliar de Alejandro se mantenía extremadamente bondadoso. La víctima, permanecía humilde y triste. ¿Por qué semejantes insultos? Iba a responder algo, en el sentido de aclarar el caso en términos precisos, cuando Sertorio me detuvo:

–¡Conténgase André! Un minuto de conversación con las tentaciones provocadoras del plano inferior, puede inducirnos a perder un siglo.

Acto seguido, con envidiable tranquilidad, se dirigió al interesado, preguntándole, sin ningún atisbo de censura:

–Marcondes, ¿qué cuentas daré hoy de usted, amigo mío?

El interpelado respondió, entre lágrimas y humillación:

–¡Oh, Sertorio! ¡Qué difícil es mantener el corazón en los caminos rectos! Perdóneme... No sé cómo sucedió esto... ¡No me lo puedo explicar!

Pero Sertorio parecía estar poco dispuesto a cultivar lamentaciones y, mostrándose muy interesado en aprovechar el tiempo, lo interrumpió:

–Sí, Marcondes. Cada cual escoge las compañías que prefiere. En el futuro, usted comprenderá que somos sus amigos leales y que le deseamos todo el bien posible.

Las mujeres nos lanzaron nueva serie de frases ridiculizándonos. Marcondes comenzó de nuevo a sensibilizarse, pero el mensajero de Alejandro, sin titubeo alguno, me tomó de la mano y regresamos a la vía pública.

–Volvamos inmediatamente –dijo con decisión.

–¿En qué quedamos? –indagué– ¿no va a despertarlo?

–No. No podemos actuar aquí del mismo modo. Marcondes debe demorarse en tal situación, para que por la mañana, el recuerdo desagradable sea más duradero, fortificando su repugnancia por el mal.

–¿Qué haremos, entonces? –pregunté con sorpresa.

–Diremos a nuestro orientador lo que ocurre, –arguyó Sertorio con calma– es lo que nos corresponde llevar a efecto.

Y sintetizando extensas consideraciones que podría exponer sobre el asunto, consideró:

–Por ahora, André, nos llama un deber más elevado, en el campo de nuestra jornada hacia Dios. No obstante, cuando terminen las instrucciones de esta noche, volveré para ver lo que es posible hacer a favor de nuestros pobres amigos. Por ahora, no debemos perder los minutos. Las enseñanzas de Alejandro no se destinan solamente a la preparación de nuestros hermanos, unidos aún a sus envolturas carnales en la superficie de la Tierra; son igualmente valiosas para nosotros, que necesitamos enriquecer nuestras posibilidades, para poder, luego, socorrer con éxito a los compañeros encarnados.

–Sí, estoy de acuerdo –respondí–. No obstante, la situación de Vieira y de Marcondes, me afectaba profundamente.

Pero, Sertorio me cortó la palabra, concluyendo seguro de sí mismo:

–Conserve su sentimiento, que es sagrado; pero no se arriesgue con el sentimentalismo enfermizo. Esté tranquilo en cuanto a la asistencia, que no les faltará en el momento oportuno. Sin embargo, no se olvide de que, si ellos mismos encadenaron sus corazones en semejantes cárceles, es natural que adquieran alguna experiencia provechosa a costa de su propio malestar.

MEDIUMNIDAD Y FENÓMENO

Era considerable el número de amigos encarnados, provisoriamente liberados del cuerpo físico a través del sueño, que se congregaban en el vasto salón. En primer lugar, junto a la mesa directiva, donde Alejandro asumió la jefatura, se instalaron los alumnos directos y permanentes del generoso y sabio instructor. Los demás, se distribuían en grupos sucesivos en segundo plano.

En esas condiciones, calculé la asistencia aproximada de compañeros, en poco más de cien personas, con excepción de los desencarnados que concurrían allí en mayor cantidad. Además del grupo del Hermano Francisco, que había traído a sus pupilos, otras asociaciones de la misma naturaleza habían comparecido con miembros interesados en nuevas instrucciones.

Sin embargo, observé una particularidad: solamente los aprendices comprometidos con Alejandro, podían exponer sus dudas, peticiones e indagaciones, no en sentido verbal, sino a través de consultas que eran previamente transmitidas a él, antes de iniciarse la disertación.

Atendiendo mi curiosidad, Sertorio, que se mantenía a mi lado, explicó, atento:

–Existen muchas escuelas de este género, para los encarnados que se disponen a aprovechar los momentos del sueño físico. Es natural que a los discípulos permanentes, de éste o de aquel sector, les corresponda el derecho de interrogar. Como vemos no hay ninguna preferencia particular. Se trata de una cuestión de orden en los servicios, pues los aprendices que comparecen eventualmente, tienen otros derechos, en los núcleos a los que pertenecen.

Satisfecho con la aclaración, pregunté:

–¿Qué tema es el de esta noche? ¿Existe un programa preestablecido?

–Siempre hay un plan organizado para el trabajo –respondió. –Con todo, los temas son improvisados por Alejandro, después de recibir las indagaciones y consultas de los frecuentadores habituales. El orientador examina atentamente las cuestiones suscitadas por la mayoría y suministra instrucciones para satisfacer los asuntos expuestos por todos los interesados.

–¿Me podría informar sobre el tema principal provocado por la mayoría de los aprendices de esta noche?

–Creo que se refiere a la mediumnidad y al fenómeno, en general.

A continuación, el compañero, con especial gentileza, me invitó a integrar, en la asamblea, el equipo de los auxiliares del dedicado instructor que tomaría la tribuna, iniciando los servicios educativos.

Más que en otras ocasiones, se realizaba su figura venerable e imponente. Irradiando la luz que le era peculiar, Alejandro dominaba la reunión de trabajadores y estudiantes, no por el magnetismo absorbente de los oradores apasionados, sino por la bondad simple y por la superioridad sin afectación.

Con todas las atenciones centradas en él, comenzó la

conferencia haciendo una rogativa al Señor, suplicándole el don de poder comprender a los asistentes y de ser comprendido por ellos. Para mí, era novedosa y enternecedora semejante oración, enteramente espiritual y sin el más mínimo sentido de personalismo. Pero, cuanto más procuraba impersonalizarse, afirmándose un mero instrumento de la Voluntad Divina, más destacado se tornaba el orientador a mis ojos, como verdadero exponente de sabiduría, humildad, prudencia, fidelidad, confianza y luz.

Terminada la conmovedora oración, comenzó a hablar, dirigiéndose a los oyentes con palabras firmes y directas.

–Hermanos, prosiguiendo con nuestros trabajos, comentaremos hoy, en vista de las dificultades que se os presentan en la lucha de cada día y que clasificáis como impedimentos de naturaleza psíquico-fisiológica, vuestros pedidos de orientación mediúmnica. Deseáis realizaciones generosas en los dominios de la revelación superior, soñáis con conquistas gloriosas y realizaciones sublimes; sin embargo, hay que corregir vuestras actitudes mentales ante la vida humana. ¿Cómo intentar construcciones sin bases legítimas, alcanzar los fines sin atender a los principios? No se reduce la fe a simple amontonamiento de promesas brillantes, y el conjunto de ansiedades angustiosas que posee vuestros corazones, en modo alguno, podría significar la realización espiritual propiamente dicha. La edificación del reino interior con la luz divina reclama trabajo persistente y sereno. No será tan solo al precio de palabras, como erguiréis los templos de la fe viva. Como acontece con cualquier servicio de naturaleza terrestre, por más sencillo que sea, es imprescindible la selección del material, los esfuerzos de la adquisición, planos deliberados previamente, necesaria aplicación, sólida experimentación, demostraciones de equilibrio, firmeza de lineamientos, armonía de conjunto y primores para el acabado.

Alejandro hizo una ligera pausa, miró atentamente a la asamblea, como si deseara transmitirle ondas vigorosas de magnetismo creador, y prosiguió:

—Se reúnen aquí muchos hermanos que pretenden desarrollar las percepciones mediúnicas; entretanto, aguardan simples expresiones fenoménicas, suponiendo erróneamente que las fuerzas espirituales permanecen circunscriptas a puro mecanismo de fuerzas ciegas y fatales, sin ningún esfuerzo en la preparación, disciplina y constructividad. Requieren la clarividencia, la clariaudiencia, el servicio completo de intercambio con los planos más elevados; no obstante, ¿habrán aprendido a ver, a oír y sobre todo, a servir, en la esfera del trabajo cotidiano? ¿Habrán dominado todos los impulsos inferiores, para poder colocarse rumbo a las regiones superiores? ¿Podrá el feto caminar y hablar en el plano físico? ¿Debemos conferir al niño de cinco años, derechos que corresponden a un adulto de medio siglo? Si las leyes humanas, todavía transitorias e imperfectas, trazan líneas de control a los incapaces, ¿estarían las leyes divinas, inmutables y eternas, a merced de los desordenados deseos de la criatura humana? ¡Oh, amigos míos! ¡Sin duda hay muchos géneros y procesos mediúnicos en función en el mundo de las formas en que vivís! Por lo tanto, ¡urge estimar el trabajo antes del reposo, aceptar el deber sin exigencias, desarrollar las tareas aparentemente más pequeñas, antes de inquietaros por las grandes obras y colocar los designios del Señor, por encima de todas las preocupaciones individuales! ¡Urge huir de la apropiación indebida en el intercambio con las fuerzas invisibles, huir del encantamiento temporal y de la obsesión sutil y perversa! ¡Colectivamente, no somos dos razas antagónicas o dos grandes ejércitos, rigurosamente separados por las líneas de la vida y de la muerte, y sí, la gran e infinita comunidad de los vivos, tan solo diferenciados los unos de los otros, por impositivos de la vibración, pero casi siempre unidos para la misma tarea de redención final! ¡No juzguéis que la muerte de la forma santifique al ser que lo habitó! Si el rayo de sol no se contamina al contacto con el pantano, también el enfermo rebelde es el mismo enfermo si solamente cambia de residencia. El cuerpo físico representa, apenas, el vaso usado durante algún tiempo, y el vaso roto no significa la redención o la elevación de

su temporal poseedor. Recurrimos a semejante imagen, para deciros que el habitante de la esfera actualmente invisible a vuestros ojos, es un hermano no siempre superior a vosotros, en los círculos evolutivos. Desencarnación no representa santificación. Los compañeros que os anteceden en el plano espiritual, no permanecen reunidos en aprendizaje muy diferente. Los electrones y fotones que constituyen vuestra vestimenta física, integran, igualmente nuestros vehículos de manifestación, aunque en otras características vibratorias. Por tanto, es necesario que atendáis a vuestras posibilidades interiores, para desarrollar las maravillas de vuestra divinidad potencial.

En vuestros inquietos deseos de intercambio con lo Invisible, naturalmente anheláis la aproximación de la sociedad celeste. Esperáis la revelación de la verdad divina, a la par de elementos inapelables de sólida seguridad; No obstante, para eso es indispensable organizar y desarrollar vuestros valores celestes, como las criaturas celestiales que verdaderamente sois. Todo un ejército de trabajadores del Cristo, funciona en cada núcleo de vuestras actividades relativas a la espiritualización, convocándoos al sentimiento iluminado, a la virtud activa, al departamento superior de la vida íntima; pero, todavía es muy fuerte vuestra tendencia a materializar todas las expresiones del espíritu, olvidados de espiritualizar la materia. Solicitáis la luz, perseverando casi siempre en las sombras; reclamáis felicidad, sembrando sufrimientos; pedís amor, incentivando la separación; buscáis la fe, dudando hasta de vosotros mismos.

La posibilidad de intercambiar emociones con las esferas invisibles que os rodean, no representa, en modo alguno, la realización espiritual imprescindible para la edificación divina de cada uno de nosotros, porque el problema de la gloria mediúmnica no consiste en ser instrumento de determinadas Inteligencias, sino en ser instrumento fiel de la Divinidad. Para que el alma encarnada efectúe esta conquista, es indispensable que desarrolle sus propios principios divinos. La bellota, es el potencial roble. El puñado de

minúsculas semillas, es el trigo de mañana. El germen insignificante será, en pocos días, el ave poderosa cortando los espacios.

Alejandro estaba cada vez más espléndido y bello. De lo alto, descendían sobre su frente irisados hilos de brillante luz.

–Mediumnidad –prosiguió él arrebatando nuestros corazones– constituye “medio de comunicación”, y el propio Jesús nos afirma: “Yo soy la puerta... si alguien entra por mí, será salvo y entrará, saldrá y hallará pastos”. ¿Por qué audacia incomprensible imagináis la realización sublime, sin amar al Espíritu de Verdad, que es el propio Señor? ¡Oídmme, hermanos míos...! ¡Si os disponéis al servicio divino, no hay otro camino sino Él, que detenta la infinita luz de la verdad y la fuente inagotable de la vida! ¡No existe otra puerta para la mediumnidad celeste, para el acceso al equilibrio divino que anhelaís en el recóndito santuario del corazón! Solamente a través de Él, viviendo sus lecciones sublimes, alcanzaréis la sagrada libertad de entrar en los dominios de la Espiritualidad y de ellos salir conquistando el pan eterno que os saciará el hambre para siempre. Sin el Cristo, la mediumnidad es un simple “medio de comunicación” y nada más; mera posibilidad de información, como tantas otras, de la cual podrán valerse también los interesados en perturbaciones, multiplicando infelices presas. ¡Acordaos, pues, de que la Ley Divina, jamás endosó el cautiverio ni sancionó jamás la esclavitud! ¿Olvidasteis la divina palabra que pronunció: “Vosotros sois dioses”?

Al enunciar esta última frase, el orientador asumió una actitud muy diferente. Me pareció que en pleno tórax se le había encendido sublime luz, levemente anillada; luz que nos enviaba a todos, rayos de inexpressable alegría. Sus cabellos se asemejaban ahora, a hilos de sol de zafirina expresión. La mirada era más sublime y profunda. Y muchos de nosotros, desencarnados y encarnados, llorábamos de agradecimiento y de júbilo, tocados de inexplicable emoción.

Después de ligero intervalo, continuó el amoroso y sabio instructor:

—¡Oh, amigos míos! ¡La persistencia en la condición de la animalidad os perturba! Sois la corona espiritual de la faz de la Tierra, por la razón con que fuisteis galardonados por el Señor del Universo. La antorcha esplendorosa del raciocinio, clarea el santuario de vuestras conciencias, lo sublime os invita al “Más Allá”, hermanos más longevos os convocan a la convivencia con el Padre; no obstante, os empeñáis en demorar voluntariamente en la fauna de la irracionalidad primitiva. En el campo vibratorio de la mente humana, se siente todavía el veneno de las víboras ingratas, el instinto de los lobos hambrientos, las celadas de las raposas, el impulso sanguinario de los tigres voraces, la vanidad y el orgullo de los leones. Sencillamente, no creáis que semejantes atributos sean característicos del cuerpo mental. Son cualidades que el Espíritu conserva en sí, olvidando los patrimonios divinos. Ahora bien, la muerte física sorprende a las criaturas humanas en la actitud que cultivaron. Se modifican los planos de vibración, pero la esencia espiritual es siempre la misma. De ahí lo enmarañado de manifestaciones inferiores en las esferas mediúnicas de vuestras actividades. En muchas ocasiones, en lugar de cultivar las cualidades positivas de realización con Jesús, permanecéis en el fomento de intereses mezquinos por la concurrencia humana a los centros pasajeros de puras sensaciones. Presas de enormes equívocos en los círculos del desenvolvimiento mediúmico, creéis que sea posible vencer el dominio pesado de las vibraciones groseras, endurecidas por los vicios de muchos siglos, tan solo a fuerza del movimiento mecánico de las células materiales. Sin preparación alguna, intentáis hacer la travesía de las fronteras vibratorias, invocando las potencias invisibles de cualquier naturaleza para el adiestramiento de fuerzas psíquicas, cual hombre liviano que exigiese orientadores, al acaso, en plena multitud, olvidando que no todos los transeúntes de la vía pública están en condiciones de poder beneficiar, orientar y enseñar. Si las máquinas

más sencillas de la Tierra piden el curso preparatorio del operario, para que el sector de la producción no desmerezca en calidad y cantidad, ¿cómo esperáis que la mediumnidad sublime se reduzca a servicios automáticos, a puras manifestaciones de mecanismo fisiológico, exento de educación y de responsabilidad? Siempre será posible abrir medios de comunicación entre vosotros y los planos que os son invisibles, ¡pero no olvidéis que las afinidades son leyes fatales de reunión y de integración en los reinos infinitos del Espíritu! Sin los valores de la preparación, encontraréis, irremediamente, la compañía de los que huyen a los procesos educativos del Señor; y sin las bendiciones de la responsabilidad, encontraréis, lógicamente, a los irresponsables. Objetaréis que el fenómeno es indispensable en el campo experimental de las conquistas científicas, que lo inhabitual debe ser convocado para favorecer nuevas convicciones; empero, somos de los primeros en reconocer que vuestros caminos en la Tierra, se desdoblaron entre fenómenos maravillosos. ¿Acaso, ya resolvisteis el misterio de la integración del hidrógeno y del oxígeno en la gota de agua? ¿Explicasteis todo el secreto de la respiración de los vegetales? ¿Por qué disposiciones de la Naturaleza crece la cicuta que mata, al lado del trigo que alimenta? ¿Qué podéis decir del asta espinosa de la Tierra ofreciendo la flor, como gracioso cáliz de perfume celeste? ¿Solucionasteis todos los problemas biológicos de las formas físicas que pueblan el planeta, en las diversas especies? ¿Cuál es vuestra definición del rayo de sol? ¿Viste alguna vez el eje imaginario que sustenta el equilibrio del mundo? Si semejantes fenómenos de carácter permanente en la Tierra no despiertan a las almas adormecidas, suministrándoles la legítima concepción de la existencia de Dios, ¿cómo esperáis destruir la rebeldía milenaria de los hombres, exigiendo espectáculos prematuros de manifestaciones de la Espiritualidad Superior? ¡No, amigos míos! ¡Urge abandonar los sectores de ruido externo, e iniciar el desenvolvimiento interior de las facultades divinas! La pasión del fenómeno puede ser tan viciosa y destructora para el alma, como

lo es la del alcohol embriagando y aniquilando los centros de la vida física. ¡En la mayoría de las circunstancias, vuestro juego de hipótesis, no pasa de ser una danza macabra de los raciocinios, huyendo a las realidades universales y aplazando, indefinidamente, la edificación real del espíritu! Concordamos con vosotros, en que la experimentación es necesaria; que la pesquisa intelectual es el punto de partida de las grandes empresas evolutivas; que la curiosidad respetable es madre de la ciencia realizadora; que todo proceso de conocimiento exige campo de observación y trabajo, tal como es indispensable el material didáctico en las escuelas más sencillas. No obstante, urge reconocer que los elementos de aprendizaje no deben ser convertidos por el alumno en meras expresiones de juego o de entretenimiento. Además de eso, aunque los alumnos se instruyan con relación a las lecciones, es forzoso observar que la información no lo es todo, por cuanto el esclarecimiento educativo es apenas parte del aprendizaje. ¿Qué decir de los discípulos que están estudiando siempre, sin que jamás aprendan en el terreno de las legítimas aplicaciones? ¿Qué decir de los compañeros que son portadores de luces verbales para los otros, y que nunca se iluminan a sí mismos? Catalogar valores, no significa vivirlos. Enseñar el camino a los viajeros, no demuestra conocimiento directo y personal de la jornada. Existen excelentes expertos en estadística, que nunca visitan las fuentes originales de sus recursos informativos, y eminentes geógrafos que raramente salen de su hogar. Nos referimos a semejantes imágenes para haceros sentir que, si es posible mantener actitudes de ese orden, en el campo limitado de la corta existencia en la Tierra, no se puede hacer lo mismo en el reino infinito de la vida espiritual, en cuyos círculos vivís desde ahora, a pesar de vuestra condición de criaturas unidas a los vehículos inferiores. La mediumnidad no es disposición de la carne transitoria y sí expresión del Espíritu inmortal. Naturalmente, el intercambio perfeccionado entre los dos planos, requiere sanas condiciones del vaso sagrado de posibilidades fisiológicas que el Señor os confió para santificación; pero, el

cuerpo es un instrumento elevado en manos del artista, el cual debe ser divino. Si aspiráis al desenvolvimiento superior, abandonad los planos inferiores. Si pretendéis el intercambio con los sabios, debéis crecer en conocimiento, valorar las experiencias e intensificar las luces del raciocinio. ¡Si aguardáis la compañía sublime de los santos, santificaos en la lucha de cada día, porque las entidades angélicas no se mantienen estacionadas en los júbilos celestes y de igual modo trabajan por la perfección del mundo, esperando vuestra labor constante para que también os convirtáis en ángeles! Si deseáis la presencia de los buenos, sed también bondadosos vosotros. Sin afabilidad y dulzura, sin comprensión fraternal y sin actitudes edificantes, no podréis entender a los Espíritus afables y amigos, elevados y constructivos. Si no, sería razonable encontrar a Platón enseñando filosofía avanzada a tribus salvajes y primitivas, ni a Francisco de Asís actuando entre salteadores, y no será admisible la integración de los Espíritus esclarecidos y santificados con las almas rigurosamente agarradas a las manifestaciones más bajas y groseras de la existencia carnal. ¡En vuestras actividades espiritualistas acordaos de que os encontraréis ante una doctrina sectaria de hombres en tránsito en el Planeta! Permanecéis en un movimiento divino y mundial de liberación de las conciencias, en una revelación sublime de la vida eterna y de valores inmortales para todas las criaturas humanas de buena voluntad. Acogiendo esa convicción, no os detengáis en la actitud exclusiva y presuntuosa de los que suponen haber encontrado en la mediumnidad tan solo un sexto sentido. El valor mediúmnico no es un don de privilegiados, es cualidad común a todos los hombres que buscan la buena voluntad sincera en el terreno de la elevación. Por ahora es innegable que necesitamos de las grandes tareas estimuladoras en las que determinados compañeros encarnados son convocados para los grandes testimonios en ese sector del esclarecimiento colectivo, en la diseminación de la fe positiva y edificante; pero el futuro nos revelará que el servicio de esa naturaleza pertenece a todas las

criaturas, porque todos nosotros somos Espíritus inmortales. ¡No os quepa la menor duda! ¡No permitáis que el patrón vibratorio de las fuerzas físicas apague en vosotros la luz gloriosa de la divina certeza de este momento, porque todos nosotros, amados amigos, nos encontramos ante la propia Espiritualidad sin fin, renovando energías viciadas durante siglos consecutivos, camino a transformaciones que mal podríais imaginar, en los círculos de vuestro presente evolutivo! ¡Elevémonos, pues, en el espíritu del Señor, quien desde hoy nos convidó al banquete de la luz! ¡Levantémonos para el porvenir, no en el sentido de menospreciar la Tierra, y sí con el propósito de perfeccionar nuestras cualidades individuales y poder ser verdaderamente útiles a las realizaciones que han de venir! Amémonos unos a otros intensamente haciendo verdaderos los preceptos evangélicos, y edifiquémonos cada día más, irguiéndonos para la redención final.

Dando término a la hermosa disertación de la noche, después de una larga pausa, Alejandro, haciendo una sentida apelación, concluyó:

—¡Unámonos todos en el compromiso sagrado de la legítima cooperación con Jesús!

¡Si el brazo humano modifica la estructura geológica de la tierra, abriendo nuevos caminos, construyendo ciudades magníficas y proporcionando un esquema diferente al curso de las aguas de la tierra, intensifiquemos nuestro esfuerzo espiritual, renovando las disposiciones milenarias del pensamiento primitivo del mundo, construyendo rutas sólidas para la legítima fraternidad, concretando las obras de elevación de los sentimientos y del raciocinio de las criaturas, formando bases cristianas que santifiquen el curso de las relaciones entre los hombres!

¡No provoquéis el desarrollo prematuro de vuestras facultades psíquicas! Ver sin comprender u oír sin discernir puede ocasionar grandes desastres del corazón. Buscad, por encima de todo el progreso en la virtud y el primor de los sentimientos. ¡Acentuad

vuestro propio equilibrio y el Señor os abrirá la puerta de los nuevos conocimientos! ¡Si el deseo de transformar al prójimo atormenta vuestras almas, acordaos que hay mil modos de auxiliar sin imposición, y que solamente después de estar el fruto maduro, es que hay provisión de semillas con que atender las necesidades de otros núcleos interesados en la siembra!

¡Deshaceos de la excesiva verborrea sin obras! ¡No os hablo, aquí, tan solo de las obras de bien, exteriorizadas en el plano físico, y sí, muy particularmente, de las construcciones silenciosas de la renuncia, del trabajo de cada día en la comprensión de Jesucristo, de la paciencia, de la esperanza, del perdón, de las que se efectúan puertas adentro del alma, en el gran ambiente de nuestras experiencias interiores!

¡En todas las labores terrestres, transformaos en la Voluntad de Nuestro Padre! ¡Y en vuestros servicios de fe, no intentéis hacer descender hasta vosotros a los Espíritus Superiores, aprendiendo, más bien, a subir hasta ellos, conscientes de que los caminos del intercambio son los mismos para todos, y que más vale elevar el corazón para recibir el infinito bien, que exigir el sacrificio de los bienhechores...!

¡Jamás quebréis el hilo de la luz que nos une, individualmente, al Espíritu Divino! No permitáis que el egoísmo y la vanidad, los apetitos inferiores y las tiranías del “yo”, empañen vuestra facultad de reflejar la Luz Divina. Recordad que en nuestra capacidad de servir y en nuestras posiciones de trabajo, estamos para Dios como las piedras preciosas de la Tierra están para el Sol creador –¡cuánto más noble sea la pureza de la piedra, más posibilidades presenta para reflejar el brillo solar!

¡Colocad las expresiones fenoménicas de vuestros trabajos en segundo plano, recordando siempre que el Espíritu lo es todo!

En ese instante, Alejandro calló, manteniéndose en muda expectativa. Admirado, conmovido, noté que el generoso instructor

se transfiguraba, allí, ante nuestros ojos. Por primera vez después de mi regreso al nuevo plano, me era dado observar tan singular acontecimiento. Sus vestimentas se convertían en especie de nieve radiosa, su frente emitía intensa luz y de sus manos extendidas, se desprendían rayos brillantes que, cayendo sobre todos nosotros, parecía que nos infundían un extraño encantamiento. Profunda emoción me dominó íntimamente, y casi todos nosotros, sin poder definir la causa de aquellas divinas vibraciones, llorábamos de alegría, moderando el júbilo inesperado que oprimía nuestro pecho.

Después de algunos momentos de éxtasis sublime, vi que Sertorio entendiera mi perplejidad. Es verdad que en distintas ocasiones yo había presenciado la oración de elevadas entidades, oración que se hacía acompañar siempre de los más bellos fenómenos de luz, ¡pero nunca había observado, hasta entonces, semejante transformación!

Tocándome el brazo suavemente, el compañero afirmó:

–Todas las potencias de la Naturaleza superior se congregaron en torno a Alejandro, en este momento, transformándolo en intermediario de sublimes dádivas para nosotros. Es por eso que él irradia y resplandece con tanta intensidad.

Comprendí la belleza de la escena y la sublimidad de la lección.

Transcurridos algunos segundos, el gran orientador, volviendo a su aspecto habitual, elevaba una oración de reconocimiento al Señor, y daba término, alegremente, a la divina reunión.

MATERIALIZACIÓN

En virtud de mi interés en el estudio de los fenómenos de materialización, no dudé en solicitar la prestigiosa ayuda de Alejandro, quien accedió gentilmente a mis deseos.

–Nuestro grupo –informó, atento– no realiza trabajos de esa especie, pero no tendremos dificultad en recurrir a otros amigos. Tenemos compañeros dedicados cooperando en núcleos de actividades de esa naturaleza.

Observando mi profunda curiosidad científica, el orientador prosiguió:

–Trátase de un servicio de elevada responsabilidad, porque, además de exigir todas las posibilidades del aparato mediúmnico, hay que poner en juego todos los elementos de colaboración de los compañeros encarnados, presentes en las reuniones destinadas a esos fines. Si hubiese perfecta comprensión general, respeto a los dones de la vida, y si pudiésemos contar con valores morales espontáneos y legítimamente consolidados en el espíritu colectivo, esas manifestaciones serían las más naturales posibles, sin ningún perjuicio para el médium o para los asistentes. Pero, sucede que son muy raros los compañeros encarnados dispuestos a observar

las condiciones espirituales que semejantes trabajos exigen. Por eso mismo, ante la incertidumbre de una eficiente colaboración, las sesiones de materialización se efectúan con grandes riesgos para la organización mediúmnica y necesitan gran número de cooperadores de nuestro plano.

–Comprendo –intervine, valiéndome de una pequeña pausa del generoso instructor. –¡Muchas veces, cuando todavía nos hallamos envueltos en la carne, no sabemos conducir la pesquisa intelectual...!

–¡Muy cierto! –exclamó mi interlocutor, benevolente– si la indagación científica estuviese acompañada de seguros valores del sentimiento, del carácter, de la conciencia, otras serían las realizaciones, en vista de la luz de espiritualidad encendida para el camino, pero casi siempre somos asediados por exigencias repletas de pretensiones, y de ahí se derivan los fracasos inevitables.

El orientador amigo continuó la serie de esclarecimientos morales, bellos y edificantes, y esperé, ansioso, el instante de observar esos prodigiosos servicios de los trabajadores espirituales, los cuales se realizan con gran sorpresa para los estudiosos de la Tierra.

Alejandro, delicado como siempre, me hizo obsequio de todas las providencias necesarias. Amigos afectuosos se encargarían de atender mi sana curiosidad y fui notificado de todas las medidas tomadas al efecto. En la noche señalada, Alejandro, que me proporcionaba la satisfacción de acompañarme de cerca, me condujo a la casa residencial, donde tendría lugar una asamblea diferente.

La reunión sería iniciada a las veintiuna horas, pero, con antelación de cincuenta minutos, estábamos ambos allí en la sala íntima, acogedora y confortable, donde gran número de servidores de nuestro plano, iban y venían.

Los trabajos eran supervisados por el Hermano Calimerio,

entidad superior a la condición jerárquica de Alejandro, quien, recibido cariñosamente por él, se expresó así, después de presentarme:

–Vengo hasta aquí con el propósito de atender al aprendizaje de este compañero. André deseaba enterarse en cuanto a los servicios de materialización, y me tomé la libertad de presentárselo; entretanto, no nos encontramos aquí como simples observadores. Si fuese posible, trabajaremos, también.

–Alejandro –replicó Calimerio gentilmente, dando muestras de extrema delicadeza en el trato–, la tarea es de todos nosotros. Proporcione al nuevo amigo todos los valores de que podemos disponer y discúlpeme si no puedo atenderlos personalmente. La supervisión de los trabajos de esta noche está a mi cargo. Pero, siéntanse como en su casa.

Y, fijando en mí su lúcida mirada, afirmó:

–Observar para realizar es un servicio divino.

Ingresamos, respetuosos, al interior de la vivienda. Admiradísimo, noté la enorme diferencia en el ambiente. No había allí, como en otras reuniones a las que asistiera, la gran comunidad de sufridores en las puertas. La residencia particular, donde se efectuarían los trabajos, estaba aislada por extenso cordón de trabajadores de nuestro plano, en un radio de veinte metros de circunferencia.

Percibiendo mi extrañeza, Alejandro explicó:

–Aquí es indispensable el máximo cuidado para que los principios mentales de origen inferior no afecten la salud física de los colaboradores encarnados, ni la imprescindible pureza material para los procesos fenoménicos. En vista de eso, se torna imprescindible aislar el núcleo de nuestras actividades, defendiéndolo contra el acceso de entidades poco dignas, a través de fronteras vibratorias.

Observando la extensión de los cuidados puestos en práctica, pregunté:

–Si es preciso tamaño celo, en lo que se refiere a nuestro campo de servicio, ¿no se hará la misma exigencia a los compañeros encarnados, en función de asistentes?

Alejandro sonrió, comprendiendo la sutileza de mi interrogación, y respondió:

–Todo el peligro de esos trabajos está en la ausencia de preparación de nuestros amigos de la superficie terrenal, los cuales, en la mayoría de las veces, alegando impositivos científicos, eluden valiosos principios de elevación moral. Cuando no se verifica el debido cuidado por parte de ellos, el fracaso puede asumir terribles características, porque los hermanos que establecen las fronteras vibratorias, en el exterior del recinto, no pueden impedir la entrada de las entidades inferiores, absolutamente integradas con sus víctimas terrenas. Hay obsesos que se sienten tan bien en compañía de los perseguidores, que imitan a las madres terrestres agarradas a los hijos pequeñitos, penetrando recintos consagrados a ciertos servicios, con los que no se compadece aún el espíritu infantil. Cuando compañeros imprudentes ingresan en la tarea en tales condiciones, las amenazas son verdaderamente inquietantes.

–¿Entonces, aquí –consideré– no deben entrar las víctimas del vampirismo?

–Realmente, no deberían entrar –habló el orientador, sonriendo–, incluso porque hay otros centros donde pueden ser socorridas; pero, algunas veces, la caridad fraternal aconseja la tolerancia, hasta en un ambiente como éste.

Y, después de ligera pausa, afirmó:

–Por eso mismo, las reuniones para el servicio de materialización aparecen raramente; la homogeneidad, aquí, debe ser mucho más intensa. La mayoría de nuestras actividades se consagra al esfuerzo de la caridad cristiana. Pero, en este ambiente

se limita el trabajo a ciertas demostraciones de la sabiduría espiritual. Sin embargo, los hombres, en sentido general, no saben, por lo pronto, comprender la esencia divina, de tales demostraciones y casi siempre, acuden a ellas con el raciocinio por encima del sentimiento. Por las inquietudes de la investigación, pierden, muchas veces, los valores de la cooperación, y los resultados son negativos. Pero el día en que consigan traer el corazón iluminado, recibirán alegrías iguales a aquella que descendió sobre los discípulos de Jesús, cuando, conforme a la narración de los Evangelios, en una humilde casa de Jerusalén, a puertas cerradas, en sublime comunión de amor y fe, recibieron la visita del Maestro, perfectamente materializado.

En virtud de que Alejandro guardó silencio, por algunos segundos, intensifiqué mis observaciones.

Sorprendido, noté el esfuerzo de veinte entidades de noble jerarquía que renovaban el aire del ambiente. En sus gestos rítmicos, se asemejaban a antiguos sacerdotes que estuviesen ejecutando operaciones magnéticas de santificación interior del recinto.

Prestando atención a mi espíritu de investigación, Alejandro aclaró:

—No se trata de hierofantes gesticulando convencionalmente. Tenemos allí esclarecidos cooperadores del servicio, que preparan el ambiente, ionizando la atmósfera, combinando recursos para efectos eléctricos y magnéticos. En los trabajos de este tenor se reclaman procesos acelerados de materialización y desmaterialización de la energía. Así, las entidades manifestantes, en el campo visual de nuestros amigos encarnados, casi siempre son entidades eminentemente vinculadas a la Tierra y a sus planos de sensaciones, pero los organizadores legítimos de la tarea en curso, son verdaderos y competentes orientadores de los planos espirituales, con grandes sumas de conocimiento y responsabilidad.

No transcurrió mucho tiempo, cuando comparecieron algunos trabajadores de nuestra esfera, trayendo pequeños aparatos que me

parecieron instrumentos reducidos, pero de gran potencial eléctrico, en virtud de los rayos que emitían en todas las direcciones.

Mi curiosidad no tenía límites.

–Estos amigos –explicó mi generoso instructor– están encargados de operar la condensación del oxígeno en toda la casa. El ambiente para la materialización de una entidad del plano invisible a los ojos de los hombres, requiere elevado tenor de ozono y además, es indispensable semejante operación, con el fin de que todas las larvas y expresiones microscópicas de actividad inferior sean exterminadas. La relativa ozonización del ambiente interior es necesaria como trabajo bactericida.

Y después de un gesto significativo, agregó:

–El ectoplasma, o fuerza nerviosa, que será abundantemente extraído del médium, no puede sufrir, la intromisión de ciertos elementos microbianos, sin perjuicios fatales.

Poco después, constaté, sorprendido, el trabajo de varias entidades que llegaban del exterior, trayendo extenso material luminoso.

–Son recursos de la Naturaleza –me informó el instructor solícito– que los operarios de nuestro plano recogen para el servicio. Se trata de elementos de las plantas y de las aguas, naturalmente invisibles a los ojos de los hombres, estructurados para reducido número de vibraciones.

–¿Serán aprovechados en los trabajos de la noche? –pregunté.

–Sí, aclaró Alejandro, con paciencia, serán movilizados por la acción de los orientadores.

En ese instante, entraban en la sala personas familiarizadas con la reunión, tomando los lugares que le eran habituales.

Entre los encarnados se estableció ligera conversación, en la que se comentaban los trabajos llevados a cabo en la sesión anterior.

No habían pasado muchos minutos cuando la joven médium, afable y simpática, hizo su entrada en el recinto, acompañada por diversas entidades, entre las cuales se destacaba un amigo de elevada condición, que parecía presidir el grupo de los servidores. Éste ejercía considerable control sobre la joven, que se unía a él a través de tenues hilos de naturaleza magnética.

Sintiendo mi irrefrenable curiosidad, el orientador me aclaró:

–El controlador mediúmnico es el Hermano Alencar, que también fue médico en la Tierra. Calimerio es el verdadero, legítimo encargado de la supervisión de los trabajos en nuestro círculo.

Al ver mi extrañeza, Alejandro reiteró:

–Alencar es el orientador del aparato mediúmnico en relación con las actividades de materialización propiamente dichas. Acerquémonos a él.

Muy sensibilizado, recibí el saludo del nuevo amigo, que nos acogió afectuosamente:

–Nos será muy útil la presencia de ambos –nos dijo mirando particularmente a mi instructor–, pues, necesitamos de colaboradores para el auxilio magnético al organismo mediúmnico.

–Estamos a su disposición –afirmó Alejandro, con satisfacción–, tomaremos lugar entre sus asistentes.

Alencar se lo agradeció con un expresivo gesto de alegría.

Entre los colaboradores figuraba una entidad muy querida a mi orientador. Se trataba de Verónica, que había sido abnegada enfermera en la Tierra, quien me indicó que me sintiera como en mi casa, conversando amablemente conmigo.

–Hermano Alejandro –dijo ella, después de pocos segundos de conversación cariñosa–, iniciemos el auxilio magnético. Precisamos incentivar los procesos digestivos para que el aparato mediúmnico funcione sin obstáculos.

No tuve oportunidad de hacer interpelaciones verbales. Pero, Alejandro, me dirigió una significativa mirada, invitándome a hacer observaciones.

Él, Verónica y tres asistentes directos de Alencar, colocaron las manos en forma de corona, sobre la frente de la joven, y vi que sus energías reunidas, formaban vigoroso flujo magnético que fue proyectado sobre el estómago y el hígado de la médium, cuyos órganos experimentaron, inmediatamente, nuevo ritmo de vibraciones. Las fuerzas emitidas, se concentraron, gradualmente, sobre el plexo solar, extendiéndose por todo el sistema nervioso vegetativo, y con asombro, observé que se aceleraba el proceso químico de la digestión. Las glándulas del estómago comenzaron a segregar pepsina y ácido clorhídrico en mayor cantidad, transformando rápidamente el bolo alimenticio. Admirado, reconocí la elevada producción de enzimas digestivas y vi que el páncreas trabajaba activamente, lanzando grandes porciones de tripsina en la parte inicial de los intestinos, que parecían gran receptáculo de bacilos acidificantes. Valiéndome de aquella oportunidad, analicé el hígado, que parecía sufrir especial influencia, notando su condición de órgano intermediario, no sólo con funciones definidas en la producción de bilis, sino también ejerciendo importante papel en los fenómenos nutritivos, relacionados con la vida de los glóbulos de la sangre. Las células hepáticas se esforzaban apresuradamente, almacenando recursos de la nutrición a lo largo de las venas ínter lobulares, que se asemejaban a pequeños canales de luz.

En pocos minutos, el estómago estaba enteramente libre.

—Ahora —exclamó Verónica, servicial— preparemos el sistema nervioso para estimular la salida de la fuerza.

Reparé en la diferenciación de los flujos magnéticos, ante la nueva operación puesta en práctica. Los asistentes se habían separado, de algún modo y mientras Alejandro proyectaba la energía que le era peculiar, sobre la región del cerebro, Verónica y los

compañeros lanzaban sus propios recursos sobre todo el sistema nervioso central, encargándose cada uno de determinada zona de los nervios cervicales, dorsales, lumbares y sacros.

Las fuerzas proyectadas sobre la organización mediúmnica efectuaban una limpieza eficiente y enérgica, pues veía, asombrado, los residuos oscuros que le eran arrancados de los centros vitales.

Bajo el flujo luminoso de la mano derecha de Alejandro, el cerebro de la joven alcanzaba un brillo singular, como si fuera un espejo cristalino. Todas las glándulas más importantes resplandecían, como núcleos vigorosos excitados por sublimes elementos. Bajo la lluvia de rayos espirituales que la envolvían, la médium dejaba percibir el trabajo divino de que era objeto, en la intimidad de todas las células orgánicas, que parecían restaurar el equilibrio eléctrico.

Terminada la tarea, Alejandro se acercó a mí y ante mi patente curiosidad, observó:

–El aparato mediúmnico fue sometido a operaciones magnéticas destinadas a socorrerle el organismo en los procesos de nutrición, circulación, metabolismo y acciones protoplasmáticas, con el fin de que su equilibrio fisiológico sea mantenido por encima de cualquier sorpresa desagradable.

Prosiguiendo el examen de los trabajos en curso, observé que Verónica alzaba ahora su mano derecha sobre la cabeza de la joven, deteniéndola en el centro de la sensibilidad.

–Nuestra hermana Verónica –explicó mi amable orientador– está aplicando pases magnéticos como servicio de introducción al necesario desdoblamiento.

Pero, en ese momento, algo extraño sucedía en el círculo de nuestras actividades espirituales. Se percibió gran choque de vibraciones en el recinto. Dos servidores se aproximaron a Alencar, y uno de ellos, con gran espanto, le explicó:

–El señor P..., se aproxima en condiciones indeseables...

–¿Qué sucedió? –indagó el controlador, seguro de sí.

–Tomó licor en abundancia y necesitamos proceder a su aislamiento.

El controlador esbozó un gesto de contrariedad y murmuró, encaminándose a la puerta de entrada:

–¡Esto es muy grave! Neutralicemos su influencia, sin pérdida de tiempo.

Alejandro me invitó a observar el caso más de cerca. En vista de la estupefacción que me había asaltado, aclaró:

–En estos fenómenos, André, los factores morales constituyen elemento decisivo en la organización. No nos hallamos ante mecanismos de menor esfuerzo, y sí ante manifestaciones sagradas de la vida, en las que no se puede prescindir de los elementos superiores y de la sintonía vibratoria.

En ese instante, el señor P..., entraba al recinto.

Bien puesto, evidenciando excelentes disposiciones, no parecía que pudiera amenazar el equilibrio general, aunque revelara exteriormente algún síntoma de embriaguez.

Satisfaciendo las determinaciones de Alencar, diversos operarios de los servicios lo cercaron apresuradamente, como enfermeros que se encargasen de un grave paciente.

Incapaz de ocultar mi propia impresión, indagué:

–¿Qué ocurre? Ese hombre parece calmado y normal.

–Sí, –elucidó Alejandro, benévolaemente–, parecer no lo es todo. La respiración de este señor, en semejante estado, emite venenos. En otro núcleo, podría ser tratado cariñosamente pero aquí, atendiendo a la función especializada del recinto, los principios étlicos que exterioriza por la nariz, por la boca y por los poros, son eminentemente perjudiciales a nuestro trabajo. Como

vemos, hay necesidad de preparación moral adecuada, para cualquier caso. El vicio, en cualquier sentido, ante todo, deprime al viciado, pero perturba también a los demás.

Recordé la función del alcohol en el organismo humano, bastó que el recuerdo aflorase en mi mente, para que el orientador me aclarase inmediatamente:

–Usted comprende que las dosis mínimas de alcohol, intensifican el proceso digestivo y favorecen la diuresis, pero que el exceso es tóxico destructor. Las emanaciones del alcohol de caña ingerido por nuestro hermano en alta dosis, son altamente nocivas a los delicados elementos de la formación plástica que serán ahora conferidos a nuestro esfuerzo, además de constituir un serio peligro para las fuerzas exteriorizadas por el aparato mediúmnico.

De hecho, poco a poco se iba sintiendo, aunque vagamente, el olor característico de la fermentación alcohólica.

Observé que el señor P... fue cercado por las entidades operantes y neutralizado por su influencia, a la manera de detritus anulado por laboriosas abejas, en plena actividad en la colmena.

Los servicios proseguían normalmente.

Entre los votos por el éxito, formulados por los compañeros encarnados semiconfiados, la médium fue conducida a un pequeño gabinete improvisado, haciéndose, seguidamente, una oración. No obstante, se veía, que, como sucedía en otras reuniones, los amigos terrestres emitían solicitudes silenciosas, entrando en vibraciones mentales en activo conflicto, por tanto, en lugar de auxiliar, perjudicando, el trabajo de la noche, que requería el más elevado porcentaje de armonía. A la claridad débil y suave de la luz roja que había sustituido la fuerte lámpara común, se notaban las emisiones luminosas del pensamiento de los amigos encarnados. Francamente, no había en la pequeña comunidad el espíritu de comprensión divino que se necesitaba en aquel servicio en curso.

Nadie ponderaba la magnitud del hecho para la Humanidad terrena, sedienta de la revelación celeste. Se veía que la reunión estaba profundamente dominada por el “yo”. Mientras que unos exteriorizaban exigencias, otros determinaban las criaturas desencarnadas que deberían comparecer a los fenómenos de materialización. No obstante, procuré reprimir mis impresiones de desagrado, en vista de que todos los trabajadores de gran elevación que se hallaban en el recinto, se portaban con calma, tratando a los compañeros carnales con desvelado cariño, como sabios ante queridas criaturas del corazón.

Varios servidores espirituales comenzaron a combinar las radiaciones magnéticas de los compañeros terrenos, con el fin de obtener material de cooperación, mientras Calimerio, proyectando su sublime potencial de energías sobre la médium, operaba el desdoblamiento que duró algunos minutos. Verónica y otras amigas, amparaban a la joven, que se hallaba ya parcialmente separada de su cuerpo físico, pero confusa e inquieta, al lado del cuerpo, ya sumergido en profundo trance.

Enseguida, noté que bajo la acción del noble orientador de la tarea, se exteriorizaba la fuerza nerviosa, a la manera de un flujo abundante de neblina espesa y lechosa.

Notando la perturbación vibratoria del ambiente, en vista de la actitud desaconsejable de los compañeros encarnados, Calimerio le dijo al controlador mediúmnico:

–Alencar, es necesario extinguir el conflicto de vibraciones. Nuestros amigos ignoran aún cómo auxiliarnos armónicamente a través de sus emisiones mentales. Es más razonable que, por ahora, se abstengan de la concentración. Dígales que canten o hagan música de otra clase. Procure distraer su ineducada atención.

Pero, Alencar que se encontraba bajo fuertes preocupaciones, ante las múltiples obligaciones que debería desempeñar en el momento, pidió la colaboración de Alejandro, que se colocó a su disposición, inmediatamente.

–André –me dijo mi orientador en tono grave–, improvisemos una garganta ectoplásmica. No podemos perder tiempo.

Identificando mi inexperiencia, agregó:

–No necesita inquietarse. Es suficiente con que me ayude en la mentalización de las minuciosidades anatómicas del aparato vocal.

Estaba aturdido, pero el orientador consideró:

–La fuerza nerviosa del médium es materia plástica y profundamente sensible a nuestras creaciones mentales.

Inmediatamente, Alejandro tomó una pequeña cantidad de aquellos efluvios lechosos, que se exteriorizaban particularmente a través de la boca, nariz y oídos del aparato mediúmnico, y, como si tuviese en sus manos reducida cantidad de yeso fluídico, comenzó a manipularlo, dándome la impresión de hallarse completamente ajeno al ambiente, pensando, con absoluto dominio de sí mismo, sobre la creación del momento.

A los pocos segundos, vi formarse, bajo mi vista atónita, un delicado aparato de fonación. En lo íntimo del esqueleto cartilaginoso, esculpado con perfección en la materia ectoplásmica, se organizaron los hilos tenuísimos de las cuerdas vocales, elásticas y completas en la fenda glótica y en seguida, Alejandro experimentaba la emisión de algunos sonidos, moviendo los cartílagos aritenoides.

Se había formado, al influjo mental y bajo la acción técnica de mi orientador, una garganta irreprochable.

Con asombro, verifiqué que a través del pequeño aparato improvisado, y con la cooperación de los sonidos de las voces humanas, retenidos en la sala, nuestra voz era integralmente percibida por todos los encarnados presentes. Pareciéndome satisfecho con el éxito de su trabajo, Alejandro habló por la garganta artificial, como quien utiliza un instrumento vocal humano:

–¡Amigos! ¡Que la paz de Jesús sea con vosotros!
¡Ayúdenos cantando! ¡Hagan música y eviten la concentración...!

Se hizo música en el ambiente y vi que el Hermano Alencar, después de ligarse profundamente a la organización mediúmnica, tomaba forma, allí mismo, al lado de la médium, sustentada por Calimerio y asistida por numerosos trabajadores.

Poco después, valiéndose de la fuerza nerviosa exteriorizada y de varios materiales fluidicos, extraídos del interior de la casa, unidos a recursos de la Naturaleza, Alencar apareció ante los ojos de los encarnados, perfectamente materializado.

Sorprendido, reconocí que la médium era el centro de todos los trabajos. Cordones tenuísimos la ligaban a la forma del controlador y cuando tocábamos levemente la organización mediúmnica, el amigo materializado demostraba evidentes señales de preocupación, le sucedía lo mismo a la joven médium en relación con Alencar. Los incontrolados gestos de entusiasmo de los asistentes que intentaban saludar directamente al mensajero materializado, repercutían desagradablemente en el organismo de la intermediaria.

El Hermano Alencar sostuvo una pequeña conversación con los compañeros terrestres extasiados. Pero, no era el diálogo entre él y los concurrentes lo que impresionaba mi corazón, y sí, la belleza del hecho, la realidad de la materialización, dando oportunidad a dilatadas esperanzas para el futuro humano, en cuanto a la fe religiosa, a la filosofía confortadora de la inmortalidad y a la ciencia ennoblecida puesta al servicio de la razón iluminada.

Alejandro se aproximó y consideró:

–Repare en la grandeza del acontecimiento. El médium desempeña el papel de entidad maternal, mientras Alencar, bajo la influencia positiva de Calimerio, permanece en temporal filiación al organismo mediúmnico. Todas las formas que se materializan, son “hijas provisionales” de la fuerza plástica de la intermediaria.

El amigo que conversa con los encarnados, es Alencar, pero sus envolturas del momento, son nacidas de las energías pasivas de la médium y de las energías activas de Calimerio, el más elevado director de esta reunión. Si forzamos a la médium desde nuestro plano, heriremos a Alencar en el proceso de materialización; si los compañeros terrestres violentaran al mensajero, repentinamente materializado, dañarían grandemente a la médium, acarrearándole consecuencias funestas e imprevisibles.

Perplejo ante el fenómeno, indagué:

—Esta fuerza nerviosa, ¿es solamente propiedad de algunos privilegiados de la Tierra?

—No, —replicó Alejandro—, todos los hombres la poseen con mayor o menor intensidad; pero es preciso comprender que no nos encontramos todavía en el tiempo en que puedan ser generalizadas las realizaciones. Usted sabe que este dominio exige santificación. El hombre no abusará en el sector del progreso espiritual, tal como viene haciendo en las líneas de la evolución material, donde se transforman prodigiosas dádivas divinas en fuerzas de destrucción y miseria. Amigo mío: en este campo de realizaciones sublimes a las que nos sentimos unidos, la ignorancia, la vanidad y la mala fe, permanecen incapacitadas por sí mismas, trazando sus propias fronteras de limitación.

Impresionado con las maravillas que tenía bajo mis ojos, noté que, a la apelación de Alencar y con el generoso concurso de Calimerio, se materializaban flores y manos, en forma de mensajes afectuosos a los asistentes a la reunión.

Reinaba gran alegría entre todos, con excepción del señor P..., que revelaba intraducible malestar, al estar bajo el control directo de varios trabajadores espirituales que neutralizaban su nociva influencia.

Después de maravillosos minutos de servicio y de júbilo, con significativas demostraciones de agradecimiento a Dios,

terminamos los trabajos de la noche, cooperando todos nosotros para que la médium fuese perfectamente reintegrada a su patrimonio psicofísico.

Mi corazón desbordaba de alegría y de esperanza; pero, era forzoso confesar que, para tan grandes demostraciones de servicio y tan sublimes bendiciones, era muy reducida la comprensión de los encarnados. Se asemejaban a niños atrevidos, más interesados en el inédito espectáculo, que deseosos de consagrarse al servicio divino. Francamente, estaba desilusionado. ¡Tantos emisarios celestes, esforzándose por media docena de personas que parecían alejadas del propósito de servir a la causa de la Verdad y del Bien!

Expuse mi opinión al devoto orientador, pero Alejandro, tranquilamente, me contestó:

—¿Y Jesús? ¿Considera usted que Él haya trabajado solamente para los galileos que no lo comprendían? ¿Juzga que haya enseñado tan sólo en el templo de Jerusalén? No, amigo mío: convéznase de que todos nuestros actos, en el bien o en el mal, están siendo practicados para la Humanidad entera. Por ahora, nuestros compañeros terrestres, no nos entienden ni han crecido lo necesario para alcanzar la completa consagración a Jesús; pero la siembra es viva y producirá a su tiempo. Nada se pierde.

Y, sonriendo, concluyó, después de una larga pausa:

—Es verdad que usted, en el mundo, fue médico siempre interesado en ver el resultado de su trabajo; pero no se olvide del esfuerzo silencioso de los sembradores del campo, y recuerde que las semillas depositadas en los sarcófagos egipcios hace algunos millares de años, están maravillosamente comenzando a producir en el suelo de la Tierra.

INTERCESIÓN

Cierta noche, finalizada la disertación que Alejandro dedicaba a compañeros terrenales, mi orientador fue solicitado por dos señoras que fueron conducidas, en condiciones muy especiales, a aquel curso adelantado de esclarecimientos, puesto que eran seres que todavía se encontraban vinculadas a los vehículos de la carne y que buscaban al instructor, temporalmente desligadas del cuerpo, por influencia del sueño.

La de mayor edad, evidentemente Espíritu más elevado, dadas las manifestaciones de luz de que se veía rodeada, parecía ser muy conocida y estimada por Alejandro, que la recibió con evidentes demostraciones de cariño. Pero, la otra, envuelta en un círculo oscuro, traía el semblante angustiado y lloraba.

—¡Oh, amigo mío! —exclamó la entidad más simpática, después de los primeros saludos, dirigiéndose al benévolo orientador— le traigo a mi prima Esther, que perdió al esposo en dolorosas circunstancias.

Y mientras la señora indicada enjugaba los ojos, en silencio, muy entristecida, la otra continuó:

—Alejandro, conozco la elevación y la urgencia de sus

servicios; no obstante, ¡solicito su ayuda para nuestros pesares terrestres! Si fuese absurda nuestra rogativa, ¡discúlpenos con su corazón clarividente y bondadoso! ¡Somos mujeres humanas! ¡Perdónenos, pues, si tocamos a su puerta de benefactor, para atender a problemas tristes...!

—Etelvina, amiga mía —habló el instructor con entonación de ternura—, en todas partes, el dolor sincero es digno de amparo. Si hay sufrimientos mientras permanecemos encarnados, también existen aquí, donde nos encontramos, sin los despojos burdos y en todos los lugares, debemos estar dispuestos para brindar la cooperación legítima. Por tanto, ¡diga lo que desean y siéntanse a gusto!

Ambas señoras se mostraron aliviadas y pasaron a conversar con calma.

Etelvina, satisfecha, presentó entonces a la compañera que comenzó a relatar su dolorosa historia. Se había casado hacía doce años, con el segundo novio que el destino le reservara, aclarando que el primero, al cual había amado mucho, se suicidara en circunstancias misteriosas. Al principio, se había preocupado intensamente con la actitud de Noé, el primer novio, muy amado de su corazón. Pero, la devoción de Raúl, el esposo que el Cielo le enviara, consiguiera deshacerle las amarguras del pasado, formalizando la ventura conyugal con amoroso entendimiento. Tenían tres hijitos que la Providencia Divina les había concedido y vivían en completa armonía. Raúl, aunque de carácter melancólico, era dedicado y fiel. ¡Cuántas veces había tratado ella, en vano, de balsamizar sus recónditas llagas, pero el compañero nunca se las mostraba plenamente! Aun así, la existencia transcurría venturosa y en calma, en un santuario de mutua comprensión. A pesar de vivir siempre para el desempeño de las sagradas obligaciones domésticas, aparecieron enemigos ocultos que les habían sustraído la felicidad. Raúl había sido asesinado inexplicablemente. Amigos anónimos habían recogido el cadáver

en la vía pública, llevándole a la casa aquella terrible sorpresa. Tenía el corazón atravesado por un disparo de revólver que, aunque había sido encontrado junto al cuerpo exangüe, no le pertenecía. ¿Qué misterio envolvería aquel terrible crimen? Diversas personas y policías creían que se trataba de un suicidio, tanto así, que todas las diligencias de la justicia criminal se hallaban interrumpidas; mientras tanto, por su condición de mujer, creía en un asesinato. ¿Qué motivos podían haber conducido a un hombre probo y trabajador a un suicidio sin causa alguna? ¿Por qué se mataría Raúl, cuando todo les era favorable con relación al futuro? Innegablemente, sus recursos financieros no eran extensos, pero sabían equilibrar con decencia, sus gastos con sus ingresos. No. No. El compañero, según su parecer, tenía que haber dejado la Tierra por imposición de un tenebroso crimen. Pero, en su generosidad femenina, Esther, anegada en lágrimas, no deseaba culpar a nadie, no deseaba vengarse, pero sí calmar su desalentado corazón. ¿Sería posible, por intermedio de Alejandro, soñar con el compañero, en el sentido de obtener sus noticias directas y hacerle sentir el cariñoso interés del hogar? Teniendo los hijitos pequeños y dos tíos ancianos que dependían de sus atenciones, la angustiada viuda se encontraba en pésimas condiciones financieras y en una viudez inesperada. No obstante, agregaba llorando, estaba dispuesta a trabajar y a consagrarse a sus hijitos, volviendo a comenzar la vida; pero, antes de eso, deseaba confortar su corazón, anhelaba enterarse de lo ocurrido y conocer la situación del esposo, para poder resignarse.

Al final de su larga y sentida exposición, anegada en llanto, dirigiéndose a mi orientador, concluía:

—¡Por piedad, generoso amigo! ¿Nada me puede decir? ¿Qué habrá sido de Raúl? ¿Quién lo habrá asesinado? ¿Y por qué?

La sufrida viuda parecía alucinada por el dolor y se sumergía en las más disparatadas indagaciones. Alejandro, lejos de disgustarse con sus intempestivas preguntas, asumió una actitud

paternal y cariñosamente, tomó las manos de la interlocutora, contestándole:

–¡Tenga calma y valor, amiga mía! En este momento, no es fácil complacerla. Es imperioso investigar con cuidado, para poder solucionar el problema con el debido criterio. Vuelva, pues a su hogar, y descanse su oprimida mente... Existen sufrimientos que no pueden curarse a fuerza de racionamientos del mundo. Es indispensable conocer el refugio de la oración, confiándolas al Padre Supremo. Ampárese en la fe sincera, confíe en la Providencia y veremos lo que es posible hacer en el sector de la información y del socorro fraterno. ¡Examinaremos el asunto con atención!

Ambas señoras hicieron todavía algunos comentarios dolorosos en torno al acontecimiento, despidiéndose, más tarde, con palabras de gratitud y de afecto.

A solas conmigo y sintiendo tal vez mi necesidad de preparación y de conocimiento, el orientador me explicó:

–Nuestros amigos encarnados, muchas veces creen, que somos adivinos; sí, por el simple hecho de que estemos fuera de la carne, admiten que ya somos señores de sublimes dones adivinatorios, olvidados de que el esfuerzo propio, con el trabajo legítimo, es una ley para todos los planos evolutivos.

Mas, sonriendo paternalmente, agregó:

–Entretanto, es forzoso considerar que nosotros, cuando nos encontrábamos en la Tierra, en circunstancias similares, no procedíamos de otro modo.

Al día siguiente, considerando que bien podía yo disponer de más tiempo, Alejandro me invitó a acompañarlo hasta la residencia de Esther. Tomaría el hogar de la interesada como punto de partida para llevar a cabo las averiguaciones que deseaba llevar a efecto.

–¿Cómo?, –ponderé– ¿no sería más práctico invocar directamente al esposo desencarnado, mediante nuestros poderes mentales? De ese modo, Raúl podría ser oído sin dificultades, observándose posteriormente lo que se podría hacer a favor de la viuda.

El instructor, sin despreciar mi idea, consideró:

–Sin duda, ese es el método más fácil y en muchos casos debemos poner en juego semejantes recursos; pero, André, el servicio de intercesión, para ser completo, exige alguna cosa de nosotros mismos. Concediendo a nuestra hermana Esther algo de nuestro tiempo y de nuestras posibilidades, seremos acreedores de más justos conocimientos, respecto a la situación general, enriqueciendo, simultáneamente, nuestros valores de cooperación. Aquél que hace el bien, es el primero en beneficiarse; el que enciende la luz, es el que se ilumina en primer lugar.

Como quien no deseaba extender la conversación, Alejandro guardó silencio, y nos pusimos en camino, comprendiendo, una vez más, que, como en la Tierra, el servicio de colaboración fraternal en el plano de los Espíritus reclama esfuerzo, tolerancia y diligencia.

La casa de la pobre viuda se localizaba en una calle modesta y aunque relativamente confortable, parecía estar habitada por muchas entidades de condición inferior, lo que observé sin dificultad, por el movimiento de entradas y salidas, aun sin haber pasado nosotros al ambiente doméstico. Entramos sin que los desencarnados infelices identificasen nuestra presencia en virtud del bajo patrón vibratorio que caracterizaba sus percepciones. Por tanto, el cuadro era doloroso de ver. La familia constituida por la viuda, tres hijos y una pareja de ancianos, se encontraba sentada a la mesa, ante un almuerzo muy sencillo. Un hecho, hasta entonces inédito para mí, llamó mi atención; seis entidades envueltas en círculos oscuros, los acompañaban en la comida, como si estuviesen tomando alimentos por absorción.

–¡Oh, Dios mío! –exclamé, aturdido, dirigiéndome al instructor– ¿será posible? ¿Desencarnados a la mesa?

Alejandro, replicó, tranquilamente:

–Amigo mío, los cuadros de vicio mental, ignorancia y sufrimiento en los hogares sin equilibrio religioso, son muy grandes. Donde no existe organización espiritual, no hay defensas para la paz del espíritu. Esto es intuitivo para todos los que estimen el recto pensamiento.

Después de ligera pausa, mirando compadecido el ambiente interior, prosiguió:

–Los que desencarnan en condiciones de excesivo apego a los que dejaron en la Tierra, encontrando en ellos las mismas cadenas, casi siempre se mantienen ligados a la casa, a las situaciones domésticas y a los fluidos vitales de la familia. Se alimentan con la parentela y duermen en los mismos aposentos en que perdieron sus cuerpos físicos.

–Pero de hecho, ¿llegan a alimentarse utilizando los mismos manjares de otro tiempo? –indagué, con asombro, al ver la satisfacción con que las entidades congregadas allí, absorbían gustosamente las emanaciones de los humeantes platos.

Alejandro sonrió y consideró:

–¿Tanta admiración, solamente por verlos tomando alimentos por la nariz? ¿Y nosotros? ¿Acaso desconoce usted que el hombre encarnado recibe más del setenta por ciento de la alimentación común a través de los principios atmosféricos, captados por los conductos respiratorios? Usted tampoco ignora que las sustancias cocidas al fuego, sufren profunda desintegración. Pues bien, nuestros hermanos, viciados en las sensaciones fisiológicas, encuentran en los elementos desintegrados el mismo sabor que experimentaban cuando se hallaban en posesión del cuerpo carnal.

–No obstante –ponderé–, parece desagradable tomar alimentos, obligados a compartir la compañía inevitable de desconocidos, y principalmente, desconocidos de la especie de los que tenemos a nuestra vista.

–Pero usted no puede olvidar –adujo el orientador– que no se trata de gente anónima. Estamos viendo a diversos familiares, que los propios encarnados retienen con sus pesadas vibraciones de apego enfermizo.

Alejandro pensó un momento y continuó:

–Empero, admitamos su hipótesis. Aunque la mesa estuviese rodeada de entidades indignas, extrañas a los lazos consanguíneos, queda la certeza de que las almas se reúnen obedeciendo a las tendencias que les son características y dada las circunstancias de que cada Espíritu, él tiene las compañías que prefiere.

Deseoso de suministrar bases sólidas a mi aprendizaje, consideró:

–La mesa familiar es siempre un receptáculo de influencias de naturaleza invisible. Valiéndose de ella, si el hombre medita en lo bueno, los trabajadores espirituales de la vecindad del pensador, se le unirán para participar de su servicio en el bendito campo de los buenos pensamientos; conservándose la familia en un plano superior y rindiendo culto a elevadas experiencias de la vida, se le aproximarán los orientadores de la iluminación espiritual, arrojando en el terreno de la conversación constructiva, las semillas de ideas nuevas, que en esos momentos se mueven con la belleza sublime de la espontaneidad. No obstante, por las mismas disposiciones de la ley de afinidad, la maledicencia atraerá a los calumniadores invisibles, y la ironía buscará, sin lugar a dudas, a las entidades burlonas y sarcásticas que inspirarán el anecdotario poco digno, dejando vastísimo margen a la liviandad y a la perturbación.

Indicando al grupo que se hallaba a la mesa, Alejandro añadió:

–Aquí, los inveteradamente tristes atraen a los familiares desencarnados de análoga condición. Es el vampirismo recíproco. Oiga usted lo que hablan.

Agudicé mis oídos y en efecto, comprobé que la conversación era de las más lamentables:

–¡Nunca pensé que vendría a sufrir tanto en este mundo!– exclamaba la tía de Esther, quejándose amargamente–. Augusto y yo ¡trabajamos tanto en nuestra juventud...! Ahora, llegados a la vejez, sin recursos para enfrentar la vida, ¡nos vemos obligados a sobrecargar a una pobre sobrina viuda! ¡Oh, que doloroso destino...!

Mientras las lágrimas corrían por sus mejillas de cera, el anciano le hacía coro:

–¡Es verdad! ¡Para una vida laboriosa y difícil, tan amarga compensación! ¡Jamás esperé una vejez tan oscura!

Las entidades vestidas con túnicas sombrías, al escuchar semejantes declaraciones, se conmovían abrazándose con fervor a los ancianos.

La viuda, aunque triste, agregaba con resignación:

–En efecto, nuestras pruebas han sido crueles; no obstante, debemos confiar en la Bondad de Dios.

Alejandro fijó en ella toda su atención y noté que en el alma de la viuda florecía una disposición singular. Con sus ojos brillantes como si percibiese desde muy lejos nuestra influencia espiritual, se acordó en forma vaga del sueño de la noche, diciendo:

–Gracias a la Providencia, amanecí hoy mucho más confortada. Soñé que la prima Etelvina me condujo en presencia

de un mensajero celestial que bendijo mi corazón, aliviando mis pesados dolores de estos últimos días. ¡Oh, cómo me sentiría feliz si me fuera posible reconstruir ese sueño de luz!

–¡Cuéntenos, mamá! –exclamó su hijita, de unos siete años de edad, que hasta entonces se había mantenido en silencio.

La señora, de buen grado, comentó:

–Hija mía, no es posible describir las grandes sensaciones. No me acuerdo con precisión de todo, pero recuerdo que el emisario de Jesús me escuchó con paciencia y, en seguida, me dirigió palabras confortantes y de amor. Lejos de reprenderme, me acogió bondadosamente y, revelando divina tolerancia, escuchó mis quejas hasta el fin, cual médico abnegado. Por eso, me levanté hoy con otro ánimo. Estemos conformes, pues Dios nos auxiliará. Una vez que me rehaga por completo, ganaré nuestro pan con el trabajo honesto. Tengamos esperanza y fe.

Al escuchar las afirmaciones valerosas de Esther, los niños cruzaron sus miradas sonriendo, mientras los ancianos se complacían en la amargura que les era propia.

Deseé hacerme visible a los compañeros desencarnados faltos de luz, que se movían en el recinto, para hablar con ellos y sondear sus experiencias, pero Alejandro me disuadió:

–Sería perder el tiempo –dijo. –Si usted desea beneficiarlos, venga aquí en otra oportunidad, pues el endurecimiento mental de muchos años, no se deshace con esclarecimientos verbales de un día. Por el momento, nuestro objetivo es distinto. Necesitamos obtener información sobre Raúl. Además, si nos valiéramos del momento para oír a nuestros hermanos desencarnados que se hallan presentes, verificaríamos muy pronto que ellos solamente podrían decirnos dolorosos lamentos, sin provecho constructivo.

Revelando muy poco interés por la conversación de los

encarnados, y considerando el objetivo esencial del momento, manifestó:

–Busquemos a algunos de nuestros hermanos visitantes. Tenemos necesidad de informes iniciales para dar inmediata estructura a nuestro trabajo de intercesión.

Al dirigirse Alejandro otros aposentos, dejé igualmente el modesto comedor, pese a mis deseos de continuar observando. Al parecer, el instructor, no tenía mucho tiempo que perder.

A los pocos minutos, fuimos alcanzados por una entidad de aspecto humilde, pero muy digno, a quien Alejandro se dirigió amablemente:

–Amigo: ¿es usted visitador en función activa?

–Sí, para servirlo –respondió con mucha atención el interpelado.

El orientador le expuso con franqueza y en pocas palabras, lo que deseábamos.

Entonces el hermano visitador, muy razonablemente, nos explicó: había conocido a Raúl muy de cerca; lo había auxiliado muchas veces, prestándole continua asistencia espiritual, pero no pudieron, ni él ni otros amigos, evitar su suicidio firmemente deliberado.

–¿Suicidio? –interrogó Alejandro, procurando informarse por completo–. La viuda cree que fue asesinado.

–Él lo supo disimular con mucho cuidado –ponderó el nuevo amigo–. Había meditado por mucho tiempo el infeliz acto y, el último día adquirió el revólver que utilizó con el fin deseado. Apuntó a la región del corazón y, cautelosamente, para evitar las impresiones digitales, tiró el arma a pequeña a corta distancia, y de ese modo consiguió burlar la confianza de sus familiares, haciéndoles suponer que había sido un doloroso crimen.

–¿Llegó a verlo en los últimos minutos de la tragedia? – indagó Alejandro en tono paternal.

–Sí –aclaró el interlocutor–, algunos amigos y yo, intentamos socorrerlo, pero, en vista de las condiciones de su muerte física en forma voluntaria, firmemente deliberada, no nos fue posible retirarlo del pozo de sangre en que se sumergió, retenido por vibraciones pesadísimas y angustiosas. Permanecíamos en servicio con el fin de ampararlo, cuando se aproximó una “banda” de algunas decenas, que abusó del infeliz y fácilmente, al amparo de la armonía de las fuerzas perversas, se lo llevó. Como puede comprender, no nos fue posible arrebatarlo de las manos de los salteadores de la sombra, que se lo llevaron por ahí...

El instructor parecía satisfecho con las elucidaciones y, cuando vi que se disponía a terminar la conversación, osé preguntar:

–Pero... ¿y la causa del suicidio? ¿No sería interesante oír al visitador?

–No –explicó Alejandro, tranquilamente–. Le preguntaremos al propio interesado.

Nos despedimos. Pero determinada interrogación atormentaba mi cerebro. Dirigiéndome al generoso orientador, le pregunté:

–¿Una “banda”? ¿Qué significa eso?

Alejandro que parecía ahora más preocupado, aclaró:

–La “banda” a que se refiere el informante, es una multitud de entidades delincuentes, dedicadas a la práctica del mal. Aunque tienen influencia limitada, en virtud de las numerosas defensas que rodean los núcleos de nuestros hermanos encarnados y nuestras propias esferas de acción, llevan a efecto muchas perturbaciones, concentrando los impulsos de sus fuerzas colectivas.

Observando que era muy grande mi extrañeza, el instructor agregó:

–No se sorprenda, amigo mío. La muerte física no es un baño milagroso, que convierte malos en buenos e ignorantes en sabios, de un momento a otro. Existen desencarnados que se adhieren a los ambientes domésticos del mismo modo que la hiedra a las paredes. Otros, en gran número, se rebelan en los círculos de la ignorancia que les es propia y constituyen las llamadas legiones de las tinieblas, que enfrentaron al propio Jesús, por mediación de diversos obsesos. Se organizan diabólicamente, forman cooperativas criminales y, ¡hay de aquellos que se transforman en sus compañeros! Los que caen en la senda evolutiva por pérdida de las oportunidades divinas, se convierten en sufridos esclavos, de transitorios, pero terribles poderes de las sombras, en un cautiverio que puede caracterizarse por larga duración.

–Pero el visitador regional, como guarda de estos sitios –inquirí con asombro–, ¿no podría haber defendido al infeliz suicida?

–Si él hubiera sido víctima de asesinato, sí –respondió el instructor–, porque, en la condición real de víctima, el hombre segrega determinadas corrientes de fuerza magnética, susceptibles de ponerlo en contacto con misioneros de auxilio; pero, en el suicidio deliberado previamente, sin la intromisión de enemigos ocultos, como este caso que está bajo nuestra observación, el desequilibrio del alma es inexpresable y acarrea absoluta incapacidad de sintonía mental con elementos superiores.

–Pero –indagué asombrado– los centinelas espirituales ¿no podrían haberlo socorrido independientemente?

Alejandro esbozó un gesto de tolerancia fraterna y agregó:

–Siendo la libertad interior facultad de todos los hijos de la Creación, no sería posible organizar precipitados servicios de

socorro para todos aquellos que caen en los precipicios del sufrimiento por su propia voluntad, con plena conciencia de sus actitudes. En tales casos, el dolor funciona como medida de auxilio en las rectificaciones indispensables. Pero... ¿y los malos que parecen felices en su propia maldad?, preguntará usted, naturalmente. Esos son aquellos sufridores perversos y endurecidos de todos los tiempos, que, a pesar de reconocer la decadencia espiritual de sí mismos, crean peligrosa costra de insensibilidad en torno al corazón. Desesperados y desilusionados, abrigando venenosa rebeldía, se lanzan a la onda torva del crimen, hasta que un nuevo rayo de luz les brote en el cielo de sus conciencias.

El asunto ofrecía oportunidad para valiosas aclaraciones, pero Alejandro esbozó un gesto como aquél que no puede gastar mucho tiempo con palabras y, después de ligero intervalo, agregó:

–André, manténgase en oración, ayudándome por algunos segundos. Ahora que tengo informaciones positivas del visitador, necesito movilizar mis posibilidades de visión, con el fin de orientarme sobre el paradero del infeliz hermano.

No obstante, manteniéndome en oración, observé que el orientador entraba en profundo silencio. A los pocos minutos, Alejandro tomó la palabra y exclamó como quién estuviese regresando de sorprendente excursión:

–Podemos seguir adelante. El pobre hermano, semi inconsciente, permanece imantado a un grupo peligroso de vampiros, en una guarida próxima.

El instructor se puso en camino. Lo seguí paso a paso en silencio, pese a mi intensa curiosidad.

Poco tiempo después, distanciándonos de los núcleos suburbanos, nos encontramos en las vecindades de un gran matadero.

Mi sorpresa no tenía límites, porque observé la actitud de vigilancia asumida por mi orientador, que atravesó firmemente la gran puerta de entrada. Por las vibraciones del ambiente, reconocí que el lugar era de los más desagradables, que, hasta entonces, en mi nueva fase de esfuerzo espiritual, había conocido. Siguiendo a Alejandro muy de cerca, veía a numerosos grupos de entidades francamente inferiores que se alojaban aquí y allí. Ante el local en que se procesaba la matanza de los bovinos, pude percibir un cuadro aterrador. Gran número de desencarnados, en lastimosas condiciones, se tiraban sobre los borbotones de sangre viva, como si procurasen beber el líquido con sed devoradora...

Alejandro percibió el asombro doloroso que se posesionara de mí y con serenidad, me aclaró:

—¿Está observando, André? Estos infelices hermanos que no nos pueden ver, dada la deplorable condición de inferioridad y de embrutecimiento en que se encuentran, están succionando las fuerzas del plasma sanguíneo de los animales. Son hambrientos que causan piedad.

Pocas veces, en toda mi vida, había experimentado una repugnancia tan grande. Las escenas más tristes de las zonas inferiores que hasta entonces había podido observar, no me habían impresionado con tanta amargura. ¿Desencarnados buscando alimento de aquella especie? ¿Matadero lleno de entidades perversas? ¿Qué significaba todo aquello? Recordé mis reducidos estudios de Historia remontándome a la época en que las generaciones primitivas ofrecían a sus supuestos dioses la sangre de los toros y de los cabritos. ¿Estaría allí, en aquel cuadro horripilante, la representación antigua de los sacrificios en los altares de piedra? Dejé que las primeras impresiones abrasasen mi cerebro, a punto de sentir, como en otro tiempo, que mis ideas vagaban en torbellino.

Alejandro, solícito como siempre, se acercó más cariñosamente a mí, explicándome:

–¿Por qué tanta sensación de pavor, amigo mío? Salga de sí mismo, quiebre el caparazón de la interpretación personal y venga al gran campo de la justificación. ¿No hemos visitado ambos, en la esfera de la Tierra, los más diversos mataderos? Recuerdo que en mi antiguo hogar terrestre, había siempre una gran alegría familiar por la matanza de los cerdos. La abundancia de carne y de grasa, significaba provisión para la cocina y bienestar para el estómago. Con el mismo derecho, los desencarnados, tan inferiores hoy como lo fuimos nosotros en el ayer, se acercan a los animales muertos cuya sangre humeante les ofrece vigorosos elementos vitales. Sin duda alguna el cuadro que ofrecen es lamentable; pero no nos compete condenarles. Cada cosa, cada ser, cada alma, permanece en el proceso evolutivo que le es propio. Y si ya pasamos por las estaciones inferiores, comprendiendo como es difícil la mejoría en el plano de elevación, debemos guardar la disposición legítima de auxiliar, siempre, movilizándolo, para el servicio al prójimo las mejores posibilidades que estén a nuestro alcance.

La advertencia era muy útil. Las palabras del instructor cayeron profundamente en mi alma, rectificando mi actitud mental. Encaré con serenidad el cuadro que se hallaba a mi vista y, notando que me había equilibrado, Alejandro me mostró una entidad que se hallaba en estado lamentable, semejante a un autómatas, que vagaba en torno a los demás. Después de mirar sus ojos casi sin expresión, reparé que su vestimenta permanecía ensangrentada.

–Es el suicida que buscamos – exclamó el instructor, claramente.

–¿Qué? –pregunté perplejo–. ¿Por qué necesitan de él los vampiros?

–Semejantes infelices –aclaró Alejandro–, abusan de recién desencarnados en los primeros días que se suceden a la muerte física, cuando se encuentran sin defensa alguna, como este pobre Raúl, sustrayéndoles las fuerzas vitales, después de abusar de su cuerpo carnal...

Estaba atónito, recordando las antiguas informaciones religiosas sobre las tentaciones diabólicas, pero el orientador, firme en su misión sagrada de auxilio, consideró:

–No se impresione en sentido negativo, André. Todo hombre, encarnado o desencarnado que se desvíe de la senda recta del bien, puede llegar a ser un poderoso genio del mal. No tenemos tiempo que perder. Vamos a actuar socorriendo al desventurado.

Siguiendo al caritativo mentor, me aproximé también al infeliz. Alejandro levantó la diestra sobre la frente de Raúl y lo envolvió en vigoroso influjo magnético. En pocos segundos, Raúl se veía cercado de luz, que fue vista inmediatamente por los seres de la sombra, pudiendo observar, entonces, que la mayoría se apartaba lanzando gritos de horror. Viendo la claridad que envolvía a la víctima, estaban lívidos, aterrados. Uno de los verdugos de más coraje, replicó en voz alta:

–¡Dejemos a este hombre entregado a su suerte! ¡Los “espíritus poderosos” están interesados en él! ¡Soltémoslo!

Mientras los verdugos, ante la aproximación bendita de aquella luz que descendía de lo Alto, se retiraban apresuradamente, como si temiesen algo que yo no podía comprender todavía, a mi vez me perdía en dolorosas interrogaciones íntimas. El cuadro era típico de las viejas leyendas de demonios abandonando a las almas prisioneras de sus propósitos infernales. Las palabras “espíritus poderosos”, habían sido pronunciadas con patente ironía. Por la claridad que había envuelto al suicida, ellos sabían que estábamos presentes, y aunque huían medrosos, se alejaban con burlas.

Al poco tiempo, aquel matadero de grandes proporciones, se hallaba desierto de vampiros voraces. Alejandro, dando por terminada la operación magnética, tomó la mano de aquel amigo sufridor, que parecía aturdido por la influencia maligna y, conduciéndolo al exterior, hacia el campo, me dijo bondadosamente:

–No guarde en su corazón las palabras irónicas que hemos oído. Esos desventurados hermanos merecen nuestra mayor compasión. Vamos a lo que nos pueda interesar.

Me recomendó amparar al nuevo amigo, que parecía no tener conciencia de nuestra colaboración y, después de algunos minutos de marcha nos deteníamos bajo frondoso árbol, poniendo al hermano débil y tambaleante sobre la fresca hierba.

Impresionado ante su inexpresiva mirada, le solicité aclaraciones al orientador, cuya palabra amiga no se hizo esperar:

–El pobrecito ha perdido temporalmente la memoria, su estado, después de haber sufrido tan prolongada succión de sus energías vitales, es de lamentable inconciencia.

En vista de mi perplejidad, Alejandro agregó:

–¿Qué desea usted? ¿Esperaría hallar por aquí el proceso del menor esfuerzo? El magnetismo del mal está igualmente lleno de poder, sobre todo para aquellos que caen voluntariamente bajo sus tentáculos.

En seguida, se inclinó paternalmente sobre el desventurado suicida e indagó:

–¿Cómo se siente, hermano Raúl?

–Yo... yo... –murmuró el infeliz, como si se hallara sumergido en profundo sueño– no sé...no sé nada...

–¿Se acuerda de su esposa?

–No... –respondió el suicida de modo vago.

El instructor se levantó y me dijo:

–Su inconciencia es total. Necesitamos despertarlo.

Acto seguido, determinó que yo permaneciese allí, de vigilancia, mientras él buscaba los recursos necesarios.

–¿No podemos despertarlo nosotros mismos? –interrogué, sorprendido.

El orientador sonrió y consideró:

–Bien se deduce que usted no es veterano en servicios de “intercesión”. ¿Olvida que vamos a despertarlo, no sólo para que recupere su propia conciencia, sino también para el dolor? Romperemos la costra de magnetismo inferior que lo envuelve y Raúl regresará al conocimiento de su propia situación; por tanto, sentirá el martirio del pecho perforado por el proyectil y rugirá de angustia al observar la supervivencia dolorosa creada por él mismo. Ante tales casos, las primeras impresiones son francamente terribles y se pasan algunas horas antes del seguro alivio. Y como otras obligaciones esperan por nosotros, será conveniente entregarlo a los cuidados de otros amigos.

Las observaciones me habían calado profundamente.

Transcurridos veinte minutos, aproximadamente. Alejandro volvió acompañado de dos hermanos que se dispusieron a conducir al infeliz y, en poco tiempo, encontrábamos una casa espiritual de primeros socorros, situada en la propia esfera terrestre. Se veía que la organización atendía trabajos de emergencia, pues el material de asistencia era, francamente, rudimentario.

Adivinando mi pensamiento, Alejandro me explicó:

–En el círculo de vibraciones antagónicas de los habitantes de la Tierra, no se puede situar una institución completa de auxilio. Por tanto, el trabajo de socorro, tiene que sufrir incontestable

deficiencia. Pero, esta casa es un hospital volante que cuenta con la abnegación de muchos compañeros.

Puesto Raúl sobre un blanco lecho, el devoto instructor comenzó a aplicarle pases magnéticos sobre la región cerebral. No pasó mucho tiempo y el infeliz lanzó un grito estentóreo y vibrante que dilaceró mi corazón.

–¡Me muero! ¡Me muero...! –gritaba Raúl, en suprema aflicción, intentando, ahora, escalar las paredes–. ¡Ayúdenme, por caridad!

Y comprimiendo el pecho con las manos, exclamaba en tono conmovedor:

–¡Mi corazón está partido! ¡Ayúdenme...! ¡No quiero morir...!

Enfermeros solícitos lo amparaban con atención, pero el paciente parecía presa del horror. Con los ojos desorbitados ubicados en una máscara de indefinible sufrimiento, continuaba gritando estentóreamente, como si hubiese despertado de una angustiosa pesadilla.

–¡Esther! ¡Esther...! –llamó el infeliz, acordándose de la dedicada esposa– ¡ven en mi auxilio por amor de Dios! ¡Socórreme! ¡Mis hijos! ¡Mis hijos...!

Alejandro se acercó a él paternalmente y le dijo:

–Raúl, ¡tenga paciencia y fe en el Divino Poder! Procure enfrentar valerosamente la difícil situación que usted mismo creó y no invoque el nombre de la dedicada compañera, ni llame a los hijos amados que dejó en su antiguo paisaje del mundo, porque la puerta material de su casa se cerró con sus ojos. Si usted hubiese cultivado el amor cristiano, apreciando las oportunidades que el Señor le confió, sería fácil, en un momento como este, regresar al hogar afectuoso para volver a ver a los seres queridos, aunque ellos no consiguieran identificar su presencia. Pero..., ahora amigo

mío, es muy tarde..., es necesario esperar otra oportunidad de trabajo y de purificación, porque su tiempo, con el nombre terrestre de Raúl ha terminado.

Inmenso pavor se estampó en su semblante, preguntando:

–Por ventura, ¿estaré muerto? ¿No siento el corazón traspasado de dolor? ¿No tengo mi ropa ensangrentada? ¿Será esto morir? ¡Es absurdo...!

Muy sereno, el bondadoso instructor, le dijo:

–¿No empuñó el arma contra su propio pecho? ¿No localizó el corazón para exterminar su propia vida? ¡Oh, amigo mío! Los hombres pueden engañarse unos a otros, ¡pero nadie podrá eludir a la Justicia Divina!

Revelando extrema vergüenza al sentirse descubierto, el suicida prorrumpió en sollozos murmurando:

–¡Ah! ¡Qué desventurado soy! ¡Mil veces infeliz...!

Alejandro, compasivo, no volvió a hablarle de aquella circunstancia. Después de recomendarlo cariñosamente a los cuidados de los hermanos responsables de los servicios de asistencia, se dirigió a mí para explicarme:

–Vamos, André. Nuestro nuevo amigo está en una crisis cuya terminación no cederá antes de setenta horas, aproximadamente. Volveremos más tarde a verlo.

De regreso a mis trabajos, esperé, ansioso, el instante de reanudar las observaciones educativas. Me impresionaba la complejidad del servicio de “intercesión”. Las simples oraciones de una esposa nostálgica y dedicada, habían provocado numerosas actividades para mi orientador y valiosas enseñanzas para mí. ¿Cómo actuaría Alejandro en la fase final? ¿Qué revelaciones nos haría Raúl, como compañeros interesados en su bienestar? ¿Conseguiría consolarse la esposa en situación de viudez?

Lleno de interrogantes, esperé por el momento oportuno. Trascurridos cuatro días, el instructor me invitó a volver al asunto, lo que, ante la posibilidad de proseguir aprendiendo para mi propia evolución, me hizo exultar de alegría.

Encontramos a Raúl lleno de dolores, aunque más calmado para poder mantener una conversación aclaratoria. Se quejaba de la herida abierta, del corazón descontrolado, de los agudos sufrimientos, de su gran abatimiento. Pero ya sabía que no se encontraba en el círculo carnal, aunque semejante verdad le costase angustioso llanto.

–Tranquilícese –le dijo mi orientador con inexpresable bondad–, su situación es difícil, pero podría ser mucho peor. Hay suicidas que permanecen agarrados a los despojos cadavéricos, por tiempo indeterminado, asistiendo al ataque de los gusanos voraces.

–¡Ay de mí! –suspiró el miserable–, porque, además de suicida, soy también criminal.

Y demostrando infinita confianza en nosotros, Raúl nos contó su triste historia, procurando justificar su acto extremo.

En la juventud, viniera del interior a la gran ciudad, atendiendo a la invitación de Noé, su amigo de la infancia. Compañero devoto y sincero, ese amigo lo presentara, cierta vez a su querida novia, con la que esperaba tejer, en el futuro, un nido de ventura doméstica. ¡Ay! Desde ese día en que por primera vez viera a Esther, nunca más pudo olvidarla. Esa joven personificaba lo que él, valoraba como su más alto ideal para realizar su propio matrimonio feliz. En su presencia, se sentía el más dichoso de los hombres. Su mirada le alimentaba el corazón; sus ideas constituían la continuidad de sus propios pensamientos. ¿Cómo podría él hacerle sentir su inmenso afecto? Noé, el buen compañero del pasado, era el obstáculo que necesitaba remover. Esther sería incapaz de traicionar el compromiso que había asumido con él.

Noé demostraba ser infinitamente bondadoso y respetable para provocar una ruptura. Fue entonces cuando nació en su cerebro la tenebrosa idea de un crimen. Eliminaría al rival. No cedería a nadie su felicidad. El amigo debería morir. Pero, ¿cómo llevar a cabo el plan sin incurrir en complicaciones con la justicia? Ciego de violenta pasión, se puso a estudiar minuciosamente la realización de sus propósitos criminales, encontrando una fórmula sutil para poder eliminar al compañero dedicado y fiel. Pasó así a usar un conocido y terrible veneno en pequeñas dosis, aumentándolo lentamente hasta habituar su organismo con cantidades que para otros serían fulminantes. Alcanzado el patrón de resistencia necesario, invitó al compañero a una comida y le dio el odioso veneno en un vino agradable, que él mismo bebió sin peligro alguno. Pero, Noé, falleció a las pocas horas, pasando a ser, para la consideración general, un suicida. Raúl guardó por siempre el terrible secreto y, después de cortejar gentilmente a la llorosa novia, consiguió imponerle su simpatía hasta culminar con el casamiento. Alcanzara la realización de lo que más deseaba: Esther le pertenecía como esposa. Llegaron los hijitos a endulzar la vida, pero... su conciencia fuera herida sin remisión alguna. En las íntimas escenas del hogar, veía a Noé a través de su tela mental, recriminándole su proceder. Los besos de la esposa y las caricias de los hijos, no conseguían apartar aquella visión implacable. En lugar de disminuir, sus remordimientos aumentaban siempre. En el trabajo, mientras leía, en la mesa, en la alcoba conyugal, permanecía la víctima contemplándolo en silencio. A cierta altura del destino, quiso entregarse a la justicia del mundo, confesando su horripilante crimen, pero, no se sentía con el derecho de turbar el corazón de su compañera, ni de llenar de lodo el futuro de sus hijitos. La sociedad lo respetaba, aceptando su ambiente doméstico. Distinguidos compañeros de trabajo apreciaban su compañía. ¿Cómo aclarar la verdad en tales condiciones? No obstante amar tiernamente a la esposa y a sus hijitos, se hallaba agotado, al final de una prolongada resistencia

espiritual. Estaba receloso de la perturbación, del hospicio, del aniquilamiento, de la confesión del crimen que, cada día, se hacía más inminente. A esa altura, la idea del suicidio tomó cuerpo en su cerebro atormentado. No pudo resistirse más tiempo. Escondería el último acto de su drama silencioso, tal como ocultara su primera tragedia. Compró un revólver y esperó. Cierta día, después del trabajo diario, se detuvo en el camino de regreso al hogar, y empuñó el arma contra su propio corazón, actuando cautelosamente para evitar las huellas digitales. Alcanzado el blanco, en un supremo esfuerzo se deshiciera del revólver homicida y solo le prestó atención al intraducible padecimiento del tórax despedazado... Con gran dificultad, como si sus ojos estuvieran nublados, sintió que algunas personas intentaban auxiliarlo y en seguida una verdadera multitud de individuos que él no podía ver, lo arrebataron llevándoselo del lugar del dolor... Desde entonces, un debilitamiento general lo había tomado por completo. Se sentía presa de un sueño pesado y angustioso, lleno de crueles pesadillas. Y, por fin, solamente recuperara la conciencia de sí mismo, allí, en aquel modesto cuarto, después que Alejandro restaurara sus postradas energías...

Terminando la extensa y amarga confesión, Raúl tenía el pecho oprimido y lentas lágrimas lavaban su rostro.

Conmovidísimo, no sabía, por mi parte, qué expresar. Aquel oculto drama, era capaz de impresionar corazones de piedra. Alejandro, demostrando la altura de sus elevadas experiencias, mantenía respetable serenidad, y dijo:

—En los mayores abismos, Raúl, hay siempre un lugar para albergar la esperanza. No se deje dominar por la idea de la imposibilidad. Piense en la renovación de su oportunidad; medite en la grandeza de Dios. Transforme su remordimiento en propósito de regeneración.

Y después de una ligera pausa, mientras el infeliz se deshacía en llanto, el mentor prosiguió:

–En verdad, sus males actuales no pueden desaparecer milagrosamente. Todos haremos la cosecha de acuerdo con nuestra siembra. Pero también nosotros, que hoy estamos aprendiendo algunas cosas, ya pasamos, innumerables veces, por la lección del recomenzar. Tenga calma y valor.

En seguida, Alejandro, pasó a notificarle la causa de nuestro interés, explicándole que el trabajo de auxilio fraterno fuera iniciado a través de oraciones de la esposa cariñosa y desolada. Le dio noticias de ella, de los hijitos y de los ancianos tíos; le habló de las nostalgias de Esther y de su ansiedad por verlo, aunque fuese por un ligero minuto, mediante la oportunidad del sueño físico.

Escuchando las últimas informaciones, el suicida pareció reanimarse vivamente y observó:

–¡Ay! ¡No soy digno! ¡Mi miseria le acentuaría sus dolores...!

Pero, el orientador, acariciando paternalmente su frente, prometió intervenir y solucionar el problema.

Nos retiramos nuevamente y percibiendo mi profunda sorpresa, Alejandro ponderó:

–En el pequeño drama que estamos observando, amigo mío, usted puede calcular la extensión y la complejidad de nuestras tareas en los servicios de “intercesión”. Nuestros compañeros encarnados nos piden, a veces, determinados trabajos, ignorando cuán distantes se hallan del conocimiento de las verdaderas situaciones. Para la sociedad humana, Raúl es una víctima de sicarios ocultos, cuando en realidad no es otra cosa que víctima de sí mismo. Para la compañera es el marido ideal, mientras que fue un criminal y un suicida.

Comprendí las dificultades morales en que nos hallábamos para poder atender la petición que nos conducía a semejante servicio. Las palabras del instructor no evidenciaban otra cosa. Comprendiéndolo así, osé preguntar:

—¿Cree usted que la hermana Esther esté suficientemente preparada para aceptar la realidad de nuestras conclusiones?

Alejandro movió su cabeza negativamente y consideró:

—Solamente son dignos de la verdad plena, los que ya se encuentran plenamente liberados de las pasiones. Esther es profundamente bondadosa, pero todavía no alcanzó su propio dominio. No posee las emociones, más bien, es poseída por ellas. En vista de eso, en modo alguno debemos ponerla en conocimiento completo del asunto. Está preparada para el consuelo, no para la verdad.

Las afirmaciones del instructor, me chocaban en cierto modo. ¿Cómo omitir los pormenores de la tragedia? ¿No sería eso faltar a la realidad? ¿Por qué proceso consolar a la nostálgica esposa; ocultándole el sentido verdadero de los acontecimientos?

Pero, Alejandro, comprendiendo mis indagaciones, dijo:

—¿Con qué derecho perturbaríamos el corazón de una pobre viuda en la Tierra, pretextando decir verdades? ¿Por qué motivo manchar la esperanza tranquila de tres adorables niños, tal vez envenenando su destino, tan sólo para poder exhibirnos como campeones de la verdad? ¿Habría más alegría en mostrar la sombra de un crimen, que en descubrir la fuente de la conformidad? André, amigo mío, ¡la vida exige mucho discernimiento! ¡Cada palabra tiene su ocasión y cada revelación su oportunidad! No podemos comprender un servicio de socorro, con la humillación del que suplica. La oración de Esther no debe ser portadora de desaliento. Por eso mismo, no todos reciben, cuando quieren, la delegación de lo Alto para el servicio de asistencia.

Registré la observación.

Ese día, Alejandro y yo nos dirigimos a las autoridades del Auxilio, pidiendo la colaboración de una de las hermanas que trabajaban en los Grupos de Socorro, con el fin de lograr una

cooperación más eficiente para el corazón de Esther. Fue destacada Romualda, hermana dedicada y bondadosa, que descendió a la Tierra junto con nosotros, recibiendo con mucha atención las recomendaciones del prestigioso amigo. Alejandro no se extendió con muchas instrucciones. Romualda debería preparar a la viuda, espiritualmente, para poder visitar, en la próxima noche, al esposo desencarnado y, a continuación, permanecer al lado de ella dos semanas colaborando en el renacimiento de sus energías psíquicas y cooperando para que se reorganizase su vida económica, mediante una colocación honesta y digna.

Era digno de observar el cariño con que el delicado instructor atendía a estas providencias.

Casi en el momento designado para el encuentro de los cónyuges, llegamos al hospital volante de socorro espiritual, donde el instructor cuidó personalmente de todas las medidas. Recomendó a Raúl el mejor ánimo, insistiendo para que no pronunciase la menor expresión de queja y para que se abstuviese de cualquier gesto que pudiese traducir impaciencia o aflicción. En seguida mandó a vendar la llaga abierta y sanguinolenta, muy visible en la región dilacerada del organismo periespiritual, para que la esposa no recibiese ninguna impresión de sufrimiento. El mismo Raúl, admirado por la lección de buenas formas, atendía, satisfecho y reanimado a todas las instrucciones.

En pocos minutos, Romualda entró en compañía de Esther, cuya mirada dejaba entrever angustia y expectación. Alejandro la tomó por el brazo y le mostró el compañero extendido en el blanco lecho.

—¡Raúl! ¡Raúl! —gritó la desolada viuda, provisionalmente libertada del cuerpo carnal, lacerándome el corazón con su doloroso tono de voz.

La conmoción de ella era extrema. Quiso proseguir, pero no pudo. Se le doblaron las rodillas y se encontró en genuflexión,

junto al lecho del esposo, sollozando. Observé que los ojos de él estaban llenos de lágrimas que con esfuerzo no dejaba caer. Alejandro lo miraba con firmeza, dándole a entender la necesidad que tenía de sobrellevar con valor aquel angustioso testimonio. Como niño interesado en conocer las recomendaciones paternas, el suicida acompañaba los menores gestos de nuestro generoso orientador. Y al hacerle Alejandro una ligera señal, Raúl tomó la diestra de la compañera, anegada en lágrimas y le dijo:

—¡No llores más, Esther! ¡Ten confianza en Dios! ¡Vela por nuestros hijos y ayúdame con tu fe! Me está yendo bien... ¡No hay razón para que nos lamentemos tanto! Querida, la muerte no es el fin. Acepta la voluntad del Padre como yo estoy tratando de aceptarla... nuestra separación es temporal... ¡Nunca te olvidaré! También siento nostalgia de tu compañía, de tu dedicación, ¡pero el Altísimo nos enseñará a transformar esas nostalgias, en esperanzas!

Las palabras del suicida, como la dulce inflexión de su voz, me sorprendían. Raúl demostraba un potencial de delicadeza y de finura psicológica, que hasta entonces no había revelado a mis ojos. Fue entonces que, aguzando mi percepción visual, noté que hilos tenuísimos de luz, ligaban la frente de Alejandro al cerebro de él, y pude comprender que el instructor le suministraba vigoroso influjo magnético, amparándolo en aquella difícil situación.

Escuchando sus consoladoras expresiones, la viuda pareció reanimarse y llorando, exclamó:

—¡Oh, Raúl, yo sé que ahora estamos separados por los abismos de la sepultura...! Sé que debo esperar la decisión suprema para poder unirme a ti para siempre... ¡Óyeme! ¡Auxíliame en la Tierra, en la viudez inesperada y dolorosa! ¡Levántate y ven a nuestra casa, para que des esperanza a mi espíritu abatido! Defiéndenos siempre contra los malos... no me dejes sola con nuestros hijitos, que tanto necesitan de ti... ¡pide a Dios esa gracia y ven a ayudarnos hasta el fin...!

Aunque continuaba tendido en el lecho, el interpelado le acarició cariñosamente los cabellos y respondió:

—¡Ten valor y fe! acuérdate, Esther, de que existen sufrimientos mayores que los nuestros y confórmate... Me voy a fortalecer y trabajaré aún por nosotros... Así como esperas mi asistencia, esperaré tu confianza. ¡El Señor no nos confía problemas de los cuales no seamos merecedores! ¡Vuelve para nuestra casa y alégrate! ¡No tengas miedo a la necesidad; nunca nos faltará la bendición del pan! ¡Procura la alegría del trabajo honesto y siembra el bien a través de todas las oportunidades que el mundo te ofrezca! ¡La práctica del bien da salud al cuerpo y alegría al espíritu! Y Dios que es bueno y justo, bendecirá a nuestros hijitos, para que ellos sean felices a tu lado... ¡No te demores más! ¡Vuelve confiada! ¡Conserva la certeza de que yo estoy vivo y de que la muerte del cuerpo es sólo una necesaria transformación...!

Comprendiendo que la oportunidad del reencuentro estaba por agotarse, la ansiosa esposa mostró extrema curiosidad y aflicción, mirando al compañero a través de las lágrimas le preguntó:

—Raúl, antes de que me vaya, dime francamente... ¿qué te sucedió? ¿Quién te quitó la vida?

Noté que el interpelado mostró en su mirada terrible angustia, ante aquella inesperada interrogación. Quiso, tal vez, confesar la verdad, hacer luz en torno a sus experiencias concluidas, pero el socorro magnético de Alejandro, no se hizo esperar. Un haz de intensa luminosidad salió de la mano del orientador, que a esa altura de la conversación, la mantenía sobre la frente del suicida, en forma protectora. Se transformara su expresión fisonómica, restableciéndose su serenidad y su valor. Nuevamente en calma, Raúl dijo a la compañera:

—Esther, los procesos de la Justicia Divina no se encuentran a disposición de nuestra apreciación... Conserva contigo la certeza de que estamos siendo instruidos todos los días y en todos los

acontecimientos; aprende a buscar, por encima de todo... la voluntad de Dios...

La pobre viuda deseaba prolongar la conversación; se adivinaba a través de sus afligidos ojos, el intenso propósito de continuar bebiendo los sublimes consuelos del momento, pero Alejandro le tomó el brazo y le recomendó la necesidad de despedirse. La esposa, llorosa, no rehuyó. Concentrando toda su capacidad afectiva en las palabras, dijo adiós al suicida y le besó las manos con infinito cariño. Algo distante ya de la organización hospitalaria de emergencia, el instructor la confió a los cuidados de Romualda, y regresó a mi compañia.

No conseguía ocultar mi enorme admiración, ante semejante servicio de asistencia.

Alejandro percibió mi estado de alma y me dijo conmovedoramente:

–Según observa, el trabajo de socorro exige mucho esfuerzo y devoción fraternal. No podemos olvidar que Raúl y Esther, son dos enfermos espirituales y que, en esta condición, requieren mucha comprensión de nuestra parte. Felizmente, la viuda regresa llena de nuevo ánimo y nuestro amigo, sintiendo la extensión de los cuidados de que está siendo objeto y notando por sí mismo cuánto puede auxiliar a la compañera encarnada, se dará prisa en crear nuevas expresiones de estímulo y de energía en su propio corazón.

Impresionado en vista de la dilaceración que había en su organismo periespiritual, indagué:

–¿Y la región herida? ¿Hasta cuándo Raúl experimentará semejantes padecimientos?

–Tal vez por muchos años –respondió el instructor en tono grave–. Pero eso, no le impedirá trabajar intensamente en el campo de la conciencia, esforzándose en obtener la reaproximación mediante la bendita oportunidad regeneradora.

Otros problemas afloraban a mi mente. Pero el instructor

necesitaba ausentarse en demanda de difíciles menesteres, en los que yo no podía acompañarlo.

Le pedí permiso para seguir de cerca el trabajo de asistencia llevado a efecto por Romualda, recibiendo su generosa aprobación. Deseaba saber hasta qué punto se había consolado la afligida viuda y observar el provecho de aquel reencuentro, que significaba elevada concesión.

Al día siguiente, volvía al modesto hogar, justamente en los momentos del almuerzo familiar. Romualda andaba activa. El ambiente interno había adquirido nuevo aspecto. Las entidades oscuras no habían desaparecido totalmente, pero su número se hallaba considerablemente reducido. Amparando a su protegida, la hermana auxiliadora me recibió con amabilidad. Me notificó que la viuda había amanecido mucho mejor y que ella, Romualda, había hecho lo posible por mantenerle el pleno recuerdo del sueño. Como era natural, la pobrecita no podía acordarse de todos los detalles; no obstante, había fijado los recuerdos esenciales, susceptibles de despertar en ella la divina esperanza y de restaurar su buen ánimo. Me recomendó que verificara por mí mismo, el efecto maravilloso de la providencia.

De hecho, el semblante de la viuda había ganado nueva expresión. Con sus ojos límpidos y brillantes, narraba a los tíos y a los hijitos el sublime sueño de la noche. Todos escuchaban con fuerte interés, especialmente los niños, que parecían participar de su júbilo interior.

Esther terminó la narración, emocionada. Observé, entonces, que la anciana tía esbozaba un gesto de incredulidad, preguntándole:

—¿Y usted cree haber visitado a Raúl en el otro mundo?

—Por supuesto, —contestó la viuda, sin pestañear— aún tengo la impresión de sus manos sobre las mías y sé que Dios me concedió semejante gracia para que yo recupere mis fuerzas para el trabajo.

¡Desperté hoy profundamente reanimada y feliz! ¡Enfrentaré el camino con nuevas esperanzas! Me esforzaré y venceré.

–¡Oh, mamá, cómo nos consuelan sus palabras! –murmuró uno de los pequeños, de ojos muy vivos– ¡cómo desearía haber estado con usted para oír a papá en ese sueño maravilloso...!

En ese instante, el ancianito, que se alimentaba en silencio, dijo, en calidad de excelente representante de la incredulidad humana:

–Es interesante notar que Raúl, habiendo consolado tanto su corazón de mujer, nada haya aclarado sobre el crimen que lo llevó al sepulcro.

Esther, que sintió la ironía de la observación, influenciada por la bienhechora que se mantenía a su lado, respondió rápidamente:

–Muchas veces, querido tío, no sabemos ser agradecidos a las bendiciones divinas. Recuerdo esa verdad, al oír semejante razonamiento. Me avergüenzo cuando recuerdo haber hecho esta interrogación al pobre Raúl, abatido y pálido en el lecho. Me basta la felicidad de haberlo visto y oído en un mundo que yo no puedo comprender por ahora. Tengo la seguridad de que lo visité en algún lugar. ¿Qué nos interesa descubrir criminales, cuando no podemos hacerles aparecer su cuerpo físico? En nuestra preocupación por castigar culpables, sin dar cuenta de nuestras propias culpas, ¿iremos hasta el absurdo de desear ser más justos que Dios?

El tío se calló, pensativo, y observé que los niños sentían inmensa alegría ante la respuesta maternal.

El corazón de Esther había penetrado la zona lúcida y sublime de la fe viva, absorbiendo, paz, alegría y esperanza, encaminándose a una nueva vida.

Al despedirme, felicité a Romualda por su noble trabajo. La generosa servidora me puso al tanto de su proyecto de servicio.

Permanecería más estrechamente al lado de la viuda, insuflándole valor y buen ánimo y en la próxima semana, contaba con la posibilidad de cooperar en el sentido de conseguirle un trabajo bien remunerado.

Me quedé admirado oyendo el programa, principalmente en lo tocante al auxilio material. Romualda, expresó con mucha calma:

–Cuando los compañeros terrestres se hacen merecedores, podemos colaborar en su beneficio, con todos los recursos a nuestro alcance, siempre que nuestra cooperación no interrumpa la libertad de su conciencia.

Le rogué, entonces, que aceptara mi cooperación el día fijado para los servicios finales.

Romualda accedió gustosamente y, pasada una semana, fui avisado por ella, ya que terminaban los trabajos de asistencia.

Volví al hogar de la viuda en compañía de la digna servidora espiritual, que me recomendó:

–Haga el favor de asistir a nuestra amiga, mientras voy a buscar a la persona indicada para ayudarla. Ya hice todas las diligencias aconsejables en la situación, y no hay tiempo que perder.

Me mantuve allí con profunda curiosidad y transcurridas tres horas, aproximadamente, alguien tocó en la puerta. Seguida de Romualda, una dama distinguida venía al encuentro de Esther, ofreciéndole trabajo honesto en su taller de costura. La viuda lloró de emoción y de alegría y, mientras combinaban determinadas disposiciones para ese servicio, en un confortador cuadro de júbilo general, la hermana auxiliadora me dijo contenta:

–Ahora, hermano André, podemos regresar tranquilamente. El servicio que nos fue confiado ha sido concluido, gracias al Señor.

PREPARACIÓN DE EXPERIENCIAS

Alejandro y yo nos disponíamos a regresar a nuestra sede espiritual de trabajo, cuando el orientador fue solicitado por un compañero de elevada expresión jerárquica, que nos saludó demostrando gran aprecio y cariño.

–Seré breve –le dijo él a mi instructor, quien lo atendía solícito–, el tiempo no me permite largas conversaciones.

Y, modificando su expresión facial, acentuó:

–¿Se acuerda de Segismundo, nuestro viejo amigo?

–Por supuesto. –contestó el interpelado. –Ambos le debemos significativos favores de otro tiempo.

–Pues bien –volvió a decir el visitante. –Segismundo necesita ayuda con urgencia. Reconozco que usted no es especialista en trabajos referentes a la reencarnación. No obstante, me siento obligado a recurrir a la colaboración de los amigos.

El nuevo compañero hizo un pequeño intervalo y continuó:

–Usted no se olvidará de que nuestro amigo, a pesar de sus rasgos de generosidad, asumió compromisos muy serios en el pasado.

–Sí, sí –respondió el orientador–, su drama vive aún en nuestra memoria.

–Segismundo, actualmente –prosiguió el otro– volverá al río de la vida física. La situación así lo exige y no debemos perder la oportunidad de encaminarlo al necesario rescate. Según usted sabe, Raquel, la pobre compañera que él desvió en nuestra época de lazos afectivos más fuertes, y Adelino, el infeliz marido que nuestro hermano asesinó en lamentable competencia armada, se encuentran ya en la Tierra desde hace tiempo, y desde hace cuatro años se volvieron a unir por los lazos del matrimonio. Todo está preparado para que Segismundo regrese a la compañía de la víctima y del enemigo del pasado, con el fin de santificar el corazón. Será él, de conformidad con la autorización de nuestros Mayores, el segundo hijito del matrimonio. Pero, estamos luchando con grandes dificultades para ubicarlo allí. Desgraciadamente, Adelino, que debe ser su futuro padre en su nueva existencia, lo repele acaloradamente durante las horas del sueño físico, trabajando contra nuestros mejores propósitos de armonización. En vista de eso, el trabajo preparatorio de la nueva experiencia, está siendo muy tardío y desagradable.

–¿Y Segismundo? –indagó el mentor, preocupado– ¿cuál es su actitud dominante?

Herculano, el mensajero que nos visitaba, informó con fraternal interés:

–Al principio, lo animaba la mayor esperanza. Ahora que su antiguo rival le ofrece pensamientos de odio y de celos, olvidando compromisos asumidos en nuestra esfera de acción, se siente nuevamente desventurado y sin fuerzas para reparar el mal. Otras veces, se llena de tristeza y de rebeldía, y en ese estado negativo, se sustrae a nuestra eficiente cooperación.

El visitante hizo una pausa, y agregó con inflexión de ruego.

–¿No podría usted ayudarnos en este difícil proceso de

reencarnación? Recuerdo que su amistad se dividía entre ambos. Quién sabe si su intervención afectuosa conseguiría convencer a Adelino.

–Cuenta conmigo –contestó el orientador, afectuosamente, haré cuanto esté en mis posibilidades para que no se pierda la oportunidad que se desea.

Ante la sonrisa de satisfacción del otro, Alejandro concluyó:

–En la próxima semana estaré a su lado para conversar espiritualmente con Adelino y solucionar el problema de la reaproximación. Confíemos en el auxilio divino.

Herculano agradeció, conmovido y se despidió.

A solas con el mentor dedicado y amigo, comencé a meditar sobre la posibilidad de contribuir, igualmente, en el nuevo caso. Nunca había tenido oportunidad de acompañar, de cerca, un proceso de reencarnación, estudiando los antecedentes espirituales de las cuestiones de la embriología. ¿No sería interesante, para mí, utilizar esta experiencia? Con este propósito, me dirigí al instructor, sin hablar, desde luego, en sentido directo, de mi pretensión:

–Es notable, para mí, la solicitud de hoy –exclamé. –Me hallaba muy lejos de pensar, en el mundo, en la multiplicidad de tareas asignadas a los bienhechores y misioneros desencarnados. La extensión del servicio en nuestro campo de acción asombraría a cualquier mortal.

–Sin duda –respondió atento el mentor–, los trabajos se desdoblán en todas las direcciones. La petición de Herculano, viene a focalizar uno de los más importantes problemas de la felicidad humana: el de la aproximación fraternal, del perdón recíproco, de la siembra del amor, a través de la ley de reencarnación.

Alejandro meditó algunos segundos y continuó:

–El caso es típico. El drama de Segismundo, es demasiado complejo para ser comentado en pocas palabras. Basta recordar

que Adelino y Raquel, son protagonistas culminantes de una dolorosa tragedia ocurrida en la época de mi última existencia en la Tierra. Después de una violenta pasión, Adelino fue víctima de un homicidio; Segismundo, del crimen; y Raquel del prostíbulo. Descarnaron, cada uno a su vez, bajo intensa vibración de odio y desesperación, padeciendo durante varios años, en las zonas inferiores del astral. Más tarde, debido a la intercesión de amigos redimidos, los antiguos cónyuges obtuvieron el regreso al cuerpo físico con el fin de santificar los lazos sentimentales y reaproximarse a los antiguos adversarios. Pero, como acontece casi siempre, los héroes en la promesa, flaquean en la realización, por apegarse mucho más a sus propios deseos que a la comprensión de la Voluntad Divina. Ya en posesión de los bienes de la vida física, Adelino se niega a perdonar, rememorando erróneamente las lecciones del pasado. Antes de la reencarnación del antiguo extraviado, ya se manifiesta contrario a cualquier auxilio. Siempre el viejo círculo vicioso: hallándose fuera de la bendita oportunidad del trabajo terrestre y viendo la extensión de sus propias necesidades, se desvela el compañero en prometer fidelidad y realización; pero ya en posesión del tesoro del cuerpo físico, regresa al endurecimiento espiritual y al menosprecio de las leyes de Dios.

El mentor hizo una breve pausa, añadiendo enseguida:

–Pero, trataré de hacerles recordar los compromisos.

En ese momento, estimando que la oportunidad era preciosa, solicité:

–¿Me sería posible acompañarlo? Creo que me sería de mucho provecho. Tal vez, podría adquirir significativos valores para servicio al prójimo y para mi beneficio personal. Ignoro hasta cuándo me será permitido estudiar en su compañía, y, por lo tanto, apreciaré el aprovechamiento integral de semejante oportunidad.

Alejandro sonrió, bondadoso y dijo:

–No tengo objeción alguna. Pero, no creo que deba seguir

estos trabajos sin algún conocimiento previo del asunto. En toda edificación verdaderamente útil, no podemos prescindir de la base. Tenemos buenos amigos en Planeamiento de Reencarnaciones, servicio muy importante en nuestra colonia espiritual, directamente relacionado con las actividades de Esclarecimiento. En esa institución, durante algunos días, podrá usted adquirir una idea aproximada de nuestra tarea, situándose dentro de semejantes trabajos. Gran porcentaje de las reencarnaciones en la Tierra, se procesa, en el campo de las manifestaciones puramente evolutivas, en moldes corrientes para todos. Pero otro porcentaje no obedece al mismo programa. Al elevarse el alma en cultura y en conocimiento y consecuentemente en responsabilidad, el proceso reencarnatorio individual es más complejo, alejándose, como es lógico, de la expresión general. En vista de eso, las colonias espirituales más elevadas, mantienen servicios especiales para la reencarnación de trabajadores y misioneros.

Las explicaciones eran seductoras y relevantes y comprobando la importancia de las aclaraciones para mi pobre espíritu, Alejandro continuó:

–Cuando me refiero a trabajadores, no hablo de compañeros completamente buenos y redimidos, sino de aquellos que representan mayor suma de cualidades superiores, camino a la victoria plena sobre las condiciones y manifestaciones groseras de la vida. En general, como acontece con nosotros mismos, son entidades que se hallan aún en débito, pero ya con valores de buena voluntad, perseverancia y sinceridad, que les otorgan el derecho de influir sobre los factores de su reencarnación, escapando, en cierto modo, al patrón general. Claro que no siempre se verifican tales alteraciones en condiciones agradables para la experiencia futura. Los servicios de rectificación representan tareas enormes.

Y deseando imprimir fuertemente en mi espíritu la noción de responsabilidad, el instructor, haciendo más grave la inflexión de su voz, prosiguió:

–El problema de la caída, es también una cuestión de aprendizaje y el mal indica una posición de desequilibrio, exigiendo restauración y enmienda. La evolución nos confiere poder; pero gastamos mucho tiempo aprendiendo a utilizar ese poder armoniosamente. La racionalidad ofrece campo seguro a nuestros conocimientos; mientras eso, André, casi todos nosotros, los trabajadores de la Tierra, nos demoramos siglos en el servicio de iluminación íntima; porque no basta adquirir ideas y posibilidades, es preciso ser responsable, y no es justo que tengamos solamente la información del raciocinio, sino también la luz del amor.

–¡De ahí las luchas sucesivas en continuas reencarnaciones del alma! –exclamé, vivamente impresionado.

–Sí –continuó mi amable interlocutor–, tenemos necesidad de la lucha que corrige, renueva, restaura y perfecciona. La reencarnación es el medio y la educación divina es el fin. Por esto mismo, a la par de millones de semejantes nuestros que evolucionan, existen millones que se reeducan en determinados sectores del sentimiento, porque, si ya poseen ciertos valores de la vida, les faltan otros no menos importantes.

Identificando mi dificultad para comprender su enseñanza de manera integral, mi orientador volvió a decir:

–Aun en su condición de médico, en el mundo, creo que usted no haya sido completamente extraño a los estudios evangélicos.

–Sí, sí –contesté–, tengo mis recuerdos en ese sentido.

–Pues bien, el propio Jesús nos dejó material para que pensemos en el asunto que estamos examinando, cuando nos aseveró que si nuestra mano o nuestros ojos fueran motivo de escándalo, deberían ser cortados al penetrar en el templo de la vida. Nos compete transferir la imagen literal para la interpretación simple del espíritu. Si ya fallamos muchas veces en experiencias de la autoridad, de la riqueza, de la belleza física, de la inteligencia,

no sería lógico recibir idénticas oportunidades en los trabajos rectificadores.

Comprendía claramente donde pretendía llegar Alejandro con sus aclaraciones amistosas.

—Por ejemplo: para la reglamentación de semejantes servicios funciona en nuestra colonia espiritual el Planeamiento de Reencarnaciones, en el que usted tendrá ocasión de recoger preciosas enseñanzas.

Y atendiendo mis necesidades como padre afectuoso, el instructor me llevó, al día siguiente, a una imponente institución.

El dinámico centro de servicios, constaba de varios edificios, amplios terrenos y numerosas instalaciones. Acogedores árboles se alineaban a través de extensos jardines, dando un aspecto encantador al paisaje. Observé que el instituto se caracterizaba por intenso movimiento. Entidades aisladas o en pequeños grupos, iban y venían, mostrando gran interés y atención en su expresión. Parecían sumamente despreocupadas con nuestra presencia, pues cuando no pasaban solas a nuestro lado, ensimismadas en profundos pensamientos, iban en grupos afectuosos, sosteniendo, por lo que parecía, discretas conversaciones, muy graves y absorbentes. Muchos de esos hermanos que pasaban a nuestro lado, llevaban en sus manos reducidos rollos semejantes al pergamino terrestre, sobre los cuales, no tenía yo, hasta entonces, la más leve noticia.

Pero, Alejandro, como siempre, vino en mi socorro, explicándome bondadosamente:

—Las entidades que se hallan a nuestra vista, son trabajadores de nuestra esfera, interesados en próximas reencarnaciones. No todos están directamente unidos a semejante propósito, puesto que gran parte de ellos se halla en trabajo de intercesión, obteniendo favores de esa naturaleza para íntimos amigos. Los rollos blancos que llevan, son pequeños mapas de formas orgánicas, elaborados por orientadores de nuestro plano, especializados en conocimientos

biológicos de la existencia terrenal. De conformidad con el grado de adelanto espiritual del futuro reencarnante, y de acuerdo con el servicio que le va a ser asignado en posesión de un nuevo cuerpo carnal, se hace necesario establecer planos adecuados a los fines esenciales.

–¿Y la ley de la herencia genética? –pregunté.

–Funciona con completo dominio sobre todos los seres en evolución, pero sufre, naturalmente, la influencia de todos aquellos que alcanzan cualidades superiores al ambiente general. Además, cuando el interesado en nuevas experiencias en el plano terrenal, es merecedor de servicios de *intercesión*, las fuerzas más elevadas pueden imprimir ciertas modificaciones a la materia, desde las actividades embriológicas, proporcionando alteraciones favorables al trabajo de redención.

A esta altura de la explicación, Alejandro me invitó a entrar.

Pronto nos hallamos en uno de los extensos gabinetes del edificio principal, donde uno de los numerosos amigos del orientador, vino a atendernos con la mayor dedicación.

Alejandro me presentó al Asistente Josino, que me recibió con extremada gentileza e hidalguismo. El instructor indicó el objetivo de nuestra visita. Deseaba que me fuese brindada la posibilidad de visitar la institución de planeamiento, tantas veces como me fuera posible durante la semana en curso, dada la necesidad en que me hallaba de adquirir nociones seguras sobre el trabajo de auxilio en las actividades de reencarnación. El Asistente se puso a mi disposición con la mejor buena voluntad. Me conduciría ante colegas suyos, con el fin de que no me faltasen detalles en el conocimiento; expondría sus propias experiencias para mi observación, con el fin de que yo extrajera de ellas el máximo provecho, y en fin, en cuanto estuviera a su alcance, guiaría mis impulsos durante el aprendizaje.

Me regocijaba íntimamente con las mejores y más

confortadoras impresiones, no solo por la recepción cariñosa, sino también por el ambiente educativo. No lejos de nosotros, en luminosos pedestales, descansaban dos estatuas maravillosas: la delicada figura de un cuerpo masculino y otro modelo femenino, singularmente bellos por su perfección anatómica, no sólo por la forma en sí, sino también por la de todos los órganos y las más diversas glándulas. A través de disposiciones eléctricas, ambas figuras palpitaban de vida y de calor, exhibiendo efluvios luminosos como si se tratara de los hombres y mujeres más evolucionados en la esfera carnal.

Ante mi admiración, Alejandro sonrió, y dijo al Asistente Josino, con el propósito de hacerse oír por mí:

–Tal vez André no conozca bastante sobre nuestro respeto y gratitud por el cuerpo físico terrestre.

–En verdad –acoté– ignoraba, hasta ahora, que el cuerpo carnal fuese, entre nosotros, objeto de tan excelentes cuidados. No sabía que nuestra colonia contase con una institución de este tenor.

–Por supuesto, amigo mío. –interfirió el Asistente con inflexión de cariño–, el cuerpo físico en la Tierra, representa una bendición de nuestro Eterno Padre. Constituye una primorosa obra de la Sabiduría Divina, en cuyo perfeccionamiento incesante tenemos nosotros la felicidad de colaborar. ¿Cuánto debemos a la máquina humana por sus milenios de servicio a favor de nuestra elevación en la vida eterna? Nunca sabremos cuantificar la extensión de semejante débito.

Y mirando los modelos que causaban mi asombro, agregó:

–Todo nuestro celo en el servicio reencarnatorio, se queda muy corto ante lo mucho que deberíamos realizar en beneficio del perfeccionamiento de la máquina orgánica.

Aunque indeciso, osé preguntar:

–¿Todos los núcleos de la espiritualidad superior, mantienen círculos de trabajo de esta naturaleza?

Fue Alejandro, quien respondió con su habitual delicadeza:

–En todas las colonias de elevada expresión, estas tareas son desempeñadas con infinito cariño. El auxilio a la reencarnación de nuestros compañeros, traduce nuestro reconocimiento al cuerpo físico que nos ha venido proporcionando tantos beneficios a través del tiempo.

Recordé que mi padre terrestre (*) había vuelto a la experiencia carnal, procediendo de zonas francamente inferiores, e indagué:

–Y los que regresan a la Tierra, procedentes de las zonas más bajas, ¿tendrán el mismo auxilio generoso?

Deseando imprimir a la pregunta la más viva sinceridad, agregué:

–Mi padre en la última romería terrestre, volvió, hace algún tiempo a la esfera carnal, en condiciones muy amargas...

Alejandro interrumpió el curso de mi frase, ponderando:

–Comprendemos. Si él era una persona de razón esclarecida, aunque no iluminada, permanecía después de la muerte, en estado de caída y no debe haber vuelto a la bendita oportunidad de la escuela física, sin el trabajo de *intercesión* y sin fuerte ayuda de corazones muy amados de nuestro plano. En este caso, habrá recibido la cooperación de bienhechores situados en posiciones más elevadas, que habrían respaldado sus promesas para el servicio regenerador. Pero, si él era un individuo en esfuerzo puramente evolutivo, circunstancia esa en la cual no habría regresado en condiciones dolorosas, contó él, naturalmente con el bendito concurso de trabajadores espirituales, que velan en la Tierra por la ejecución de los trabajos reencarnacionistas, en procesos naturales.

De acuerdo con las aclaraciones del orientador, comprendí las diferentes condiciones y tranquilicé mi corazón.

(*) Véase *Nuestro Hogar – La vida en el Mundo Espiritual*. Nota del Autor Espiritual.

Ya fuera porque la conversación tocara delicados asuntos de la familia humana, ya fuese con el propósito de dejarme a solas con mis profundas reflexiones, en aquel extenso gabinete de servicio, el orientador y el asistente guardaron silencio, inclinándose a buscar nuevos motivos de conversación para mi aprendizaje.

Pasé entonces, a observar detenidamente los modelos masculino y femenino, que se hallaban no lejos de mis ojos.

Gentilmente, Josino posó suavemente su mano derecha sobre mis hombros, y me dijo:

–Aproxímese a esas creaciones educativas. Usted ganará mucho observándolas de cerca.

Con un gesto de agradecimiento me aparté de los dos respetables amigos, acercándome a las figuras expuestas allí. Me detuve en la contemplación del modelo masculino, que presentaba absoluta armonía en sus líneas, cual arte helénico de sabor antiguo.

El molde, estructurado en sustancia luminosa, constituía, a mi parecer, la más primorosa obra anatómica sometida, hasta entonces, a mi análisis. Aquella figura humana, inmóvil, se asemejaba a algo divino.

Observé sus detalles, con asombro. Nunca había visto semejante perfección en los detalles corporales. Toda la musculatura estaba allí, formada por fibras luminosas. Desde el frontal hasta el ligamento anular del tarso, se veían hilos de luz simbolizando las diversas regiones de la musculatura general. Determinadas fibras, como las que se localizaban en la zona orbicular de los párpados, en el triangular de los labios, en el gran pectoral, en el pectíneo, en las eminencias tenar e hipotenar hasta el extensor de los dedos, eran más brillantes. Del examen de superficie, pasé a observaciones más profundas, identificando las disposiciones maravillosas de las figuras representativas de la circulación linfática y sanguínea. ¡Oh! Los órganos estaban todos allí, vibrando en obediencia a dispositivos eléctricos, propiciando demostraciones educativas. Los

vasos para la sangre venosa, aparecían en luz cenicienta, mientras que las regiones de sangre arterial se figuraban en color encarnado.

Sorprendido, rendí silencioso tributo de admiración a la Sabiduría Divina, que nos concede el sublime cuerpo físico terrestre para nuestras adquisiciones eternas.

Me impresionaba la perfecta disposición de los vasos distribuidos en torno al tronco celíaco, a la manera de pequeños ríos de luz, destacándose en expresión, la luminosidad de las cavas superior e inferior, de las yugulares externa e interna, de las arterias esplénica y mesentérica superior, de la aorta descendente, de los vasos ilíacos y de los ganglios inguinales.

Cubriendo las maravillas orgánicas, estaba el sistema nervioso, semejándose a una capa radiante estructurada en hilos tenuísimos de luz maravillosa. La región del cerebro, parecía una lámpara en azul suavísimo, cuya luminosidad se ligaba en sentido directo al cerebelo, descendiendo enseguida por la médula espinal hasta el plexo sagrado, donde el foco brillante adquiría expresión más intensa, para atenuarse, después en el gran ciático.

Transferí mis observaciones para la forma femenina, igualmente radiante, concentrando mi potencial analítico sobre el sistema endocrino, dispuesto a la manera de constelación, entre las piezas orgánicas. Desde la epíffisis, situada entre los hemisferios cerebrales, hasta los núcleos procreadores, las glándulas parecían formar un bello sistema luminoso semejantes a pequeños astros de vida, congregados en sentido vertical, cual antena rutilante, atrayendo la luz procedente de lo Alto. Cada cual presentaba su forma específica, sus expresiones vibratorias, sus características particulares, diversificándose igualmente el color de cada una, no obstante, después de recibir todas a su modo la coloración de la epíffisis semejante a pequeño sol azulado, manteniendo en su campo de atracción magnética todas las demás, desde la hipóffisis a la región de los ovarios, como nuestro astro de la vida, garantizando la cohesión y el movimiento de su gran familia de planetas y asteroides.

Mi estupefacción no tenía límites.

Pero, es forzoso confesar que mi sorpresa se extendía, mucho más, al fijar los efluvios brillantes que emanaban de los centros genitales, semejándose, en conjunto, a un minúsculo santuario lleno de luz.

Como dirigiese a mi instructor una mirada de indagación, sus aclaraciones no se hicieron esperar.

–En sentido general en la Tierra, –me dijo Alejandro sonriendo, después de acercarse a mí– aún existe mucha ignorancia acerca de la misión divina del sexo. Para nosotros, que deseamos valorar las experiencias, la paternidad y la maternidad terrestres son sagradas. La facultad creadora, es también divinidad del hombre. El útero materno, significa para nosotros, la puerta bendita de la redención; para gran número de personas, en la Esfera del Globo, la visión celestial es símbolo de reposo y de alegría sin fin, mientras que para muchos de nosotros, la visión terrestre significa trabajo edificante y saludable. Pero, no alcanzaremos la tierra prometida del servicio redentor, sin la ayuda de las fuerzas creadoras asociadas, del hombre y de la mujer.

Comprendí, con nuevo espíritu, el carácter sublime de las energías sexuales y recordé, compasivamente, a todos los encarnados que aún no consiguieron edificar el respeto y la comprensión con relación a los sagrados órganos procreadores. Mi orientador, cual si fuera una antena receptora de todas mis emisiones mentales, me advirtió bondadoso:

–Relegue al olvido cualquier expresión de reminiscencias poco constructivas. Los que ultrajan el sexo escribiendo, actuando o hablando, ya son grandes infelices por sí mismos.

Guardé aquella lección y bendije la nueva experiencia que se me brindaba.

Alejandro se despidió, dejándome en la gran institución de planeamiento, donde el Asistente Josino, ocupado con las

atribuciones de su ministerio, me confió a los cuidados de Manasés, un hermano de los servicios informativos del instituto, que me acogió plazeramente, rodeándome de gentileza y de cariño.

Inmediatamente sentí que mi aprendizaje se iniciaba con inmenso provecho. Manasés era un libro abierto. Sus opiniones e informes traducían valiosas enseñanzas.

Al aproximarnos a los pabellones de diseño, donde numerosos cooperadores trazaban planos para reencarnaciones especiales, mi nuevo compañero fue abordado por una simpática entidad que le pedía informaciones. Manasés me la presentó con optimismo. Se trataba de un colega que, después de quince años de trabajo en las actividades de auxilio, regresaría a la esfera carnal para la liquidación de determinadas cuentas. El recién llegado, parecía preocupado. Se le veían el recelo y la indecisión.

–No se deje dominar por impresiones negativas –le decía Manasés, infundiéndole buen ánimo. –El problema del renacimiento no es tan intrincado así. Naturalmente exige valor y buenas disposiciones.

–No obstante –exclamaba el interlocutor, algo triste–, temo contraer nuevas deudas en vez de pagar los viejos compromisos. Resulta tan penoso vencer en la experiencia carnal, en vista del olvido que sobreviene a la reencarnación...

–Pero sería mucho más difícil triunfar recordando –replicó Manasés, sin demora.

Prosiguiendo, sonriente, agregó:

–Si tuviésemos grandes virtudes y bellas realizaciones, no nos sería necesario revivir las lecciones ya vividas en la carne. Y si apenas poseemos llagas y desvíos que recordar, bendigamos el olvido que el Señor nos concede con carácter temporal.

El otro se esforzó para esbozar una sonrisa, y objetó:

–Reconozco su optimismo, y quisiera ser, igualmente así. Regresaré confiado en el concurso fraterno de ustedes.

Y modificando el tono de su voz, indagó:

–¿Me puede informar si mi modelo está listo?

–Creo que podrá buscarlo mañana –dijo Manasés, con entusiasmo–; ya fui a observar el gráfico inicial y lo felicito por haber aceptado la sugestión amorosa de los amigos bien orientados, sobre el defecto de la pierna. Realmente, luchará usted con grandes dificultades al principio de la nueva existencia, pero su resolución ha de hacerle mucho bien.

–Sí –dijo el otro, algo animado– necesito defenderme contra ciertas tentaciones de mi naturaleza inferior, y la pierna enferma me auxiliará, proporcionándome intensas preocupaciones. Será un antídoto a mi vanidad, un centinela contra la devastación del excesivo amor propio.

–¡Muy bien! –respondió Manasés, francamente optimista.

–¿Puede informarme sobre la medida de tiempo otorgada a mi futura forma física?

–Setenta años, como mínimo –respondió mi nuevo compañero, contento.

El otro reveló una expresión de reconocimiento, mientras Manasés continuaba:

–Pondere la gracia recibida, Silverio, y después de tomar posesión en el plano físico, no regrese aquí antes de los setenta. Trate de aprovechar la oportunidad. Todos sus amigos esperan que usted vuelva más tarde, a nuestra colonia, en la gloriosa condición de un *completista*.

El interpelado mostró un rayo de esperanza en sus ojos, agradeció y se despidió.

Las últimas observaciones de Manasés, despertaron en mí una fuerte curiosidad. No pude contener la indagación que dominaba mi pensamiento y pregunté sin reservas:

–Amigo, ¿qué significa la palabra *completista*?

Él sonrió, complaciente y contestó con el mejor humor:

–Es el título que designa a los raros hermanos que aprovechan todas las posibilidades constructivas que el cuerpo terrestre les ofrece. En general, casi todos nosotros, al regresar a la esfera carnal, perdemos oportunidades muy importantes, desperdiciando las fuerzas físicas. Deambulamos por allá, haciendo algo útil para nosotros y para los demás, pero a veces, despreciamos el cincuenta, el sesenta, el setenta por ciento y con frecuencia hasta más, de nuestras posibilidades. En muchas ocasiones, prevalece aún, contra nosotros, el agravante de haber movilizadado las energías sagradas de la vida, en actividades inferiores que degradan la inteligencia y embrutece el corazón. Pero, aquellos que utilizan la máquina física a la manera del operario muy fiel, conquistan derechos muy expresivos en nuestros planos. El *completista*, en calidad de trabajador leal y productivo, puede escoger a voluntad el cuerpo futuro, cuando le plazca su regreso a la Tierra en misiones de amor y de iluminación, o recibir un cuerpo ennoblecido para la continuidad de sus tareas, camino a círculos más elevados de trabajo.

Semejante noticia, representaba para mí una valiosa revelación. Nada más legítimo que dotar de recursos completos al servidor fiel. Recordé entonces los abusos de todo tipo a los que se entregan las criaturas humanas, en todos los países, doctrinas y situaciones, complicando los caminos evolutivos, creando lazos esclavizantes, enraizándose en el apego a los cuadros transitorios de la existencia material, alimentando engaños y fantasías, destruyendo el cuerpo y envenenando el alma. En un transporte de justificada admiración, expuse:

–Recordando el cautiverio de los espíritus encarnados en el plano de la sensación, nos consuela saber que hay un premio para los rarísimos hombres que viven en el sublime arte del equilibrio espiritual, aun hallándose en la carne.

–Sí –dijo Manasés, aprobando lo dicho con una mirada–,

por más extraño que pueda parecer, semejantes excepciones existen en el mundo. Regresan frecuentemente a nuestra esfera, entre los anónimos de la Tierra, sin fichas de propaganda terrestre, pero con inmenso lastre de espiritualidad superior.

Y dándome la impresión de que deseaba hacerme aclaraciones referentes a él mismo, agregó:

–Hace muchos años que me esfuerzo por conseguir la condición de *completista*; no obstante, hasta ahora continúo en fase de preparación...

Comprendí que Manasés, al igual que yo, traía regular bagaje de recuerdos poco felices, con respecto al uso que hiciera del cuerpo terrestre en las experiencias pasadas y procuré modificar la orientación de la conversación.

–¿Sabe de algún *completista* que haya regresado a la Tierra?
–interrogué.

–Sí.

–Naturalmente –continué, curioso– habrá escogido un organismo irreprochable.

Mi nuevo compañero mostró significativa expresión facial y acentuó:

–Ninguno de los que he visto partir, no obstante los méritos de que se hallan revestidos, escogieron formas irreprochables en cuanto a las líneas exteriores. Solicitaron providencias a favor de la existencia saludable, preocupándose de la resistencia, equilibrio, durabilidad y fortaleza del instrumento que los debería servir, pero solicitaron medidas tendientes a atenuar su magnetismo personal, de modo provisional, evitando así una presentación física muy primorosa, ocultando la belleza de sus almas, como eficiente garantía para sus tareas. Proceden así, porque, viviendo la mayoría de las personas en el juego de las apariencias durante la permanencia en la Tierra, aquellas se incumbirían de aplastar a los misioneros del Bien, si conociesen su verdadera condición, a través de las

vibraciones destructoras de la envidia, del despecho, de la antipatía gratuita y de las disputas injustificables. En vista de eso, los trabajadores conscientes, la mayoría de las veces, organizan sus trabajos en moldes exteriores menos graciosos, huyendo, por anticipado, al influjo de las pasiones devastadoras de las almas en desequilibrio.

Comprendí la extensión de aquella aclaración y meditaba en la grandeza de los principios espirituales que rigen la experiencia humana, cuando Manasés acentuó, después de larga pausa:

–Las mentes juveniles, criaturas del mundo, juegan con el fuego de las emociones; pero los espíritus maduros, mayormente cuando llegan a la situación de *completistas*, abandonan toda experiencia que los pueda distraer en el camino de la realización de la Voluntad Divina.

En seguida, invitado por mi nuevo amigo, penetré en una de las dependencias consagradas a los servicios de diseño. Pequeñas telas, mostrando piezas del organismo humano, se hallaban ordenadamente por todas partes. Tenía la fiel impresión de que me hallaba en un gran centro de anatomistas, rodeados de auxiliares competentes y diligentes. Se esparcían por allí diseños de miembros, tejidos, glándulas, fibras, órganos de todas clases y para todos los gustos.

–Como usted sabe –observó Manasés, cuidadoso–, en el servicio de recapitulación o de tareas especializadas en la superficie del Globo, la reencarnación nunca puede ser corriente. Para eso, trabajan aquí centenares de técnicos en cuestiones de Embriología y Biología en general, con el fin de orientar a cuantos hermanos se unen a nosotros en el esfuerzo colectivo, en las experiencias individuales del futuro.

Sintiendo espontánea veneración, contemplé a los servidores que, con la mayor atención, se curvaban, proyectando el porvenir de muchos compañeros. ¡Qué compleja era la oportunidad de renacer! ¡Qué intensas actividades exigía de los bienhechores

espirituales! Ante mi gesto de extrañeza, respondió Manasés en una síntesis expresiva:

–Usted no ignora que los hombres salvajes o semisalvajes, utilizando los recursos siempre sagrados de la Naturaleza, edifican sus habitaciones en formas más sencillas y rudimentarias; pero el hombre que ya alcanzó cierto patrón de ideal, desarrollando facultades superiores, construye el hogar, organizando diseños previos.

Indicando el cuadro interior, pleno de movimiento, agregó sonriente:

–De igual manera, nosotros estamos aquí desarrollando proyectos para futuras habitaciones carnales. Cuando nos hallamos compelidos a permanecer en la Tierra, el cuerpo humano no deja de ser la más importante morada para nosotros. No podemos olvidar que el propio Divino Maestro lo clasificaba como el templo del Señor.

Impresionado, seguía con gran atención los trabajos que allí se desarrollaban. Nos disponíamos a continuar, cuando una hermana, de porte muy respetable, se aproximó saludando a Manasés afectuosamente. Él respondió con gentileza y me la presentó:

–Es nuestra hermana Anacleta.

La saludé, sintiendo su personal simpatía.

–Se trata de una de nuestras trabajadoras más valerosas – acentuó el funcionario del trabajo de informaciones.

La señora sonrió, algo contrariada por verse destacada en la opinión del compañero, de modo tan franco. Pero Manasés, con el optimismo que lo caracterizaba, prosiguió:

–Imagínese que volverá a la Esfera Terrestre dentro de pocos días en una tarea de profunda abnegación por cuatro entidades que, hace más de cuarenta años, se debaten en las regiones abismales de las zonas inferiores.

–No veo en eso abnegación alguna –atajó la señora sonriendo–, tan sólo cumpliré con un deber.

Y mirándome sin asombro y serena, aseveró:

–Las madres que no completaron la obra de amor que el Padre les confió junto a los amados hijos, deben ser bastante fuertes para comenzar de nuevo los servicios imperfectos. Ese es mi caso. No se debe mencionar sacrificio donde solamente existe obligación.

Me interesaba la historia de aquella hermana sin pretensiones y simpática y por tanto, me animé a preguntarle:

–Entonces, ¿regresará en breve? De todas maneras, su resolución representa devoción y bondad. No puedo olvidar que también mi madre volvió al círculo de la carne, estimulada por sublime dedicación.

Noté que sus ojos se llenaron de discretas lágrimas que, aunque no llegasen a caer, ponían de relieve su emoción, ante mi observación sincera. Me extendió gentilmente la mano derecha y dando idea de que no deseaba continuar en conversación relacionada con el asunto, me dijo conmovida:

–Estoy muy agradecida por sus confortadoras palabras. Más tarde, cuando se acuerde de mí, ayúdeme con su pensamiento amistoso.

En ese punto de la breve conversación, Manasés indagó:

–¿Ya recibió todos sus proyectos?

–Sí –respondió ella–, no sólo los que se refieren a los de mis pobres hijos, sino también el plano relativo a mi propia forma futura.

–¿Está satisfecha?

–¡Muchísimo! –arguyó la dama. –En la ley del Padre, la justicia está llena de misericordia y continuó en la condición de gran deudora.

En seguida, calma y afablemente, se despidió.

Manasés comprendió mi curiosidad y explicó:

—Anacleta es un ejemplo vivo de ternura y devoción, pero volverá a las luchas del cuerpo a fin de operar determinadas rectificaciones en el corazón materno. Por su imprevisión, en otro tiempo, los cuatro hijos que el Señor le confió, cayeron desastrosamente. La pobrecita, albergaba ciertas nociones de cariño que no corresponden con la realidad. Su esposo era hombre probo y trabajador y a pesar de ser rico, nunca se olvidó de los deberes que unían las actividades de hombre de bien al campo de la sociedad en general. Se caracterizaba por una energía siempre constructiva, pero la esposa, aunque dedicadísima, contrariaba su influencia en el hogar, viciando el afecto de madre con excesos de ternura sin razón. Y, como consecuencia indirecta, aquellas cuatro almas no encontraron recursos para la jornada de su redención. Tres muchachos y una joven cuya preparación intelectual exigiría los más arduos sacrificios, caerían muy temprano en excesos de naturaleza física y moral, bajo el pretexto de atender obligaciones sociales. Fueron tan degradantes esos excesos, que muy pronto perdieron el templo del cuerpo, entrando en las regiones bajas, en tristes condiciones. Anacleta al regresar al campo espiritual, comprendió el problema y se dispuso a trabajar afanosamente para conseguir, no sólo su propia reencarnación, sino también la de los hijos, que deberán seguirla en las nuevas pruebas purificadoras de la Tierra.

—¿Cuántos años empleó para obtener semejante concesión?
—pregunté impresionado.

—Más de treinta.

—¡Me imagino sus futuros sacrificios! —exclamé.

—Sí —aclaró Manasés—, la experiencia le será muy dura, porque dos de los jóvenes deberán regresar en la condición de paralíticos, uno como imbécil, y para auxiliarla en la precoz viudez,

tendrá solamente a la hija, que por sí misma, será también portadora de apremiantes necesidades de rectificación.

Iba a expresar mi profunda sorpresa ante el mecanismo de la reencarnación, cuando otra hermana se acercó a nosotros, buscando a Manasés.

Después de los saludos afectuosos, dirigiéndose a mi nuevo amigo, explicó gentilmente:

–Deseo su valiosa interferencia en la rectificación de mi plano.

Y abriendo un pequeño plano en el que se veía diseñado con extrema perfección un organismo de mujer, expresó:

–Vea bien mi proyecto para el sistema endocrino. Sé que los amigos me favorecieron planeando con mucha armonía hasta las menores disposiciones; no obstante, desearía alguna modificación...

–¿En qué sentido? –indagó el interpelado con sorpresa.

La recién llegada indicó los puntos del proyecto donde se localizaba el cuello, y dijo:

–Fui advertida por bienhechores de aquí, en el sentido de no presentarme en la Tierra, en una forma física de líneas impecables; por tal razón y para que yo tenga más probabilidades de éxito a mi favor, en la tarea que me propongo desarrollar, estimaría que la tiroides y las paratiroides, no estuvieran tan perfectamente diseñadas. Como usted sabe, Manasés, mi tarea no será fácil. Debo alcanzar un patrimonio espiritual de grandes proporciones. Necesito huir de cualquier posibilidad de caída, y la perfecta armonía física perturbaría mis actividades.

El nuevo compañero me dirigió una expresiva mirada y le dijo:

–Tiene razón. La seducción carnal es un inmenso peligro,

no sólo para aquellos que emiten su influencia, sino también para cuantos la reciben.

–Prefiero la fealdad del cuerpo –dijo ella. –No estoy interesada en un cuerpo de Venus y sí, en la redención de mi espíritu para la Eternidad.

Manasés prometió interponer sus buenos oficios y tan pronto como se despidió de la nueva interlocutora, pasó a mostrarme las más interesantes figuras del cuerpo humano.

Admiraba, lleno de profunda impresión, aquellos numerosos gráficos que se alineaban en absoluto orden, demostrando el cuidado espiritual que precede al servicio de las reencarnaciones, cuando mi amigo ponderó:

–La medicina humana, será muy diferente en el futuro, cuando la Ciencia pueda comprender la extensión y la complejidad de los factores mentales en el campo de las molestias del cuerpo físico. Son muy raras las afecciones que no se encuentran relacionadas con el psiquismo. Todos los órganos están subordinados a la ascendencia moral. Las excesivas preocupaciones por los síntomas patológicos, aumentan las enfermedades; las grandes emociones, pueden curar el cuerpo o aniquilarlo. Si eso puede suceder en la esfera de las actividades vulgares de las luchas físicas, imagine el enorme campo de observaciones que nos ofrece el plano espiritual, para el cual se transfieren, todos los días, millares de almas desencarnadas en lamentables condiciones de desequilibrio mental. El médico del porvenir conocerá semejantes verdades y no circunscribirá su acción profesional al simple suministro de indicaciones técnicas, dirigiéndose mucho más, en los trabajos curativos, a las providencias espirituales, en las que el amor cristiano represente el mayor papel.

Deseando proseguir en las aclaraciones sobre el servicio reencarnacionista, Manasés tomó un pequeño gráfico y mostrándome sus líneas generales, dijo:

–He aquí el proyecto de futura reencarnación para un amigo mío. ¿Observa ciertos puntos oscuros, desde el colon descendente, hasta el sigmoides? Eso indica que él sufrirá una úlcera de importancia en esa región, tan pronto como llegue a la mayoría de edad. Se trata de una enfermedad escogida por él.

Como viese que una extrema curiosidad me dominaba, Manasés dijo:

–Hace más de cien años, ese amigo cometió un horrible crimen, asesinando a un pobre hombre a golpes. Después del homicidio, como sucede muchas veces, la víctima desencarnada se unió fuertemente a él; y de la semilla del crimen que el infeliz asesino plantó en su momento, cogió resultados terribles durante muchos años. Como usted sabe el odio recíproco produce igualmente poderosa imantación, y la entidad fuera de la carne, pasó a vengarse de él, todos los días, matándolo lentamente, a través de ataques sistemáticos mediante el pensamiento mortífero. En resumen, cuando el homicida, a su vez, desencarnó, traía el organismo periespiritual en dolorosas condiciones, además del remordimiento natural que la situación le impusiera. Se arrepintió del crimen, sufrió mucho en regiones purgatorias, y después de prolongados padecimientos purificadores, se aproximó a la víctima, beneficiándola mediante loables servicios de rescate y penitencia. Creció moralmente y conquistó la simpatía de varias agrupaciones de nuestro plano, obteniendo preciosas intercesiones. Pero... la deuda subsiste. Sin embargo, el amor transformó el carácter del trabajo para la redención. Nuestro amigo al volver a la Tierra, no tendrá necesidad de desencarnar en un espectáculo sangriento; pero donde quiera que esté, durante los tiempos de curación completa, en la carne que él menospreció en otra hora, arrastrará su propia herida, conquistando, día a día, la necesaria renovación. Experimentará disgustos en virtud del sufrimiento físico pertinaz, luchará incesantemente, desde la eclosión de la úlcera hasta el día del rescate final en el cuerpo físico; y así, si sabe mantenerse fiel a los compromisos nuevos, alcanzará, más tarde, la plena liberación.

Mientras observaba el proyecto con mi mayor atención, Manasés continuaba:

–Según observamos, la justicia se cumple siempre; pero, a medida que se dispone el Espíritu a la necesaria transformación en el Señor, se atenúa el rigor del proceso redentor. El propio Pedro nos recordó, hace siglos, que “el amor cubre multitud de pecados”.

Examiné, impresionado, el plano educativo y como no encontrase palabras suficientes por su claridad para pintar mi admiración, guardé silencio plenamente conmovido.

Comprendiendo mi estado de alma, el compañero añadió:

–Son innumerables los proyectos de cuerpos futuros en nuestros sectores de servicio. Se desprende de ellos, que la mayoría de los enfermos en la carne, son almas que trabajan en la ingente conquista de sí mismas. Nadie traiciona la Voluntad de Dios en los procesos evolutivos, sin incurrir en graves tareas de rectificación; y todos los que intentan engañar a la Naturaleza, cuadro legítimo de las leyes divinas, acaban por engañarse a sí mismos. La vida es una sinfonía perfecta. Cuando procuramos desafinarla en el ámbito de las notas que debemos emitir para su máxima glorificación, somos compelidos a estacionarnos en el pesado servicio de recomposición de la armonía quebrantada.

Durante algunos días, permanecí en aquella institución benéfica, comprendiendo que la existencia humana no es un acto accidental, y que, en el plano del orden divino, la justicia ejerce su ministerio todos los días, obedeciendo al alto designio que manda suministrar los dones de la vida “a cada uno según sus obras”.

REENCARNACIÓN

Cuando Alejandro me invitó a visitar, en su compañía, el ambiente doméstico de Adelino y Raquel, donde tendría lugar la reencarnación de Segismundo, me sentí dichoso y emocionado.

De mi espíritu emanaba una profunda alegría, pues, era la primera vez que tendría conocimiento directo del fenómeno reencarnacionista. Desde los primeros tiempos de estudio en el campo de la Medicina, me fascinaban las leyes biogenéticas. Sin embargo, nunca tuve la ocasión de intensificar observaciones y especializar experiencias. En la colonia espiritual a la que me condujeron la Providencia de Dios y la generosa intercesión de los amigos, había recibido muchas veces lecciones referentes al asunto; pero, hasta entonces, nunca había visto, de cerca, el proceso de inmersión de la entidad desencarnada en el campo de la materia densa.

Debido a eso, acompañé al servicial orientador con agradable y ansiosa expectativa.

Alejandro me explicó, por exceso de gentileza, que en otro tiempo, había recibido muchos favores de los personajes envueltos en aquel caso de reencarnación y que se sentía feliz por la

oportunidad de serles útil. Comentó las dificultades del servicio de liberación espiritual y exaltó la ley del bien, que llama a todos los hijos de la Creación al concurso fraterno y a los servicios *intercesorios*.

Después de confortante e instructiva conversación, alcanzamos el hogar de Adelino, deliciosamente situado en un pintoresco solar suburbano, cual nido gracioso, rodeado de colinas de vegetación.

Eran las dieciocho horas aproximadamente.

Con sorpresa, observé que Herculano nos esperaba en la puerta. El instructor me informó que había informado al amigo sobre nuestra visita, recomendándole que trajera a Segismundo para realizar el trabajo de aproximación.

El compañero nos saludó afectuosamente y se dirigió a mi orientador, aclarando:

–Segismundo vino en mi compañía y nos espera adentro.

–Fue una excelente medida –dijo Alejandro, de buen talante–, consagraré a nuestros amigos la noche ya próxima. Veremos lo que es posible hacer.

Entramos.

El matrimonio Adelino-Raquel tomaba la refección de la tarde junto a un niño, en el que adiviné al primogénito de la casa. No lejos, acomodado en una silla de descanso, reposaba una entidad que se levantó inmediatamente al percibir nuestra presencia, dirigiéndose particularmente al encuentro de mi orientador, que le abrió los brazos cariñosamente.

Herculano, cerca de mí, me explicó discretamente:

–Es Segismundo.

Noté que el desencarnado se abrazara a Alejandro, llorando convulsivamente. El instructor lo acogía como a un padre y después de oírlo por algunos minutos, le dijo compasivamente:

–¡Cálmese, mi amigo! ¿Quién no tendrá sus luchas, sus problemas, sus dolores? Y si todos somos deudores, unos de otros, ¿no será motivo de júbilo y de glorificación recibir las sublimes posibilidades de rescate y de pago? ¡No llore! Nuestros hermanos están comiendo. No debemos perturbarlos emitiendo fuerzas magnéticas desalentadoras.

Y reubicándolo en el amplio sillón, como si Segismundo estuviese debilitado y enfermizo, continuó:

–Tenga valor. La próxima oportunidad es divina para su futuro espiritual. Organizaremos las cosas, no tenga recelos.

–No obstante, amigo mío –dijo el interlocutor, anegado en lágrimas– presiento grandes obstáculos.

Y acentuaba en tono humilde:

–Reconozco que fui un gran criminal, pero pretendo redimir mis viejas culpas. Adelino, a pesar de las promesas que hiciera en la esfera espiritual, antes de reencarnar, en la presente recapitulación olvidó el perdón a mis antiguos errores...

Alejandro, que lo oía enternecido, sonrió paternalmente y dijo:

–Vamos, Segismundo, ¿por qué envenenar el corazón? ¿Por qué no disculpa usted a su vez? No complique su propia situación abrigando injustificable desánimo. ¡Levante sus energías, amigo mío! ¡Colóquese en la situación del ex adversario, víctima, en otro tiempo, de su acto impulsivo! ¿No encontraría, tal vez, las mismas dificultades? Tenga calma y prudencia: no pierda la bendita ocasión de tolerar algo desagradable a sus sentimientos, a fin de reparar el pasado y atender a las necesidades del presente. ¡Vamos, equíbrase! ¡El momento es de gratitud a Dios y de armonía con los semejantes...!

Segismundo enjugó los ojos, sonrió con esfuerzo y murmuró:

–Tiene razón.

Herculano que lo contemplaba enternecido, entró en la conversación, agregando:

–Él ha estado muy abatido, desanimado...

–Es natural –dijo Alejandro con decisión–, porque en tales circunstancias, el individuo sufre ciertos desequilibrios, en vista de las necesidades del regreso a la carne; pero Segismundo ha llevado muy lejos el fenómeno, acentuando sus propios sentimientos, con expectativas e injustificadas inquietudes.

Fijando más detenidamente su atención en el matrimonio que se mantenía a la mesa, dijo afectuosamente:

–Observemos a Adelino y a Raquel. Veamos la cooperación que pueden recibir.

Lo acompañamos en silencio.

El jefe de la casa permanecía taciturno, conversando con la esposa tan solo por monosílabos. Se notaba que la compañera se esforzaba; no obstante, él continuaba casi sombrío.

–¿No se cerró el negocio que esperabas? –interrogó la esposa, intentando la conversación afectiva.

–No –respondió él secamente.

–Pero, ¿continúas interesado?

–Sí.

–¿Viajarás la próxima semana, en caso de que no se realice el negocio antes del domingo?

–Tal vez.

La esposa hizo una larga pausa, algo desanimada, argumentando en seguida:

–¿Qué disculpa presenta la Compañía en vista de semejante demora?

El marido la miró fríamente y respondió lacónico:

–Ninguna.

A esta altura, Alejandro hizo un gesto significativo con la cabeza y preocupado nos dijo:

–Verdaderamente, la condición espiritual de Adelino, es de las peores, porque el sublime amor del altar doméstico anda muy lejos cuando los cónyuges pierden el gusto de conversar entre sí. En semejante estado psíquico, de modo alguno podrá ser útil a nuestros propósitos.

Alejandro se levantó, dio algunos pasos alrededor de la reducida familia y se dirigió a nosotros afirmando:

–Procuraré despertarle las fibras sensibles del corazón, con el fin de prepararlo convenientemente para que nos pueda oír esta noche.

Y diciendo así, el dedicado orientador se aproximó a la criatura, un bello niño de unos tres años y le colocó la diestra sobre el corazón. Vi que el pequeño se sonrió mostrando un nuevo brillo en sus ojos azules, diciendo con inflexión de infinito cariño:

–Mamá, ¿por qué papá está triste?

El dueño de la casa levantó la cabeza con admiración, al paso que la esposa respondía, conmovida:

–No lo sé, Juancito. Debe estar preocupado con los negocios, hijo mío.

–¿Y qué son *negocios* mamá? –volvió a preguntar la ingenua criatura.

–Son las luchas de la vida.

El niño miró a su madrecita con atención y preguntó de nuevo:

–¿Papá está alegre en los negocios?

–Sí –respondió la señora sonriendo.

–Y ¿por qué está triste en casa?

Mientras el padre seguía el diálogo fuertemente impresionado, la esposa cariñosa aclaró al niño con paciencia:

–En las luchas de cada día, Juancito, tu papá debe estar contento con todos y no debe ofender a nadie. Lo que te parece tristeza, es cansancio del trabajo. Cuando él regresa al hogar, trae consigo muchas preocupaciones. Si tu padre debe mostrarse en la calle cordial y alegre con todos, para no herir a los demás, no sucede lo mismo aquí, donde se encuentra a gusto para reflexionar en los problemas que le atañen de cerca. Esto es el hogar, hijo mío, donde se siente con el derecho de no esconder sus íntimas preocupaciones...

El niño escuchó atento, dividiendo sus miradas afectuosas entre el padre y la madre, y dijo:

–¡Qué pena! ¿Verdad mamá?

El jefe de la pequeña familia, tocado en las fibras recónditas del alma por la ternura del hijo y por la humildad sincera de la compañera, sintió que la nube de sombra de sus propios pensamientos, daba lugar a sensaciones de reposo y de alivio reconfortante. Sonrió repentinamente transformado, y se dirigió al pequeño, con nueva inflexión de voz:

–¿Qué idea es esa Juancito? No me siento entristecido. Además, ¡estoy muy contento, como en el último día de nuestra excursión a la sierra! Tu mamá te explicó muy bien lo que me sucede. Cuando tu papá esté silencioso no quiere decir que se encuentra desalentado. A veces, es preciso callar para pensar mejor.

La dueña de la casa mostró una amplia sonrisa, observando

el cambio brusco del compañero. A su vez, el niño, no disimulaba el júbilo en su semblante infantil; y cuando el padre terminó las explicaciones afectuosas, siempre envuelto en las irradiaciones magnéticas del bondadoso instructor, se dirigió nuevamente al jefe de la casa, preguntando:

–Papá, ¿por qué no viene usted a rezar por la noche conmigo?

El padre cambió una expresiva mirada con la esposa y dijo:

–He tenido siempre mucho que hacer por las noches, pero hoy volveré más temprano para acompañarte en las oraciones.

Y sonriendo con paternal alegría, añadió:

–¿Ya sabes orar solito?

El pequeño respondió, satisfecho:

–Mamá me enseña todas las noches a rezar por usted. ¿Quiere verlo?

Y, abandonando los cubiertos, miró instintivamente hacia lo alto y con las manos unidas, recitó:

–“¡Dios, guarda a papá en los caminos de la vida, dale salud, tranquilidad y valor en las luchas de cada día! ¡Que así sea!

El padre, que se presentara tan impenetrable y rudo al principio, mostró sus ojos con lágrimas, sensibilizado en las fibras más íntimas, y mirando tiernamente al hijo, murmuró:

–Estás muy adelantado. Hoy, Juancito, oraré también.

Con el alma despejada ahora, Adelino contempló a la compañera, orgulloso de poseer su devoción, y dijo:

–Las palabras de Juancito me hicieron mucho bien. Traía el corazón desalentado, oprimido. Yo mismo no sabría definir mi estado de alma... ¡Hace muchos días, mis noches son agitadas, llenas de aflicciones y de pesadillas! He soñado que alguien se aproxima a mí, sistemáticamente, como un enemigo vigoroso. A

veces, le doy gracias a Dios, al despertar por las mañanas, porque me siento mejor dando frente a las máscaras humanas, que soñando durante noches enteras, cruelmente...

La esposa admirada, observó con cariño:

–Creo que deberías descansar un poco...

Conmovido, ante la delicadeza de la mujer, Adelino continuó:

–He tenido recelos de mí mismo. Tan pronto como me acomodo en el lecho, siento instintivamente, que una sombra se aproxima a mí. Me duermo bajo increíble ansiedad y la pesadilla comienza, sin que yo sepa explicar conscientemente, cosa alguna.

–Y los sueños ¿son siempre los mismos?

–Siempre –respondió él con emoción–; veo que un hombre se aproxima a mí, extendiendo las manos, como si fuera un mendigo vulgar implorando socorro, pero al fijarme en su fisonomía, un inexplicable terror me invade el espíritu... Tengo la impresión de que él desea asesinarme por la espalda... En ciertas ocasiones, intento extenderle las manos, venciendo la impresión de pavor; pero acabo huyendo siempre, entre una mezcla de odio y de repugnancia. ¡Oh!, ¡qué pesadillas terribles y largas!

Y modificando el tono de la voz, agregó:

–Admito que tengo bajos y fuertes desequilibrios nerviosos, pero no puedo justificar la causa...

–¿Por qué no te sometes a un buen tratamiento médico? –preguntó la esposa afectuosamente.

El marido pensó durante algunos segundos, como si su espíritu vagase a través de lejanos recuerdos. En seguida, fijando en su compañera sus ojos muy brillantes, acentuó:

–Tal vez no necesite recurrir a los facultativos. Es posible que nuestro hijito tenga razón... Las luchas materiales del mundo,

me impusieron el olvido de la fe en Dios. ¿Cuántos años habrá que abandoné la oración?

Con los ojos húmedos, y pensativo, prosiguió:

–Cuando niño, mi madre me educaba en la ciencia de la oración. Enseñando a curvarme ante la voluntad del Altísimo, sentía la Bondad Divina en todas las cosas y me arrodillaba al pie de mi cariñosa madre, implorando las bendiciones de lo Alto... Después, vinieron las emociones de los sentidos, el duelo con los malos, la experiencia difícil en la competencia por el pan de cada día... Desde entonces perdí la creencia pura, que ahora, siento la necesidad de readquirir.

La esposa enjugó sus lágrimas, conmovida. Hacía muchos años que no observaba en el compañero semejantes demostraciones emotivas. Se irguió, emocionada y dijo con ternura:

–Vuelve hoy más temprano para que oremos juntos.

Y procurando imprimir notas de alegría a la conversación, llamó a Juancito, diciendo:

–Juancito, papá orará hoy con nosotros.

El semblante del niño se iluminó con intraducible alegría. Contempló a la madrecita enternecido y observó:

–Entonces, mamá, haré todas las oraciones que yo ya sé.

Después de comer, experimentando diferentes disposiciones, Adelino se despidió con una delicadeza que Herculano clasificó de inhabitual.

Alejandro, muy satisfecho, aseveró, después de restituir al niño a los cuidados maternos:

–Felizmente, nuestros servicios preparatorios van desdoblándose con excelentes promesas. Hemos conseguido bastante en pocos minutos.

Por mi parte, puedo decir que era inmensa la sorpresa que

invadía mi espíritu. ¿Por qué tantos cuidados? Alejandro y otros bienhechores tan elevados como él, ¿no podrían organizar todos los servicios relativos a la reencarnación de Segismundo? ¿No eran señores de gran poder sobre todos los obstáculos?

Pero, haciéndome la idea de que deseaba responder a mis interrogaciones íntimas, el instructor habló afablemente a Herculano, en estos términos:

–No debemos ni podemos forzar a nadie, pues necesitamos de las buenas disposiciones de Adelino, para realizar nuestra labor.

En seguida, pasó a orientar a Segismundo en relación a la conducta mental, aconsejándole que se preparara con todos los recursos a su alcance, para que tuviera éxito en su próxima experiencia. Otros amigos espirituales de los personajes de aquel drama entre dos esferas, llegaban también al nido doméstico, acentuándose la alegría y la camaradería fraternal. La presencia de nuestro instructor, parecía un incentivo para la satisfacción general. Alejandro sabía conducir la palabra elevada, y comunicaba su valioso optimismo a todos los compañeros. Se comentaba la dificultad de la reencarnación en atención a los conflictos vibratorios causados por la incomprensión de las criaturas terrestres, cuando el jefe de la casa volvió al hogar, interesado en cultivar las dulces emociones de aquel día.

Agradablemente sorprendidos, la esposa y el hijito, le hicieron muchos halagos, iniciando una nueva conversación reconfortante y educativa. Se hizo una hora de buena lectura y de excelente cambio de ideas, renovando Adelino sus propósitos de readquirir su serenidad íntima, a través de una mayor comunión espiritual con la pequeña familia.

Cuando la madrecita cariñosa recordó al pequeño la necesidad de recogerse, Juancito recordó la promesa paternal e indagó:

–¿Sabe papá lo que debemos hacer antes de la oración?

El dueño de la casa sonrió y le pidió explicaciones.

El niño, con asombrosa vivacidad, aclaró:

–Dice mamá que debemos llamar a los mensajeros de Dios para que nos asistan.

–Pues bien –dijo el padre con el mejor buen humor–, llámalos para que acudan en nuestro favor.

El pequeño pronunció algunas palabras de invitación, con sus manos unidas, y en seguida, se encaminaron los tres, para el aposento íntimo.

Alejandro, que parecía muy satisfecho con la aclaración espontánea del niño, nos dijo:

–Estamos invitados a participar en sus más íntimas oraciones. Acompañémoslos.

En aquel momento, nuestro grupo se había aumentado con tres entidades amigas de Raquel, que habían venido hasta allí, convocadas igualmente por Herculano, con el fin de que cooperaran en la solución del asunto.

El cuadro interior, era de los más conmovedores. El pequeñito se puso de rodillas haciendo la oración dominical con infantil emotividad. Adelino y la compañera, seguían su plegaria con gran atención. Por nuestra parte, continuamos en silencio, observando y colaborando con las mejores fuerzas de nuestros sentimientos, en aquel servicio espiritual.

Noté que la esposa se hallaba rodeada de intensa luminosidad, que, partiendo de su corazón, envolvía al esposo y al pequeñito en suaves irradiaciones. Muy sensibilizado, Adelino dejó escapar una furtiva lágrima, cuando el hijo, terminando las oraciones, cortas en palabras pero grandiosas en espiritualidad, le besó cariñosamente las manos.

Algunos minutos más y todos se recogían bajo los cobertores, felices y tranquilos.

En ese instante, Alejandro dijo:

—Ahora, amigos míos, hagamos nuestro servicio de oración cooperadora. Necesitamos conversar seriamente sobre la situación con Adelino.

El orientador en voz alta rogó la protección divina para el matrimonio, siendo acompañado por nosotros en profundo silencio. Las vibraciones de nuestro pensamiento en oración, se congregaron como partículas de luminosas sustancias, reuniéndose en un todo y derramándose sobre el lecho conyugal, como corrientes sutiles de fuerzas magnéticas revigorizantes y regeneradoras.

Entonces, vi a Raquel abandonar su cuerpo físico, envuelta en luminosas irradiaciones, pareciendo ajena a la situación. Despreocupada y feliz, se abrazó a una de las entidades que nos acompañaban, una señora mayor que Alejandro nos había presentado poco antes, declarando que se trataba de la abuela materna de la dueña de la casa. La anciana desencarnada, invitó a la nieta a que permanecieran juntas en oración, a lo que Raquel asintió con visible alegría.

La esposa de Adelino, sólo parecía identificar la presencia de la ancianita amorosa. Fijaba en nosotros la mirada, indiferentemente, como si no estuviésemos allí. Extrañando aquel hecho, me dirigí al instructor pidiéndole explicaciones. Alejandro no se hizo de rogar, y aunque era importante el servicio en curso, me aclaró delicadamente:

—No se sorprenda. Cada uno de nosotros debe tener la posibilidad de ver aquello que nos proporcione legítimo provecho. Además, no sería justo intensificar la percepción de nuestra amiga para que nos acompañe en el trabajo de esta noche. Ella nos auxiliará con el valor de la oración, pero no necesitará seguir de cerca, los esclarecimientos que la condición del esposo requiere.

El que hace lo que puede, recibe el salario de la paz. Raquel viene haciendo cuanto le es posible para lograr el éxito en el desempeño de las obligaciones que la trajeron al mundo; por eso mismo, no debe ser advertida ni perturbada. Atendamos a Segismundo y a Adelino.

Satisfecho con las aclaraciones recibidas, y admirando la Justicia Divina que así se manifestaba en los mínimos pormenores de nuestras actividades espirituales, observé que la compañera de Adelino se mantenía, no lejos de nosotros, en fervorosa oración.

En ese momento el esposo de Raquel se apartaba del cuerpo físico, pesadamente. No presentaba, como su consorte, un halo radiante alrededor de su persona, pareciendo moverse con extrema dificultad. Mientras su mirada vagaba por la habitación, angustiado y asustadizo, Alejandro se aproximó a mí y observó:

—¿Está examinando la lección? Repare en las singularidades de la vida espiritual. Adelino y Raquel son Espíritus asociados desde hace muchas existencias en común, compartiendo el mismo cáliz de dolores y de las mismas alegrías terrestres. En la actualidad, sus cuerpos reposan uno al lado del otro, en el mismo lecho; no obstante, cada uno vive en un plano mental diferente. Es muy difícil que se hallen reunidos en los lazos domésticos, almas de la misma esfera. Raquel desdoblada, fuera del vehículo de la carne, puede ver a la abuelita, con quien se encuentra ligada en el mismo círculo de elevación. Adelino, por el contrario, solamente podrá ver a Segismundo, con quien se encuentra imantado por las fuerzas del odio que él dejó, imprudentemente, desenvolverse, de nuevo, en su corazón...

Sin embargo, la palabra del orientador fue interrumpida por un grito aterrador. Adelino, receloso, había identificado la presencia del antiguo adversario, y, despavorido, inútilmente intentaba correr. Se movía con extrema dificultad, ansioso por volver a tomar el cuerpo físico a la manera de la criatura medrosa procurando un

refugio, pero Alejandro, aproximándose a él con amorosa autoridad, le extendió las manos, de las que salían grandes chispas de luz. Contenido por aquellos rayos magnéticos, el esposo de Raquel se puso a temblar, sintiéndose que él estaba viendo alguna cosa más que la figura del ex enemigo. En seguida, gracias a las vigorosas emisiones magnéticas de Alejandro, pudo ver a nuestro venerable orientador, con el cual pasó a sintonizarse directamente, cayendo de rodillas en convulsivo llanto. Observé el pensamiento de Adelino en aquel momento conmovedor y percibí que él asociaba la visión radiante a las oraciones de su hijito. Veía allí la extraña figura de Segismundo y la resplandeciente presencia de Alejandro y hacía intraducible esfuerzo por acordarse de algo del pasado distante que su memoria no conseguía situar con exactitud. Supuso, naturalmente, que nuestro mentor debía ser un emisario del Cielo para salvarlo de las pesadillas crueles, y, ofuscado por la intensa luz, sollozaba de rodillas, entre el miedo y el júbilo, suplicando paz y protección.

El bondadoso instructor se dirigió a él, con la serenidad de un padre cariñoso y experimentado, y levantándolo, exclamó:

–Adelino ¡guarda la paz que te traemos en nombre del Señor!

Y abrazándolo sobre su pecho amigo, continuó:

–¿Qué temes, hermano mío?

Alzó los ojos lacrimosos e indicando a Segismundo, triste, alegó sentidamente:

–Mensajero de Dios, ¡líbrame de esta infeliz pesadilla! Si has venido traído por las oraciones de mi inocente hijo, ¡ayúdame por caridad!

Y señalando al pobre amigo, continuaba:

–¡Este fantasma me enloquece! ¡Me siento enfermo, desventurado...!

Pero Alejandro, mirándolo firmemente, preguntó:

—¿Es así como recibes a los hermanos infelices? ¿Es así como te portas, ante los designios supremos? ¿Dónde has puesto las nociones de solidaridad humana? ¿Por qué huir de los más desafortunados de la suerte? Es siempre muy fácil amar a los amigos, admirar a los buenos, comprender a los inteligentes, defender a los familiares, ensalzar los afectos, conservar a los que nos estiman, loar a los justos y exaltar a los héroes conocidos; pero si somos respetables por semejantes posiciones íntimas, es preciso reconocer que ellas traducen un servicio realizado durante nuestro proceso evolutivo. Nosotros, amigo mío, aún no hemos alcanzado la redención final. Por eso mismo, la tempestad es nuestra bienhechora; la dificultad, nuestra maestra; el adversario, instructor eficiente. ¡Modifica las vibraciones de tus pensamientos! ¡Mientras no hayas adquirido aún bastante luz para recibirlo con el amor que Jesús nos enseñó, recibe con caridad al mendigo que toca tu puerta!

Impresionado con las palabras oídas, pronunciadas con inflexión de ternura paternal, Adelino, llorando copiosamente, se volvió hacia Segismundo, mirándolo de frente. Alejandro, como si quisiera aprovechar su nueva actitud, dijo:

—¡Contempla al pobrecito que te pide socorro! Observa su estado de humillación y de necesidad. ¡Imagínate en la posición de él y reflexiona! ¿No te dolería la indiferencia de los otros? ¿La crueldad ajena no te dilacera el alma? ¿Estimarías que alguien te clasificase como fantasma, tan sólo por tus demostraciones de sufrimiento? Adelino, amigo mío, abre las puertas del corazón a los que te buscan en nombre del Padre Todopoderoso.

El interpelado se volvió como una criatura medrosa, y mirando al generoso, mentor, exclamó:

—¡Oh, mensajero de los Cielos! ¡Tengo miedo, mucho miedo...! ¡Algo existe entre este hombre de las sombras y yo, que me compele a una profunda aversión! ¡Me parece que él desea

robarme la vida, aniquilar mi felicidad familiar, envenenar mi corazón para siempre...!

Comprendí que la aproximación de Segismundo, despertaba en Adelino reencarnado, las reminiscencias del pasado sombrío. Él, la víctima de otro tiempo, no conseguía localizar los hechos vividos, pero experimentaba, en el plano emotivo, los recuerdos imprecisos de los acontecimientos, llenos de dolorosa ansiedad.

Terminado pequeño intervalo, Alejandro objetó:

—No debes permitir la intromisión de fuerzas negativas destructoras en el campo íntimo del alma. Es siempre posible transformar el mal en bien, cuando hay firme disposición de la criatura en el servicio de fidelidad al Señor. ¡Considera, amigo mío, las grandes verdades de la vida eterna! Aunque este hermano te buscase en la condición de adversario, aunque él te solicitase como enemigo feroz, ¡deberías abrirle el espíritu fraternal! Toda reconciliación es difícil cuando somos ignorantes en la práctica del amor, pero sin la reconciliación humana ¡jamás será posible nuestra integración gloriosa con la Divinidad!

Viendo que el esposo de Raquel lloraba copiosamente, el orientador dijo:

—¡No llores! ¡Equilibra tu corazón y aprovecha esta sagrada oportunidad...!

Entonces, Adelino enjugándose las lágrimas pidió humildemente:

—¡Auxíliame por amor de Dios!

Sintiendo su profunda sinceridad, el instructor invitó a Segismundo a aproximarse. Él se levantó, tambaleante, angustiado.

Amparando a la ex víctima, Alejandro le indicó la figura del ex asesino, presentándosele:

—Este es nuestro amigo Segismundo, que necesita de tu

cooperación en el servicio redentor. ¡Extiéndele tus manos fraternas y atiéndelo en nombre de Jesús!

Adelino no titubeó y, aunque debió realizar un gran esfuerzo íntimo, visible a nuestra percepción espiritual, apretó la diestra del adversario, profundamente conmovido.

–¡Perdóneme, hermano! –murmuró Segismundo, con infinita humildad. –¡El Señor le recompensará por el bien que me hace...!

El marido de Raquel lo miró a los ojos, como queriendo disipar las últimas sombras de desatención y dijo:

–¡Disponga de mí..., seré su amigo...!

El ex homicida, se inclinó respetuoso y le besó las manos. El acto espontáneo de Segismundo lo conquistara. No podía ser malo aquel Espíritu angustiado y triste que le besaba las manos con veneración y cariño. Fue entonces que vi un fenómeno singular. El organismo periespiritual de Adelino parecía deshacerse de pesadas nubes, que se rompían de arriba abajo, revelando sus características luminosas. Suavísimas irradiaciones aureolaban ahora su personalidad, dejando percibir su condición elevada y noble.

Herculano, a mi lado, me dijo en tono discreto:

–El perdón de Adelino, fue sincero. Las sombras densas del odio, fueron, efectivamente disipadas. ¡Loado sea Dios!

Alejandro abrazó a las dos almas reconciliadas, renovándoles fraternales observaciones, llenas de sabiduría y ternura. En seguida, disponiéndose a salir en nuestra compañía, recomendó al esposo de Raquel que descansase de la lucha. Noté que marido y mujer, impulsados por amigos espirituales allí presentes, volvían a sus cuerpos físicos con el fin de cambiar impresiones con relación a los hechos que clasificarían como sueños, dentro del matiz mental de cada uno.

Alejandro, al retirarse satisfecho, comentó paternalmente:

–Con el auxilio de Jesús, la tarea fue realizada con éxito.

Y mirando a Segismundo, agregó:

–Creo que la próxima semana, podrá iniciar su servicio definitivo de reencarnación. Lo acompañaremos con cariño. No tenga ningún recelo.

Mientras Segismundo sonreía, resignado y confiado, el orientador se dirigió a Herculano, manifestando:

–Ya observé el gráfico referente al organismo físico que nuestro amigo recibirá en el futuro, verificando de cerca, las imágenes de la molestia del corazón, que él sufrirá en la edad madura, como consecuencia de la falta cometida en el pasado. Segismundo experimentará grandes perturbaciones de los nervios cardíacos, mayormente de los nervios del tonus. Mientras tanto –y en ese momento concentró toda su atención en el interesado–, es necesario que usted le haga ver que las pruebas del rescate legítimo, inclinan al alma encarnada a situaciones peligrosas y difíciles en la reiteración de las experiencias; pero, no obligan a nuevas caídas espirituales, cuando disponemos de verdadera buena voluntad en el trabajo de elevación. El aprendiz aplicado puede ganar mucho tiempo y conquistar inmensos valores si, de hecho, busca conocer las lecciones y ponerlas en práctica. La justicia divina nunca se ejerce sin amor. Cuando la fidelidad sincera al Señor permanece viva en el corazón de los hombres, hay siempre un lugar para “acrecentar la misericordia” a la que se refería Jesús en su apostolado.

En seguida, invitándome a acompañarlo, Alejandro se despidió de los demás, diciendo:

–Volveremos a verlos el día de la unión inicial de Segismundo con la materia física. Es necesario cooperar, en esa ocasión, con nuestros amigos Constructores, a quienes pedí que me presentaran los mapas cromosómicos, relacionados con los servicios que se van a iniciar.

Nos separamos.

Torturado por extraña curiosidad, en vista de aquellos cuidados extremos para que Adelino y Segismundo se reconciasen antes de la reaproximación por los lazos de la carne, no pude contener las preguntas que me atormentaban el espíritu. ¿No sería lícito facilitar la reencarnación del necesitado, sin más demoras? ¿Por qué tanta demostración de cariño para con el esposo de Raquel, si era él, el que debería sentirse satisfecho de poder cooperar en la sublime obra de redención? ¿No disponíamos de suficiente poder para romper todas las resistencias?

Alejandro me escuchó pacientemente, mostró una sonrisa paternal, y respondió:

–Su extrañeza es natural. Pues todavía no se habituó a los trabajos de socorro o de organización en este lado de la vida.

Y después de pequeña pausa, reflexionó:

–Cada hombre, como cada Espíritu, es un mundo por sí mismo, y cada mente es como un cielo...Del firmamento descienden rayos de sol y lluvias benéficas para la organización planetaria, pero también, en el instante de la lucha de los elementos atmosféricos, de ese mismo cielo proceden chispas destructoras. Así es la mente humana. En ella se originan las fuerzas equilibradas y restauradoras para los trillones de células del organismo físico; pero, cuando se halla perturbada, emite rayos magnéticos de alto poder destructivo para las comunidades celulares que la sirven. El pensamiento envenenado de Adelino, destruía la sustancia de las características físicas de la herencia, intoxicando la cromatina dentro de la bolsa seminal. Él podía atender a los llamados de la Naturaleza, entregándose a la unión sexual, pero no alcanzaría los objetivos sagrados de la Creación, porque, por las disposiciones lamentables de su vida íntima, estaba aniquilando las células creadoras al nacer, y, aunque no las aniquilase por completo, intoxicaba los genes del carácter, dificultando nuestra acción...

Ahora, en el caso de Segismundo, unido a él en proceso activo de redención, no podemos dispensarle la amorosa y fraternal asistencia. De ahí la necesidad de ese trabajo inmenso para despertar en él los valores afectivos. Solamente el amor proporciona vida, alegría y equilibrio. Modificado en su posición íntima, Adelino emitirá, de ahora en adelante, fuerzas magnéticas protectoras de los elementos destinados al servicio elevado de la procreación.

La palabra del orientador, no podía ser más lógica. Comenzaba, ahora, a comprender el sentido sublime del trabajo que se realizara para que el esposo de Raquel se hiciese más humano y más dulce. Como no encontrase expresiones para definir mi asombro, Alejandro sonrió, diciendo después de largo intervalo:

–Según puede observar, no existen por aquí milagros para el culto del menor esfuerzo. Cuando por todas partes enseñamos la necesidad de la práctica del amor, no procedemos obedeciendo a meros principios de esencia religiosa, sino atendiendo a imperativos reales de la propia vida.

En el curso de sus aclaraciones, alusivas al interesante caso de Segismundo, el bondadoso instructor tratara asuntos de gran relevancia para mí. Mencionó la unión sexual y designó el trabajo creador como su objetivo sagrado. ¿No sería este el momento más oportuno para profundizar sobre tan delicado asunto? Lo abrumé con interrogaciones ansiosas. Alejandro no se mostró sorprendido y escuchó mis inquietudes con imperturbable serenidad. Cuando me situé en actitud expectante, respondió amablemente:

–El sexo ha sido vilipendiado por la mayoría de los hombres reencarnados en la Tierra, y es muy difícil para nosotros, por ahora, elucidar el raciocinio humano con referencia al asunto. Basta decir que la unión sexual, entre la mayoría de los hombres y mujeres terrestres, se aproxima demasiado a las manifestaciones de esa

naturaleza entre los irracionales. En el capítulo de relaciones de esa especie, hay mucha inconsciencia criminal e indiferencia sistemática a las Leyes Divinas. Desde ese punto de vista, no sería razonable cualquier comentario de nuestra parte. Se trata de un dominio de semi brutos, en el que muchas inteligencias admirables prefieren demorarse en las bajas corrientes evolutivas. Es innegable que también ahí funcionan las tareas de abnegados constructores espirituales, que colaboran en la formación básica de los cuerpos destinados a servir a las entidades que reencarnan en esos círculos más burdos. Entretanto, es preciso considerar que el servicio, en semejante esfera es llevado a efecto en masa, con características de mecanismo primitivo. El amor, en esos planos más bajos, es como el oro perdido en vasta cantidad de residuos, que exige gran esfuerzo y laboriosas experiencias para ser revelado a los entendidos. Pero, entre las criaturas que se encaminan a las cimas de la elevación, la unión sexual es muy diferente. Representa la permuta sublime de las energías espirituales, simbolizando alimento divino para la inteligencia y para el corazón, y fuerza creadora no solamente de hijos carnales, sino también de obras y realizaciones generosas del alma para la vida eterna.

Alejandro hizo una ligera pausa, sonrió paternalmente y continuó:

–Recuerde, André, que me referí a los objetivos sagrados de la Creación y no exclusivamente al trabajo procreador. La procreación es uno de los servicios que puede ser realizado por aquel que ama, sin ser objeto exclusivo de las uniones. El Espíritu que odia o que se coloca en posición negativa ante la Ley de Dios, no puede crear vida superior en parte alguna.

Comprendí que el problema era muy difícil de ser explicado, pero, como si deseara desvanecer todas mis dudas, el generoso instructor, después de breve interrupción, prosiguió:

–Es necesario ampliar la concepción del sexo, absteniéndonos

de situarlo tan sólo en determinados órganos del cuerpo transitorio de las criaturas humanas. Veamos al sexo como cualidad positiva o pasiva, emisora o receptora del alma. Llegados a ese entendimiento, verificamos que toda manifestación sexual evoluciona con el ser. Mientras nos sumergimos en el charco de las vibraciones pesadas y venenosas, experimentamos, en ese dominio, simplemente sensaciones. A medida que nos dirigimos camino al equilibrio, logramos material de experiencias provechosas, oportunidades de rectificación, fuerza, conocimiento, alegría y poder. Armonizándonos con las leyes supremas, encontramos la iluminación y la revelación, mientras los Espíritus Superiores adquieren los valores de la Divinidad. Sustituyamos las palabras “unión sexual” por “unión de cualidades” y observaremos que toda la vida universal se basa en ese divino fenómeno, cuya causa reside en el propio Dios, Padre Creador de todas las cosas y de todos los seres.

Las palabras de Alejandro, le abrían nuevos horizontes a mi pensamiento. En mi campo mental se hacían claras las cuestiones oscuras del tema. Haciéndome sentir que los intervalos de la conversación se destinaban a darme tiempo para meditar, el benévolo orientador continuó, después de larga pausa.

—Esa “unión de cualidades”, entre los astros se llama magnetismo planetario de atracción, entre las almas, se denomina amor y entre los elementos químicos, es conocida por afinidad. Por lo tanto, no sería posible reducir semejante fundamento de la vida universal, circunscribiéndolo a meras actividades de ciertos órganos del cuerpo físico. La paternidad o la maternidad, son tareas sublimes; sin embargo, no representan los únicos servicios divinos en el sector de la Creación infinita. El apóstol que produce en los dominios de la Virtud, de la Ciencia o del Arte, se vale de los mismos principios de la permuta, apenas con la diferencia de planos, porque, para él, esa permuta de cualidades se verifica en esferas superiores. Hay fecundaciones físicas y fecundaciones

psíquicas. Las primeras exigen las disposiciones de la forma corporal, con el fin de cuidar, en carácter provisional, las exigencias de la vida, en el campo de las experiencias necesarias. Las segundas, prescinden de la cárcel de limitaciones y se efectúan en los resplandecientes dominios del alma, en proceso maravilloso de eternidad. Cuando nos referimos al amor del Omnipotente, cuando sentimos sed de Divinidad, nuestros espíritus no procuran otra cosa que el cambio de cualidades con las esferas sublimes del Universo, sedientos del Eterno Principio Fecundante...

Alejandro hizo una gran pausa, como si él mismo permaneciese extasiado con semejantes evocaciones. Por mi parte, me hallaba deslumbrado. Nunca había oído definiciones tan profundas con referencia a la posición del sexo en la vida universal.

—Es lamentable—continuó el orientador, gravemente— que la mayoría de nuestros hermanos encarnados en la Tierra, haya menospreciado las facultades creadoras del sexo, desviándolas hacia el torbellino de placeres inferiores. Pero, todos pagarán, centavo por centavo, lo que deben al altar santificado, a través de cuya puerta recibieran la gracia de trabajar y aprender en la superficie terrestre. Todo acto creador está lleno de sagradas emociones por parte de la Divinidad, y son esas emociones sublimes de la participación del alma en los poderes creadores de la Naturaleza, lo que los hombres conducen sin previsión a la zona del abuso y del vicio. Intentan arrastrar la luz hacia las tinieblas y convierten los actos sexuales, profundamente venerables en todas sus características, en una pasión viciosa tan deplorable como la embriaguez o la manía del opio. Entre tanto, André, sin que los ojos mortales observen las angustias rectificadoras, todos los infelices, en semejantes despeñaderos, son castigados severamente por la Naturaleza Divina.

A esa altura de las luminosas elucidaciones, sintiendo que el respetable amigo entraría en una nueva pausa, osé interrogar:

–Pero, ¿no es el uso del sexo una ley natural en la esfera de la Tierra?

Alejandro sonrió con benevolencia y respondió:

–Nadie discute ese carácter de las manifestaciones sexuales en los círculos de la carne, pero todas las leyes naturales tanto en la experiencia humana, como en todas partes, deben ser ejercidas sobre las bases de la ley universal del bien y del orden. Quien huye del bien, se enfrenta con el crimen; quien huye al orden, cae en desequilibrio. Por tanto, las uniones sexuales que se realicen fuera de esos imperativos sublimes, se transforman en causas generadoras de sufrimiento y de perturbación. Por otra parte, no debemos olvidar que el sexo, en la existencia humana, puede ser uno de los instrumentos del amor, sin que el amor lo sea del sexo. Por eso mismo, los hombres y las mujeres cuyas almas se van liberando de los cautiverios de la forma física, escapan gradualmente, del imperio absoluto de las sensaciones carnales. Para ellos, la unión sexual orgánica, va dejando de ser una imposición, porque aprenden a trocar los valores divinos del alma, entre sí alimentándose recíprocamente a través de permutas magnéticas, no menos valiosas para los sectores de la Creación Infinita; generando realizaciones espirituales para la gloriosa eternidad, sin cualquier exigencia de las luchas celulares. Para ese género de seres humanos, la unión reconfortante y sublime no se halla circumscripita a la emotividad de algunos minutos, más allá de todo eso, constituye la integración del alma con el alma, a través de la vida entera, en el campo de la Espiritualidad Superior. Ante los fenómenos de la presencia física, les bastan, la mayoría de las veces, la mirada, la palabra, el simple gesto de cariño y de comprensión, para que reciban el magnetismo creador del corazón amado, impregnándose de fuerza y de estímulo para las más difíciles edificaciones.

Alejandro efectuó un pequeño intervalo en la conversación y en seguida moviendo la cabeza significativamente, observó:

–No hay creación sin fecundación. Las formas físicas descienden de las uniones físicas. Las construcciones espirituales, proceden de las uniones espirituales. La obra del Universo es hija de Dios. Por tanto, el sexo como cualidad positiva o pasiva de los principios y de los seres, es manifestación cósmica en todos los círculos evolutivos, hasta que llegemos a alcanzar el campo de la Armonía Perfecta, donde esas cualidades se equilibran en el seno de la Divinidad.

No osé quebrar el silencio que siguió. El venerado instructor, abstraído en profundos pensamientos, no volvió a tocar el asunto, compeliéndome, tal vez, a meditaciones más edificantes.

Esperé, ansioso, el instante de volver a las observaciones del caso de Segismundo. El estudio que comenzara, era verdaderamente fascinante. Fue por eso que, con justificada alegría, recibí la invitación de Alejandro para el regreso al hogar de Adelino. El bondadoso orientador, alegaba que era preciso visitar al matrimonio y al amigo en proceso reencarnacionista, en la víspera de la primera ligazón con la materia orgánica.

Habiendo llegado a la morada que conocíamos, encontramos a Herculano y a Segismundo en compañía de otras entidades. Alejandro me informó que se trataba de espíritus Constructores, que iban a cooperar en la formación fetal de nuestro amigo.

Como en la vez anterior, se bañaba el nido doméstico en la luz crepuscular, manteniéndose la pequeña familia en el mismo acto de la refección. Pero, Adelino ahora mostraba una diferente posición espiritual. Lo envolvía un claro ambiente de optimismo, delicadeza y alegría. Mi amable instructor, muy satisfecho con la nueva situación, pasó a examinar los mapas cromosómicos, con la asistencia de los constructores presentes. En vano procuré comprender aquellos caracteres singulares, semejantes a pequeñitos arabescos, francamente indescifrables a mi vista.

Pero, Alejandro, siempre gentil y benévolo, aclaró:

–Este no es un estudio que usted pueda entender, por ahora. Estoy examinando la geografía de los genes en las estrías cromosómicas, a fin de cerciorarme hasta qué punto podremos colaborar a favor de nuestro amigo Segismundo, con recursos magnéticos, para la organización de las propiedades hereditarias.

Me conformé y pasé a observar a Segismundo, que parecía tan extenuado y abatido, que no conseguía mantenerse sentado. Asistido por la dedicación de Herculano, conversaba con nosotros con dificultad, estirado en una cama, en gran postración.

Se mostraba satisfecho con mi simpatía fraternal y mientras los demás estudiaban su situación, mantuve con él una rápida conversación, que, una vez más, me permitió a conocer, la penosa estampa de los que se encuentran al inminente inicio de una nueva experiencia terrestre.

–He estado más animado –me dijo, algo triste–; pero, ahora me falla la energía... Me siento débil, incapacitado... Mientras luché por obtener la transformación de mi futuro padre, experimentaba más confianza y serenidad..., pero ahora que conseguí la bendición del retorno a la lucha, tengo miedo de nuevos fracasos...

–Tenga calma –respondí, reconfortándolo; –su oportunidad de redención es de las mejores. Además, muchos compañeros han de velar de cerca, colaborando en su éxito futuro. El interlocutor sonrió con dificultad y observó:

–Sí, lo reconozco... Entre los hermanos que me asisten ahora, Herculano me acompañará con desvelo y constancia... Bien lo sé. No obstante, el renacimiento en la carne, con los valores espirituales que ya poseemos, representa un hecho gravísimo en nuestro proceso de elevación... ¡Ay de mí, si cayera otra vez...!

Le dirigía exhortaciones de buen ánimo y valor, cuando mi orientador, dando por terminado el examen de la

documentación, se aproximó a nosotros, diciéndole con afectuosa autoridad:

–Segismundo, es increíble que desfallezca en el momento culminante de sus actuales realizaciones. Restaure su fe, regenere la esperanza, porque usted no puede entrar en la corriente material, a la manera de nuestros hermanos ignorantes e infelices, que reclaman un estado casi absoluto de inconsciencia para penetrar, de nuevo, en el santuario materno. No deje de cooperar con su confianza en nuestra labor, para su propio beneficio. Déle trabajo a su imaginación creadora. Mentalice los primordios de su condición fetal, formando en su mente el modelo adecuado. Usted encontrará en la maternidad noble de Raquel, los más eficientes auxilios y recibirá de nosotros la más decidida colaboración; mientras tanto, recuerde que, para que triunfe en la presente oportunidad, su trabajo individual, en el campo de la adaptación y de la recepción, será muy importante. No pierda tiempo en expectativas ansiosas, llenas de dolores y aprehensiones. Eleve el tenor de sus fuerzas morales.

Segismundo oyó respetuoso la advertencia. Reconocí que las palabras reconfortantes de Alejandro, se hicieron seguir de maravilloso efecto. Segismundo mejoró repentinamente, esforzándose por aligerar la carga de preocupaciones inútiles.

Impresionado con las aclaraciones del prestigioso mentor, no dudé en hacerle una nueva consulta.

–¿Existen, entonces, –pregunté con gran interés–, aquellos que reencarnan, inconscientes del acto que realizan?

–Ciertamente –respondió él solícito–, del mismo modo que desencarnan diariamente en la Tierra millares de personas, sin tener la menor noción del acto que realizan. Solamente las almas preparadas tienen comprensión real de la verdadera situación que enfrentan en el acto de la muerte del cuerpo. De igual modo sucede aquí. La mayoría de los que regresan a la existencia corporal en la esfera del Globo, es magnetizada por los bienhechores

espirituales, que organizan sus nuevas tareas redentoras; y cuantos reciben semejante auxilio son conducidos al templo maternal de la carne, como niños adormecidos. El trabajo inicial que de rigor les compete en la organización del feto, pasa a ser ejecutado por la mente materna y por los amigos que los ayudan desde nuestro plano. Son innumerables los que, en vista de las necesidades de ciertas almas encarnadas, de ciertos hogares y de determinadas asociaciones, regresan a la Tierra en esas condiciones, reconducidos por autoridades superiores de nuestra esfera de acción.

La explicación no podía ser más lógica; y una vez más admiré el don de la claridad y de la sencillez en el amoroso amigo.

Permanecimos algún tiempo más en aquel nido acogedor, y, al despedirse, casi a media noche, después de reconfortar al espíritu de Segismundo, Alejandro se dirigió a Herculano y a los Constructores, en estos términos:

–Volveremos mañana a media noche, para efectuar la unión inicial, haciendo entrega de nuestro hermano reencarnante a nuestros amigos.

Uno de los Espíritus Constructores, que parecía el jefe del grupo, lo abrazó conmovido y dijo:

–Contamos con su colaboración para la división de la cromatina en el útero materno.

–¡Con mucho placer! –arguyó con buen humor.

Volviendo a otras ocupaciones, no podía controlar las nuevas ideas que la experiencia del caso de Segismundo, despertaban en mí. ¿Cómo se llevaría a efecto el auxilio en aquellas circunstancias? ¿Estaría Raquel consciente de nuestra colaboración? ¿Cómo interpretaría el matrimonio las actividades de nuestro plano, en caso de que llegara a conocer la extensión de nuestra tarea? Pero, Alejandro, como de costumbre, se encargó de interrumpir mis pensamientos, aclarando, como si estuviese oyendo mis interrogantes:

–En los casos de esta naturaleza André, nuestra intervención se desenvuelve con la misma santidad que, al practicar la intervención en el parto común, caracteriza el concurso de un médico responsable y honesto. El modelo fetal y el desarrollo del embrión, obedecen a leyes físicas naturales, como ocurre en la organización de formas en otros reinos de la Naturaleza, pero, en todos estos fenómenos, de acuerdo con los planos de evolución o rescate, los ascendentes de cooperación espiritual coexisten con las leyes. Nuestra colaboración, en tales procesos, es una de las tareas más comunes.

Comprendí la elevación del esclarecimiento y aquieté mi mente, esperando al día siguiente.

Transcurridas las horas del día, la curiosidad volvió a invadirme. ¿En qué momento deberíamos volver a la morada de Adelino? Sin ninguna intención indigna, me preocupaba el instante de la primera unión de Segismundo a la materia. ¿Actuaría Alejandro en el momento de la unión sexual, o el fenómeno obedecería a diferentes determinaciones? Mi orientador sonreía en silencio, comprendiendo mi tortura mental. Las horas se sucedían unas a otras y, observando mi impaciencia, Alejandro me aclaró, bondadoso:

–No es necesaria nuestra presencia en el acto de la unión celular. Semejantes momentos del tálamo conyugal, son sublimes e inviolables en los hogares sustentados en bases rectas. Usted sabe que la fecundación del óvulo materno solamente se verifica algunas horas después de la unión genesíaca. El elemento masculino debe hacer extenso viaje, antes de alcanzar su objetivo.

Y, sonriendo, agregó:

–Tenemos tiempo.

Comprendí la delicadeza de las aclaraciones y sediento de informaciones referentes al asunto, interrogué:

–De acuerdo con su parecer, ¿son inviolables todas las uniones sexuales?

–En modo alguno –adujo el atento instructor–, usted no debe olvidar que aludí a los “hogares sustentados en bases rectas”. Todos los encarnados que edifican el nido conyugal sobre la rectitud, se hacen acreedores a la presencia de testigos respetuosos que garantizan la privacidad de los actos más íntimos, consolidando fronteras vibratorias y defendiéndolas contra las fuerzas poco dignas; tomando por base de sus trabajos los pensamientos elevados que se encuentran en el ambiente doméstico de los amigos; no ocurre lo mismo en las moradas cuyos propietarios escogen bajos testigos espirituales, buscándolos en las zonas inferiores. La esposa infiel a los principios nobles de la vida en común y el esposo que pone su casa en ligazón con el meretricio, no deben esperar que sus actos afectivos permanezcan coronados de veneración y santidad. Sus relaciones más íntimas, son objeto de la participación de los testigos desviados que escogieron. Se constituyen en víctimas inconscientes de grupos perversos, que participan de sus emociones de naturaleza fisiológica, induciéndolos a los más dolorosos enviciamientos. Aunque estos cónyuges infelices estén temporalmente catalogados en el pináculo de las posiciones sociales humanas, ya que viven deseosos de placeres criminales, dominados por extraña e incoercible voluptuosidad, no podrán traicionar la miserable condición interior.

La impresionante respuesta de Alejandro, me sorprendió. Comprendí con mayor intensidad que cada uno de nosotros permanece en todos los lugares, rodeado de su propia elección en cada situación. Sin embargo, una nueva inquietud surgía en mi cerebro y procuré revelarla, para aclarar mejor mi entendimiento.

–Entiendo la magnitud de sus elucidaciones –afirmé, respetuoso. –Pero, considerando el peligro de ciertas actitudes

inferiores de los que asumen el compromiso de la fundación de un hogar, por ejemplo: ¿qué condición es la de la esposa fiel y dedicada, ante un marido desleal y aventurero en el campo sexual? ¿Permanecerá la mujer noble y santa, a merced de los criminales testigos que el marido escogió?

–¡No! –dijo él con vehemencia–, lo malo no puede perturbar lo que es genuinamente bueno. En casos semejantes la esposa garantizará el ambiente doméstico, aunque ello le cueste las más difíciles abnegaciones y los más pesados sacrificios. Los actos que exijan su noble presencia, son sagrados, aunque su compañero en la vida común, se haya colocado en un nivel inferior a los brutos. No obstante, en situaciones como esa, el marido imprevisor se hace paulatinamente ciego a la virtud y se convierte, a veces, en esclavo íntegro de las entidades perversas que escogió por testigos habituales fuera del santuario de la familia. Llegado a ese punto, es difícil impedir su caída en los desfiladeros del crimen y de las tinieblas.

–¡Oh, Dios mío! –exclamé– ¡cuánto trabajo esperando la ayuda de las almas valerosas! ¡Cuánta ignorancia debe ser vencida...!

–Dice usted bien –agregó el orientador, gravemente–, porque, de hecho, la mayoría de las tragedias conyugales se transfiere para más allá del túmulo, creando pavorosos infiernos para aquellos que las vivieron en la Superficie del Mundo. Es muy doloroso observar la extensión de los crímenes perpetrados en la existencia carnal; y ¡ay de los desprevenidos que no se esfuerzan, a tiempo, en el sentido de combatir las bajas pasiones! ¡Angustioso despertar les espera aquí...!

Callé y Alejandro, pensativo, también guardó silencio, demostrándome sus admirables facultades de concentración.

Eran aproximadamente las veintidós horas, cuando nos encaminamos a la residencia de Raquel.

La pequeña familia acababa de recogerse.

Herculano y los demás nos recibieron con inequívocas muestras de cariño.

El jefe de los Constructores se dirigió a mi instructor, en estos términos:

–Esperábamos su cooperación para iniciar el servicio magnético al paciente.

Pasamos, en seguida, a la pequeña habitación donde Segismundo reposaba. Permanecía afligido y con la mirada triste y vaga.

No pude reprimir una interrogación:

–¿Por qué motivo sufre tanto Segismundo? –le indagué a Alejandro en tono discreto.

–Desde hace algún tiempo y especialmente, desde la semana pasada, está en proceso de unión fluídica directa con los futuros padres. Herculano está encargado de ayudarlo en ese trabajo. A medida que se intensifica semejante aproximación, a través de la asimilación de los elementos del nuevo plano, él va perdiendo los puntos de contacto con los medios que consolidó en nuestra esfera. Semejante operación es necesaria para que el organismo periespiritual pueda retornar a la plasticidad que le es característica y en el estado evolutivo en que él se encuentra, esa operación le impone ciertos sufrimientos.

La observación era muy nueva para mí, por lo que continué indagando:

–Pero el organismo periespiritual de Segismundo, ¿no es el mismo que él trajo de la Tierra al desencarnar la última vez?

–Sí –concordó el orientador–, tiene la misma identidad esencial, pero, con el curso del tiempo, con motivo de una nueva alimentación y de nuevos hábitos en un medio muy diverso, incorporó determinados elementos de nuestros círculos de vida,

de los cuales es necesario que se deshaga con el fin de que pueda penetrar, con éxito, en la corriente de la vida carnal. Para esto, las luchas de las uniones fluídicas primordiales con las emociones que le son consecuentes, le desgastan las resistencias de esa naturaleza, destacándose que, esta noche, haremos la parte restante del servicio, movilizándolo, en su auxilio, nuestros recursos magnéticos.

–¡Oh! –dije yo– ¿no tendremos aquí un hecho semejante a la muerte física en la Tierra?

Alejandro sonrió y dijo:

–Sin duda, siempre que consideremos la muerte del cuerpo carnal como un simple abandono de envoltorios atómicos terrestres.

Reconocí que la hora no comportaba largas disertaciones y viendo que mi bondadoso instructor fijaba su atención en los Constructores, me abstuve de nuevos interrogantes.

Seguido por los amigos, Alejandro se aproximó a Segismundo y dijo con buen humor:

–¿Qué? ¿Está más fuerte?

Y, acariciando su cabeza, agregó:

–Usted debe estar satisfecho: ha llegado el momento decisivo. Todas nuestras expresiones de reconocimiento a Dios, son insignificantes ante la nueva oportunidad recibida.

–Sí... –dijo Segismundo jadeante– estoy agradecido... no se olviden de mí... brindándome el auxilio necesario.

Y mirando angustiosamente a mi orientador, observó con inquietud:

–Tengo recelo... mucho recelo...

Alejandro se sentó paternalmente a su lado, diciéndole con ternura:

–No dé cobijo al monstruo del miedo en el corazón. La hora es de confianza y de valor. ¡Oiga, Segismundo! Si usted guarda alguna preocupación, comparta con nosotros sus pesares, ¡hable de todo lo que constituya alguna dificultad en su fuero íntimo! ¡Abra su alma, querido amigo! Acuérdesse que el instante del cambio definitivo de plano, se aproxima. ¡Se hace indispensable que mantenga su pensamiento puro, limpio de todos los residuos!

El interlocutor dejó caer algunas lágrimas y dijo, con esfuerzo:

–Usted sabe que emprendí una pequeña obra de socorro, en las cercanías de nuestra colonia espiritual... La obra fue autorizada por nuestros Mayores y... no obstante su buen funcionamiento... siento que no está terminada y que tengo grandes responsabilidades en su estructura... no sé si obré bien... pidiendo ahora mi retorno a la Tierra, antes de consolidar mi trabajo... sin embargo, reconocí que para seguir adelante... necesitaba reconciliarme con mi propia conciencia, buscando a los adversarios de otro tiempo... con el fin de rescatar mis faltas...

Mientras el instructor y los demás amigos lo acompañaban en silencio, Segismundo proseguía:

–Fue por esto... que insistí tanto en conseguir mi regreso... ¿Cómo podría conducir a los demás a la plena conversión espiritual... ante las enseñanzas del Cristo... sin haber pagado mis propias deudas? ¿Cómo enseñar a los hermanos sufrientes... sufriendo yo mismo... dolorosas llagas en virtud de mi pasado cruel? Pero, ahora... que se aproxima el difícil recomienzo... me tortura el temor de errar de nuevo... Cuando Raquel y Adelino volvieron... me prometieron amparo fraternal, y estoy seguro... de que serán dos bienhechores para mí... no obstante, me afligen los celos y las ansiedades ante el futuro desconocido...

Valiéndose de la pausa que naturalmente se hiciera, Alejandro tomó la palabra, con franqueza y optimismo:

–¡No adelanta nada inquietarse tanto, amigo mío! Despréndase aquí de sus creaciones. Todas nuestras obras, efectuadas de acuerdo con las Leyes Divinas, se sustentan por sí mismas y nos esperan en cualquier tiempo para la cosecha de sabrosos frutos de alegría eterna. Solamente el mal está condenado a la destrucción y es apenas el error que necesita de laboriosos procesos de rectificación. Por tanto, permanezca en calma y feliz. Su insistencia por el regreso actual a los círculos terrenos ha sido muy acertada. El rescate del desvío de otra época concederá a su espíritu una nueva y más brillante luz. Persevere en su propósito. Valerse de la escuela, recibir su orientación sublime y crecer con los beneficios, representa la mayor felicidad del alumno fiel. Así pues, Segismundo, la felicidad suya por volver ahora a la esfera carnal es muy grande. Lave su mente en el agua viva de la confianza en Dios, y camine. Para esta nueva experiencia, usted no puede llevar otra cosa sino el patrimonio divino, que usted con su esfuerzo, constituido por las ideas ennoblecedoras y por las luces íntimas conquistadas por su espíritu, ya adquirió. No se detenga, de ese modo, en el recuerdo de los aspectos exteriores de nuestras actividades en este plano. Persistir en semejantes estados del alma, podrá traer consecuencias muy graves, por cuanto su inadaptación perturbaría el desenvolvimiento fetal y determinaría la muerte prematura de su nuevo cuerpo físico en el período infantil. No se prenda a recelos pueriles. Es verdad que usted debe y necesita pagar, pero, en sana conciencia, ¿quién de nosotros no es deudor? Con tristeza y abatimiento, nunca rescataremos nuestros débitos. Es indispensable crear nuevas esperanzas.

Segismundo hizo un gesto significativo de afirmación y sonrió con dificultad, mostrándose menos triste.

–No perturbe su valioso trabajo del momento. ¡Recuerde las gracias que hemos recibido y no tema!

Al callarse el mentor, noté que Segismundo, bajo fuerte

emoción, no disponía de recursos para sostener la conversación. Pero, lo vi tomar la diestra de Alejandro, con infinito esfuerzo, besándosela respetuoso en señal de reconocimiento.

Ponderé entonces, sobre el recurso enorme que todos recibimos al regresar al círculo carnal. Aquellos devotos bienhechores, auxiliaban a Segismundo, desde el primer día; y aún allí, ante el posible rechazo del interesado, se mostraban dispuestos a consolar todas sus tristezas, levantando su ánimo para lograr el éxito final.

Los Espíritus Constructores, comenzaron el trabajo de magnetización del cuerpo periespiritual, en lo que eran ampliamente secundados por el esfuerzo del abnegado orientador, que se mantenía dedicado y firme en todos los campos del servicio.

Sin que sea posible hacerme comprender fácilmente por el lector común, debo decir que “alguna cosa de la forma de Segismundo estaba siendo eliminada”. Casi imperceptiblemente, a medida que se intensificaban las operaciones magnéticas, se iba volviendo él más pálido. Su mirada, parecía penetrar en otros dominios. Se estaba tornando vago, menos lúcido.

A cierta altura, Alejandro le dijo con autoridad:

–¡Segismundo, ayúdenos! ¡Mantenga claridad de propósitos y pensamiento firme!

Tuve la impresión de que el reencarnado se esforzaba por obedecer.

–Ahora –continuó el instructor– sintonícese con nosotros, en relación con la forma preinfantil. ¡Mentalice su regreso al refugio materno de la carne terrestre! ¡Recuerde la organización fetal, hágase pequeñito! ¡Imagine su necesidad de volver a ser niño, para aprender a ser hombre!

Comprendí que el interesado precisaba ofrecer mayor coeficiente de cooperación individual, para lograr un éxito amplio. Sorprendido, reconocí que al influjo magnético de Alejandro y de

los Constructores Espirituales, la forma periespiritual de Segismundo, se reducía. La operación no fue corta ni sencilla. Identificaba el esfuerzo general para que se efectuase la necesaria reducción.

Segismundo parecía cada vez menos consciente. No nos miraba con la misma lucidez y sus respuestas a nuestras preguntas afectuosas, demostraban ser incompletas.

Por fin, con gran asombro mío, verifiqué que la forma de nuestro amigo se asemejaba a la de una criatura.

El fenómeno me asombraba y no pude contener los interrogantes que me comprimían en lo íntimo. Observando que Alejandro y los Constructores se disponían a dar lugar a algunos minutos de intervalo antes de la penetración en la cámara conyugal, me acerqué al servicial orientador, que de inmediato percibió mi curiosidad.

Como siempre, me acogió cortés y dijo:

–Ya sé. Usted continúa torturado por el espíritu de investigación.

Sonreí sorprendido, pero cobré ánimo y pregunté:

–¿Cómo puede ser lo que veo? ¡Ignoraba que el renacimiento obligara al plano espiritual a servicios tan complejos!

–El trabajo ennoblecedor, se encuentra en todas partes – afirmó Alejandro, intencionalmente. –El paraíso de la ociosidad es tal vez la mayor ilusión de los principios teológicos que, en la Tierra oscurecen el sentido divino de la verdadera Religión.

Hizo una pausa, hizo un gesto expresivo y continuó:

–En cuanto a la extrañeza que lo embarga, no vemos razón para tanto. La desencarnación normal en la Tierra, obliga al cuerpo denso de la carne, a modificaciones similares. La enfermedad mortal, para el hombre terreno, no deja, en cierto sentido de ser prolongada operación reductiva, liberando por fin al alma,

desembarazándola de los lazos fisiológicos. Hay personas que, después de algunas semanas en el lecho, se tornan, francamente, irreconocibles. No obstante, debemos considerar que el aparato físico, permanece muy distante de la plasticidad del cuerpo espiritual, profundamente sensible a la influencia magnética.

La explicación, no podía ser más lógica.

–Pero lo que acabamos de ver con Segismundo, ¿es regla general en todos los casos? –pregunté.

–En modo alguno –respondió el instructor con atención–, los procesos de reencarnación, tanto como los de la muerte física, difieren hasta el infinito, no existiendo, según creemos, dos absolutamente iguales. Las facilidades y los obstáculos, están subordinados a numerosos factores, muchas veces relacionados con el estado de conciencia de los propios interesados en el regreso a la Tierra, o en la liberación de los vehículos carnales. Hay compañeros de gran elevación, que, al volver a la esfera terrestre en apostolado de servicio e iluminación, hacen casi innecesario nuestro servicio. A la inversa, otros hermanos nuestros porque proceden de zonas inferiores, necesitan de una cooperación mucho más compleja que la ejercida en el caso de Segismundo.

–Por tanto, ¿no deberían renacer solamente aquellos que se revelasen preparados? –interrogué curioso.

–Pero, no podemos olvidar –refutó mi esclarecido interlocutor–, que la reencarnación es un curso repetido de lecciones necesarias. La esfera terrestre, es una escuela divina. El amor, por medio de las actividades *intercesoras*, reconduce diariamente al banco escolar de la carne, a millones de aprendices.

El orientador amigo se calló por algunos instantes y prosiguió:

–La reencarnación de Segismundo, obedece a las directrices más comunes. Representa una expresión simbólica de la mayoría

de los hechos de esta naturaleza, por cuanto nuestro hermano pertenece a la enorme clase media de los espíritus que habitan la Tierra: ni altamente buenos, ni conscientemente malos. Hay que añadir, que la vuelta de ciertas entidades de las zonas más bajas ocasiona laboriosos esfuerzos de los trabajadores de nuestro plano. Semejantes seres, nos obligan a procesos de servicio que usted necesitará de mucho tiempo para poder comprender.

Las aclaraciones de Alejandro me impresionaban profundamente, satisfaciendo, a la vez, mis ansias de investigación intelectual. Mientras tanto, nuevos interrogantes surgían en mi mente, sedienta de conocimientos. Fue entonces que, apremiado por intensa y legítima curiosidad, pregunté respetuoso:

–El auxilio que estamos viendo, ¿alcanzará por ventura, a todos? Aquí nos encontramos en un hogar sustentado en bases rectas, según su propia afirmación. Pero... ¿si nos hallásemos en una casa típica de libertinaje carnal? ¿Y si fuésemos, aquí testigos de pasiones criminales y desvaríos desequilibrados?

El instructor meditó gravemente y respondió:

–André, el diamante perdido en el lodo por algún tiempo, no deja de ser diamante. De igual modo, la paternidad y la maternidad, en sí mismas, son siempre divinas. En todos los lugares se desarrolla el auxilio de la esfera superior, cuando se encuentre en juego el trabajo de la Voluntad de Dios. No obstante, debemos considerar que en tales circunstancias, las actividades de auxilio adquieren un carácter de verdadero sacrificio. Las vibraciones contradictorias y subversivas de las pasiones desviadas, alucinantes, del alma en desequilibrio, comprometen nuestros mejores esfuerzos; y muchas veces en ese panorama de irresponsabilidad y de enviciamiento, para ayudar en obediencia a nuestro ministerio debemos luchar, ante todo, contra entidades monstruosas, dominadoras de los círculos de vida de los hombres y de las mujeres que, negligentemente, escogen el peligroso camino de la perturbación emocional, en el que tales entidades

ignorantes y desequilibradas transitan. En esos casos, no siempre nuestra colaboración puede ser perfecta, por cuanto son los propios padres, los que, menospreciando la grandeza del mandato que les fue confiado, abren las puertas de sus potencias sagradas a los impiadosos monstruos de la sombra que persiguen a sus hijos al nacer. Ciertas almas heroicas, escogen semejante entrada en la existencia carnal, con el fin de fortalecerse en las resistencias supremas contra el mal, desde los primeros días del servicio uterino. No obstante, hay que considerar que es preciso ser suficientemente fuerte en la fe y en el valor, para no sucumbir. En los renacimientos de esa clase, el mayor número de criaturas suele cumplir el programa saludable de las pruebas rectificadoras. Muchas fracasan; pero hay siempre gran cantidad de las que obtienen mayores ganancias espirituales en el ámbito de la experiencia para la vida eterna.

Alejandro comentó el asunto con imponente belleza. Yo comenzaba a comprender el origen de ciertos fenómenos teratológicos y de determinadas molestias congénitas, que en el mundo, constriñen el corazón. Las aseveraciones del momento me llevaban a un nuevo y fascinador estudio: la cuestión de las pruebas rectificadoras y necesarias.

Enseguida, Alejandro invitó a los Constructores a examinar, en su compañía y junto a Herculano, mapas cromosómicos. Acompañé trabajo con interés, aunque absolutamente desprovisto de competencia para enjuiciar con precisión, sobre aquellos caprichosos diseños puestos sobre mi vista.

No me es permitido transmitir determinadas definiciones de aquella pequeña asamblea de autoridades espirituales, por falta de elementos para la comparación analógica; pero puedo decir que, terminada la parte propiamente técnica de las conversaciones, mi orientador manifestaba, satisfecho:

—Con excepción del tubo arterial, en la parte que habrá de

dilatarse para el organismo del corazón, todo irá muy bien. Todos los genes podrán ser localizados con normalidad absoluta.

Después de una pequeña pausa, agregó:

–Los miembros y los órganos, serán excelentes. Si nuestro amigo sabe valorizar las oportunidades del futuro, posiblemente conquistará el equilibrio del aparato circulatorio, manteniéndose en el servicio de iluminación por bendito tiempo de trabajo terrestre. El éxito preciso, depende de él.

Dirigiéndose a los Constructores, les dijo afablemente:

–Amigos míos, en la nueva experiencia, nuestro hermano Herculano permanecerá definitivamente junto a Segismundo, hasta que él, desde el renacimiento, alcance los siete años, ocasión en la que el proceso de la reencarnación estará consolidado. Después de ese período, su tarea de amigo y de orientador, se mitigará, ya que seguirá a nuestro hermano desde mayor distancia. Sé que el dedicado compañero tomará todas las medidas indispensables para lograr una armoniosa organización fetal, ya sea auxiliando al reencarnante, ya sea defendiendo el templo maternal contra el asedio de fuerzas poco dignas; mientras tanto, les pido mucha atención a los primordios de la formación del timo, glándula que, como saben, es de importancia esencial para la vida infantil, desde el útero materno. Necesitamos del equilibrio perfecto de ese departamento glandular, hasta que se forme la médula ósea y se habilite la producción de los corpúsculos rojos para la sangre. Los diversos gráficos de las disposiciones cromosómicas, facilitarán los servicios de esa naturaleza.

Algunos de los amigos presentes, pasaron a observar los mapas con mayor atención.

Mientras se extendían a mi vista aquellas microscópicas señales, facultando amplio examen de la célula-huevo, me acerqué al instructor y sintiéndolo más accesible a mis interrogaciones, le pregunté:

–Tenemos en estos mapas la geografía de los genes hereditarios, distribuidos en los cromosomas. ¿Acaso la ley de la herencia será ilimitada? ¿Recibirá el bebé al renacer la total imposición de las características de los padres? Las enfermedades o las disposiciones criminales ¿serán trasmisibles de manera integral?

–No, André –observó el orientador, con grave inflexión– estamos ante un fenómeno físico natural. El organismo de los engendrados, en su expresión más densa, proviene del cuerpo de los padres, que le sustenta la vida y crea sus características con su propia sangre, pero, en semejante imperativo de las leyes divinas para el servicio de reproducción de las formas, no debemos ver la subversión de los principios de la libertad espiritual, inherente en el orden de la Creación Infinita. Por eso mismo, la criatura terrena, hereda tendencias y no cualidades. Las primeras, cercan al hombre que renace, desde los primeros días de la lucha, no sólo en su cuerpo transitorio, sino también en el ambiente general en que fue llamado a vivir, para perfeccionarse; las segundas, resultan de la labor individual del alma encarnada, en la defensa, educación y purificación de sí misma en los círculos benditos de la experiencia. Si el espíritu reencarnado prefiere las tendencias inferiores, las desarrollará, al reencontrarlas dentro del nuevo cuadro de la experiencia humana, perdiendo un tiempo precioso y menospreciando la sublime oportunidad de elevación. Pero, si el alma que regresa al mundo permanece dispuesta al servicio de auto elevación, se sobrepondrá a cualquier exigencia innoble del cuerpo o del ambiente, triunfando sobre las condiciones adversas y obteniendo títulos de victoria de la más alta significación para la vida eterna. Por tanto, en sana conciencia, nadie se puede quejar de fuerzas destructoras o de circunstancias asfixiantes, refiriéndose al círculo en que renació. Habrá siempre, dentro de nosotros, la luz de la libertad íntima indicándonos la ascensión. Practicando la subida espiritual, mejoraremos siempre. Esta es la ley.

En virtud de las anteriores explicaciones del orientador, con relación a la importancia de la asistencia hasta los siete años de Herculano a Segismundo reencarnado, procuré obtener del instructor alguna aclaración al respecto. Pedí disculpas a Alejandro, pues no me podía sustraer a la delicada investigación. ¿Por qué tanto cuidado con la sangre del recién nacido? ¿Solamente a los siete años iniciales de la existencia humana es que estará terminado el servicio de la reencarnación?

Como acontecía siempre, el noble mentor, me oyó complaciente, sonrió cual padre cariñoso, y respondió, solícito:

–Usted no ignora que el cuerpo humano tiene sus actividades propiamente vegetativas, pero tal vez aún no sepa que el cuerpo periespiritual, que da forma a los elementos celulares, está fuertemente radicado en la sangre. En la organización fetal, el patrimonio sanguíneo, es una dádiva del organismo materno. Después del nacimiento, se inicia el período de asimilación diferente de las energías orgánicas, en que el “yo” reencarnado ensaya la consolidación de sus nuevas experiencias y solamente a los siete años de vida común, comienza a presidir, por sí mismo, el proceso de formación de la sangre, elemento básico de equilibrio al cuerpo periespiritual o forma preexistente, en el nuevo servicio iniciado. Por tanto, la sangre, es como si fuera el fluido divino que nos fija las actividades en el campo material, y en su flujo y reflujo incesantes en la organización fisiológica, nos suministra el símbolo del eterno movimiento de las fuerzas sublimes de la Creación Infinita. Cuando su circulación deja de ser libre, surge el desequilibrio o enfermedad y si surgen obstáculos que impiden su movimiento, de manera absoluta, entonces sobreviene la extinción del tono vital, en el campo físico, al cual le sigue la muerte con la retirada inmediata del alma.

Fuertemente impresionado con la revelación del respetable amigo, observé:

–¡Oh! ¡Qué grande es la responsabilidad del hombre ante el cuerpo material!

–Dice bien –agregó el orientador– al referirse con semejante admiración a ese soberano deber de la criatura reencarnada. Sin atender las pesadas responsabilidades que le competen en la preservación del cuerpo físico, ningún hombre podrá realizar el progreso espiritual. El Espíritu renace en la carne, para la producción de valores divinos en su naturaleza, pero, ¿cómo atender a semejante imperativo, destruyendo la máquina orgánica, base fundamental del servicio a realizar? Hace poco se refería usted a la ley de la herencia. El cuerpo terrestre es también un patrimonio heredado hace milenios y que la Humanidad viene perfeccionando a través de los siglos. El plasma, sublime construcción efectuada al influjo divino, con agua del mar, en las épocas primitivas, es el fundamento primordial de las organizaciones fisiológicas. Volviendo a la Tierra, tenemos que aprovechar la herencia, más o menos evolucionada en el cuerpo humano.

A esa altura para mis sorprendentes elucidaciones, Alejandro, después de ligero intervalo, continuó:

–Por eso mismo, no desconoce usted que, mientras nos movemos en la esfera de la carne, somos criaturas marinas respirando en tierra firme. En el proceso vulgar de la alimentación, no podemos prescindir de la sal; ciertamente, nuestro mecanismo fisiológico, se constituye de setenta por ciento de agua salada, cuya composición es casi idéntica a la del mar, constituida por las sales de sodio, de calcio y de potasio. En la esfera de actividad fisiológica del hombre reencarnado, se encuentra el sabor de la sal en la sangre, en el sudor, en las lágrimas, en las secreciones. Los corpúsculos aclimatados en los mares más calientes, vivirían a su gusto en el líquido orgánico. Existen verdaderas sorpresas de comparación analógica que podríamos efectuar en este sentido.

No supe qué responder ante las definiciones oídas; y ante mi silencio, fue el propio Alejandro quien continuó, después de una significativa parada:

–Como ve, al renacer en la superficie del Mundo, recibimos con el cuerpo, una herencia sagrada cuyos valores precisamos preservar, perfeccionándolo. Las fuerzas físicas deben evolucionar, al igual que nuestras almas. Si nos ofrecen esa materia para el trabajo y para nuevas experiencias de elevación, debemos retribuir, con nuestro esfuerzo, auxiliándolas con la luz de nuestro respeto y equilibrio espiritual, en el campo del trabajo y de la educación orgánica. El hombre del futuro, comprenderá que sus células no representan apenas segmentos de su carne, sino compañeras de evolución, acreedoras de su reconocimiento y auxilio efectivo. Sin ese entendimiento de armonía en el dominio orgánico, es inútil buscar la paz.

La brillante conversación del magnánimo y sabio orientador, sugería sublimes cuestiones. No obstante, él mismo recordó el trabajo en curso, y dio por finalizados los esclarecimientos de aquella hora.

Eran dos horas después de la media noche.

Permanecían ahora, a nuestro lado, no sólo Alejandro y los Constructores, sino también diversos amigos espirituales de la familia.

Como máxima figura de aquella reunión, Alejandro, congregando a todos los compañeros en torno suyo, dijo:

–Ahora, hermanos míos, penetremos en la cámara de nuestros dedicados colaboradores, para que se efectúe el júbilo de la unión espiritual.

Depositando a Segismundo en los brazos de la entidad que fuera en la Tierra la cariñosa madre de Raquel, agregó:

–Sea usted, hermana mía, la portadora del sagrado depósito.

El corazón filial que nos espera, sentirá nuevas felicidades al contacto de su ternura. Raquel bien merece semejante alegría.

Volviéndose para la asamblea congregada allí, explicó:

—Haremos ahora el acto de la unión inicial, en sentido directo, de Segismundo con la materia orgánica. Espero queridos compañeros, la visita reiterada de todos ustedes a nuestro hermano reencarnante, principalmente en el período de gestación de su futuro cuerpo. No ignoran el valor de la colaboración afectuosa en ese servicio. Solamente aquellos que sembraron muchos afectos, pueden recibir el concurso de muchos amigos y Segismundo debe recibir ese premio por sus nobles sentimientos y elevados trabajos con todos nosotros en estos últimos años, en los que se dedicó a grandes obras de beneficencia y fraternidad.

En seguida, penetramos en el aposento conyugal, donde el espectáculo íntimo, era divinamente bello. En el lecho de madera, en suaves sábanas de lino, reposaban dos cuerpos que la bendición del sueño inmovilizaba; pero, allí mismo, Adelino y Raquel nos esperaban en espíritu, conscientes de la grandeza de la hora en curso. Al despertar en la esfera densa de lucha y aprendizaje, sus cerebros carnales no conseguirían fijar la reminiscencia perfecta de aquella escena espiritual, en la que se destacaban como principales protagonistas. No obstante, el hecho quedaría grabado para siempre en su memoria eterna.

Los amigos invisibles del hogar, compañeros de nuestro plano, habían llenado la habitación de flores luminosas. Desde la medianoche, habían obtenido permiso para ingresar en la futura cuna de Segismundo, con el amoroso propósito de adornarle los caminos del recomienzo.

Más de cien amigos se reunían allí, prestándole afectuoso homenaje.

Alejandro caminó a nuestro frente, saludando cariñosamente al matrimonio, temporalmente desligado de los cuerpos físicos.

Acto seguido, en la mejor armonía, los presentes manifestaron sus saludos, llenando de estímulo celestial los corazones de los cónyuges esperanzados.

El cuadro era lindo y conmovedor.

Dos entidades que se hallaban a mi lado, comentaban fraternalmente:

–Siempre es penoso volver a la carne, después de haber conocido las regiones de la luz divina; no obstante, es tan sagrado el amor cristiano, que aun en tal circunstancia, es sublime la felicidad de aquellos que lo practican.

–Sí –respondió la otra–, Segismundo ha luchado mucho por su redención y en esta lucha, ha venido siendo un servidor dedicado de todos nosotros. Bien merece las alegrías de esta hora.

En ese instante, observé que la entidad encargada de guardar al reencarnante se mantenía a pequeña distancia de Raquel, entre los Espíritus Constructores.

Reflexionaba sobre ese hecho, cuando alguien me tocó levemente, despertando mi atención:

Era Alejandro, que me sonreía paternalmente, aclarándome:

–Dejemos a los amigos, por algunos minutos, disfrutando de las suaves alegrías de las expansiones afectivas. Iniciaremos el trabajo en el momento oportuno.

Perplejo ante aquellos hechos nuevos para mí, no había logrado una perfecta impresión sobre los múltiples acontecimientos de aquella noche. Por eso mismo, en mi cerebro vagaban alucinantes interrogaciones. El orientador percibió mi estado de alma, y, por tal motivo, me dio la impresión de estar más paciente.

Valiéndome de aquel instante, indiqué a Segismundo, recogido en los brazos acogedores que lo guardaban y pregunté:

–Más tarde, ¿se presentará entre los hombres, nuestro hermano reencarnante, tal y como vivía entre nosotros? Ya que sus instrucciones se basan en la forma espiritual preexistente, ¿tendrá la misma altura, así como las mismas expresiones que lo caracterizaban en nuestra esfera?

Alejandro respondió sin titubear:

–¡Razone lentamente, André! Hablamos de la forma preexistente, significando en ella, el modelo de la configuración típica o más propiamente, el “uniforme humano”. Los contornos y demás detalles anatómicos, van a desenvolverse de acuerdo con los principios de equilibrio y con la ley de la herencia genética. La forma física futura de nuestro amigo Segismundo, dependerá de los cromosomas paternos y maternos; adicione, además, a ese factor primordial, la influencia de los moldes mentales de Raquel, la actuación del propio interesado, el concurso invisible a nuestra mirada, de los Espíritus Constructores, que actuarán como funcionarios de la naturaleza divina, el auxilio afectuoso de las entidades amigas que visitarán constantemente al reencarnante durante los meses que durará la formación de su nuevo cuerpo, y se podrá hacer una idea de lo que vendrá a ser el templo físico que él poseerá, por algún tiempo, como dadora de la Superior Autoridad de Dios, a fin de que se valga de la bendita oportunidad de redención del pasado e iluminación para el futuro, en el tiempo y en el espacio. Algunos fisiólogos de la Tierra, concuerdan en asegurar que la vida humana es una resultante de conflictos biológicos, olvidando que, muchas veces, el conflicto aparente de las fuerzas orgánicas, no es, sino la práctica avanzada de la ley de cooperación espiritual.

–¿Entonces, Segismundo, tendrá una forma física eventual, imprecisa, por ahora, a nuestro conocimiento? –insistí.

El instructor me aclaró, sin demora:

–Si nos halláramos directamente vinculados a su caso,

estaríamos en posesión de todas las informaciones referentes a su porvenir en ese particular; pero, nuestra colaboración en este acontecimiento es transitoria y sin mayor significación en el tiempo. Sin embargo, los orientadores de Segismundo, en las altas esferas, guardan el programa trazado para el bien del reencarnante. Observe que me refiero al bien y no al destino. Mucha gente, confunde plano constructivo con fatalismo. El propio Segismundo y nuestro hermano Herculano, están en posesión de los informes a que nos reportamos, porque nadie penetra en la escuela, por un período más o menos largo, sin finalidad específica y sin conocimiento de los estatutos que debe obedecer.

A esa altura, el generoso mentor hizo un ligero intervalo y continuó en seguida:

–Los contornos anatómicos de la forma física, deformes o perfectos, esbeltos o rollizos, bellos o feos, forman parte de los estatutos educativos. En general, la reencarnación sistemática es siempre un curso laborioso de trabajo contra los defectos morales preexistentes en las lecciones y conflictos presentes. Pormenores anatómicos imperfectos, circunstancias adversas, ambientes hostiles, constituyen, en la mayoría de las veces, las mejores oportunidades de aprendizaje y de redención para aquellos que renacen. Por eso es que el mapa de pruebas útiles, es organizado con antelación, tal como ocurre con el cuaderno de apuntes de los aprendices en las escuelas comunes. En vista de eso, el mapa correspondiente a Segismundo, está debidamente trazado, teniendo en cuenta la cooperación fisiológica de los padres, el ambiente doméstico y el concurso fraternal que le será prestado por los innumerables amigos de aquí. Imagínese pues, a nuestro compañero volviendo a una escuela que, en este caso es la Tierra; al proceder así, abriga un propósito, que es el de la adquisición de nuevos valores. Ahora, para realizarlo, tendrá que someterse a las reglas del establecimiento educacional, renunciando, hasta cierto punto, a la gran libertad que dispone en nuestro medio.

–¿No podríamos titular semejante prueba como de *destino fijado*? –pregunté.

El instructor adujo con paciencia:

–No incida en el error de mucha gente. Eso implicaría obligatoriedad de conducta espiritual. Naturalmente, la persona renace con relativa independencia, y a veces, subordinada a ciertas condiciones muy ásperas, en virtud de las finalidades educativas, pero, semejante imperativo no suprime, en ningún caso, el impulso libre del alma, en el sentido de la elevación, estacionamiento o caídas a situaciones más bajas. Existe un programa de tareas edificantes a ser cumplidas por aquel que reencarna, donde los dirigentes del alma fijan la cuota aproximada de valores eternos que el reencarnante es susceptible de adquirir en la existencia transitoria. El Espíritu que vuelve a la esfera de la carne puede mejorar esa cuota de valores, sobrepasando la previsión superior, por el esfuerzo propio intensivo, o distanciarse de ella, enterrándose aún más en las deudas para con el prójimo, menospreciando las santas oportunidades que le fueron conferidas.

A esa altura, Alejandro guardó silencio, tal vez ponderando el tiempo utilizado en nuestra conversación; y como quien sentía necesidad de poner término a la misma, observó:

–Todo plano trazado en la Esfera Superior tiene como objetivos fundamentales el bien y la ascensión; y toda alma que reencarna en el círculo de la Superficie Terrestre, aun aquella que se encuentre en condiciones aparentemente desesperadas, siempre tiene recursos para mejorarse.

En seguida, el orientador amigo, me invitó a que nos aproximáramos al matrimonio.

Recordó Alejandro que ya había llegado la hora en que debíamos entregar el sagrado depósito a los felices cónyuges.

Los Constructores, por intermedio del mentor que los dirigía,

le suplicaron que hiciera la oración de aquel acto de confianza y observé que se hiciera un profundo silencio entre todos.

Se disponía el instructor a iniciar el servicio de la oración, cuando Raquel se le aproximó, pidiéndole humildemente:

–Buenísimo amigo, si fuese posible, ¿desearía recibir a mi nuevo hijo de rodillas!

Alejandro accedió sonriendo y manteniéndose entre ella, arrodillada y Adelino que, como nosotros se conservaba de pie, extremadamente conmovido, comenzó a orar, extendiendo las manos generosas hacia lo alto:

–¡Padre de Amor y Sabiduría, dignate bendecir a los hijos de Tu Casa Terrestre, que van a participar contigo, en este momento, de la divina facultad creadora! Señor, haz descender, por misericordia, Tu bendición en este nido afectuoso, transformado en asilo de reconciliación. ¡Aquí nos reunimos, compañeros de lucha en el pasado, acompañando al amigo que retorna a la prueba de humildad y de comprensión de Tu ley!

¡Oh, Padre, fortifícalo para la travesía larga del río del olvido temporal; permite que podamos mantener siempre viva su esperanza; ayúdalo ahora y siempre, para que pueda vencer todo mal!

¡Concede, tu luz generosa y santificada que disipa todas las sombras, a los que reciben ahora el nuevo ministerio de orientación del hogar, con el nacimiento de un nuevo hijo! ¡Fortaléceles, Señor, su noción de responsabilidad; ábreles la puerta de Tu confianza sublime; consérvalos en Tu bendita alegría de amor desvelado! ¡Restáurales las energías para que reciban, jubilosos, la misión de la renuncia hasta el fin; santifica sus placeres para que no se pierdan en el despeñadero de la fantasía!

¡Señor, este es un acto de confianza de Tu bondad infinita,

que deseamos honrar para siempre! Bendice, pues, nuestro trabajo amoroso, y, sobre todo, Padre, suplicamos Tu gracia para nuestra hermana que se entrega, reverente, al divino sacrificio de la maternidad. ¡Úngele el corazón con Tu magnanimidad paternal, intensifica su buen ánimo, dilátale la fe en el futuro sin fin! Sean para ella, en particular, nuestros mejores pensamientos, nuestros votos de paz y nuestras esperanzas más puras!

Por encima de todo, Señor, que se haga Tu voluntad en todos los espacios del Universo, y que nos quepa a nosotros, humildes servidores de tu reino, la alegría incesante de reverenciarte y obedecerte por siempre.

Alejandro se calló y observé que todo el aposento se colmaba de nuevas luces. Reconocí que de todos nosotros, las entidades espirituales que allí nos congregábamos, partían rayos luminosos que se derramaban sobre Raquel en llanto de sublime emoción; pero el radiante fenómeno no se circunscribió a eso. Tan pronto mi orientador se callara, parecía que algo respondía a su súplica. Un leve rumor, que apenas encontraba eco en nuestros oídos, se hacía sentir por encima de nuestras cabezas. Me erguí sorprendido y pude ver que una corona brillante e infinitamente bella, descendía de lo alto sobre la frente de Raquel, arrodillada en silencio. Tuve la impresión de que la aureola se componía de turmalinas etéreas, que milagroso orfebre hubiera tornado resplandecientes. Su brillo hería nuestra vista y el propio Alejandro, al mirarla, se inclinó reverente. La sublime corona, sustentada por Espíritus muy superiores a nosotros, que yo no podía ver, fue depositada sobre la frente de Raquel.

No obstante la emoción del momento, noté que mi instructor hizo un gesto a la depositaria de Segismundo, para que efectuase la entrega del reencarnante a los brazos maternos.

Raquel, que daba la impresión de que no veía la luminosa aureola, irguió sus ojos llenos de lágrimas y recibió el depósito

que el Cielo le confiaba. Alejandro le extendió la diestra, ayudándola a levantarse, y vi que Adelino se aproximaba a la esposa, estrechándola cariñosamente en los brazos, mientras besaba su frente aureolada de luz.

Fue entonces, ¡oh divino misterio de la Creación Infinita de Dios!, que la vi apretar la “forma infantil” de Segismundo sobre su corazón, pero tan fuerte y amorosamente, que me pareció una sacerdotisa del Poder de la Divinidad Suprema. Segismundo se unía a ella, como la flor que se une al tallo. Entonces, comprendí que, desde aquel momento, era alma de su alma, aquel que sería carne de su carne.

Alejandro recomendó a los amigos presentes, con excepción de los Constructores, de Herculano y de mí, que se retiraran de la habitación, conduciendo a Adelino, confortado y feliz, a pequeña excursión por el exterior; y guiando a Raquel con infinito cuidado al cuerpo físico, nos dijo:

—Ahora, auxiliemos a nuestro amigo en el primer contacto con la materia densa.

Raquel se despertaba, experimentando en el corazón una extraña ventura. Se abrazó instintivamente al compañero dormido, como el feliz navegante al sentirse en puerto tranquilo y seguro. Había atravesado el espeso velo de vibraciones que separaba el plano espiritual de la esfera física y no conservaba reminiscencia alguna de la sublime felicidad de los anteriores momentos; no obstante, su sentimiento jubiloso, permanecía dilatado, sus esperanzas transbordaban y una confianza inmensa en el porvenir acariciaba ahora su corazón. ¿Sería madre otra vez? —pensaba, contenta. Esa idea, que no despuntaba de su cerebro al azar, balsamizaba su alma con deliciosa alegría. Estaba dispuesta para el servicio divino de la maternidad; confiaría en el Señor, como esclava de su bondad infinita.

No veía la esposa de Adelino, que Alejandro y los

Constructores espirituales, rodeaban su mente de sublime luz, bañando sus ideas en el agua viva del amor espiritual.

Observando que la forma de Segismundo se uniera a ella, por divino proceso de unión magnética, recibí la indicación de mi orientador para seguir de cerca el trabajo de auxilio, en la unión definitiva de Segismundo a la materia.

Indicando los órganos reproductores de Raquel y haciendo incidir sobre ellos su luz, Alejandro me instruyó sobre la grandeza del cuadro que teníamos bajo nuestra observación, añadiendo respetuosamente:

–Tenemos aquí, el altar sublime de la maternidad humana. Ante este augusto tabernáculo, al cual debemos la claridad divina de nuestras experiencias, debemos cooperar, en la tarea del amor, con nuestra conciencia vuelta hacia la Majestad Suprema.

Me incliné hacia la organización femenina de nuestra hermana encarnada, con una veneración que hasta entonces, jamás había sentido.

Auxiliado por el concurso magnético del cariñoso mentor, pude observar los detalles del fenómeno de la fecundación.

A través de los conductos naturales, corrían los elementos sexuales masculinos, en busca del óvulo, como si estuviesen preparados de antemano para una prueba eliminatoria, a una velocidad de tres milímetros, aproximadamente, por minuto. Sorprendido, reconocí que el número de ellos se contaba por millones y que seguían en masa hacia el frente, en impulso instintivo, en la sagrada competencia.

En el silencio sublime de aquellos minutos, comprendí que Alejandro, en vista de ser el misionero más elevado del grupo que se hallaba en la operación de auxilio, dirigía los graves servicios de la unión primordial. Según pude comprender, él podía ver las disposiciones cromosómicas de todos los principios masculinos

que se hallaban en movimiento, después de haber observado atentamente, el futuro óvulo materno, presidiendo el trabajo previo de la determinación del sexo del cuerpo que se iba a organizar.

Después de acompañar, profundamente absorto en el servicio, la marcha de los minúsculos competidores que constituían la sustancia fecundante, identifiqué al más apto, fijando en él su potencial magnético, dándome la idea de que lo ayudaba a desembarazarse de los compañeros para que fuese el primero en penetrar a la pequeña bolsa maternal. El elemento elegido por él, ganó nueva energía sobre los demás y avanzó rápidamente en dirección al blanco. La célula femenina, junto al microscópico proyectil espermático se asemejaba a un pequeño mundo redondeado, de azúcar, almidón y proteínas, aguardando el rayo de vitalidad, sufrió la dilaceración de la cutícula, a la manera de pequeña embarcación torpedeada, enrojeciéndose de modo particular, cerrando los tenuísimos poros, como si estuviese dispuesta a recogerse en las profundidades de sí misma, a fin de recibir, cara a cara, al esperado visitante, impidiendo la intromisión de cualquiera de los otros competidores, que habían perdido la primera posición en la grande prueba. Siempre bajo el influjo luminoso-magnético de Alejandro, el elemento victorioso prosiguió la marcha, después de atravesar la periferia del óvulo, empleando poco más de cuatro minutos para alcanzar el núcleo. Ambas fuerzas, la masculina y la femenina, formaban ahora una sola, convirtiéndose a mi vista en un tenuísimo foco de luz. Mi orientador, entregado en absoluto a su trabajo, tocó la pequeña forma con la diestra, manteniéndose en el servicio de división de la cromatina, cuyas particularidades son todavía inaccesibles a mi comprensión, conservando la actitud del cirujano seguro de sí mismo en la técnica operatoria. En seguida, Alejandro ajustó la forma reducida de Segismundo, que se intercalaba con el organismo periespiritual de Raquel, sobre aquel microscópico globo de luz, impregnado de vida, y observé que esa vida latente comenzó a moverse.

Había transcurrido precisamente un cuarto de hora, contando desde el instante en que el elemento activo alcanzara el núcleo del óvulo pasivo.

Después de prolongada aplicación magnética, que era secundada por el esfuerzo de los Espíritus Constructores, Alejandro se aproximó a mí, diciendo:

–Está terminada la operación inicial de la unión. ¡Que Dios nos proteja!

Sintiendo la admiración con que yo seguía, ahora, el proceso de la división celular, en el que se formaba rápidamente la vesícula de germinación, el orientador afirmó:

–El organismo materno suministrará todo el alimento necesario para la organización básica del aparato físico, mientras la reducida forma de Segismundo, como vigoroso modelo, actuará como imán entre limallas de hierro, dando forma consistente a su futura manifestación en el escenario de la Superficie Terrestre.

Estaba boquiabierto ante todo aquello que me fuera permitido observar. Y sintiendo que el fenómeno de la reducción periespiritual de Segismundo era un hecho extraordinario a mi vista, agregé bondadosamente mi instructor:

–No se olvide, André, que reencarnar significa recomenzar en los procesos de evolución o de rectificación. Recuerde que los organismos más perfectos de nuestra Casa Planetaria, proceden inicialmente de la ameba. Ahora, recomienzo, significa “reconstrucción” o “vuelta al principio”. Por eso mismo, en su desenvolvimiento embrionario, el futuro cuerpo del hombre no puede ser distinto de la formación del reptil o del pájaro. Lo que opera la diferenciación de la forma, es el valor evolutivo, contenido en el molde periespiritual del ser que toma los fluidos de la carne. Así pues, al regresar a la esfera más densa, como acontece ahora a Segismundo, es indispensable resumir todas las experiencias vividas en el largo drama de nuestro perfeccionamiento, aunque

solo sea por breves días u horas, repitiendo, en curso rápido, las etapas vencidas o las lecciones adquiridas, hasta detenerse en la posición en la que debemos proseguir el aprendizaje. Poco después de la forma microscópica de la ameba, surgirán en el proceso fetal de Segismundo las señales de la era acuática de nuestra evolución, y así por delante, todos los períodos de transición o estaciones de progreso, que la criatura ya recorrió en la incesante jornada del perfeccionamiento, dentro de la cual nos encontramos, ahora, en el género humano.

La hora iba muy avanzada.

Presintiendo que Alejandro no se demoraría, me acerqué una vez más al cuadro de la formación fetal. El óvulo fecundado se animaba con profunda vida, evolucionando hacia la vesícula germinal.

El orientador amigo me invitó a retirarnos diciendo:

—Mi trabajo ha terminado. No obstante, André, considerando sus necesidades de adquirir nuevos valores, podré solicitar a los Espíritus Constructores la aquiescencia para su cooperación fraterna en los servicios protectores, siempre que usted cuente con la oportunidad de poder venir hasta aquí.

Me alegré, encantado. Efectivamente, no deseaba otra cosa. Aquel estudio de embriología, bajo un nuevo prisma, era fascinante y maravilloso.

Mientras daba expansión a mi alegría íntima, el obsequioso mentor combinaba providencias con relación a mi colaboración y a mi aprendizaje simultáneo, oyendo a los compañeros.

Después de algunos minutos, mientras intercambiábamos saludos de despedida, Herculano, con mucha simpatía y hospitalidad, declaró que permanecería esperándome, siempre que yo pudiese regresar a la residencia de Adelino, para colaborar en los trabajos de protección.

PROTECCIÓN

Al día siguiente, después de haber descansado de mis obligaciones cotidianas, referentes a la tarea común, regresé, ansioso, al hogar de Raquel.

Era bien entrada la noche cuando encontré allí a un fiel amigo de Segismundo y a Espíritus Constructores, operando en la intimidad afectuosa que caracteriza las reuniones de entidades superiores.

Apuleo, el jefe, me recibió con amabilidad.

Al contrario de la víspera, físicamente, la esposa de Adelino, no se sentía bien. Aunque mantenía su cuerpo en posición de reposo, estaba muy excitada e inquieta.

–Nuestra hermana Raquel –me aclaró el director– comienza a sentir el esfuerzo de la adaptación. Por lo pronto, durante algunos días, permanecerá indispuesta, pero, de modo pasajero.

–¿No logrará dormir? –pregunté.

–Más tarde –respondió él–; por ahora, su sueño se ha reducido hasta que se formen las hojas blastodérmicas. Es el trabajo de

organización inicial del feto y no podemos dispensarle nuestra cooperación activa.

Observé con interés, el extraordinario movimiento celular, en el desenvolvimiento de la estructura del nuevo cuerpo en formación y noté el cuidado empleado por los Espíritus presentes, para que el disco embrionario fuese formado con la debida exactitud.

–La ingeniería orgánica –exclamó el jefe del trabajo, con buen humor– reclama bases perfectas. El cuerpo carnal es también un edificio delicado y complejo. Urge cuidar de los cimientos con serenidad y conocimiento.

Reconocí que el servicio de segmentación celular y el ajuste de los corpúsculos, divididos al molde del cuerpo periespiritual en reducción, eran francamente mecánicos, obedeciendo a disposiciones naturales del campo orgánico; pero, toda la entidad microscópica del desarrollo de la estructura celular, recibía el toque magnético de las generosas entidades en servicio, dándome idea de que toda la célula-hija era convenientemente preparada para sustentar la tarea de iniciación del futuro cuerpo.

Tal vez con la intención de justificar el desvelo empleado, Apuleo, me explicó, atentamente:

–Tenemos grandes responsabilidades en la misión de construcción del mecanismo fetal. Hay que remover obstáculos y auxiliar a los organismos unicelulares del embrión en la intimidad del útero materno, para que la reencarnación, a veces tan difícilmente proyectada y elaborada, no vaya a fallar al inicio por falta de colaboración de nuestro plano, donde son tomados los compromisos.

Escuchaba su palabra entendida y sabia, con mucha atención, con el fin de aprovechar todo su contenido educativo.

–En razón de esto –prosiguió él– muy raramente se verifica el aborto obedeciendo a causas de nuestra esfera de acción. Por

regla general, se origina por el inesperado acobardamiento de los padres terrenales ante las sagradas obligaciones asumidas o debido a los excesos de liviandad e inconsciencia criminal de las madres, poco preparadas para la responsabilidad y comprensión de ese ministerio divino. Aun así, cuando encontramos actitudes maternas indignas, hacemos todo lo posible, oponiendo nuestra resistencia a los proyectos de fuga del deber, cuando esa fuga representa mero capricho de la irresponsabilidad, sin base alguna en programas edificantes. Pero, claro que nuestra interferencia en el asunto, tratándose de lucha abierta contra nuestros amigos reencarnados, transitoriamente olvidados de la obligación a cumplir, tiene igualmente sus límites. Si los interesados retroceden en sus decisiones espirituales y perseveran sistemáticamente en contrariar nuestra acción, nos vemos obligados a dejarlos entregados a su propia suerte. He ahí la razón de la existencia de muchos matrimonios humanos absolutamente sin la corona de los hijos, ya que anularon sus propias facultades generadoras. Pues cuando no procedieron de semejante modo en el presente, sedientos de satisfacción egoísta, actuaron así, en el pasado, determinando serias anomalías en la organización psíquica que les es peculiar. En este último caso, experimentan dolorosos períodos de soledad y de sed afectiva, hasta que rehagan, dignamente, el patrimonio de veneración que todos nosotros debemos a las leyes de Dios.

Las definiciones del jefe de los Constructores aclaraban mi pensamiento en lo referente a graves problemas de la lucha humana.

Interesado en aprender cooperando, busqué tomar la posición del trabajador común, procurando el servicio que me competía, en el campo del auxilio magnético a las organizaciones celulares.

Pero, más tarde, antes de retirarme, me aproximé al director, con el fin de recoger algunas informaciones.

Impresionábanme ciertas menudencias del trabajo que se llevara a efecto en la noche anterior. ¿Mediante qué proceso se había podido hacer la unión inicial de Segismundo al futuro cuerpo,

en los órganos reproductores de Raquel? ¿En qué consistía el problema del elemento masculino más apto? ¿En todos los casos de fecundación, deberían actuar en el servicio de la selección amigos de la condición de un Alejandro?

Apuleo me oyó con la benevolencia que caracteriza a las entidades superiores, informándome:

–La pasividad, no significa ausencia de cooperación. Cuando Raquel aceptó la tarea maternal, lo hizo con decisión y obediencia constructiva. Recibió a Segismundo en su organismo periespiritual y movilizándolo los poderes naturales de su mente, situó el molde vivo en la esfera uterina, con la misma espontaneidad de otros procesos orgánicos, supervisados por la actividad mecánica subconsciente, cuyo automatismo refleja la conquista de experiencias multimilenarias del alma reencarnada. Para los círculos de la mujer es tan fácil la ambientación de las fuerzas creativas, como es natural para el hombre la manifestación de la actitud patriarcal y protectora, mientras perdura la existencia de los lazos paternos.

Percibiendo mi intención de aprovechar sus informes, para este pequeño esfuerzo de escribir para lectores encarnados, Apuleo afirmó:

–Tendríamos grandes dificultades para explicar a los hombres terrestres el fenómeno de la adaptación de las energías creadoras en el útero materno, en los procesos de la reencarnación. Por lo pronto, la tendencia de la mayoría de nuestros hermanos encarnados, se encamina a encuadrar todos nuestros esclarecimientos en los moldes del materialismo. Debido a eso, se hace necesario esperar para suministrarles ciertas informaciones, que, por ahora serían incomprensibles para ellos.

Y sonriendo, prosiguió:

–Ellos se alimentan diariamente, de formas mentales, sin utilizar su boca física, valiéndose de la capacidad de absorción del

organismo periespiritual, pero aún no sienten la extensión de esos fenómenos en sus experiencias diarias. En el hogar, en la vía pública, en el trabajo, en las diversiones, cada persona recibe el alimento mental que le es proporcionado por aquellos con quien convive, condimentado por el magnetismo personal de cada uno. De esa alimentación dependen, la mayoría de las veces, los estados íntimos de felicidad o de disgusto, de placer o de sufrimiento, en inmenso porcentaje de encarnados que todavía no alcanzaron el dominio de sus propias emociones. Según puede observar, el hombre también absorbe materia mental a todas horas, ambientándola dentro de sí mismo, en los círculos más íntimos de su propia estructura fisiológica.

El jefe de los Constructores me miró, de buen humor, percibiendo mi expresión de sorpresa al recibir elucidaciones tan simples en asunto tan complejo, y añadió:

—En su última experiencia en la Tierra, cuando vestía los fluidos carnales, ¿nunca sintió la perturbación del hígado, después de una fuerte discusión? ¿Jamás experimentó momentáneo desequilibrio en el corazón, al recibir una sorpresiva noticia? ¿Por qué la desarmonía orgánica, si aquellos minutos eran, muchas veces, de satisfacción y de felicidad? Es que el hombre, en tales momentos, recibe “cierta cantidad de fuerza mental” en el campo de su pensamiento, del mismo modo que el cable recibe “la carga de electricidad positiva”. El punto de recepción, se encuentra, efectivamente, en el cerebro, pero si la persona no se identifica con la ley del dominio emotivo, que manda a seleccionar las emisiones que llegan hasta nosotros, guardará la fuerza perturbadora dentro de sí misma, en la intimidad de las células orgánicas, con gran perjuicio para las zonas vulnerables.

Apuleo, con mucha serenidad, hizo ligero intervalo y observó:

—Si es muy difícil explicar a los hombres encarnados hechos rutinarios como esos a los que nos hemos referido, que en la lucha carnal, se repiten en ellos decenas de veces durante cada día, ¿cómo

informarlos, con exactitud y detalle, sobre la ambientación del molde vivo para la construcción fetal en la intimidad uterina? Necesitamos contar con la colaboración del tiempo, para conjugar nuestras experiencias.

Animado por las elucidaciones recibidas, observé:

–Tiene razón. Todavía hoy, pese a mi condición de desencarnado, no me siento a la altura de recibir determinadas noticias, sin sufrir alteraciones en mi campo emocional.

–¡Muy bien! –dijo el director, satisfecho– es que usted está haciendo extenso curso de autodominio y tan sólo después de alcanzar esa victoria moral, es que sabrá seleccionar las fuerzas que lo procuran, guardando en las zonas íntimas de su alma, solamente aquellas de reconfortante o constructivo tenor.

En seguida, dándome la impresión de que deseaba seguir tratando del asunto que examinábamos, Apuleo prosiguió:

–En cuanto a sus observaciones alusivas a la colaboración de Alejandro en la selección del elemento masculino de fecundación, me corresponde afirmar que no podemos contar en todos los casos con ese concurso, que depende del sector del merecimiento. Cuando el factor magnético no procede de una cooperación elevada de ese orden, debemos considerar que él prevalece del mismo modo, comprendiéndose que la esfera pasiva está igualmente impregnada de energías de atracción. Si el elemento masculino de la procreación está repleto de fuerza positiva, el óvulo femenino lo está de fuerza receptiva. Si ese óvulo está imantado de energías desequilibrantes, naturalmente ejercerá especial atracción el elemento que más se afine con su naturaleza intrínseca. En vista de eso, amigo mío, la célula masculina que alcance el óvulo en primer lugar, para fecundarlo, no será la más apta en el sentido de “superioridad”, pero sí, en el sentido de “sintonía magnética” en todos los casos de fecundación para el mundo de las formas. Esta es la ley, por la cual en la Tierra, los especialistas

en genética muchas veces son sorprendidos en sus observaciones, en vista de los cambios inesperados en estructuras de varios tipos, dentro de las mismas especies. Las células también poseen, en el campo de las manifestaciones vitales, su “individualidad magnética” algo independiente.

En ese punto, el director sonrió, prosiguiendo:

–Si la mujer puede ejercer su influencia decisiva en la selección del compañero, también la célula femenina, en la mayoría de los casos, puede ejercer su actuación en la selección del elemento que ha de fecundarla. Claro que nos referimos aquí a un problema de ciencia física, sin alusión a los problemas espirituales de las tareas, misiones o pruebas necesarias.

Identificando mi silencioso gesto de interrogación, el director observó:

–Sí, porque para determinadas obligaciones de ciertos Espíritus durante la reencarnación, las autoridades de nuestra esfera de lucha disponen de suficiente poder para intervenir, dentro de ciertos límites, en la ley biogenética, ajustando las disposiciones camino a objetivos especiales.

Pero, en ese momento, nuestra conversación fue interrumpida.

Un pequeño grupo de entidades amigas, solicitaba la presencia de Apuleo fuera de la alcoba del servicio reencarnatorio.

Muy gentil, el jefe del trabajo, me invitó a acompañarlo.

Con buena voluntad me presentó al grupo que estaba formado por dos señoras desencarnadas, amigas de Raquel y de un amigo de Segismundo, deseosos de testimoniarme afecto y dedicación en aquella experiencia en curso. Venían de nuestra colonia espiritual, en servicio de asistencia a familiares radicados aún en la Tierra y querían aprovechar la oportunidad para hacer aquella visita cariñosa.

El director los escuchó con la mayor atención y el mejor buen humor, pero, con gran sorpresa para mí, observó:

–Como responsables por la organización primordial del nuevo cuerpo carnal de nuestro hermano Segismundo, agradecemos la atención de ustedes, pero no podemos autorizar la visita a esta hora. Estamos aprovechando el escaso tiempo de armonía relativa que la mente materna nos ofrece para delicados y muy urgentes servicios de magnetización celular.

Sonriendo, afable, agregó:

–Pero, después del vigésimo primer día, cuando el embrión haya alcanzado la configuración básica, nuestros amigos podrán ser visitados a cualquier hora, entendiéndose que para ese tiempo, ambos, madre e hijo, podrán ausentarse del cuerpo con facilidad. Por ahora, el amigo Segismundo, no puede apartarse de su futura madre y la hermana Raquel, aún en estado de sueño físico, está obligada a permanecer junto a nosotros, a corta distancia.

–¡No hay duda! –replicó el caballero de nuestra esfera– no deseamos perturbar el desarrollo del trabajo.

–Sabemos que Raquel se pondría muy conmovida con nuestro abrazo personal –comentó una de las señoras. –Pues, de cualquier modo, la alegría inesperada es también un choque.

–Es lo que necesitamos evitar –contestó Apuleo, satisfecho– no obstante, deseo hacerles sentir que Segismundo precisa del amparo espiritual de todos nosotros. Tenemos la recomendación de notificar la presente reencarnación de él a todos sus amigos, con el fin de que vengan hasta aquí, siempre que les sea posible, no sólo para beneficiarlo con los valores del estímulo espiritual, sino también, para colaborar en la organización armoniosa del feto con sus vibraciones de simpatía.

–Volveremos en la primera oportunidad –exclamó una de las visitantes, que hasta entonces se había mantenido en silencio. Necesitamos colaborar para beneficio de Raquel.

Agregando, sonriente:

–Hemos organizado una serie de excursiones espirituales para las próximas noches que ella pueda disponer. Haremos todo cuanto esté a nuestro alcance, para ofrecerle un estado de alma confiado y feliz. Diversas amigas se encuentran avisadas para ese fin.

–¡Muy bien! –exclamó el director, satisfecho.

Inmediatamente, se despidieron los visitantes, mientras yo registraba una preciosa lección más, del plano espiritual.

A solas, de nuevo, Apuleo me aclaró, bondadosamente:

–El momento que estamos atravesando, es delicado y no podemos distraernos.

Noche tras noche, penetré en la alcoba donde se llevaba a cabo el trabajo reencarnatorio, aprendiendo y cooperando, para conocer mejor la generosidad de los Bienhechores Espirituales y la Sabiduría de Dios, manifestada en todas las cosas.

Después de la vesícula germinal, con la cooperación magnética de los Espíritus Constructores para cada célula, se formaron las tres hojas blastodérmicas, aprovechando el molde que Raquel idealizara mentalmente para su futuro hijito, el cual fue aplicado sobre el modelo vivo de Segismundo, en el proceso de nueva reencarnación.

Observé que los trabajos de los técnicos espirituales, eran, en todos sus aspectos, semejantes a los servicios que acompañara en la sesión de materialización de desencarnados, pues, se servían del concurso del interesado y se valían de la colaboración de Raquel, que en este caso, tomaba la función de “médium” de la vida, se movilizaban amigos, se echaba mano de recursos magnéticos, se solicitaba, tal como se requería en la sesión de materialización, el concurso del orientador mediúmnico sobre las fuerzas pasivas de la intermediaria, y el auxilio directo y positivo de Adelino, el futuro padre de Segismundo. El símil era completo, apenas con la

diferencia de que, en los trabajos de materialización de los desencarnados, se empleaban algunas horas de preparación para un resurgimiento incompleto y transitorio, mientras que aquí, se emplearían nueve meses consecutivos para lograr una reencarnación tangible del alma, con carácter más o menos largo y definitivo.

Con el transcurso de los días, se iba formando el nuevo cuerpo de Segismundo, célula a célula, dentro de un plano simple e inteligente.

Prosiguiendo con las observaciones metódicas, verifiqué que la hoja blastodérmica inferior, obedeciendo a disposiciones del modelo vivo, se enrollaba, presentando los preforma del tubo intestinal, al paso que la hoja superior tomaba el mismo impulso de enrollamiento, formando los tubos epidérmico y nervioso. La hoja media, asumiendo una forma especialísima, daba lugar a las primeras manifestaciones de la columna vertebral, de los músculos y de diversos vasos.

El tubo intestinal, comenzó a dilatarse en ciertas regiones, dando origen al estómago y a diversas especies de asas, y revelando enseguida, determinados movimientos de invaginación interna y externa, él organizaba, luego, las estrías inferiores y superiores, constituidas por dobleces, vellosidades y glándulas. El tubo cutáneo comenzó el servicio de estructuración complicada de la piel, al mismo tiempo que el tubo nervioso se doblaba paulatinamente sobre sí mismo, preparando el tronco encefálico. Mientras ocurría eso, sustancias de la hoja media, se transformaban de modo sorprendente. Día a día, eran, para mí, cada vez más bellas las lecciones que recibía, observando entonces, por qué maravillosas disposiciones se segmentaba el cordón axial en vértebras que abrazaban el tubo nervioso en la parte superior y el tubo intestinal en la zona inferior.

El servicio de los Espíritus Constructores, unido a la dedicación de Herculano, revelaba enseñanzas siempre nuevas.

No sería posible describirles los minuciosos cuidados y el cariño empeñado en la nueva construcción de la morada carnal de Segismundo. Se trabajaba con mucho celo y rigurosidad, desenvolviendo vasto sistema de garantía de las organizaciones celulares. A veces, en los pródromos de la formación de los órganos más importantes, se detenían en oración, suplicando las bendiciones de Jesús para la tarea iniciada y observé que siempre que eso sucedía, brillantes luces, procedentes de lo Alto, se derramaban a través de la alcoba, estimulando su acción.

El trabajo asumía características de verdadera revelación divina. Para fijarlo en particularidades, sería preciso olvidar la finalidad doctrinaria de nuestras sencillas observaciones, resbalando para el campo de la técnica propiamente dicha, esfuerzo descriptivo, ése, que ha sido objeto de extensas consideraciones de los tratadistas del asunto y que deben servir al investigador de puras informaciones de orden material en los sectores de la inteligencia.

La primera célula de la fecundación, estaba transformada en un mundo verdadero de organización activa y sabia. El embrión se revelaba notablemente desarrollado.

En la parte anterior, el tubo intestinal daba origen al esófago, mientras que el intestino, con sus disposiciones complejas, se situaba en la región posterior; internamente, se hiciera en él un perfecto servicio de pliegues, resaltando que, mientras en la zona interior se formaban pliegues y vellosidades, en la parte exterior se organizaban partes salientes, que, a su vez y poco a poco, se convertían en diversas glándulas.

Proseguía, aceleradamente, la formación de los distintos departamentos cerebrales, la preparación de las glándulas sudoríparas y sebáceas, los órganos autónomos, los vasos sanguíneos, los músculos y los huesos.

En el vigésimo día de servicio, Apuleo se mostraba muy satisfecho. Me informó que el trabajo básico estaba terminado.

Algunos de los cooperadores podrían ya apartarse. Para la continuación de la tarea, bastarían dos de ellos, asociados al esfuerzo continuo de Herculano.

Ese día, la futura forma física de Segismundo, acomodada en el líquido amniótico, me produjo la perfecta impresión de un pez. No faltaban para ello, ni siquiera las concavidades branquiales que, con exactitud absoluta, se revelaban en el feto, hablándonos del servicio de recapitulación en curso y de las reminiscencias de las antiguas épocas de nuestro paso por las corrientes marinas.

En la noche del vigésimo primer día, se abrió la puerta magnética del aposento de Raquel a las visitas de carácter afectivo.

No eran pocos los amigos espirituales que esperaban aquel momento feliz.

La futura madrecita, desligada del cuerpo por la dulce influencia del sueño, se sentía aliviada y casi dichosa.

Apuleo y sus compañeros, así como también Herculano, fueron saludados con alegría y con emoción.

Algunos amigos de Adelino habían llegado también, con el propósito de felicitarlo y de prestarle el posible concurso.

Noté que Segismundo, también había sido aliviado. Los hilos tenuísimos que unen a los encarnados al cuerpo físico cuando se hallan en estado temporal de liberación, de igual manera lo unían a la organización fetal. A medida que Raquel se apartaba, también él se podía apartar, pero sin serle posible abandonar la compañía materna. Raquel lo sostenía en sus cariñosos brazos, mientras sonreía, a nuestro lado, desligada del campo denso material.

Reconocí que la tregua se verificara para todos, con excepción de Herculano, que no se apartó de la alcoba, manteniéndose vigilante. Los Constructores, de modo general, estipularon una gran pausa en el servicio; y mientras los amigos de Adelino lo conducían a planos diferentes, para que obtuviera ciertas informaciones que

le eran necesarias, acompañé al grupo que formaba con Raquel y su hijito, a una asamblea de esperanza y de alegría. Muchas amistades reunidas los conducían, a ambos, a un extenso jardín situado en la propia Superficie Terrestre, y, en el momento en que el Sol anunciaba, a lo lejos, su reaparición en el hemisferio, oramos en conjunto, loando la bondad de Dios, para que nos llenara de bendiciones el camino evolutivo.

En seguida, observé que muchos amigos desencarnados, allí presentes, componían tónicos y bálsamos reconfortantes, con emanaciones de plantas y flores, derramándolos sobre Raquel y su hijito, con el fin de fortificarlos para la lucha. Era bello comprobar el cariño fraternal en aquellas demostraciones de devoción y de ternura. Aprendía, extasiado, una lección más en la esfera espiritual. Como las aves viajeras que saben buscar lejos el plumaje suave para el nido y el precioso alimento para los pichones recién nacidos, el alma de las madres devotas y cariñosas, sabe atravesar grandes distancias, en busca de elementos delicados para la formación del nido de carne en que un hijito bienamado habrá de renacer.

El servicio de organización fetal prosiguió normalmente, en vista de los respetables hábitos del matrimonio, que, día a día, parecía más integrado con la asistencia de nuestra esfera de acción.

El desenvolvimiento de la futura forma de Segismundo compelia a Raquel a verdaderos sacrificios orgánicos. No obstante, cada noche, por la madrugada, se repetían las excursiones espirituales que ella y su hijito recibían de los amigos de nuestro plano. El trabajo de Herculano mereció la cooperación de innumerables amigos. Rara era la noche en que no venían Espíritus agradecidos a Segismundo, para velar por la armonía de su nueva reencarnación, prestando al hogar, a los padres y a él, los más variados auxilios.

Terminado el período de mis observaciones fundamentales, no volví al hogar de Adelino con la misma asiduidad. No obstante

continuar interesado en aquel trabajo en proceso, solamente regresaba a la alcoba donde se procesaba la reencarnación, de tiempo en tiempo, compelido por otro género de servicios al lado de Alejandro.

Pero, en la víspera del nacimiento de la nueva forma física de Segismundo, comparecí en compañía de Alejandro, mi venerable orientador, que se proponía cooperar para el fortalecimiento maternal, en el momento culminante.

Después de prolongados esfuerzos, en los que sentí, una vez más, la sublime glorificación de la esposa-madre, Segismundo renacía...

Asombrado con la vigorosa asistencia espiritual que nuestra esfera dispensaba al asunto, oí a Alejandro decir conmovido:

–Está listo el servicio de reencarnación inicial. ¡El trabajo completo con la plena integración de nuestro amigo en los elementos físicos, solamente se verificará de aquí a siete años!

Admirado y enternecido en mis fibras más íntimas, me envolví en oraciones de agradecimiento que formulábamos al Señor, reconociendo el tesoro divino que constituía la dádiva de un cuerpo carnal, para nuestra experiencia y aprendizaje en la superficie de la Tierra.

FRACASO

Verificando mi aprovechamiento en el caso de Segismundo, Alejandro, siempre tan gentil, al despedirse de los Constructores, se dirigió a su director, aseverando:

–Le agradezco a usted, Apuleo, todo cuanto hizo por André en estos últimos días. Nuestro compañero no olvidará su amable participación y ejemplos.

El director sonrió, me dijo algunas palabras de estímulo y cuando se disponía a salir, en definitiva, mi orientador le contestó:

–Pero nuestro amigo necesita consolidar las enseñanzas recibidas. André acompañó un caso normal de reencarnación, en el cual un esposo honesto cedió, inicialmente, a nuestros ruegos para que Segismundo renaciese con la imprescindible serenidad. Vio, de cerca, a un corazón maternal sensible y dedicado, y permaneció estudiando en una alcoba conyugal defendida por el poder sagrado de la oración y reconfortada por la protección del plano superior. No obstante, sería justo que observase algún proceso diferente, de los que existen por ahí por centenares, en los que enfrentamos toda clase de obstáculos. De ese modo, quedaría habilitado para conocer la extensión y complejidad de nuestro

esfuerzo en defender a compañeros imprevisores, que menosprecian la responsabilidad moral, huyendo de los compromisos.

Y, mostrando un gesto de cariño fraterno, interrogó:

–¿No tendrá usted, actualmente, un caso de ese orden, donde André pueda recoger las lecciones precisas?

–Claro que sí, lo tenemos –aclaró Apuleo, atentamente–, tenemos el caso Volpini.

Y como Alejandro ignoraba el proceso al que se refería, continuó:

–Después de organizar las bases del proceso de Segismundo, me ocupé de otros servicios de la misma naturaleza y entre ellos, fue confiada a nuestra vigilancia la tarea relativa al hermano que mencioné. Crean que movimos todo lo que estaba a nuestro alcance en el sector de la asistencia para evitar el fracaso del trabajo, sin embargo, sé que esta experiencia es absolutamente impracticable.

–Quiere decir, entonces –arguyó mi instructor con sabiduría–, que la futura madre no correspondió a las expectativas de nuestro plan de acción...

–Esto mismo –prosiguió el interlocutor. –Mientras los desequilibrios se originan, simplemente, en la esfera paternal o proceden de la influencia de entidades malignas, existen recursos para interponer; pero, si la desarmonía parte del campo materno, es muy difícil establecer una protección eficiente. La pobre mujer, por dos veces sucesivas, se provocó el aborto inconsciente por exceso de liviandades y actualmente, según parece, será víctima de sus propias irreflexiones por tercera vez. En balde le hemos ofrecido todo el socorro que podemos disponer. La infeliz se dejó cautivar por la idea de gozar de la vida y se sintonizó a entidades desencarnadas de la peor especie que la separaron del compañero, ansiosas por precipitarle el corazón en la esfera de las bajas emociones.

Mientras Alejandro lo oía en silencio, Apuleo, continuó, después de un largo intervalo:

–Volpini alcanzó ahora el séptimo mes de gestación de la nueva forma física, pero la próxima noche será decisiva para él. Ya recibí una llamada de los colaboradores que permanecen en servicio activo en las inmediaciones del caso, en el sentido de evitar ciertas extravagancias proyectadas para hoy por la futura madre; pero, no creo que seamos obedecidos por ella. La organización fetal no se encuentra en condiciones de soportar nuevos desequilibrios y si la pobrecita no despierta al sagrado deber, cosechará hoy un tercer fracaso. Nos daría mucho placer si André pudiese venir hoy con nosotros.

Alejandro que en aquel momento me parecía muy circunspecto, dando la idea de quien no deseaba cultivar ningún comentario poco edificante, observó:

–Nuestro compañero irá con ustedes. A veces, para preservar convenientemente la salud, es preciso conocer las enfermedades y para cultivar el bien, es necesario no ignorar la existencia del mal.

En efecto, obscureciendo, llegábamos, Apuleo, dos compañeros de él y yo, a una residencia confortable y de apariencia distinguida.

El gran reloj de la pared mostraba que eran las veinte horas menos cinco minutos.

Siguiendo al director, penetramos a un aposento bien amueblado, donde se encontraban tres entidades desencarnadas, de horrenda figura, que debido a su bajo patrón vibratorio, no percibieron nuestra presencia. Conversaban entre sí, combinando detestables medidas que no me corresponde relacionar aquí. A cierta altura de la conversación se referían al caso de la reencarnación, de manera franca:

–No sé –comentó uno de aquellos perversos enemigos del bien– porque arte de los infiernos el intruso viene resistiendo. Nos desembarazaremos de él, en la primera oportunidad.

–Cuando esto ocurre –dijo otro– es que hay “manos de ángeles” trabajando por detrás.

–¡Pues que se vayan al infierno! –exclamó el que parecía más cruel. –Veremos quien puede más. Cesarina ya nos pertenece en un noventa por ciento. Atiende perfectamente a nuestros propósitos. ¿Por qué admitir a un hijo intruso en nuestros planes? Es necesario combatirlo hasta el fin.

–No obstante –consideró el tercero, que hasta entonces, se mantenía en silencio– ¡Ya hace más de seis meses que estamos trabajando y todo ha sido en vano para desembarazarnos de él!

–Pero hemos conseguido mucho –volvió a decir el más rebelde–; no creo que el intruso pueda aguantar mucho tiempo más. Tal vez hoy hagamos el resto. Un hijo vendría a robarnos a la buena compañera con que contamos ahora. Todas sus atenciones convergerían hacia él y nuestro perjuicio sería enorme. Pero, si existen “manos de ángeles” trabajando, nosotros tenemos “manos de demonios” para actuar también. Ya vencimos dos veces; ¿por qué no vencer ahora, igualmente?

–Y si viniese el hijo –consideró uno de los interlocutores–, seguramente que el esposo vendría de regreso. No podríamos conservarlo a distancia, por más tiempo, en caso de que eso se verifique.

–¡Eso nunca! –respondió el adversario más feroz, con inflexión siniestra.

¡Cuán diferente era aquel ambiente interior, comparado al de la alcoba de Raquel, donde se había llevado a efecto tan hermosas observaciones, referentes a la tarea reencarnacionista! El aposento se mantenía absolutamente desguarnecido de defensas magnéticas, y no se veía el movimiento de visitantes espirituales de la esfera superior, que caracterizaba el trabajo de formación del nuevo cuerpo de Segismundo.

–¿Está observando? –dijo Apuleo, con gentileza– no siempre nuestra tarea se desarrolla a lo largo de los jardines afectivos. Muchas veces debemos operar bajo verdaderas tormentas de odio,

que desintegran nuestros mejores elementos magnéticos de cooperación. Este caso es típico.

Recordé que la residencia de Adelino se llenaba diariamente de amistades del plano espiritual, y pregunté:

–¿No dispone la futura madre de relaciones en nuestra esfera?

–De cualquier modo –respondió él–, siempre tenemos buenos amigos en la zona superior a aquella en la que nos encontramos; pero, en ciertas circunstancias, nos alejamos voluntariamente. Cesarina podría contar con diversas amistades; no obstante, ella misma se encarga de obligarlos a la ausencia.

Impresionado, consideré:

–¿Acaso no tendrá ella un padre o una madre, en nuestros círculos espirituales, que tome para sí el sacrificio de defenderla?

–Tiene un padre que la estima con extremado afecto –aclaró el director–, no obstante, sufría inmerecidamente por la hija liviana y grosera, y tanto padeció por ella que sus superiores, en nuestra colonia espiritual, lo sometieron a tratamiento para que olvidase temporalmente a la querida hija, hasta que él pueda recordar y aproximarse a ella sin angustias emotivas.

El asunto era nuevo para mí. ¿Entonces, había recursos para aplicar el olvido en el mundo de las almas?

Apuleo sonrió, bondadoso y dijo:

–No tenga dudas de ello. En nuestra esfera, la dureza y la ingratitud no pueden acosar al amor puro. Cuando las almas reencarnadas se revelan impermeables al reconocimiento y a la comprensión, nos alejamos de ellas, naturalmente, aunque encierren para nosotros valiosas joyas del corazón, hasta que se integren en el conocimiento de las leyes de Dios y se dispongan a seguirlas, en nuestra compañía. Pero, cuando somos débiles aun siendo muy amorosos y no nos sentimos con suficiente valor para el indispensable alejamiento, somos favorecidos con el tratamiento

magnético que opera en nosotros el olvido pasajero, siempre que merezcamos el auxilio de nuestros Mayores.

En ese instante, Cesarina penetró en la habitación, seguida por los Espíritus Constructores que velaban por Volpini, el reencarnante.

Mientras la señora se sentaba frente a un gran espejo, dando inicio a complicados arreglos de presentación festiva, los cooperadores de Apuleo se aproximaron, saludándonos, atentos.

–Desgraciadamente, –dijo uno de ellos al jefe– la situación es muy grave. Es imposible proseguir con el éxito deseable en nuestro esfuerzo de asistencia. Nuestra hermana se hunde, cada vez más, en los desequilibrios destructores. Uniéndose voluntariamente –e indicó a las entidades viciosas que la rodeaban– a estos adversarios infelices, se entrega ahora, a placeres y abusos de toda suerte. Sus desvíos sexuales, en los últimos días, han sido lamentables, y es enorme la cantidad de licores, aparentemente inofensivos, de los que ha hecho sistemático consumo. Aliados semejantes disturbios a las vibraciones desordenadas del plano mental, vemos que la posición de Volpini es insustentable, a pesar de nuestros mejores esfuerzos de socorro.

Apuleo oyó las graves notificaciones en silencio y observó enseguida:

–Ya sé lo que se proyecta para esta noche.

–Sí –consideró el interlocutor– apelamos a su autoridad, porque la organización fetal no podrá resistir una nueva embestida.

El director me invitó a examinar a la gestante. Al lado de ella, permanecían las entidades inferiores a las que me referí, que demostraban absoluta ignorancia de nuestra presencia.

Cesarina, con el excesivo cuidado de las mujeres excesivamente vanidosas e inconscientes de la responsabilidad moral, utilizaba ciertos recursos para disfrazar el aspecto que

mostraba su avanzada gravidez, dejando adivinar que se preparaba con esmero para una noche de fuertes emociones.

Fijé mi atención en el feto, auxiliado por el jefe de los Constructores, pero no pude esconder mi sorpresa y compasión.

El caso Volpini era muy diferente del proceso de reencarnación verificado en casa de Raquel. La forma física embrionaria demostraba manchas violáceas, revelando dilaceraciones. Pequeñitos monstruos, sólo perceptibles a nuestra mirada, nadaban en el líquido amniótico, invadiendo el cordón umbilical y apropiándose de la mayor parte del delicado alimento reservado al cuerpo en formación. Toda la placenta era asediada por ellos, provocándome terrible impresión.

Percibí, por la intensa anormalidad de los órganos reproductores que el aborto no podría demorarse.

De igual manera, Apuleo, dirigiéndome expresivo gesto con la cabeza, acusaba fuerte preocupación.

Y abandonando súbitamente el examen nos dijo:

–Si la infeliz obcecada por los placeres criminales no se detuviere esta noche, la organización fetal será expulsada a más tardar mañana.

Después de pensar algunos momentos, destacó:

–Intentaré el último recurso.

Apuleo se dirigió al interior doméstico y regresó, seguido por una señora ya mayor.

–Esta –me dijo él, indicándola– es la dueña de la casa y vieja amiga de Cesarina, susceptible de recibir nuestra influencia. Aprovecharé su concurso para que nuestra desventurada hermana, en el futuro, no pueda alegar que le faltaron asistencia y consejos adecuados.

En un gesto de bondad ya observado por mí en diversos

superiores de nuestro plano, colocó su diestra sobre la frente de la recién llegada, que se acercó a Cesarina con mucha ternura y habló:

–Amiga mía, estoy muy preocupada por usted... No vaya. Desconfíe de ciertas amistades, poco dignas. Su estado, Cesarina, es delicado. ¿Por qué excederse? Una fiesta de cumpleaños, en pleno bar, no puede servir a sus necesidades presentes. La acogí a usted, en nuestra residencia, como si fuese una hija y debo estar vigilante. Nutro la esperanza de verla reaproximarse a su esposo, que, según creo, debe estar ausente por una simple cuestión de incompatibilidad de carácter, pero, si usted no se defiende del mal, ¿cómo atender la situación?

Uno de los infelices seres de la ignorancia, que perseguían a Cesarina por su falta de vigilancia, la envolvía ahora en los brazos, como si desease comunicarle su extraño y peligroso magnetismo. Vi que las entidades inferiores presentes observaban a la señora de cerca y le oían las palabras sensatas, porque todas exhibían gestos y demostraciones de rebeldía y de desagrado, que no podemos registrar aquí.

La interpelada, dejándose envolver por la influencia neutralizadora del mal, se rió de un modo franco y agregó:

–Tranquilícese, mi buena Francisca. No necesita enseñarme virtud... ¡Tengo mi compromiso para hoy, no puedo faltar...!

–No estoy de acuerdo, Cesarina –volvió a decir la interlocutora con energía, bajo la inspiración directa de Apuleo–, no le estoy dando un sermón de virtud a su responsable conciencia. Quiero despertar sus fibras de esposa y madre. El hombre, cuya invitación usted pretende atender, no merece confianza, no es digno de consideración. Además, su organismo debe ser preservado. ¿No le duele la expectativa de perjudicar al hijito? ¿No valora el futuro?

Y la respetable amiga continuó advirtiendo con severidad maternal, mientras la futura madre de Volpini se mantenía en franca posición de negativa e impermeabilidad.

Dos horas duró la conversación, en la cual el director de los Constructores usó de la caridad, de la lógica y de la paciencia, en las más altas dosis; pero, finalizado ese tiempo, un automóvil tocó claxon en la puerta.

Cerrando un pequeño estuche de perfume, Cesarina abrazó a la vieja amiga desilusionada y se despidió:

–Adiós, volveré más tarde. No tengo tiempo que perder.

El vehículo rodó por las avenidas asfaltadas.

Las entidades perturbadas siguieron al vehículo rápidamente, pero nosotros, esperando la manifestación de Apuleo, permanecemos allí, aguardando su palabra.

Algo triste, el jefe de servicio se dirigió a los colaboradores, declarando:

–Pueden regresar a nuestra colonia, a descansar. Por ahora, ya nada queda por hacer. El deber de todos fue bien cumplido.

Y mirando hacia mí, significativamente, agregó:

–Iré, yo mismo, en compañía de André, a buscar a Volpini para recogerlo en un lugar conveniente.

El ambiente era de consternación, porque si bien los Espíritus Superiores son equilibrados, no son insensibles.

Acompañé a Apuleo, durante muchos minutos de silencio, penetrando, en seguida, en una casa de ruido ensordecedor.

El gran salón y los reservados estaban repletos de hombres y mujeres inquietos, excitados por la música turbulenta y embrutecedora, pero la asamblea de desencarnados de condición burda tomada por la misma alucinación de peligroso placer, era mucho mayor.

–Manténgase a la defensiva –me advirtió el director–; son pocos los desencarnados, con reducido tiempo de experiencia, que, para servicios de protección, pueden penetrar en ambientes como este.

No nos cabe describir los tristes paisajes, desplegados ante nuestra mirada. Tan sólo nos corresponde aclarar que no tuvimos dificultad para reencontrar a Cesarina en compañía de un caballero poco escrupuloso, entre finas copas de licor, elegantemente decoradas.

Apuleo se aproximó y retiró a Volpini, que se abrazaba a ella semi inconsciente. En seguida, lo vi aplicar pases magnéticos en toda la región uterina, empleando infinito cuidado. Tomando a Volpini y confiándolo a mis manos, para poder operar con eficiencia, me dijo, calmado:

–Desligué al reencarnante del santuario maternal; pero, no debemos olvidarnos de suministrarle el debido socorro a la descuidada madre. Ella necesita continuar la lucha terrestre, cuanto le sea posible, para aprovechar en algo su oportunidad...

Nos retiramos conduciendo al compañero prematuramente desligado, a una organización socorrista, pero, después de atender todos los deberes que me competían, deseé, en calidad de médico, observar lo que pasaba con la pobre mujer, fracasada en su misión sublime.

En las primeras horas de la mañana, me dirigí a la residencia que visitáramos en la víspera.

Pero, con gran sorpresa verifiqué que Cesarina no se encontraba en casa. No pasaron muchos minutos y una vecina interpelaba a la señora que Apuleo influenciara, preguntándole lo que yo deseaba saber.

–Cesarina –explicó la matrona, preocupada– fue hospitalizada en estado grave hoy de mañana.

En el transcurso de la rápida conversación, recogí las informaciones necesarias sobre la dirección y busqué visitar de inmediato a la infeliz mujer que dejáramos en la fiesta elegante de la víspera.

Fuertemente impresionado, vine a saber que Cesarina, en gravísimas condiciones, acababa de dar a luz a un niño muerto.

INCORPORACIÓN

Prosiguiendo mis estudios sobre fenómenos mediúmnicos de variada expresión, siempre que mis servicios habituales me lo permitían, regresaba a la superficie terrestre, aprendiendo y cooperando en el grupo en que Alejandro ejercía como orientador.

Pero, debido a las obligaciones asumidas en nuestra colonia espiritual, mi frecuencia no podía ser asidua, razón por la cual trataba de aprovechar las mínimas oportunidades a fin de enriquecer mis experiencias.

En una de las reuniones a las que asistí, uno de los cooperadores de nuestra esfera se aproximó al compasivo instructor y le pidió con humildad:

–Nuestros cofrades encarnados, en sucesivas solicitudes, insisten en recibir alguna comunicación del hermano Dionisio Fernandes, que como sabe, está acogido en una organización de socorro. Alegan que la familia se encuentra inconsolable, que sería conveniente e interesante recibir su visita y oír a un antiguo compañero de luchas doctrinarias...

Mientras Alejandro oía en silencio, el simpático colaborador prosiguió, después de ligera pausa:

–Agradeceríamos recibir la debida autorización para traerlo... Podría incorporarse en la organización mediúmnica de nuestra hermana Octavia y de algún modo, hacerse oír, ante amigos y familiares...

El mentor pensó durante algunos momentos y respondió:

–No tengo ninguna objeción personal al plan que usted sugiere, mi querido Euclides; pero, si bien nuestro grupo de cooperadores encarnados se constituye de excelentes amigos, no los veo convenientemente preparados para el aprovechamiento integral de esa experiencia. Sobra en casi todos ellos, en investigación y en raciocinio, lo que les falta en sentimiento y comprensión. Colocan la pesquisa muy por encima del entendimiento y como usted sabe, las organizaciones mediúmnicas no son filtros mecánicos... Además, Dionisio hace poco tiempo que se encuentra en nuestra esfera y todavía ni siquiera puede ausentarse del asilo que lo acogió en nuestro plano. Agreguemos a esos factores la intranquilidad de la familia, poco observadora de la fe viva, la diferencia de vibraciones de la nueva esfera a la que nuestro amigo procura adaptarse en el presente, su profunda emoción ante esa reaproximación tal vez prematura, la inestabilidad natural del aparato mediúmnico y posiblemente, estaremos de acuerdo en la inoportunidad de semejante medida.

Euclides, el interlocutor, abogando con vehemencia por el pedido del círculo, no se desanimó, insistiendo:

–Reconozco que vuestra palabra es siempre ponderada y amiga. Conuerdo en que no alcanzaremos el objetivo deseado; sin embargo, le reitero mi solicitud. Aunque el hecho no sobrepase de ser de una simple experiencia... Es que existen hermanos esforzados, a los cuales mucho les debemos en el trabajo del bien diario al prójimo sufridor y sentiríamos felicidad en demostrarles el testimonio de nuestro reconocimiento y sincera estimación...

Alejandro sonrió con su característica generosidad y observó:

–Sólo poseo razones para endosar su petición, y ya que usted insiste en esa providencia para atender a los compañeros que se sienten igualmente acreedores de su confianza y estimación, puede avisarles que Dionisio vendrá. Personalmente, me encargaré de traerlo.

Y dado que Euclides, agradeciera su apoyo con inmensa alegría, Alejandro concluyó la conversación, agregando:

–Haga la promesa para mañana por la noche. Pues, siempre es más fácil dar con alegría que recibir con tino.

Salimos.

Puesto que lo interrogase sobre el proceso fenoménico de la incorporación, el benigno instructor aclaró de buena voluntad:

–Mediúmnicamente hablando, las medidas son las mismas adoptadas en los casos de psicografía común, pero teniendo en cuenta que necesitaremos proteger, con especial cariño, el centro del lenguaje en la zona motora, haciendo reflejar nuestro auxilio magnético sobre todos los músculos del habla, localizados a lo largo de la boca, de la garganta, laringe, tórax y abdomen.

Atendiendo mis interpelaciones, el instructor relacionó diversas elucidaciones de orden moral, alusivas al asunto, comentando las dificultades para difundir en los corazones terrenales los valores de la legítima consolación, en virtud de las absurdas exigencias de la pesquisa intelectual. Admiraba su profunda sabiduría y la sublime comprensión de las debilidades humanas, cuando alcanzamos, en plena región inferior, no muy distante de la Superficie Terrestre, la institución de socorro en la que Dionisio recibiera acogida.

Combinando con los Espíritus del Bien consagrados, en

aquellas zonas, a servicios de amor cristiano, me condujo ante el recién desencarnado, que se mantenía bajo fuerte excitación.

–Dionisio –le dijo Alejandro, bondadosamente, después de la salutación usual–, ¿se acuerda de nuestro grupo de estudios espiritualistas?

–Por supuesto. ¡Y con cuánta añoranza! –suspiró el interlocutor.

–Nuestros amigos del círculo piden su presencia, por lo menos por algunos minutos –prosiguió el mentor, con gentileza–, y deliberé conducirlo hasta allá, para que usted comunique sus ideas, no sólo a ellos, sino también a sus familiares...

–¡Qué ventura! –exclamó Dionisio, casi llorando de alegría.

–Pero, ¡oiga bien, mi amigo! –volvió a decir Alejandro, con serenidad y energía– es indispensable que usted medite sobre este hecho. Acuérdesse de que va a utilizar un sistema neuromuscular que no le pertenece. Nuestra amiga Octavia servirá de intermediaria. No obstante, usted no debe desconocer las dificultades de un médium para satisfacer, ante las exigencias de nuestros hermanos, las particularidades técnicas de identificación de los comunicantes. ¿Comprende bien?

–Sí –contestó Dionisio, algo preocupado–, estoy ahora en el mundo de la verdad y no debo faltar a ella. Me acuerdo que muchas veces recibía las comunicaciones del plano invisible, a través de Octavia, con muchas prevenciones y generalmente dudaba, creyéndome víctima de innumerables mixtificaciones.

Alejandro, con mucha calma, observó:

–Pues bien, ahora llegó su oportunidad de experimentar. Y si antiguamente, le era tan fácil a usted dudar de los otros, disculpe ahora la incredulidad de nuestros hermanos encarnados, si es que dudan de su esfuerzo. Es posible que no alcancemos el objetivo;

pero, dado que nuestros colaboradores insisten en querer recibir su visita, no debemos impedir la experiencia.

Antes que Dionisio se interesase en nuevas consideraciones, el interlocutor concluyó:

–Concéntrese con atención en el asunto, pida luz divina en sus oraciones y espéreme. Lo conduciré hasta la residencia de la médium con algunas horas de antelación, para que usted encuentre facilidades en el servicio de armonización.

Enseguida nos despedimos, registrando efusivos agradecimientos del interlocutor.

El caso me interesaba. Por eso mismo, rogué el permiso de Alejandro para acompañarlo de cerca.

Autorizado a hacerlo, seguí al instructor que se dirigió, al siguiente día, a la institución que acogió a Dionisio, amparándolo convenientemente para la proyectada visita.

Con la gentileza de siempre, Alejandro nos guió hasta la morada de la médium Octavia, donde Euclides, el benévolo amigo de la víspera, nos aguardaba lleno de atenciones.

El servicial mentor se despidió con extrema delicadeza y dejándome en compañía de los nuevos cofrades, añadió:

–La reunión de los compañeros encarnados comenzará a las veinte horas; estaré aquí de regreso entre las dieciocho y las diecinueve horas, para acompañarlos a nuestro núcleo de trabajo.

Y fijando en mí su mirada, concluyó bondadosamente:

–Querido André, aproveche la presencia de Euclides, pues un buen trabajador tiene siempre provechosas lecciones que enseñar.

Euclides, sonriendo, agradeció, conmovido y nos condujo al interior de la casa, mientras Alejandro se iba en otra dirección.

Ante un humilde aposento, nos detuvimos.

–En esta parte de la casa –explicó el guía acogedor– nuestra hermana Octavia acostumbra hacer sus meditaciones y plegarias. Por ello, la atmósfera reinante aquí, es confortadora, leve y balsámica. Pasen y siéntanse como en su casa. En vista de ser hoy uno de los días consagrados al servicio mediúmnico, terminará ella más temprano los trabajos de la cena, para poder orar y prepararse.

Consulté el gran reloj de pared, no lejos de nosotros, que marcaba precisamente las dieciséis horas y manifesté el deseo de ver a nuestra hermana, que actuaría aquella noche como intermediaria entre los dos planos.

Dejando a Dionisio en el aposento al que me referí, Euclides me condujo a pequeña cocina, donde una señora de edad se mantenía atenta preparando algunos platos modestos. Todo era limpieza, orden y armonía doméstica. Pero la noté algo pálida y abatida...

Oyéndome el discreto comentario, el compañero informó:

–Octavia es una excelente colaboradora de nuestros servicios espirituales, pero, por la fuerza de las pruebas necesarias para su redención, permanece unida a un hombre ignorante y casi cruel. Mientras el brutal compañero está ausente, en las horas en que debe “ganarse el pan”, la casa está tranquila y feliz, porque nuestra amiga no ofrece hospedaje a entidades perturbadoras de la sombra. Pero, cuando el infeliz Leonardo penetra en este pequeño dominio, la situación se modifica, porque el pobre esposo es un legítimo “cantero de espinos”, en el jardín de este hogar. Se hace acompañar de peligrosos elementos de las zonas más bajas...

–¿No consiguió identificarse con la misión espiritual de su esposa?

–No, de ningún modo –explicó Euclides, sin titubear. –No es dúctil para la comprensión elevada; sin embargo, es terco con sus propios errores. Permite que la consorte nos ayude, en vista de la insistencia de parientes consanguíneos de él, dedicados a nuestra causa y que influenciados por nosotros, no le permiten apartarla. Pero, la tarea no es muy fácil, porque si Octavia es dócil a los Espíritus del Bien, el esposo es obediente a los cultivadores del mal. A veces, basta que tracemos un programa constructivo con la colaboración de ella, para que Leonardo, cediendo a los portadores de las tinieblas, nos perturbe la acción, creándonos graves dificultades.

Percibiendo que el abatimiento de la médium no me pasaba desapercibido, Euclides añadió:

–Cuando prometí ayer, con alegría, la venida de Dionisio, deseoso de incentivar el buen ánimo de los amigos encarnados, contando con el concurso mediúmnico de nuestra hermana, empeoró la situación psíquica del esposo imprevisor. Leonardo amaneció hoy más nervioso que de costumbre, se emborrachó poco antes del almuerzo, insultó a la humilde compañera y llegó incluso a inflingirle tormentos físicos. Asustada, la bondadosa señora sufrió tremendo choque nervioso que le alcanzó el hígado, encontrándose, de momento, con fuerte perturbación gastrointestinal. Por eso, su alimentación durante el día fue muy deficiente y no ha podido mantener la necesaria armonía de la mente para atender, con exactitud, a nuestros propósitos. Ya traje diversos recursos de asistencia, inclusive la cooperación magnética de competentes enfermeros espirituales para levantarle el patrón de energías necesario, y sólo por eso es que la pobrecita aún no cayó en cama, aunque se encuentra bastante debilitada, a pesar de todos los socorros.

Algo desilusionado, Euclides consideró, luego de corto silencio:

–Como sabe, la armonía no es realización que se improvise,

y si nosotros, los desencarnados consagrados al bien, estamos en lucha frecuente por nuestra iluminación íntima, los médiums son criaturas humanas, susceptibles a las vicisitudes y a los desequilibrios de la esfera carnal...

–¡Oh! –exclamé, mirando a la pobre mujer– ¿No tendremos a alguien que la sustituya? Ella está casi tambaleante...

–Todos los trabajos exigen preparación, entrenamiento – observó mi interlocutor, sensatamente– y de un momento para otro no podremos traer a alguien que haga las veces de Octavia.

–¿No cree que ella debiera ser feliz para que pudiera ser más útil? –indagué.

–¿Quién sabe? –respondió Euclides, con intención. –La mediumnidad activa y misionera no es incompatible con el bienestar, y en verdad, todas las personas que gozan de relativo confort material, podrían disputar excelentes oportunidades de servicio en sus cuadros de trabajo y edificación; no obstante, las almas encarnadas, cuando son favorecidas por la tranquilidad natural de la existencia física, se mantienen en la región de servicio común que le es apropiada a sus necesidades individuales, y como el cumplimiento del deber con exactitud ya representa un gran esfuerzo, rara vez traspasan la frontera de las obligaciones legítimas, en busca del campo divino de la renunciación. Sin embargo, la lucha intensiva dilata las aspiraciones íntimas. El sufrimiento, cuando es aceptado a la luz de la fe viva, es una fuente creadora de alas espirituales.

A esa altura de las explicaciones fraternas, el compañero sonrió y observó:

–Formulando semejantes consideraciones, no queremos decir que la mediumnidad constructiva deba ser una característica de los corazones encadenados al dolor. Eso no. Las misiones de la Espiritualidad Superior pertenecen a todos los seres de buena voluntad. Tan sólo expresamos nuestra convicción de que existen

almas, fervorosas en el ideal del Bien y de la Verdad, que se valen de los obstáculos para escalar mejor la montaña de la redención divina.

La dueña de la casa terminara la tarea de preparar la humilde cena y antes de que el esposo regresase al hogar, se dirigió al cuarto íntimo, en el que, conforme a la notificación de Euclides, acostumbraba a realizar sus oraciones preparatorias.

Penetramos al aposento en su compañía.

Euclides acomodó a Dionisio al lado de ella, y, mientras la médium se concentraba en oración, el dedicado amigo le aplicaba pases magnéticos, fortaleciendo los nervios de las vísceras y por lo que percibí, suministrándole vigorosas cuotas de fuerza, no solo en las fibras nerviosas, sino también en las células gliales.

Doña Octavia le pedía a Jesús bastante energía para el cumplimiento de la tarea, conmoviéndonos su oración silenciosa, sencilla y sincera. Meditó en la promesa que los amigos espirituales habían hecho la víspera, con relación a la comunicación de Dionisio, recién desencarnado. Procuraba disponerse al concurso mediúmnico eficiente, intentando aislar la mente de las contrariedades de naturaleza material. Poco a poco, bajo la influencia de Euclides, se formó un lazo fluídico que unió a la médium con el comunicante próximo. El compañero que preparaba el trabajo recomendó al amigo desencarnado que hablase a Doña Octavia, con todas sus energías mentales, organizando el ambiente favorable para el servicio de la noche.

Dionisio comenzó a hablarle de sus necesidades espirituales, comentando la esperanza de hacerse sentir, junto a la familia terrenal y a los antiguos compañeros de aprendizaje espiritualista, notando yo que la médium registraba su presencia y su lenguaje, en forma de figuras y recuerdos, aparentemente imaginarios, en la esfera del pensamiento. Observé, con interés, la extensión de la frontera vibratoria que nos separa de los Espíritus encarnados, pues,

aunque nos hallábamos allí, frente a una organización mediúmnica adiestrada, necesitábamos iniciar el trabajo para lograr la comunicación, como quien estuviese muy distante, venciendo, lentamente, círculos espesos de resistencia.

Largo tiempo duró el singular diálogo, reconociendo yo que, al final de la interesante conversación previa, entre la médium y el comunicante, charla esa que fue plenamente orientada en todos sus detalles por el tacto fraterno de Euclides, Doña Octavia parecía más familiarizada con el asunto, adhiriéndose con claridad a lo que Dionisio pretendía hacer.

Todo iba bien y no me cansaba de admirar aquel inesperado trabajo de preparación mediúmnica, cuando ocurrió algo muy grave. El dueño de la casa venía de regreso, quebrando de modo violento, la tranquilidad de las vibraciones en las que nos sumergíamos. Tan pronto entró vociferando, obligó a la esposa a levantarse de inmediato. El infortunado señor parecía un energúmeno con todas sus características de tirano doméstico. Algunas entidades burlonas y perversas constituían su séquito.

Doña Octavia sirvió la cena, haciendo prodigios en el campo de la paciencia evangélica.

Finalizada la sencilla refección, en la que participó el esposo junto a dos hijos mayores, la noble señora habló al marido en particular.

—Leonardo, como usted sabe, iré hoy a la reunión, saliendo antes de las ocho.

—¿Qué? —exclamó el interlocutor, encharcado en vino, alisándose los bigotes grisáceos— ¡usted no puede salir hoy! ¡Nada de sesiones! ¡Hoy, no!

Impresionado con aquella actitud intempestiva, pregunté a Euclides, que seguía la escena, muy calmado:

—¿Y ahora?

–Ya preveía este acontecimiento –me afirmó, con manifiesta tristeza en la mirada– y por tanto, pedí a una de nuestras hermanas que trajese hasta aquí a una tía del bullanguero Leonardo, que intercederá a favor de nuestros deseos. No deben de tardar. Se trata de una persona a la que se rendirá, sin esfuerzo.

En efecto, mientras Doña Octavia se enjugaba el llanto en silencio, recogiendo la mesa de refecciones, se oyó que tocaban a la puerta.

Leonardo fue a atender y en pocos minutos, una entidad desencarnada, muy simpática, penetraba al interior, acompañando a una señora de edad de semblante acogedor y risueño.

La cooperadora de Euclides vino hasta nosotros, saludándonos sonriente. Profundamente sorprendido, en vista de la cantidad de trabajos que se requerían para la organización de un pequeño servicio de consolación, presté mi atención a la conversación que se desdobló entre los encarnados:

–Qué bueno que la lucha del día terminó –dijo la respetable matrona, dirigiéndose a la médium, después de las primeras saluciones–, vine hasta aquí para que vayamos juntas.

Octavia procuró esconder su desánimo, sonrió con esfuerzo, y respondió:

–Mi buena Georgina, hoy no puedo... Leonardo está indispuesto y pretende recogerse más temprano.

–Ya sé, ya sé –observó la visitante, con cariño en las palabras y severidad en las actitudes, mirando al jefe de la casa–; ¡usted, Octavia, tiene un compromiso y no puede faltar!

En seguida, se levantó, tocó los hombros del sobrino que se desparramara en el sofá, y le habló con franqueza:

–Hijo mío, yo no puedo impedir que usted se regale en placeres y demore su realización espiritual, por imprevisión y mala

voluntad; pero, le advierto, en cuanto a los deberes de su esposa en nuestro núcleo de iluminación, pidiéndole que no se interponga entre ella y los designios superiores. Octavia es una esposa ejemplar, que ha tolerado sus impertinencias toda la vida y ya entregó a su espíritu de padre dos hijos mayores, rigurosamente educados en la inteligencia y en el corazón. No le impida ahora el servicio divino. Podría rebelarme contra usted, induciéndola a resistir, pero prefiero avisarlo de que su actuación contra el bien no quedará impune.

Observé que las palabras de la venerada señora eran emitidas conjuntamente con grandes proyecciones de energía magnética, que envolvían a Leonardo, obligándolo a razonar mejor. Él meditó, por algunos segundos, y respondió vencido:

—Octavia podrá ir, cuando quiera, siempre que sea en su compañía.

La matrona agradeció, estimulándolo para el estudio de las cuestiones de la Espiritualidad, y cuando se disponían las dos señoras a tomar el camino del grupo de estudios, llegó Alejandro, de regreso, a fin de acompañarnos, por su parte.

Reconocí que el instructor notó, de inmediato, el estado de abatimiento de la médium, percibiendo las dificultades que se oponían a la prometida comunicación de Dionisio, pero, lejos de referirse a las advertencias de la víspera, ahora, era él mismo quien se mostraba más optimista, estimulando el entusiasmo de Euclides al servicio del bien, según noté.

Alcanzamos el vasto salón de aquel taller de espiritualidad, precisamente, cuando faltaban quince minutos para las veinte horas.

Como siempre, los trabajadores de nuestro plano eran numerosísimos, en los múltiples trabajos de asistencia, preparación y vigilancia. Y mientras algunos amigos ansiosos y la familia del comunicante, constituida de esposa e hijos, aguardaban la palabra

de Dionisio, era muy grande nuestro esfuerzo para mejorar la posición receptiva de Octavia.

Como de costumbre, Alejandro se esmeraba en brindar el buen ejemplo de vigorosa cooperación. Determinó que algunos colaboradores de los nuestros auxiliasen de manera general el sistema endocrino y proporcionasen al hígado mejores recursos para la normalización inmediata de sus funciones, estableciéndose determinado equilibrio para el estómago e intestinos, en virtud de las necesidades del momento, para que el aparato mediúmnico funcionase con la mayor armonía posible.

A las veinte horas, reunida la pequeña asamblea de hermanos encarnados, fue iniciado el servicio, con la conmovedora oración del compañero que dirigía la casa.

Valiéndose del concurso magnético que se le había brindado, la médium se sentía mucho más fuerte.

Una vez más, contemplaba, admirado, el fenómeno luminoso de la epífisis y acompañaba el valioso trabajo de Alejandro en la técnica de preparación mediúmnica, observando que allí el incansable instructor se detenía con mayor cuidado en la tarea de auxiliar a todas las células de la corteza cerebral, a los elementos del centro del lenguaje y a las piezas y músculos del sistema motriz del habla.

Terminada la oración y llevado a efecto el equilibrio vibratorio del ambiente, con la cooperación de numerosos servidores de nuestro plano. Octavia fue cuidadosa y parcialmente apartada de su vehículo físico, aproximándose entonces Dionisio, que también de manera parcial comenzó a valerse de las posibilidades de ella, que se mantenía a reducida distancia, pero con poderes para retomar el cuerpo en cualquier momento que lo deseara, y guardando relativa conciencia de lo que estaba ocurriendo, mientras que Dionisio conseguía hablar por sí mismo, pero, movilizand o potencialidades que no le pertenecían y que

debería usar, cuidadosamente, bajo el control directo de la legítima propietaria y bajo la afectuosa vigilancia de amigos y benefactores, que le fiscalizaban la expresión con la mirada, para mantenerlo en buena posición de equilibrio emotivo. Reconocí que el proceso de incorporación común era más o menos idéntico al del injerto de los árboles frutales. La planta extraña revela sus características y ofrece sus frutos particulares, pero el árbol injertado no pierde su personalidad y prosigue operando con su propia vitalidad. Allí también, Dionisio era un elemento que se adhería a las facultades de Octavia, utilizándolas en la producción de los valores espirituales que le eran característicos, pero, naturalmente subordinado a la médium, en cuyo crecimiento mental, fortaleza y receptividad, no podría el comunicante revelar ante los asistentes los caracteres de sí mismo. Lógicamente, debido a ello, no era posible aislar, por completo, la influencia de Octavia, vigilante. La casa física era su templo, que urgía defender contra cualquier expresión desequilibrante, y ninguno de nosotros, los desencarnados presentes, tenía el derecho de exigirle un mayor alejamiento, porque le competía resguardar sus potencialidades fisiológicas y preservarlas contra el mal, cerca de nosotros, o a distancia de nuestra asistencia afectiva.

Sin embargo, nuestra atmósfera de armonía no conseguía sosegar la perturbadora expectativa de los compañeros encarnados.

Entre nosotros, prevalecían el control, la disciplina, el autodomínio; entre ellos, soplaban el desequilibrio y la inquietud. Exigían un Dionisio-hombre por la boca de Octavia, pero nuestro plano les imponía un Dionisio-espíritu, por las expresiones de la médium. La familia humana aguardaba al padre emocionado y sometido aún a pasiones poco constructivas, mas auxiliábamos al hermano para que su alma se mantuviese en calma y ennoblecida, en beneficio de los propios familiares terrestres.

El comunicante hablaba bajo fuerte emotividad, pero

Alejandro y Euclides, ocupándose respectivamente de él y de la intermediaria, le fiscalizaban las actitudes y las palabras, para que se manifestase tan sólo sobre asuntos necesarios para edificación de todos, responsabilizándolo por todas las imágenes mentales nocivas que su palabra crease en el cerebro y en el corazón de los oyentes.

Debido a ello, el comunicante se comportó, con admirable dignidad espiritual, en todos los puntos del mensaje hablado, no sin hacer verdaderos prodigios de disciplina interior, para callar ciertas situaciones familiares y contener las lágrimas estancadas en el corazón.

Después de hablar casi cuarenta minutos, dirigiéndose a la familia y a compañeros de la lucha humana, Dionisio se despidió, repitiendo conmovedora oración de agradecimiento que Alejandro le dictó, conmovido.

Nuestro concurso había transcurrido con absoluta armonía. El manifestante ofreció los posibles elementos de identificación personal, pero la pequeña congregación de encarnados no recibió la dádiva como sería de desear. Concluida la concentración mental con el cierre, se iniciaron las apreciaciones, verificándose que un ochenta por ciento de los asistentes no aceptaba la veracidad de la manifestación. Solamente la esposa de Dionisio y algunos raros amigos le sintieron, efectivamente, la palabra viva y vibrante. Los propios hijos se internaron por la región de la duda y de la negativa.

Interpelado por uno de los compañeros, el más viejo se expresó:

–Imposible. No puede ser mi padre. Si el comunicante fuese él, naturalmente habría comentado nuestra difícil situación en la familia...

Otro de los hijos de Dionisio agregó, superficialmente:

–No creo en semejante manifestación. Si fuese papá, habría

respondido a mis interrogaciones íntimas. ¿Será que en el otro mundo los padres ya no se acuerdan del cariño debido a los hijos?

En un grupo de conversadores, formado en uno de los rincones de la sala, comenzó la insinuación maliciosa. Sólo la viuda y tres hermanos de ideal más se mantenían junto a la médium, incentivándole el espíritu de servicio, a través de palabras y pensamientos de comprensión y de alegría.

En el grupo, donde los hijos exteriorizaban ingratas impresiones, un amigo, imbuido de cientificismo, afirmaba, solemne:

–No podemos aceptar la pretendida incorporación de Dionisio. Octavia conoce todos los pormenores de su vida pasada, permanece casi a diario en contacto con la familia y el Espíritu comunicante no reveló ninguna particularidad por la que pudiese ser identificado.

Y después de lanzar la ceniza del cigarrillo en un cenicero próximo, agregaba, con mordacidad:

–El problema de la mediumnidad es una cuestión muy grave en la Doctrina; el animismo es una hierba dañina en todas partes. Nuestro intercambio con el plano invisible está lleno de lamentables engaños.

Mirándolo con sorpresa, uno de los jóvenes presentes, preguntó, súbitamente:

–¿Considera usted a Doña Octavia, capaz de engañarnos?

–No, conscientemente –afirmó el cientificista con una sonrisa superior–, pero, inconscientemente, sí. La mayoría de los médiums es víctima de sus propios desvaríos emotivos. Las personalidades comunicantes, en sentido común, representan creaciones mentales de los sensitivos. He estudiado pacientemente el asunto para no

caer, como le sucede a mucha gente, en conclusiones fantásticas. Hay que huir del ridículo, amigos míos.

Y sarcásticamente continuaba sonriendo, mientras acentuaba, triunfante:

–Las emersiones del subconsciente en las hipnosis profundas consiguen confundir a los más valientes indagadores.

Y, como si las palabras difíciles y las referencias preciosas representasen la última solución al asunto, proseguía, enfático:

–Para corregir los desbordamientos de la imaginación en el Espiritismo, se creó la Metapsíquica para dirigir nuestras investigaciones intelectuales y en tal sentido, no podemos olvidar que el propio Richet murió dudando. No le bastaron decenas de años consecutivos de estudio sistemático de los fenómenos. Las propias materializaciones no le aseguraron la certidumbre de la supervivencia. Por tanto...

La reducida asamblea le escuchaba las importantes palabras, como si oyese a un oráculo infalible.

En otro lado del salón, se comentaba el mismo asunto, discretamente.

–No creo en la veracidad de la manifestación –afirmaba, en voz baja, una señora relativamente joven, dirigiéndose al marido y a las amigas. –A fin de cuentas, la comunicación primó por la banalidad... Nada de nuevo. Para mí, las palabras de Octavia proceden de ella misma. No sentí ninguna señal convincente, con respecto a la posible presencia de nuestro viejo amigo. La esfera de los desencarnados, sería muy poco interesante si apenas proporcionase a los que nos preceden las frivolidades que el supuesto Dionisio nos trajo.

–Tal vez haya habido alguna perturbación –dijo el esposo de la misma señora. –No nos hallamos libres de los mistificadores del plano invisible...

El grupo no ocultaba la sórdida sonrisa.

Nunca experimenté tanta decepción como en esos instantes en los que examinaba el proceso de incorporación mediúmnica.

Nadie ponderaba allí las dificultades que Euclides, el buen cooperador espiritual, hubo de enfrentar para traer a la casa el consuelo de aquella noche. Nadie ponderaba sobre la lucha que el acontecimiento representaba para la propia médium, interesada en servir con amor en la causa del bien. Los compañeros encarnados se sentían absolutamente acreedores a todo. Los benefactores espirituales, en la apreciación de los presentes, no pararían de ser simples servidores de sus caprichos, volviendo de Ultratumba tan sólo para atenderles el gusto por las novedades. Con rarísimas excepciones, nadie pensó en términos de consuelo, edificación o de aprovechamiento de la experiencia obtenida. En vez de agradecimiento, de la observación constructiva, se cultivaba la desconfianza y la maledicencia.

Alejandro percibió que Euclides acompañaba la escena con justificada decepción, agravada por las advertencias de la víspera; pero, practicando su culto de amor y gentileza, el instructor le recomendó que se apartase, confiándole que cuidase a la entidad comunicante, que debería regresar, sin pérdida de tiempo, a su lugar de origen.

El instructor se acercó a mí, comprendió mi asombro y habló:

—No se extrañe, André. Nuestros hermanos encarnados padecen de complicadas limitaciones.

Y mostrando confianza y alegría en su rostro, afirmó:

—Por lo demás, como usted bien observa, la mayoría tiene el cerebro hipertrofiado y el corazón reducido. Por lo general, nuestros amigos de la Tierra, critican en demasía y sienten muy poco; aprecian la comprensión ajena; sin embargo, rara vez se disponen a comprender a los otros... Pero el trabajo es una concesión del

Señor y debemos confiar en la Providencia del Padre, trabajando siempre para lo mejor.

En seguida, hizo algunas recomendaciones a varios amigos que permanecerían en el local de realizaciones espirituales y dijo:

–Vámonos.

Al apartarnos, cerca de la puerta oímos que un caballero decía al director de los servicios:

–Todos nosotros tenemos el derecho de dudar.

No oí la respuesta del interlocutor encarnado, pero Alejandro consideró, con el semblante de un padre optimista y bondadoso:

–Casi todas las personas terrestres, que se valen de nuestra cooperación, se sienten con derecho a dudar. Es muy raro que surja un compañero que se sienta con el deber de ayudar.

ADOCTRINAMIENTO

Terminaban los trabajos de una de las reuniones comunes de estudios evangélicos, cuando una entidad muy simpática se acercó a nosotros, saludando a mi instructor, que respondió con espontánea alegría.

Se trataba de una madre afectuosa que expuso, sin rodeos, las dolorosas preocupaciones que asaltaban su espíritu, solicitando, después de sus primeras palabras, la valiosa colaboración de Alejandro.

—¡Oh, amigo mío! Hasta hoy permanezco luchando con mi infortunado Mariño. A pesar de mis constantes esfuerzos, el pobrecito continúa prisionero de los poderes sombríos. Mientras tanto, con esperanza en su posible renovación, ¡vengo a pedirle su cooperación en el servicio de auxilio a su alma infeliz!

—¿Un nuevo adoctrinamiento? —interrogó el mentor, solícito.

—Sí —dijo la madre angustiada, enjugando sus lágrimas. —Ya recurrí a diversos amigos que colaboran en el departamento de trabajos espirituales, donde conozco su actuación como orientador y todos se ofrecieron a prestarme su ayuda fraterna.

–¿Nota en Mariño señales evidentes de transformación interior? –preguntó Alejandro.

Ella respondió con un gesto afirmativo, moviendo su cabeza, y prosiguió:

–Hace más de diez años que procuro disuadirlo del mal camino, influenciándolo de manera indirecta. Por más de una vez, pude conducirlo a situaciones de esclarecimiento e iluminación, pero sin resultado, como es de su conocimiento. Pero ahora, observo su disposición algo modificada. No siente el mismo entusiasmo al recibir las sugerencias malignas de los infelices compañeros de rebeldía y de desesperación. Siente inexpresable tedio en su posición de desequilibrio y en diversas ocasiones, he tenido la satisfacción de poder conducirlo a la oración solitaria, aunque sin conseguir sustraerlo a fondo de su rebeldía.

La venerable entidad hizo una ligera pausa en la conversación, continuando en tono de súplica:

–¿Quién sabe si habrá llegado para él, el divino instante de adquirir la iluminación interior? He sufrido mucho por ese pobre hijo, desviado del camino recto, y es posible que el Señor me conceda actualmente, la gracia de llevarlo por la senda del bien... Con esa finalidad, estoy instando a mis afectos más puros.

En seguida, mirando al mentor, con extraño brillo en los ojos, imploró:

–¡Oh, Alejandro, cuento con su apoyo decisivo! Necesito trabajar por Mariño, de cuya desventura, hasta cierto punto, me considero culpable, y le confieso, amigo mío: ¡me siento cansada y con profundo agotamiento espiritual...!

–La comprendo –exclamó el interlocutor, conmovido–, la lucha incesante para arrebatarse a un corazón amado que se encuentra prisionero de las tinieblas, es como para agotar a

cualquiera de nosotros. Pero, tenga calma. Si Mariño comienza a sentir tedio ante los compañeros en criminal desvío, entonces será fácil poder ayudarlo, colocando su espíritu en el camino de la verdadera elevación. De no ser así, no me lanzaría a este cometido. Confíe en nuestra tarea y hagamos por él cuanto esté al alcance de nuestras posibilidades. ¿Está todo listo en el campo de preparación?

–Sí –aclaró la respetable matrona desencarnada. –Algunos amigos me auxiliarán para traerlo, mientras otros se encargarán de ayudar a Octavia, encaminando convenientemente el asunto en el grupo.

–Pues bien –continuó diciendo atentamente Alejandro–, en la noche indicada, estaré presente para cooperar en su favor en todo lo que me sea posible.

Después de enternecedoras muestras de gratitud, nos quedamos nuevamente a solas.

–¿Por qué el adoctrinamiento ha de hacerse en el ambiente de los encarnados? –indagué. –Semejante medida, ¿es una imposición en el trabajo de ese tenor?

–No –explicó el instructor– no es un recurso imprescindible. Tenemos varios grupos de servidores de nuestro plano dedicados exclusivamente a ese género de auxilio. En nuestra colonia, las actividades están repletas de institutos consagrados a la caridad fraternal en el sector de iluminación a los desviados. Los puestos de socorro y las organizaciones de emergencia, en los diversos departamentos de nuestras esferas de acción, cuentan con avanzados núcleos de servicio del mismo orden. Pero, en determinados casos, la cooperación del magnetismo humano puede influir más intensamente en beneficio de los necesitados que se encuentren, en la superficie de la Tierra, cautivos en las zonas de sensaciones. Aun así, la colaboración de los amigos terrestres, aunque es apreciable, no constituye un factor absoluto

e imprescindible; pero, cuando es posible y útil nos valemos de la ayuda de los médiums y de los adoctrinadores humanos, no sólo para facilitar la solución deseada, sino también para proporcionar enseñanzas vivas a los compañeros encarnados, despertando en sus corazones la espiritualidad.

El mentor sonriendo, prosiguió:

–Ayudando a las entidades desequilibradas, se ayudarán a sí mismos; adoctrinando, acabarán igualmente adoctrinados.

Satisfecho con las aclaraciones recibidas, pasé a considerar el caso personal de la tierna entidad que nos visitara. ¿Por qué permanecería un Espíritu iluminado en servicios consecutivos a favor de alguien que se complacía en continuar en las sombras? ¿Sería justo encadenar corazones maternos a hijos impenitentes?

El orientador, vino al encuentro de mis interrogaciones, explicando:

–La dedicada amiga que nos visitó es una pobre madre, que continúa luchando después de la muerte física.

–¿A quién se refiere, en su intercesión? –pregunté.

–A un hijo que fue sacerdote en la Tierra.

–¿Sacerdote? –pregunté profundamente sorprendido.

–Sí –aclaró Alejandro. –Los desvíos de las almas que recibieron tareas de naturaleza religiosa, son siempre más graves. Existen presbíteros que, contrariamente a todas las esperanzas de nuestro plano, se entregan por completo al sentido literal de las enseñanzas de la fe. Reciben los títulos sacerdotales, como los médicos que no sienten amor al trabajo de curar, o como los abogados sin ninguna especie de devoción al derecho. Aprecian los intereses inmediatos, persiguen los honores mundanos y, terminada su existencia transitoria, se encuentran con el doloroso fracaso de la conciencia. Habitados al incienso de los altares y

a la sumisión de las almas encarnadas, no reconocen, la mayoría de las veces, sus propios errores y prefieren encastillarse en lamentable rebeldía que los convierte en genios de las sombras. En este particular –acentuó el instructor modificando la inflexión de su voz– debemos reconocer que semejante condición en este lado de la vida, es la de todos los hombres y mujeres de inteligencia notable, con excelente cultura terrestre, pero desviados del verdadero camino de elevación moral. Comúnmente, las personas más sensibles y cultas, crean el mundo que les es peculiar y esperan sustraerse a la ley de testimonio propio en el campo de las virtudes edificantes. Acostumbradas a la fácil adquisición de ventajas convencionales en la Tierra, pretenden resolver, después de la pérdida del cuerpo físico, por el mismo proceso, los problemas espirituales, y encontrando solamente la Ley, que manda conceder a cada uno según sus obras, no es raro que agraven su situación, internándose en el oscuro paraíso de la desesperación, en el que se reúnen innumerables compañías de la misma especie. Entre las criaturas de ese orden, sobresale el porcentaje elevado de los ministros de varias religiones. Refiriéndonos apenas a los de las escuelas cristianas, verificamos que la mayoría no sigue el ejemplo del propio Maestro Divino. Cierran los ojos y oídos a los sacrificios apostólicos. Simón Pedro, Juan Evangelista, Pablo de Tarso, representan para ellos figuras demasiado distantes. Se apegan a las decisiones meramente convencionales de los concilios, estudian apenas los libros eclesiásticos y quieren resolver todas las trascendentes cuestiones del alma, a través de programas absurdos, de dominación por el culto exterior. Yerguen basílicas suntuosas, olvidando el templo vivo de su propio espíritu; homenajean al Señor, tal como los orgullosos romanos reverenciaban la estatua de Júpiter, intentando sobornar al poder celeste por la grandeza material de las ofrendas. Pero, ¡ay!, olvidan el corazón humano, menosprecian el espíritu de humanidad, ignoran las aflicciones del pueblo, al que fueron mandados a servir. Y ciegos a los propios

desvaríos, aguardan un Cielo fantástico que entronice su vanidad criminal y su ociosidad cruel.

Alejandro, en este punto de las explicaciones, como si fuera llamado a pensamientos más profundos, guardó silencio por algunos segundos, continuando enseguida:

–Para éstos, André, la muerte del cuerpo es un acontecimiento terrible. Algunos enfrentan valerosamente la necesaria y provechosa desilusión. Pero, la mayoría, huyendo del doloroso proceso de readaptación a la realidad, se precipitan en los campos inferiores de la inconformidad presuntuosa, organizando peligrosas agrupaciones de almas rebeldes, con las cuales tenemos que luchar a nuestra vez... Casi todas las escuelas religiosas hablan del infierno de penas angustiosas y horribles, donde los condenados experimentan torturas eternas. Pero, son raras las que enseñan la verdad sobre la caída de la conciencia dentro de nosotros mismos, aclarando que el plano infernal y la expresión diabólica encuentran su inicio en la esfera interior de nuestras propias almas.

El orientador amigo, hizo un nuevo intervalo y después de pensar en silencio durante algunos minutos, consideró:

–Usted comprende... Los que caen por ignorancia, aceptan con alegría la rectificación, siempre que se mantengan en el patrón de buena voluntad sincera. Pero, los que se precipitan en el desequilibrio atendiendo a la sugestión del orgullo, experimentan grandes dificultades para poder asimilar la corrección en sí mismos. Necesitan edificar mayor patrimonio de humildad, antes de llevar a efecto la restauración imprescindible.

Observando que el mentor hizo una nueva pausa, pregunté:

–Pero si el error voluntario pertenece al sacerdote, en el caso que examinamos, ¿cómo explicar el sacrificio materno?

Alejandro no titubeó.

–En nuestro plano, hay renunciaciones sublimes –exclamó,

sensibilizado—, dentro de las cuales existen compañeros que se sacrifican por los otros, a través de muchísimos años; pero, en el proceso que estudiamos, nuestra amiga tiene su porcentaje de culpabilidad. En su condición de madre, quiso forzar las tendencias del hijo cuando era joven. En realidad, él había encarnado para realizar una tarea elevada en el campo de la filosofía espiritualista. No obstante, en modo alguno se encontraba preparado para el puesto de conductor de almas. Su progenitora, lo obligó a aceptar el ingreso en el seminario, violentando su ideal, y en forma indirecta, colaboró para que el orgullo se hiciera excesivamente acentuado. Interpretando sus tendencias para la filosofía edificante, como si se tratara de vocación sacerdotal, le impuso el hábito de los Jesuitas, que él mancilló con su excesiva vanidad. Claro que nuestra hermana se hallaba en posesión de las más santas intenciones; pero, se siente en el deber de participar en los sufrimientos del hijo, sufrimientos que, por otra parte, todavía él no llegó a experimentar en toda su extensión, por causa de la coraza de insensibilidad con que la rebeldía vistió su alma desviada.

Habiendo hecho Alejandro una pausa más larga, interrogué:

—Pero si el hijo fue llevado a una situación difícil para la cual no se encontraba preparado, ¿será tan grande su culpa?

El instructor sonrió, en vista de mis reiterados interrogantes, y aclaró:

—La progenitora erró por su imprevisión, pero él falló por sus abusos criminales durante su oportunidad de servicio sagrado. Alguien puede abrirnos la puerta de un castillo, por exceso de cariño, pero, porque hayamos obtenido semejante facilidad, ello no significa exención de culpa en caso de que menospreciemos la oportunidad destruyendo los tesoros puestos bajo nuestros ojos. Por eso mismo, la cariñosa madre está llevando a cabo la rectificación amorosa de un error, mientras que el infeliz hijo expiará sus graves faltas.

Esa explicación cerró la conversación referente al asunto.

En la noche previamente señalada, acompañé al pequeño grupo que buscó a Mariño para proporcionarle auxilio espiritual.

Nuestra reducida expedición, solamente estaba constituida de cuatro entidades: Alejandro, la progenitora desencarnada, un compañero de trabajo y yo. Con gran sorpresa, vine a saber que ese compañero nuestro, de nombre Necesio, actuaría como intérprete junto al infeliz sacerdote. Necesio había sido igualmente un presbítero militante y se mantenía en un patrón vibratorio accesible a la percepción de los amigos de orden inferior. Mariño no nos vería, según nos informó Alejandro, pero alcanzaría a ver al ex colega, entraría en contacto con él y recibiría nuestras sugerencias por intermedio del nuevo colaborador.

Admirando la sabiduría que preside semejantes trabajos de cooperación fraternal, seguí atentamente al grupo, que se dirigió a una iglesia de construcción antigua.

Si estuviese aún en la carne, tal vez el cuadro bajo mi vista me despertase terribles sensaciones de pavor, pero, ahora la condición de desencarnado me imponía disciplina emotiva. El templo estaba repleto de figuras patibularias. Innumerables entidades de los planos inferiores se congregaban allí, cultivando, más allá de la muerte, las mismas ideas del menor esfuerzo en el campo de la edificación religiosa. Algunos sacerdotes, envueltos en vestiduras negras, permanecían también al pie de los altares, mientras uno de ellos que parecía ejercer funciones de jefe, comentaba, desde un púlpito, el poder de la iglesia exclusivista a la que pertenecían, exponiendo con extrema sutileza nuevas teorías sobre el cielo y las bienaventuranzas.

Asombrado, oí la palabra amiga de Alejandro, que me explicaba, gentilmente:

—No se extrañe. Los desesperados y perezosos también se

reúnen, después de la transición de la muerte física, según las tendencias que les son peculiares. Tal y como acontece en las congregaciones de entidades rebeldes, en la esfera de la Superficie Planetaria, los más inteligentes y sagaces asumen la dirección. Muchos males son practicados, inconscientemente, por estos infelices...

–¡Oh! –exclamé con asombro– ¿cómo pueden entronizar la ignorancia a ese punto? ¿Quién podría creer en el cuadro que observamos? Si son entidades informadas en cuanto a la verdad, ¿por qué motivo aún se entregan a la práctica del mal?

–Trátase de acción maléfica inconsciente –esclareció el bondadoso Alejandro.

–Pero –respondí, aturdido– ¿por qué contrasentido las almas conscientes de la distancia que las separa de la carne no se rinden a la ley del bien?

El instructor sonrió y dijo:

–Pero, es que en la propia Humanidad encarnada usted encontrará idénticos fenómenos. Transcurridos más de mil años de las enseñanzas del Cristo, con la visión amplia de los sacrificios del Maestro y de sus continuadores, conscientes de la lección del Pesebre y de la Cruz, investidos con la posesión de los tesoros evangélicos, los hombres se abalanzaron a las llamadas guerras santas, exterminándose unos a otros, en nombre de Jesús, instituyeron tribunales de la Inquisición llenos de suplicios, donde personas de todas las condiciones sociales fueron atormentadas por millares en nombre de la caridad de Nuestro Señor. Como usted verifica, la ignorancia es antigua y la simple mudanza de indumentaria que la muerte física impone, no modifica lo íntimo de las almas. No tenemos “cielos automáticos”, tenemos realidades.

Sin disfrazar mi asombro, volví a indagar:

–Pero, ¿cómo viven esas desventuradas entidades?

¿Obedecen a sus propias organizaciones? ¿Acaso poseen sistemas especiales?

–La mayoría aquí –aclaró el instructor– está constituida por entidades desencarnadas, en situación de parasitismo. Naturalmente pesan en la economía psíquica de las personas con las cuales se juntan y en la atmósfera de los hogares que las acogen. Pero, no crea en la inexistencia de organizaciones en las zonas inferiores. Ellas existen y en gran número, a pesar de los ascendientes de orgullo y rebeldía que les inspiran las fundaciones. En semejantes agrupaciones, dominan los genios de la perversidad deliberada. Aquí, bajo nuestra mirada, solamente tenemos a una asamblea de almas sufridoras y desorientadas. Usted no conoce todavía los antros del mal, en su verdadero alcance.

Y, con un gesto expresivo, acentuó:

–No vivimos en paz por esos focos de maldad. Nos compete luchar contra ellos, hasta la victoria completa del bien.

Una vez más, sentí la extensión y la magnitud de los servicios que aguardan a los servidores leales de Jesús, después de la muerte del cuerpo físico.

Escuchaba con interés el ingenioso sermón del dirigente desencarnado, cuando el nuevo cooperador que nos acompañaba, interesado, en no inmiscuirse en la multitud, por causa de su condición de visibilidad a los circunstantes, nos hizo una ligera señal a alguna distancia, señal esa a la que Alejandro atendió inmediatamente, seguido por la afligida progenitora, y por mí.

El compañero había localizado a Mariño y nos llamaba al trabajo.

En un rincón oscuro de una de las viejas dependencias del templo, se mantenía la pobre entidad en meditación. La cariñosa madre se aproximó y le acarició la frente. Pero, tal y como acontece a la mayoría de los hombres terrestres ante la influencia de las

almas superiores, el infortunado hijo, apenas sintió una vaga alegría en el corazón. No obstante, pudo divisar a nuestro nuevo amigo con el cual estableció interesante diálogo.

Después de haber recibido su afectuoso saludo, Mariño preguntó, sorprendido:

–¿También fue sacerdote?

–Sí –respondió Necesio, amablemente.

–¿Pertenece a los sumisos o a los luchadores? –interrogó Mariño, algo irónico, dando a entender que por sumisos entendía a todos los colegas cultivadores de la humildad evangélica, y por luchadores a todos aquellos que, no encontrando la realidad espiritual, según las falsas promesas de su culto exterior, se hallaban entregados a la ingrata tarea de la rebeldía y de la desesperación.

–Pertenezco al grupo de la Buena Voluntad –respondió Necesio, con inteligencia.

Incapaz de percibir nuestra presencia a su lado, Mariño miró a nuestro compañero con sarcasmo y tristeza simultáneos, y preguntó:

–¿Por qué me busca?

–Supe que usted, amigo mío –le explicó el interlocutor con emoción–, experimenta ciertas dificultades íntimas que también yo vengo sufriendo. La dificultad para conocer el bien y el cansancio de la permanencia en el mal, la necesidad de afectos y el tedio de las compañías inferiores, representaron para mí enormes padecimientos.

Mientras el sacerdote, triste, cambiaba de expresión facial, Necesio continuaba:

–Es muy amargo reconocer la imposibilidad de vivir con esperanza, conservando al mismo tiempo, el desencanto de vivir.

–¡Oh, sí, es verdad! –exclamó el interlocutor, conmovido con la observación.

–¿Y por qué no trabajamos contra esto?

–Pero, ¿cómo? –interrogó Mariño con dolorosa inflexión. – En la Tierra nos prometieron un cielo abierto a nuestros títulos y la muerte nos reveló situaciones francamente opuestas. ¿No administrábamos los sacramentos? ¿No fuimos investidos de poder? Nos confiaron dominios y aquí nos impusieron humillaciones angustiosas... ¿A quién apelar? Insubordinarse, es ahora un deber.

Noté que nuestro colaborador se disponía a responder con sólida argumentación, de esencia evangelizadora, hablándole de las vanidades terrestres y de las interpretaciones arbitrarias del hombre, en el campo de las leyes divinas, pero antes que Necesio pudiese iniciar su conversación con alguna señal de contienda, Alejandro, bondadosamente, le advirtió:

–No discuta.

El interpelado modificó su disposición y con afabilidad, consideró:

–Sí, amigo mío, cada conciencia tiene sus luchas y problemas propios. No vengo a disputar su renovación compulsoria. Instado por algunos amigos que se interesan por su felicidad desde un plano más elevado, vengo a invitarlo para una reunión.

–¿Desearán, acaso, modificar mi rumbo como ya lo han intentado? –preguntó Mariño con curiosidad.

–Naturalmente, fueron avisados de su nuevo estado íntimo –adujo Necesio, decidido– y tal vez pretendan ofrecerle nuevas ventajas. ¿Quién sabe?

El interlocutor pensó por algunos minutos y volvió a hacer indagaciones sobre sus probables bienhechores. Pero, nuestro compañero le informó con serenidad:

—No disponemos de tiempo para muchas aclaraciones. Creo que el amigo, como me sucedió a mí mismo, ganará muchísimo. Pero, si desea intentar una solución para su caso, no debemos perder el tiempo.

Se veía que Mariño penetraba en el terreno oscuro de la indecisión; pero su progenitora lo enlazó con gran cariño pidiéndole mentalmente que acompañara al mensajero sin duda alguna. Sin poder ofrecer resistencia a aquella vigorosa imposición magnética de amor maternal, exclamó con resolución:

—¡Vámonos!

Necasio le extendió el brazo de hermano y nos retiramos apresuradamente, por una de las pequeñas puertas laterales.

A los pocos minutos penetrábamos en el conocido recinto de oraciones y de trabajos espirituales.

Observé que muchos servidores de nuestra esfera mantenían sus manos entrelazadas, formando extensa corriente protectora alrededor de la mesa consagrada a los servicios de la noche. El cuadro era para mí una novedad.

Pero, Alejandro me explicó con discreción:

—Se trata de la cadena magnética necesaria para la eficiencia de nuestra tarea de adoctrinamiento. Sin esa red de fuerzas positivas, que opera la vigilancia indispensable, no tendríamos elementos para contener a las entidades perversas y recalcitrantes.

Pero el instructor me hizo ver que en aquel momento no era conveniente entrar en conversación y auxiliando a Nemesio, situó a Mariño dentro del círculo magnético, donde, con sorpresa, verifiqué la presencia de varios desencarnados sufridores, traídos por otros pequeños grupos de amigos espirituales y que, a su vez, aguardaban la oportunidad del adoctrinamiento.

Sintiendo ahora el ambiente en que se hallaba, Mariño quiso

retroceder, pero no pudo. La frontera vibratoria establecida por nuestros colaboradores, a reducida distancia de la mesa de fraternidad, le impedía la fuga.

–¡Esto es un abuso! –exclamó con rebeldía.

–¡Sosiéguese! –le respondió Nemesio, sin alterarse–, usted obtendrá gran alivio. ¡Espere! Podrá desahogar sus tristezas y escuchar la palabra compasiva de un orientador cristiano, todavía encarnado. Y, después ¿quién sabe? Tal vez pueda ver a algún ser querido que se encuentra en zonas más elevadas, a la espera de su fortalecimiento y de su iluminación...

–¡No quiero! ¡No quiero! –gritaba el infeliz.

–¿Sabe cuál es la verdad, amigo mío? –le preguntó nuestro compañero con inflexión de ternura. –¿Puede adivinar la procedencia del socorro que recibió hoy? ¿Conseguirá recordarse de quién me envió a su encuentro?

El sacerdote desencarnado fijó en él su extraña y terrible mirada, pero Nemesio, sin perder la calma, después de una larga pausa, le dijo:

–¡Es su madre!

Mariño escondió su rostro entre las manos y prorrumpió en un llanto angustioso.

En ese instante, Alejandro, secundado por varios auxiliares, prestaba al organismo de Octavia la máxima ayuda fraterna, con abundantes cuotas de recursos magnéticos. Comprendí que si para los fenómenos de intercambio con los desencarnados esclarecidos era necesario el auxilio de nuestro plano al campo mediúmnico, en el presente caso esa cooperación debía ser mucho mayor, en vista de la condición dolorosa y lamentable de los comunicantes. En efecto, la médium Octavia recibía los más variados recursos magnéticos para la ejecución de su tarea.

En pocos minutos se providenciaba la incorporación de

Mariño, que tomó a la intermediaria bajo fuerte excitación. Octavia, provisionalmente desligada de los vehículos físicos, se mantenía ahora algo confusa, por encontrarse envuelta en fluidos desequilibrados, no mostrando la misma lucidez que le observáramos anteriormente; aunque la asistencia que recibía de los amigos de nuestro plano era mucho mayor.

Un instructor de elevada condición jerárquica, sustituyó a Alejandro junto a la médium, pasando mi orientador a inspirar directamente al colaborador encarnado que dirigía la reunión.

Mientras sucedía esto, varios ayudantes del servicio recogían las fuerzas mentales emitidas por los hermanos presentes, inclusive las que fluían abundantemente del organismo mediúmnico, lo cual, aunque no fuese una novedad para mí, me sorprendió por las diferentes características con que era llevado a efecto el trabajo.

No pude contenerme y pregunté a un amigo que se hallaba en actividad en el sector.

–Ese material –me explicó él, bondadosamente–, se constituye de vigorosos recursos plásticos para que los benefactores de nuestra esfera puedan hacerse visibles a los hermanos turbados y afligidos o para que materialicen provisionalmente ciertas imágenes o cuadros indispensables para reavivar la emotividad y la confianza en las almas infelices. Con los rayos y las energías de variada expresión, emitidos por el hombre encarnado, podemos formar ciertos servicios de importancia para todos aquellos que se encuentren presos al patrón vibratorio del hombre común, a pesar de permanecer distantes del cuerpo físico.

Comprendí la explicación, reconociendo que, si es posible efectuar una sesión de materialización para los compañeros encarnados, en otro sentido la misma tarea podría ser llevada a efecto para los hermanos desencarnados de condición inferior.

Admirando la excelencia y la amplitud de las actividades de nuestros orientadores, fijé mi atención en la conversación que se

estableció entre Mariño incorporado en Octavia y el adoctrinador humano, orientado intuitivamente por Alejandro.

Al principio, el sacerdote demostraba inmensa desesperación y pronunciaba palabras fuertes que denunciaban su rebeldía. Con todo, el interlocutor le hablaba con serenidad cristiana, revelándole la superioridad del Evangelio vivido sobre el Evangelio interpretado.

A cierta altura del adoctrinamiento, percibí que Alejandro llamaba a su lado a uno de los diversos cooperadores que manipulaban los fluidos y las fuerzas recogidos en la sala y recomendó que ayudase a la progenitora de Mariño, a hacerse visible para él. Noté que la señora desencarnada, con los auxilios de otros amigos, acudió inmediatamente, al tiempo que Alejandro, abandonando por momentos su puesto junto al adoctrinador, aplicó pases magnéticos en la región visual del comunicante, comprendiendo, entonces, que allí se ponían en juego interesantes principios de cooperación. La amorosa progenitora, se resignaba a ser envuelta, por algunos minutos, por vibraciones más densas, mientras el hijo elevaría la percepción visual hasta el nivel más alto a su alcance, para que pudiesen efectuar un reencuentro temporal de benéficas consecuencias para él.

Volvió Alejandro a situarse al lado del dirigente y, con sorpresa, oí que el amigo encarnado desafiaba al exasperado comunicante, actuando francamente por intuición con su voz cálida de sinceridad en el ministerio del amor fraternal:

–¡Observe en torno suyo, hermano mío! –exclamaba el adoctrinador, conmovedoramente– ¿reconoce a la persona que se encuentra a su lado?

Fue entonces que el sacerdote lanzó un grito terrible:

–¡Mi madre! –dijo él, alarmado de dolor y de vergüenza– ¡es mi madre...!

–¿Por qué no has de rendirte al amor de Nuestro Padre

Celestial, hijo mío? –dijo la progenitora, emocionada, abrazándolo–
¡basta ya de vanas discusiones y de contiendas intelectuales!
Mariño: la puerta de nuestras ilusiones terrenales se cerró con
nuestros ojos físicos... ¡No transfieras para acá nuestros viejos
engaños! ¡Atiéndeme! ¡No te rebeles más! ¡Humíllate ante la
verdad! ¡No me hagas sufrir por más tiempo...!

Los encarnados presentes tan sólo veían el cuerpo de Octavia,
dominado por el sacerdote, quien casi reventando por sollozos
atroces, les era invisible; pero nosotros veíamos mucho más allá.
La noble señora desencarnada se apostó al lado del hijo y comenzó
a besarlo, bañada en lágrimas de reconocimiento y de amor. Copioso
llanto los anegaba.

Cobrando nuevas fuerzas, la progenitora continuó:

–Perdóname, querido hijo, si en otra época induje tu corazón
a la responsabilidad eclesiástica, modificando el curso de tus
tendencias. Tus luchas de ahora, alcanzan mi alma angustiada. Sé
fuerte, Mariño, y ¡ayúdame! ¡Apártate de los malos compañeros!
De nada vale rebelarse. ¡Nunca podremos huir a la ley del Eterno!
Donde quiera que estés, la voz divina se hará oír en lo íntimo de la
conciencia...

En ese momento, observé que el sacerdote recordó
instintivamente a los amigos, lleno de profundo recelo. Ahora que
reencontraba a la madrecita cariñosa y dedicada a Dios, que sentía
la vibración confortadora del ambiente de fraternidad y de fe, sentía
miedo de regresar a la convivencia con los compinches endurecidos
en el mal.

Apretó con confianza la mano materna y preguntó:

–¡Oh, madre mía! ¿Puedo acompañarla por siempre?

La cariñosa entidad lo contempló, con redoblado amor a
través del velo de llanto y respondió:

–¡Por ahora eso no puede ser, hijo mío! Podrás alejarte del

desequilibrio en este momento, quebrar todos los hilos que te prenden a las zonas inferiores, abandonándolas para siempre, mientras tanto, es necesario transformar tu condición vibratoria, a través de la íntima renovación para el bien, mediante la cual será posible, en breve, nuestra reunión en el Hogar Divino. No tengas recelos. Movilizaremos todos los recursos necesarios para tu nueva vida, tan pronto como modifiques sinceramente tus propósitos espirituales. ¡Danos tu buena y fiel voluntad y Jesús nos auxiliará con el resto...! Tenemos aquí a un desvelado amigo que nos prestará su valiosa colaboración. Me refiero a Necesio, el buen hermano que te trajo a nuestro encuentro. Él pondrá a tu disposición los recursos necesarios para que sigas una conducta diferente. Al principio, Mariño, experimentarás dificultades y sinsabores, serás asediado por los antiguos compañeros, que se convertirán en tus adversarios, pero, sin la lucha que facilita la adquisición de valores reales, no aprenderemos dónde se encuentra nuestro verdadero lugar en la obra de Dios.

El infortunado hijo le prometió la transformación imprescindible.

Después de alentarlo con delicada ternura, la devota señora lo dejó entregado a los cuidados de Necesio, quien, con agrado, recibió la misión de encaminarlo en la esfera de los nuevos deberes.

Después de despedirse de la abnegada madrecita, que regresó a nuestra compañía, el sacerdote conversó todavía por algunos minutos, con el dirigente encarnado, sorprendiéndonos con su brusco cambio.

Había sido obtenida, de hecho, una dádiva del Señor. La dedicación maternal, produjo saludables efectos en aquel corazón exasperado y desilusionado.

Mariño no podría ser arrebatado de las sombras a la luz, tan sólo en virtud de la amorosa cooperación de nuestro plano; pero

recibió nuestro auxilio fraterno, y utilizaría los nuevos elementos para colocarse camino a una Vida Más Elevada. Reconocí, admirando la justicia del Padre, que la dedicada progenitora no podía entregarle su propia cosecha de luz; pero, le suministraba valiosas simientes, para que él las cultivase como buen labrador.

Otros grupos, procedentes de distintas regiones, traían a sus protegidos para ser adoctrinados, de acuerdo con el programa establecido previamente.

Fueron cuatro las entidades que recibieron los beneficios directos de esa naturaleza, a través de Octavia y de otro médium.

En todos los casos, el magnetismo fue empleado en gran escala por nuestros instructores, destacándose el caso de un pobre comerciante que todavía ignoraba su propia muerte. Demostrando él cierta terquedad ante la verdad, uno de los orientadores espirituales, de la misma condición jerárquica de Alejandro, imponiéndole su vigorosa voluntad, le hizo ver, a distancia, sus despojos en descomposición. El infeliz, examinando el cuadro, gritaba lastimosamente, rindiéndose, por fin, a la evidencia de los hechos.

En todos los servicios, el material plástico recogido de las emanaciones de los colaboradores encarnados, satisfizo eficientemente. No sólo era utilizado por los amigos de más noble condición, que necesitaban hacerse visibles a los comunicantes; era empleado también, en la fabricación momentánea de cuadros provisionales y de ideas-formas, que actuaban beneficiosamente sobre el ánimo de los infelices que se hallan todavía en lucha consigo mismos. Uno de los necesitados, que había tomado al médium bajo fuerte excitación, quiso agredir a los compañeros de la mesa, que se hallaban en tarea de auxilio fraternal. Antes de que pudiera poner en práctica el siniestro plan, vi que los técnicos de nuestro plano trabajaban activos en la composición de una forma sin vida propia, que trajeron inmediatamente recostándola en el

probable agresor. Era un esqueleto de terrible aspecto, que él contempló de arriba abajo, poniéndose a temblar, humillado, olvidando el triste propósito de herir a sus benefactores.

Después de complejos trabajos llevados a cabo en nuestra esfera, terminó la sesión, con grandes beneficios para todos. Dentro de mí, germinaban nuevos mundos de pensamiento.

Los trabajos realizados para cada caso en particular, constituían diferentes lecciones para mi alma. Y, aturdido por la extensión de la luz, que se hacía cada vez más intensa y viva en mi círculo mental, reconocí que los genios celestes podrían traer el más bello y eficiente socorro a los Espíritus de las sombras, que, movidos por la piedad y el amor, conseguían crear abundantes graneros de bendiciones para bien de los que sufren, pero que, de conformidad con la Eterna ley, los necesitados sólo podrían recibir los divinos beneficios si se hallaban dispuestos a adherirse por sí mismos a los trabajos del bien.

OBSESIÓN

Aconsejados por experimentados orientadores, el grupo al que Alejandro prestaba valiosa colaboración, se reunía en noches previamente determinadas, para atender a los casos de obsesión. Era necesario reducir en todo lo que fuera posible, la heterogeneidad vibratoria del ambiente, lo que obligaba a la dirección de la casa, a limitar el número de encarnados en los servicios de beneficio espiritual.

Semejante capítulo de nuestras actividades, me impresionaba intensamente, por cuya razón, después de obtener el permiso de Alejandro para poder acompañarlo en el trabajo, lo interrogué con la curiosidad de siempre:

—¿Todo obseso es un médium, en la legítima acepción del término?

El instructor sonrió y consideró:

—Médiums, amigo mío, incluso todos nosotros los desencarnados lo somos, puesto que, cuando nos elevamos, actuamos como intermediarios del bien que procede de lo Alto, o como portadores del mal, obtenido en las zonas inferiores,

cuando caemos en desequilibrio. Pero, el obseso por encima de ser médium de energías perturbadas, es casi siempre un enfermo que representa a una legión de enfermos invisibles a la mirada humana. Por eso mismo, constituye, en todas las circunstancias, un caso especial, exigiendo mucha atención, prudencia y cariño.

Recordando las conversaciones escuchadas entre los compañeros encarnados, cooperadores asiduos del esfuerzo de Alejandro y de otros instructores, agregué:

–Por lo que me dice, comprendo las dificultades que envuelven los problemas alusivos a la curación; entre tanto, me acuerdo del optimismo con el que nuestros amigos comentan la posición de los obsesos que serán traídos a tratamiento...

El generoso mentor mostró una sonrisa paternal y observó:

–Por ahora, ellos no pueden ver sino el acto presente del drama multiseccular de cada uno. No ponderan que el obseso y el obsesor son dos almas que llegaron de muy lejos, extremadamente ligadas en las perturbaciones que les son peculiares. Nuestros hermanos encarnados, proceden acertadamente entregándose con alegría al trabajo, porque de todo esfuerzo noble, resulta un bien que queda indestructible en la esfera espiritual; pero deberían ser moderados en las promesas de mejoría inmediata en el campo físico, y en modo alguno, deberían formular juicios prematuros en cada caso, porque es muy difícil identificar a la verdadera víctima con la visión característica del cuerpo terrestre.

Después de hacer una pequeña pausa, continuó:

–También observé el exagerado optimismo de los compañeros, viendo que algunos de ellos, más ligeros en su diagnóstico llegaban a hacer a las familias de los enfermos, promesas formales de curación. Claro que serán enormes los beneficios recogidos por los enfermos; pero, si debemos apreciar

el buen ánimo, nos corresponde desaprobar el entusiasmo desequilibrado y sin rumbo.

–¿Ya conoce todos estos casos? –indagué.

–Todos –respondió Alejandro sin dudar. –De los cinco que constituirán el motivo de la próxima reunión, solamente una joven revela posibilidades de mejoría más o menos rápida. Los demás comparecerán simplemente para obtener socorro, evitando así, el agravamiento de sus pruebas necesarias.

Considerando muy interesante la mención especial que se hacía, pregunté:

–¿Disfrutará la joven de diferente protección?

El instructor sonrió y aclaró:

–No se trata de protección, sino de esfuerzo propio. El obseso, además de ser un enfermo, representante de otros enfermos, casi siempre es también una criatura repleta de torturantes problemas espirituales. Si le falta firme voluntad para la auto-educación, para la disciplina de sí misma, casi seguramente prolongará su condición dolorosa más allá de la muerte. ¿Qué le sucede a un hombre indiferente al gobierno de su propio hogar? Indudablemente, será asediado por mil y una cuestiones en el curso de cada día, y acabará vencido, convirtiéndose en juguete de las circunstancias. Imagine ahora que ese hombre indiferente, esté rodeado de enemigos que él mismo creó, de adversarios que le vigilan los menores gestos, poseídos, en la mayoría de los casos, por siniestros propósitos... Si no despierta para las realidades de la situación, empuñando las armas de la resistencia y valiéndose del auxilio exterior que le es prestado por los amigos, es razonable que permanezca torturado. Esta es la definición del mayor porcentaje de los casos espirituales que estamos tratando. Pero no representa la característica exclusiva de las obsesiones de orden general. Existen igualmente los procesos laboriosos de rescate en los

que, después de ser apartados los elementos de perturbación y de sombra, persisten las situaciones expiatorias. Por lo tanto, en todos los acontecimientos de esta especie no se puede prescindir de la adhesión de los interesados directos en la curación. Si el obseso está satisfecho en la posición de desequilibrio, hay que esperar por el término de su ceguera, por la reducción de la rebeldía que le es propia, o por su alejamiento de la ignorancia que le oculta la comprensión de la verdad. Ante obstáculos de esa naturaleza, aunque seamos llamados con fervor por aquellos que aman particularmente a los enfermos, nada podemos hacer, como no sea sembrar el bien para hacer cosecha en el futuro, sin ninguna expectativa de provecho inmediato.

El instructor hizo una pequeña pausa en la conversación y viendo mi necesidad de mayores explicaciones, prosiguió:

—La joven a la que me referí está procurando, por sí misma, la restauración de sus fuerzas psíquicas; ha luchado intensamente contra las embestidas de entidades malignas, movilizandolos recursos de que dispone en el campo de la oración, del auto dominio, de la meditación. No está a la espera del milagro de la curación sin esfuerzo y a pesar de hallarse perseguida por seres inferiores, viene aprovechando toda clase de ayuda que los amigos de nuestro plano proyectan en su círculo personal. Pues, la diferencia entre ella y los otros, es la de que, empleando sus propias energías, entrará, aunque lentamente, en contacto con nuestra corriente auxiliadora, mientras que los demás, según todo lo hace creer, continuarán, en la imposibilidad de los que abandonan voluntariamente la lucha edificante.

Comprendí la explicación y esperé por la noche de ayuda a los obsesos, tal como Alejandro designaba a ese género de servicio.

No habían transcurrido muchos días cuando en compañía del instructor entré, sumamente interesado, en el conocido recinto.

El personal era, ahora, reducido. Alrededor de la mesa, se reunían tan solo dos médiums, seis hermanos experimentados en el conocimiento y en la práctica de problemas espirituales y los obsesos en tratamiento.

Los enfermos, en número de cinco, presentaban características especiales. Dos de ellos, una señora relativamente joven y un caballero maduro, demostraban enorme agitación. Otros dos, ambos jóvenes y hermanos de sangre, parecían completamente imbéciles, y, por último, observamos a la joven a la que Alejandro se había referido, que se controlaba con esfuerzo, ante el asedio del que era víctima.

Las entidades inferiores que rodeaban a los enfermos eran numerosas. Ninguna de ellas se percataba de nuestra presencia, como consecuencia del bajo patrón vibratorio en el que se mantenían, pero se sentían a gusto al contacto con los compañeros encarnados. Intercambiaban impresiones, con gran interés, y a través de las conversaciones dejaban percibir sus terribles proyectos de ataque y de venganza.

Seguía atentamente sus movimientos, cuando me sorprendió la llegada de dos amigos de nuestro plano, a los que los obsesores miraron con cierto recelo.

—Son nuestros intérpretes ante las entidades perseguidoras — dijo Alejandro, aclarándome. —Dada la condición en la que se encuentran, pueden ser vistos por ellos y mantener estrecha unión con nosotros, al mismo tiempo.

Observando la serenidad con la que nos sonreían, sin participar del entendimiento directo con los instructores de nuestra esfera que se hallaban allí presentes, oí a mi instructor explicar:

—Ya están en posesión de las instrucciones precisas para los trabajos de esta noche.

Las criaturas desencarnadas que se congregaban allí en

dolorosa perturbación, rectificaron, en cierto modo, el lenguaje que venían usando, al avistar a los dos misioneros. Verifiqué por la modificación de su léxico, que ambos eran ya conocidos de todas.

Uno de los obsesores, evidentemente cruel, se dirigió susurrándole a uno de los compañeros y dijo:

–Están llegando los predicadores. Ojalá no nos vengan con mayores exigencias.

–No sé que es lo que desean estos ministros –respondió el interlocutor, con alguna ironía–, porque a fin de cuentas los consejos y el agua se les da a quienes lo piden.

–Parece que han invitado a los de la mesa, a cansarnos hasta que olvidemos nuestros propósitos de hacer justicia por nuestras propias manos.

–Las palabras se las lleva el viento –afirmó el otro.

A esa altura, los nuevos amigos entraban en conversación con las entidades de las sombras. Uno de ellos se dirigió a una señora desencarnada que se hallaba en tristes condiciones, unida a uno de los obsesos como si estuviera en la inopia y con bondad, le dijo:

–Entonces, mi hermana parece mejorada, más fuerte. ¡Mucho mejor!

Ella comenzó a llorar amargamente, pero el misionero, sin inquietud alguna, prosiguió:

–¡Cálmese! La venganza agrava los crímenes cometidos. Para restablecer la felicidad perdida, amiga mía, es necesario olvidar todo el mal. Mientras dé cabida a pensamientos de odio no podrá alcanzar la mejoría que desea. La cólera persistente se convierte en un permanente estado de destrucción. No conseguirá alcanzar su paz íntima, hasta que perdone de corazón.

–Es casi imposible –respondió la interpelada–, este hombre

ultrajó mi ideal de mujer, me lanzó a la corrupción, se burló de mi felicidad, transformó mi destino en una corriente de males. ¿No será justo que pague ahora? ¿No pregonan que el Padre es justo? Pero, yo no veo al Padre, y necesito hacer justicia usando mis propias fuerzas.

Observando que el adocrinador desencarnado la miraba compadecido, murmuró:

—¿Y si usted fuese mujer? Póngase en mi caso y piense cómo procedería. ¿Se dispondría a disculpar a los malvados que le tiraron lodo al corazón? ¿Cerraría las puertas de la memoria, al punto de anestesiar los más bellos sentimientos del carácter? ¿No lo creo! Usted reaccionaría como estoy reaccionando yo. Debe haber condiciones para perdonar. Y las condiciones que yo impongo en mi condición de víctima, son las de que mi verdugo experimente también el sarcasmo de la suerte. Él me hizo desgraciada y volvió al mundo. Se preparó para llevar una vida regalada y de consideraciones sociales. Se graduó para poder conquistar la estimación ajena. ¿Y lo que me debe a mí? En otro tiempo, ¿no era yo también, digna del respeto general? ¿No me dediqué a una existencia laboriosa y honesta, con el firme propósito de servir a Dios?

Acompañábamos la discusión con gran interés, admirando el individualismo que caracteriza a cada criatura, incluso más allá de la muerte del cuerpo.

El intérprete de nuestra esfera, contemplándola, sin irritación, observó:

—Todas sus consideraciones, amiga mía, son, aparentemente muy respetables. Pero, en todos los desastres que nos ocurren, debemos examinar serenamente el porcentaje de nuestra participación. Solamente en rarísimas situaciones, podríamos exhibir, de hecho, el título de víctimas. En la mayoría de los acontecimientos de esa naturaleza, tenemos nuestra parte de culpa.

No podemos evitar que el ave de rapiña cruce los aires, sobre nuestra frente, pero sí podemos impedir que haga su nido en nuestra cabeza.

Al tocar ese punto, la susceptible interlocutora, afirmó con aspereza:

–Sus palabras son hijas de su discurso religioso, pero yo estoy en busca de justicia.

Y con irónica sonrisa, terminaba:

–De la misma justicia pregonada por Jesús.

El misionero no se exaltó ante el sarcasmo del gesto que acompañó a aquella observación ingrata y, bondadosamente, le dijo:

–¡La justicia! ¡Cuántos crímenes se practican en el mundo en su nombre! ¿Cuántos hombres y mujeres no existen que, buscando hacer justicia por sí mismos, no hacen otra cosa que dar paso a la tiranía del “yo”? La hermana se refiere al Divino Maestro: ¿Qué clase de justicia reclamó el Señor para Él, cuando cargaba la cruz? En ese sentido, amiga mía, el Cristo nos dejó normas que no debemos olvidar. El Maestro se mantenía vigilante en todos los actos alusivos a la justicia para los otros. Defendió los intereses espirituales de la colectividad, hasta la suprema renuncia; pero cuando surgió la ocasión de su juicio, guardó silencio y conformidad hasta el fin. Naturalmente, con esa actitud, el Maestro no deseó restarle consideración al servicio sagrado de los jueces rectos del mundo carnal, pero, prefirió adoptar una conducta diferente, estableciendo el patrón de prudencia para todos los discípulos de su Evangelio, en las más diversas situaciones. Tratándose de los intereses ajenos, hermana mía, debemos ser rápidos en la legítima justificación; mientras tanto, cuando los asuntos difíciles y dolorosos, nos envuelven el “yo”, conviene moderar todos los impulsos de reivindicación. No siempre nuestra visión incompleta nos deja percibir el tamaño

de nuestra propia deuda. Y, en la duda, es lícita la abstención. ¿Cree que Jesús tenía alguna deuda que le hiciera merecedor de la sentencia condenatoria? ¿Él conocía el crimen que se estaba practicando, poseía sólidas razones para reclamar el socorro de las leyes; no obstante, prefirió callar y pasar, esperándonos en el campo de la legítima comprensión. Es que el Maestro, por encima del “ojo por ojo” de las antiguas disposiciones de la ley, enseñó el “amaos unos a los otros”, practicándolo invariablemente. Confirmó la legalidad de la justicia, pero proclamó la divinidad del amor. Demostró que será siempre heroico el acto de defender a los que se lo merecen, pero se abstuvo de hacer justicia por sí mismo, con el fin de que los aprendices de su doctrina, estimasen la prudencia humana y la fidelidad divina, en los graves problemas de la personalidad, huyendo a los desvaríos que las pasiones del “yo” pueden desencadenar en los caminos del mundo.

La interlocutora, frente a la vehemente y bella argumentación, enmudeció fuertemente impresionada.

Alejandro, que, conmovido seguía también las explicaciones del intérprete, dirigiéndose a mí, consideró:

–El trabajo de esclarecimiento espiritual, después de la muerte, entre las criaturas, exige de nosotros mucha atención y cariño. Es preciso saber sembrar en la “tierra abonada” de los corazones desilusionados que se apartan de la Tierra bajo tempestades de odio y de angustia desconocida. Dice el Libro Sagrado, que en el principio era el verbo... También aquí, ante el caos de los espíritus inferiores e infelices, es necesario utilizar el verbo en el principio de la verdadera iluminación. No podemos crear sin amor, y solamente cuando nos preparamos debidamente, edificaremos con éxito para la vida eterna.

Habiendo silenciado la entidad que con tanto criterio había sido advertida, pasé a observar a la señora todavía joven que se sentía bajo fuerte irritación, preocupando a los amigos encarnados.

Diversos perseguidores invisibles a la visión terrestre, se mantenían a su lado, imponiéndole terribles perturbaciones, sobresaliendo entre todos ellos, un infeliz obsesor de maneras crueles. Se le adhería al cuerpo en toda su extensión, dominando todos los centros de su energía orgánica. Observaba la lucha de la víctima que procuraba resistir, casi inútilmente.

Mi generoso orientador percibió mi extrañeza y dijo:

–André, este es un caso de posesión completa.

Y dirigiéndose al intérprete que había argumentado unos momentos antes, le recomendó que estableciera un corto diálogo con aquel temible perseguidor, con el fin de que yo me formara mi propio juicio sobre el caso.

Sintiéndose tocado por la diestra de nuestro compañero, el infortunado gritó:

–¡No! ¡No! ¡No me venga a enseñar el camino del cielo! ¡Conozco mi situación y nadie podrá detener mi brazo vengador...!

–No deseamos forzarlo, hermano mío –afirmó el amigo, con serenidad evangélica–, ¡tranquilícese! Mientras alimente propósitos de venganza, será castigado por sí mismo. Nadie lo molesta, como no sea su propia conciencia. ¡Las cadenas que lo atan a la inquietud y al dolor, fueron fabricadas por sus propias manos!

–¡Nunca! –gritó el desventurado. ¡Nunca! ¿Y ella?

Acompañó la pregunta gesticulando horriblemente y continuó:

–Usted que pregona la virtud, ¿justifica la esclavitud de hombres libres? ¿Cree en el derecho de construir infames martirios para humillar a los hijos del mismo Dios? Esta mujer fue perversa con todos nosotros. Además de mi esfuerzo vengador, vibran de

odio otros corazones que no la dejan descansar. La perseguiremos donde quiera que esté.

Esbozó un horrendo gesto y prosiguió:

—¡Por simple capricho, ella vendió a mi esposa y a mis hijos! ¿No es justo que sufra hasta que me los restituya? ¿Será creíble que Jesús, el Salvador por excelencia, aplauda el cautiverio?

Nuestro intérprete, con mucha calma, consideró:

—El Maestro no aprobaría la esclavitud; pero, siempre, amigo mío, nos recomendó el perdón recíproco, sin el cual nunca nos libraremos del lodazal de nuestras faltas. ¿Quién de nosotros, antiguos huéspedes de la carne, podrá exhibir un pasado sin crímenes? En este momento, sus ojos revelan la culpa de una infeliz hermana. Pero, su alma, hermano mío, permanece alucinada por el huracán de la rebeldía. Su memoria está, consecuentemente, desequilibrada y no puede poseer los recuerdos totales que le atañen. No siéndole posible recordar el pasado con exactitud, ¿no sería más razonable esperar, en su caso, por el Justo Juez? ¿Cómo juzgar y ejecutar a alguien, si todavía no puede valorar la extensión de sus propias deudas?

El rebelde parecía sentirse tocado por los argumentos que oía, pero, lejos de recapitular en su posición de perseguidor, respondió ásperamente:

—Para los más débiles, sus observaciones serán valiosas. Pero, no para mí, que conozco las sutilezas de los predicadores de su esfera. No abandonaré mis propósitos. Mi situación no se resolverá con simples palabras.

Nuestro compañero, comprendiendo el endurecimiento del antagonista, y apiadándose de su ignorancia, con tono fraterno, continuó:

—No se trata de sutileza y sí de buen sentido. Además, no deseo quitarle sus razones de naturaleza individual, en vista de los

lazos vigorosos que unen su influencia a la mente de la víctima. No obstante, apelo a su corazón, haciéndole reconocer que, sin las disculpas recíprocas, no podremos liquidar nuestros débitos. En general, el acreedor exigente es ciego ante sus propios compromisos. Su reclamación, en esencia, debe ser legítima; no obstante, es extraño su proceso de liquidación, en el cual no descubro ninguna ventaja, pues con sus actividades de vengador, además de profundizar sus llagas íntimas, lo tornan antipático a los ojos de todos los compañeros.

Tal vez herido más profundamente en su vanidad, el obsesor se calló, mientras el intérprete se volvía hacia nosotros, preguntando a mi orientador sobre la conveniencia de ayudar magnéticamente al infeliz, con el fin de que sus reminiscencias pudiesen abarcar algunos cuadros del pasado lejano.

Pero Alejandro, consideró:

—No sería oportuno dilatar sus recuerdos. No conseguiría comprender. Antes de obtener mayor auxilio a su entendimiento, es necesario que sufra.

Aprovechando la larga pausa que se hiciera entre todos, observé detenidamente a la pobre obsesa. Rodeada por entidades agresivas, su cuerpo se había tornado como en habitación del perseguidor de mayor crueldad. Él ocupaba su organismo desde el cráneo hasta los pies, imponiéndole tremendas reacciones en todos los centros de energía celular. Hilos tenuísimos, pero vigorosos, los unían a ambos, y, mientras el obsesor nos presentaba un cuadro psicológico de satánica lucidez, la desventurada mujer mostraba a los colaboradores encarnados, la imagen opuesta, revelando angustia e inconsciencia.

—“¡Sálvenme del demonio! ¡Sálvenme del demonio!” — gritaba sin cesar, conmoviendo a los compañeros que se hallaban en torno de la humilde mesa. —“¡Oh, Dios mío! ¿Cuándo terminará mi suplicio?”

Con sus ojos desmesuradamente abiertos, como si estuviera

mirando a enemigos invisibles a la vista común, gritaba angustiosamente, después de ligeros instantes de silencio:

–“¡Llegaron todos del infierno! ¡Están aquí! ¡Están aquí! ¡Ay! ¡Ay!”

Sus gemidos se asemejaban a largos silbidos estentóreos.

Atendiendo mi expectación, el instructor me aclaró:

–Esta joven señora presenta un doloroso caso de obsesión. Desde la infancia, viene siendo perseguida tenazmente por adversarios de otro tiempo. En su vida de soltera, mientras estuvo protegida por el ambiente de sus padres, consiguió, aunque sintiese su presencia, pero de manera menos perceptible, sustraerse de algún modo a la integral influencia de los persistentes enemigos. Al sobrevenir las responsabilidades del matrimonio, durante el cual, a veces, la mujer recibe mayor porcentaje de sacrificios, ya no pudo resistir más. Después del nacimiento del primer hijito, cayó en postración más intensa, ofreciendo oportunidad a los desalmados perseguidores y, desde entonces, viene experimentando penosas pruebas.

Iba a exponer otras novedosas cuestiones que el caso requeriría, pero el instructor amigo me hizo ver que la reunión de auxilio, por parte de los encarnados, se iniciaría en aquel instante.

Precisábamos mantener la cooperación vigilante y la fraternidad.

Observé, agradablemente sorprendido, las emisiones magnéticas de los que se reunían allí en tarea de socorro, movidos por el más santo impulso de caridad redentora. Nuestros técnicos en cooperación avanzada, se valían del abundante flujo de fuerzas benéficas, improvisando admirables recursos de asistencia, no solo a los obsesos, sino también a los infelices perseguidores.

De todos los enfermos psíquicos, solamente la joven resoluta a la que nos hemos referido, conseguía aprovechar nuestro auxilio

un ciento por ciento. Yo le notaba el valeroso esfuerzo para reaccionar contra el asedio de los peligrosos elementos que la rodeaban. Envuelta en la corriente de nuestras vibraciones fraternas, recuperaba la normalidad orgánica absoluta, aunque con carácter temporal. Se sentía tranquila, casi feliz.

A pesar de mantenerse en el trabajo activo, Alejandro me llamó la atención, señalando el hecho.

–Esta hermana, –dijo el orientador– está, de hecho, camino a su curación. Percibió a tiempo que la medicación, cualquiera que sea, no es todo en el problema de la necesaria restauración del equilibrio físico. Ya se sabe que el socorro de nuestra parte representa un material, que el enfermo que desea restablecerse, debe aprovechar. Por eso, desenvuelve toda su capacidad de resistencia, colaborando con nosotros en su propio interés. Observe.

Efectivamente, sintiéndose amparada por nuestra extensa red de vibraciones protectoras, la joven emitía vigoroso flujo de energías mentales, expulsando todas las ideas malsanas que los desventurados obsesores le habían depositado en la mente, absorbiendo, en seguida, los pensamientos regeneradores y constructivos que nuestra influencia le ofrecía. Aprobando mi minucioso examen con un gesto significativo, Alejandro volvió a decir:

–Tan pronto como el enfermo se convierte voluntariamente en médico de sí mismo, alcanza su positiva curación. En el doloroso cuadro de las obsesiones, el principio es análogo. Si la víctima capitula sin condiciones ante el adversario, se le entrega totalmente y se convierte en poseída, habiéndose transformado en un autómatas a merced del perseguidor. Si posee voluntad frágil e indecisa, se habitúa con la persistente actuación de los verdugos y se envicia en el círculo de irregularidades de muy difícil enmienda, por cuanto se convierte, poco a poco, en polo de vigorosa atracción mental para sus propios verdugos. En tales casos, nuestras actividades de asistencia se hallan casi circunscriptas a meros trabajos de socorro,

objetivando resultados lejanos. Pero cuando encontramos al enfermo interesado en su propia curación, valiéndose de nuestros recursos para aplicarlos a su propia edificación interior, entonces podemos prever triunfos inmediatos.

Al guardar silencio el instructor, proseguí observando los servicios que se desarrollaban en el recinto.

El adoctrinador encarnado, compañero de grande y bella sinceridad, era el centro de un cuadro singular. Su tórax se convirtió en un foco irradiante, y cada palabra que salía de sus labios, se asemejaba a un haz de luz que alcanzaba directamente al blanco, bien el de los oídos perturbados de los enfermos o del corazón de los perseguidores crueles. Sus palabras eran, en efecto, de una sencillez encantadora, pero la sustancia sentimental de cada una, asombraba por su sublimidad, elevación y belleza.

Observando mi estupor, Alejandro vino en mi auxilio, explicándome:

—Estamos aquí en una escuela espiritual. El adoctrinador humano se encarga de transmitir las lecciones. Pero, usted puede anotar que, para enseñar con éxito, no basta conocer las materias del aprendizaje y enseñarlas. Ante todo, es preciso sentir las y vivir su sustancia en el corazón. El hombre que predica el bien, debe practicarlo, si no desea que sus palabras sean llevadas por el viento, como simple eco de un tambor vacío. El compañero que enseña la virtud, viviendo sus grandezas en sí mismo, tiene el verbo cargado de magnetismo positivo, estableciendo construcciones espirituales en las almas que lo escuchan. Sin esa característica, el adoctrinamiento, casi siempre, es en vano.

Viendo el expresivo cuadro, analizado por las aclaraciones del instructor, comprendí que el contagio por el ejemplo, no constituye un fenómeno puramente ideológico, y sí un hecho científico en las manifestaciones magnético-mentales.

Con excepción de la pobre hermana que se encontraba

poseída, los demás obsesos, en aquel momento, se veían libres de la influencia directa de los perseguidores; mientras tanto, menos la joven que reaccionaba valientemente, los otros presentaban singular inquietud, ansiosos de reunirse de nuevo con sus verdugos. Nuestros auxiliares habían arrebatado a los verdugos, expulsándolos de aquellos cuerpos enfermos y atormentados, pero los interesados en las mejorías físico-psíquicas, primaban por la ausencia personal, conservándose a distancia espiritual de las enseñanzas que el adoctrinador encarnado, bajo el influjo de los mentores de lo Más Alto, suministraba con admirable sentimiento. La actitud de ellos era de insatisfacción y de ansiedad. Se diría que no soportaban la separación de los obsesores invisibles. Habitado a observar enfermos que, por lo menos aparentemente, demostraban deseos de curación, me causó extrañeza de la situación mental de aquellos que se reunían enfrente a nosotros, en un muy pequeño grupo, tan lamentablemente desinteresados del remedio que la Espiritualidad les ofrecía por amor.

Alejandro percibió mi sorpresa, y me hizo una observación:

—En general, el noventa por ciento de los casos de obsesión que se verifican en la Tierra, constituyen problemas dolorosos e intrincados. Casi siempre el obseso, padece lamentable ceguera, con relación a su propia enfermedad. Y, por consiguiente, por su estancamiento en el personalismo, no atiende la llamada de la verdad, convirtiéndose en presa fácil e inconsciente, pero responsable, de peligrosos enemigos de las zonas de actividades poco elevadas. Comúnmente, se verifican casos de esa naturaleza, en vista de las uniones vigorosas y profundas en el afecto mal entendido, o por los detestables lazos de odio que, en todas las circunstancias, representan un desequilibrio en la confianza compartida, convertida luego en monstruo.

El orientador amigo hizo una larga pausa, verificando los trabajos en curso; pero, como quien, a pesar de las absorbentes

obligaciones de aquella hora, desea socorrer con lecciones inolvidables en la lucha práctica, prosiguió:

—Por este motivo, André, aún para el psiquiatra esclarecido a la luz del Espiritismo cristiano, la mayoría de los casos de este orden es, francamente, desconcertante. En virtud de los ascendentes sentimentales, cada uno de esos problemas, exige diferente solución. Además, es necesario advertir que nuestros compañeros encarnados, observan solamente una fase de la cuestión, siendo así que cada proceso de ese tenor, se caracteriza por infinitos aspectos, con relación al pasado de los protagonistas encarnados y desencarnados. Ante el obseso, fijan, apenas un imperativo inmediato: el alejamiento del obsesor. Pero, ¿cómo romper, de un momento a otro, cadenas seculares, forjadas en los compromisos recíprocos de la vida en común? ¿Cómo separar seres que se agarran uno al otro, ansiosamente, por comprender que en el dolor de semejante unión, existe el precio del rescate indispensable? Efectivamente, no faltan los casos, aunque raros, de liberación instantánea. Pero, vemos ahí el fin de laborioso proceso redentor, o en los que encontramos al enfermo que, de hecho, ejerce la violencia contra sí mismo, a fin de abreviar la curación necesaria.

Examinando la extensión de los obstáculos a vencer para el restablecimiento completo de los enfermos psíquicos, consideré:

—De todo esto, se desprende que...

Alejandro, no me dejó terminar. Interrumpiendo mi frase inoportuna, respondió:

—Ya sé lo que va a decir. Verificando las dificultades que relaciono para su aprendizaje natural, usted pregunta si no será infructífero nuestro trabajo y si no sería mejor entregar al obseso a su propia suerte. Pero, esta observación es un contrasentido. Si usted estuviese en la Tierra, todavía encarnado, y viese a un hijo amado en condiciones preagónicas, totalmente desengañado por la medicina humana, ¿tendría valor para abandonarlo al sabor de

las circunstancias? ¿No confiaría en algún recurso inesperado de la Providencia Divina? ¿No aguardaría, ansioso, por la manifestación favorable de la Naturaleza? ¿Quién está enclavado en lo íntimo del corazón de un hombre, nuestro hermano, para decir con certeza matemática si va a reaccionar contra el mal o a dejar de hacerlo, si pretende el reposo o el trabajo activo? No podemos, por tanto, utilizar cualquier argumento intelectual para huir de nuestro deber de asistencia fraternal al ignorante o al que sufre. Urge atender nuestra parte de obligación inmediata, comprendiendo que la construcción del amor, es, también, una obra del tiempo. Ninguna palabra, ningún gesto o pensamiento, en los servicios del bien, permanece perdido.

Comprendí la nobleza de la observación, y me mantuve en silencio. Al volver mi orientador a la cooperación activa en los trabajos que se realizaban, pasé a examinar a los enfermos psíquicos, mientras el adoctrinador terrestre, proseguía en su luminosa tarea de evangelización.

La joven que reaccionaba contra la peligrosa actuación de los habitantes de las sombras, demostraba regular normalidad en su organismo físico. Se asemejaba a alguien que pusiera en actividad todas sus posibilidades de defensa, para conseguir y conservar intacto el equilibrio de su propia casa. Mientras tanto, los demás exhibían lamentables condiciones orgánicas. La desventurada poseída, presentaba serias perturbaciones, desde el cerebro hasta los nervios lumbares y sacros, demostrando completa desorganización del centro de la sensibilidad, además de lamentable relajamiento de las fibras motoras. Tales desequilibrios no sólo se caracterizaban en el sistema nervioso, y sí de igual manera en las glándulas en general y en los más diversos órganos. En los demás obsesos, los fenómenos de degradación física, no eran menores. Dos de ellos, revelaban extrañas intoxicaciones en el hígado y en los riñones. Otro, mostraba singular desequilibrio en el corazón y en los pulmones, tendiendo a la insuficiencia cardiaca, en connivencia con la pretuberculosis avanzada.

Mientras examinaba atento aquellos inquietantes cuadros clínicos, el orientador encarnado de la asamblea, haciéndose intérprete de grandes benefactores de nuestro plano de acción, esparcía intenso amor cristiano y profunda sabiduría evangélica, con extrema fidelidad al Cristo, efectuando la siembra de la caridad, de la luz y del perdón.

Deseando mi elevación en aquellas actividades constructivas, Alejandro se me aproximó diciendo:

–Repárese en el servicio de legítima fraternidad. De los que se demoran en el campo inferior, no tenemos el milagro de las transformaciones repentinas, ni la promoción inmediata a los elevados planos. La tarea es de siembra, de cuidado, de persistencia y de vigilancia. No se pueden romper, en un instante, los grilletes que existen desde hace muchos siglos, ni se puede edificar una ciudad en un día. Es indispensable ir desgastando las cadenas del mal, con perseverancia, y practicar el bien con ánimo evangélico.

Los servicios estaban llegando a su término.

Percibiendo que mi orientador volvía a nuestra conversación con más facilidad, le expuse mis observaciones, preguntándole en seguida:

–Examinando los disturbios fisiológicos que me fue dado verificar en los enfermos psíquicos, ¿debo considerarlos como pacientes del cuerpo también?

–Perfectamente –aseveró el instructor– el desequilibrio de la mente puede determinar la perturbación general de las células orgánicas. Es por este motivo que las obsesiones, casi siempre, se acompañan de características muy dolorosas. Las intoxicaciones del alma determinan las molestias del cuerpo.

Antes de que yo pudiese volver a mis preguntas, percibí que la reunión estaba siendo definitivamente cerrada por parte de los amigos de la Tierra. Se había interrumpido la cadena magnética de defensa. Noté, sorprendido, que la joven resuelta y firme en la fe,

había alcanzado considerables mejorías, mientras que la poseída iba a retirarse con su situación inalterada. Observé en los otros tres enfermos. Tan pronto como se rompió la corriente de vibraciones benéficas que se había establecido allí, volvieron a atraer intensamente a los verdugos invisibles, a cuya influencia se habían habituado, demostrando escaso entendimiento.

Valiéndome de la oportunidad, me acerqué a Alejandro, para no perder sus conclusiones y pregunté:

—¿Qué podemos deducir finalmente del tratamiento a los obsesos?

Él sonrió y respondió:

—En todas nuestras actividades de socorro, hay siempre inmenso provecho, aun cuando su extensión no sea perceptible a la vista común. Y cualquier enfermo de esa naturaleza que se disponga a cooperar con nosotros, en beneficio propio, colaborando decididamente en la restauración de sus actividades mentales, regenerándose a la luz de la vida renovada en el Cristo, puede esperar el restablecimiento de la salud relativa del cuerpo terrestre. Pero cuando la criatura ruega la asistencia de Jesús con los labios, sin abrir el corazón a la influencia divina, no debe esperar milagros de nuestra colaboración. Podemos ayudar, socorrer, contribuir, iluminar; pero no es posible improvisar recursos cuya organización es trabajo exclusivo de los interesados.

—Siento mucha piedad ante el cuadro clínico que presentan los obsesos —opiné fuertemente impresionado. —¡Cuán dolorosa es la condición física de cada uno!

—¡Sí, sí! —contestó el instructor— el problema de la responsabilidad no se limita a decir palabras. Es cuestión vital en el camino de la vida. Preservando a sus hijos contra el peligro del envilecimiento, permitió Dios la instalación de las luces religiosas, despertando a las almas para la glorificación inmortal. No obstante, son raros los hombres que se disponen a respetar los designios de la Religión, olvidando, voluntariamente, que las menores caídas y

los mínimos vicios, quedan impresos en el alma, exigiendo rectificación. Usted está observando aquí a algunos pobres obsesos en positivo proceso de tratamiento, pero olvida que innumerables criaturas encarnadas, no obstante estar informadas por la Religión en cuanto a las necesidades del espíritu, por el apego vicioso al campo de las sensaciones de distinto orden, se dejan envolver contrayendo débitos, asumiendo compromisos pesados y arrastrando a compañeros en sus aventuras poco dignas, forjando lazos fuertes para los dolorosos dramas de obsesión en el futuro.

Y, después de sonreír paternalmente, agregó:

—¿Qué desea usted? Es cierto que debemos trabajar cuanto esté a nuestro alcance por el bien del prójimo, pero no podemos exonerar a nuestros semejantes de las obligaciones contraídas. El servidor fiel, no es aquel que llora al contemplar las desventuras ajenas, ni el que las observa de modo impasible con el pretexto de no interferir en la labor de la justicia. El sentimentalismo enfermizo y apenas la frialdad correcta, no construyen el bien. El buen trabajador, es el que ayuda, sin huir del equilibrio necesario, construyendo todo el trabajo benéfico que esté a su alcance, consciente de que su esfuerzo traduce la Voluntad Divina.

Alejandro no podía ser más claro. Comprendí sus instructivas aclaraciones, pero, notando la salida de los enfermos, bajo el amparo vigilante de los familiares, que los esperaban en la puerta, volví a preguntar:

—Amigo mío, ¿y si consiguiésemos la separación definitiva de los perseguidores implacables? En mi condición de antiguo médico en el mundo, reconozco que estos enfermos psíquicos no traen las enfermedades, de las que son portadores, circunscriptas a la mente. Con excepción de la joven que reacciona violentamente, los demás revelan extraños desequilibrios del sistema nervioso, con disturbios en el corazón, hígado, riñones y pulmones. Admitamos que fuese obtenida la conversión de los verdugos que los atormentan. ¿Volverían después de esto a la normalidad orgánica? ¿Alcanzarían el retorno a la salud completa?

Alejandro meditó por algunos minutos antes de responder y, en seguida, aseveró:

—André, el cuerpo de carne es como si fuera un violín entregado a un artista, que, en este caso, es el Espíritu encarnado. Se hace indispensable preservar el instrumento de los animaluchos destructores y defenderlo de los ladrones. ¿Observó a la joven que hace todo cuanto puede por alejarse del mal? Ha estado cayendo bajo los golpes de los perseguidores que asedian sin piedad su corazón. No obstante, como alguien que atraviesa larga y peligrosa senda sobre el abismo, confiando en Dios, ella recurre a la oración, incesantemente, estudiándose a sí misma y movilizandando las posibilidades de que dispone para no perturbar el orden dentro de ella misma. En la tentación de la que es víctima, esa hermana tiene la prueba que la redime. Por tanto, con el heroísmo silencioso de su trabajo, ha iluminado a sus propios perseguidores, instándolos a la meditación y a la disciplina. Como puede ver, esa luchadora sabe preservar el instrumento que le fue confiado y, convertida en adoctrinadora de los verdugos, por el ejemplo de resistencia al mal, transforma a los enemigos, iluminándose a sí misma. Ante una colaboración de esa naturaleza, tenemos el problema de la curación, altamente facilitado. Pero, no se verificará lo mismo con aquellos que no tienen precaución con la defensa de su instrumento corporal. La entrega del violín simbólico al que nos hemos referido a los malhechores, puede suponer que el mismo permanezca semidestruido. Y aunque sea restituido al legítimo poseedor, no podrá atender al trabajo de la armonía con la misma exactitud de otro tiempo. Un Stradivarius, puede ser auténtico, pero no se hará oír si tiene sus cuerdas rotas. Como vemos, los casos de obsesión, presentan complejidades naturales y, en la solución de las mismas, no podemos prescindir de la cooperación directa de los interesados.

—¡Comprendo! —exclamé.

Y, en virtud de la larga pausa que el instructor imprimió a la conversación, acoté:

–Convengamos, pues, en que los perseguidores se conviertan, que se aparten definitivamente del mal camino, después de haber viciado el organismo de las víctimas, durante largo tiempo... En ese caso, ¿lograrán ellas el restablecimiento inmediato? ¿Recuperarán el equilibrio fisiológico integral?

Con la bondad que le es peculiar, Alejandro respondió:

–He observado acontecimientos de ese orden y cuando se verifican, los antiguos verdugos se transforman en amigos ansiosos por reparar el mal practicado. Algunas veces, recibiendo la ayuda de los planos superiores, consiguen la restauración de la armonía orgánica de aquellos que soportaron su inhumana influencia; pero en la mayoría de los casos, las víctimas no restablecen más el equilibrio del cuerpo.

–Entonces, ¿permanecen con su salud incompleta hasta el sepulcro? –pregunté, fuertemente impresionado.

–Sí –aclaró Alejandro tranquilamente.

Observando mi gran desconcierto, el orientador agregó:

–Su asombro se prende aún al deficiente análisis humano. El perseguidor, conocido como tal entre los compañeros encarnados, puede revelar modificaciones, pero tal vez la supuesta víctima no esté convertida. En la obsesión, las dificultades no son unilaterales. El eventual alejamiento del perseguidor, no significa siempre la extinción de la deuda. Y en cualquier parte del Universo, André, recibiremos siempre de acuerdo con nuestras propias obras.

El asunto sugería grandes y bellas interrogaciones, pero otras exigencias nos reclamaban en otra parte.

Alejandro se dispuso a partir, despidiéndose afectuosamente de los cooperadores, y lo acompañé, en silencio, meditando en la grandeza de las más mínimas disposiciones de la Justicia Divina.

PASES

En todas las reuniones del grupo en el que participa Alejandro con atribuciones de orientador, son varios los servicios que se desarrollan bajo la responsabilidad de los compañeros desencarnados. No siempre me fue posible estudiarlos por separado; pero respecto a algunos de ellos, no me contuve ante el fuerte deseo de recibir aclaraciones del respetable instructor. Uno de esos servicios era el de pases magnéticos suministrados a los frecuentadores de la casa.

El trabajo era atendido por seis entidades, cubiertas con túnicas muy blancas, como enfermeros vigilantes. Casi no hablaban y operaban con intensidad. Todas las personas, que acudían al recinto, recibían de ellos el toque saludable y después de haber atendido a los encarnados, suministraban socorro eficiente a las entidades infelices de nuestro plano, principalmente, a las que componían el séquito familiar de nuestros amigos de la Tierra.

Al preguntarle a Alejandro sobre aquella sesión de actividad espiritual, indicando a los compañeros en silencioso esfuerzo, el mentor, con la bondad de siempre, aclaró:

—Aquellos amigos nuestros, son técnicos en auxilio mag-

nético que comparecen aquí para dar pases de socorro. Se trata de un departamento delicado de nuestras tareas, que exige mucho criterio y responsabilidad.

–Esos trabajadores –interrogué– ¿deben ser acreedores de requisitos especiales?

–Sí –explicó el mentor amigo–, en la ejecución de la tarea que les está encomendada, no basta la buena voluntad, como sucede en otros sectores de nuestra actuación. Necesitan poseer determinadas cualidades de orden superior y ciertos conocimientos especializados. El servidor del bien, incluso desencarnado, no puede ser eficiente en semejante servicio, si todavía no consiguió mantener un patrón superior de continua elevación mental, por ser esto una condición indispensable para la exteriorización de las facultades radiantes. El misionero del auxilio magnético, tanto en la Tierra como en nuestra esfera, necesita tener gran dominio de sí mismo, espontáneo equilibrio de sentimientos, acentuado amor a los semejantes, alta comprensión de la vida, fe vigorosa y profunda confianza en el Poder Divino. Me corresponde agregar que, semejantes requisitos, en nuestro plano, constituyen exigencias de las que no se puede huir, mientras que en la esfera carnal, la buena voluntad sincera puede, en muchos casos, suplir esa o aquella deficiencia, lo que se justifica, en virtud de la asistencia prestada por los benefactores de nuestros círculos de acción al servidor humano aún incompleto en el terreno de las cualidades deseables.

Oyendo las consideraciones del orientador, me acordé de que, en efecto, en las reuniones habituales del grupo, se veían de vez en cuando a los médiums pasistas en servicio, acompañados de cerca por las referidas entidades. Entonces, me valí de la ocasión para intensificar mi aprendizaje.

–Los amigos encarnados –pregunté–, de modo general, ¿podrían colaborar en semejantes actividades de auxilio magnético?

–Todos, con mayor o menor intensidad, podrán prestar

concurso fraterno, en ese sentido –respondió el orientador–, pues una vez revelada la disposición fiel de cooperar sirviendo al prójimo, por ese o aquel trabajador, las autoridades de nuestro plano designan a entidades sabias y benevolentes, que orientan indirectamente al neófito, utilizando su buena voluntad y enriqueciendo su propio valor. Sin embargo, son muy raros los compañeros que demuestran la vocación de servir de manera natural. Muchos, a pesar de ser bondadosos y sinceros en sus convicciones, esperan la mediumnidad curadora, como si se tratara de un acontecimiento milagroso en sus vidas y no un servicio del bien que pide del candidato el esfuerzo laborioso del comienzo. Claro que, refiriéndonos a los hermanos encarnados, no podemos exigir la cooperación de nadie en el ámbito de nuestros trabajos normales; pero, si alguno de ellos viene a nuestro encuentro, solicitando su admisión en las tareas de auxilio, lógicamente recibirá nuestra mejor orientación en el campo de la espiritualidad.

–Aunque el operario humano revele valores muy reducidos, ¿puede ser utilizado? –interrogué con curiosidad.

–Perfectamente –adujo Alejandro, atento–. Desde que su interés en las adquisiciones sagradas del bien se mantenga por encima de cualquier preocupación transitoria, él debe esperar incesante progreso de las facultades radiantes, no sólo por su propio esfuerzo, sino también por el concurso de lo Más Alto, del que se hace acreedor.

No lejos de nosotros, permanecían en metódica actividad los técnicos espirituales del auxilio magnético. En sus trabajos silenciosos, reconocía un mundo nuevo de enseñanzas, invitándome a experiencias provechosas; pero teniendo en cuenta las explicaciones del instructor, ponderé sobre la posibilidad de contribución al esclarecimiento de algún amigo encarnado y, por tanto, pregunté:

–Mientras nos hallamos en la Tierra, envueltos por los fluidos más densos, ¿cómo podremos desarrollar la capacidad radiante?

El orientador percibió mi intención y aclaró rápidamente:

—Conseguida la cualidad básica, el candidato al servicio, precisa considerar la urgente necesidad de su elevación, para que sus obras se eleven al mismo ritmo. Hablaremos tan sólo de las más simples conquistas, de las más inmediatas, que debe hacer dentro de sí mismo. Ante todo, es necesario equilibrar el campo de las emociones. No es posible suministrar fuerzas constructivas a alguien, aun en la condición de instrumento útil, si hacemos sistemático desperdicio de las irradiaciones vitales. Un sistema nervioso agotado, oprimido, es un canal que no responde, a causa de las interrupciones sufridas. La nostalgia excesiva, la pasión desviada y la inquietud obsesiva, constituyen barreras que impiden el paso a las energías auxiliadoras. Por otra parte, es necesario, también, examinar las necesidades fisiológicas y los requisitos de orden psíquico. Es indispensable la fiscalización, por parte del propio interesado en atender las tareas del bien, de los elementos destinados a los almacenes celulares. El exceso de alimentos, produce olores fétidos a través de los poros, así como de las salidas de los pulmones y del estómago, perjudicando las facultades radiantes, puesto que provoca deyecciones anormales y grandes desarmonías en el aparato gastrointestinal, afectando la intimidad de las células. El alcohol y otras sustancias tóxicas operan disturbios en los centros nerviosos, modificando ciertas funciones psíquicas y anulando los mejores esfuerzos en la transmisión de elementos regeneradores y saludables.

El mentor hizo una larga pausa, observando el efecto de sus palabras en mí y concluyó:

—Llevada a efecto la construcción de la buena voluntad sincera, el trabajador leal comprende la necesidad de desenvolver las cualidades a que nos referimos, pues, al estar en contacto incesante con los benefactores desencarnados, que se valen de él en la misión de amparo a los semejantes, recibe indirectas sugerencias de perfeccionamiento que lo yerguen a posiciones más elevadas.

Las observaciones de Alejandro, no podían ser más claras. Aun así, me aventuré a sopesar:

–Consideremos que surge la necesidad inmediata de socorrer a alguien en el círculo de los encarnados y examinemos la hipótesis de que sea imprescindible un instrumento humano. Imaginemos que no exista, de pronto, alrededor de nuestra tarea, el órgano completo y adecuado a la influencia de las potencias superiores. Ciertamente, existirá a nuestro lado, un compañero en condiciones comunes, que, sumergido en la ignorancia, no percibe los peligros a los que expone a su propio cuerpo, pero que se dejará aprovechar por nuestro esfuerzo espiritual en beneficio de otros. ¿Sería creíble, en ese caso, que no pueda ser aprovechado?

El instructor sonrió bondadosamente y observó:

–Sería una actitud demasiado rigurosa. En todo lugar donde haya merecimiento en los que sufren y buena voluntad en los que auxilian, podemos suministrar el beneficio espiritual con relativa eficiencia. Todos los enfermos pueden procurar la salud; todos los desviados, cuando lo desean, retornan al equilibrio. Si la práctica del bien estuviese circunscripta a los Espíritus completamente buenos, sería imposible la redención humana. Cualquier cuota de buena voluntad y espíritu de servicio recibe de nuestra parte la mejor atención.

Alejandro se mantuvo en silencio por un momento y aclaró:

–Cuando nos referimos a las cualidades necesarias en los seguidores de ese campo de auxilio, no deseamos desalentar a nadie, más bien, orientar las aspiraciones del trabajador para que su tarea crezca en valores positivos y eternos.

En ese momento, se aproximó uno de los compañeros en servicio, pidiendo la cooperación de Alejandro en determinado sector.

Él lo atendió con gentileza. Pero antes de separarse de mí, me condujo ante el reducido grupo de entidades que se encargaban

de dar los pases y presentándome al amigo que ejercía la dirección del trabajo, generosamente le explicó:

–Anacleto: nuestro hermano André Luiz, que ejerció funciones de médico en su última existencia terrestre, apreciaría recibir algunas explicaciones sobre los servicios de su especialidad. De antemano, le agradezco cuanto pueda hacer por él.

El director de aquel departamento de auxilio, me acogió fraternalmente y ya fuese por que se hallaba en trabajo activo o porque era de pocas palabras, me invitó sin pérdida de tiempo a las observaciones directas de las actividades bajo su responsabilidad.

Delicadamente, me situó al lado de una señora respetable que se había sentado a la mesa, no lejos del orientador de la casa.

–Veamos a esta hermana –exclamó Anacleto, disponiéndose al auxilio afectuoso–, observe su corazón y principalmente la válvula mitral.

Me detuve en un detallado examen de la región mencionada y, efectivamente, descubrí la existencia de tenuísima nube negra, que cubría gran extensión de la zona indicada, afectando también la válvula aórtica y lanzando filamentos casi imperceptibles sobre el nódulo sino-auricular. Expuse al nuevo amigo mis observaciones y él me respondió:

–Del mismo modo que el cuerpo físico puede ingerir alimentos venenosos que intoxiquen sus tejidos, también el organismo periespiritual puede absorber elementos degradantes que le corroen los centros de fuerzas, con reflejos sobre las células materiales. Si la mente de la criatura encarnada aún no alcanzó la disciplina de las emociones, si alimenta pasiones que la desarmonizan con la realidad, puede, en cualquier momento, intoxicarse con las emisiones mentales de aquellos con quienes convive y que se encuentran en el mismo estado de desequilibrio. A veces, semejantes absorciones, constituyen simples fenómenos

sin mayor importancia; pero, en muchos casos, son susceptibles de ocasionar peligrosos desastres orgánicos. Esto sucede, principalmente, cuando los interesados no llevan una vida de oración, cuya influencia benéfica puede anular innumerables males.

E indicando el corazón carnal de la hermana presente, continuó:

—Esta amiga, en la mañana de hoy, tuvo serios disgustos con su esposo, comenzando una grave condición de desarmonía íntima. La pequeña nube que le envuelve el corazón, representa un foco de materia mental fulminante. La permanencia de semejantes residuos en el corazón puede ocasionarle peligrosa enfermedad. Atendamos el caso.

Siempre bajo mi observación, Anacleto asumió nueva actitud, dándome a entender que iba a aumentar sus expansiones irradiantes y en seguida, comenzó a actuar por imposición. Colocó la mano derecha sobre el epigastrio de la paciente, en la zona inferior del esternón y, con sorpresa, noté que la diestra, dispuesta así, emitía sublimes haces de luz que se dirigían al corazón de la señora enferma, observándose nítidamente que los rayos de luminosa vitalidad eran impulsados por la fuerza inteligente y consciente del emisor. Asediada por los principios magnéticos, puestos en acción, la reducida porción de materia negra, que envolvía la válvula mitral, se despegó lentamente y como si fuera atraída por la vigorosa voluntad de Anacleto, se situó en los tejidos de la superficie, extendiéndose, bajo los efectos de la mano irradiante, a lo largo de la epidermis. Entonces, el magnetizador espiritual inició el servicio más activo del pase, extrayendo la maligna influencia. Hizo un doble contacto sobre el epigastrio, levantando y bajando ambas manos, después lentamente, a través de los cuadriles descendiendo hasta las rodillas, repitiendo el contacto en la región mencionada prosiguiendo del mismo modo por varias veces. En poco tiempo, el organismo de la enferma volvió a la normalidad.

Yo estaba admirado. Y como el asunto trataba de problemas

espirituales de elevada significación, cuando el instructor terminó el trabajo, pregunté:

–Perdóneme la pregunta, pero, en caso de que esta hermana no hubiera sido socorrida mediante la colaboración de una casa espiritista como esta, ¿cómo se las arreglaría con esa enfermedad oculta? ¿Estaría abandonada?

–De ningún modo –respondió Anacleto, sonriendo. –Existen verdaderas legiones de trabajadores de nuestra especialidad, amparando a las criaturas que, a través de elevadas aspiraciones, procuran el camino cierto en las instituciones religiosas de todos los matices. La manifestación de la fe no se limita a la simple manifestación mecánica de confianza. El hombre que, visceral y mentalmente, vive la religión que le enseña la senda del bien, se halla en actividad intensa y renovadora, recibiendo, por eso mismo, las más fuertes contribuciones de amparo espiritual, pues, así abre la puerta viva del alma para que reciba el socorro de lo Alto a través de la oración y de la posición activa de confianza en el Poder Divino.

El nuevo compañero indicó a la hermana que se liberara de la desastrosa influencia y aclaró:

–Nuestra amiga está buscando la verdad llena de sincera confianza en Jesús. Oveja fustigada por la tempestad del mundo e inexperta en la esfera del conocimiento, se vuelve hacia el Divino Pastor, cual niña frágil, sedienta del cariño materno. Si estuviese orando en una iglesia católica romana o en un templo budista, recibiría el socorro de nuestra Esfera, por intermedio de ese o de aquel grupo de trabajadores del Cristo. Naturalmente, aquí, en el seno de una organización alejada de las sombras de los prejuicios y del dogmatismo, nuestro concurso fraternal puede ser más eficiente, más puro, y sus posibilidades de aprovechamiento son mucho más amplias. Pero, es necesario señalar que los auxiliadores magnéticos transitan por todas partes en las que existan solicitudes hechas con fe sincera, distribuyendo el socorro del Divino Maestro,

en las mejores condiciones de servicio. Donde quiera que vibre el sentimiento sincero y elevado, allí se abre un camino para la protección de Dios.

La aclaración me hizo mucho bien por la revelación de imparcialidad en la distribución de los bienes de nuestro plano. Mientras tanto, otra pregunta se me ocurrió de inmediato.

–Aun así, amigo mío –consideré–, admitamos que esta hermana nuestra fuese extraña a cualquier actividad de orden espiritual. Imaginémosla sin fe, sin filiación a cualquier escuela religiosa y sin ningún certificado de merecimiento en la práctica de la virtud. ¿Aun así, recibiría el beneficio de los pases libertadores?

Anacleto, con aquella bondad paciente que yo conocía en Alejandro, observó:

– Si fuese una criatura de sentimientos rectos, aunque fuese hostil a la religión, en sus meditaciones naturales recibiría auxilio, aunque, desde luego, menor, debido a su incapacidad de recepción de nuestras energías radiantes; pero, si estuviese integralmente sumergida en las sombras de la ignorancia o de la maldad, permanecería distante de la colaboración de orden superior y sus fuerzas físicas sufrirían desgastes violentos e inevitables, por la continuidad de la intoxicación mental. Quien se cierra a las ideas regeneradoras, huyendo de las leyes de la cooperación, experimentará las consecuencias legítimas.

Satisfecho con las explicaciones recibidas, reconocía que no me competía interrumpir el curso de los trabajos, tan sólo para satisfacer mi curiosidad.

El nuevo compañero se dirigió a otro sector.

Nos situábamos, ahora, al lado de un caballero de edad, para cuyo organismo, Anacleto reclamó mi atención.

Lo analicé cuidadosamente. Con asombro, le noté el hígado

profundamente alterado. Otra nube, también muy oscura, cubría gran parte del órgano, obligándolo a extraños desequilibrios. Toda la vesícula biliar estaba afectada. Y se veía, con nitidez, que los reflejos negros de aquella pequeña porción de materia tóxica, alcanzaban el duodeno y el páncreas, modificando el proceso digestivo. Algunos minutos de observación silenciosa me daban a conocer la extrema perturbación que afectaba el órgano de la bilis. Las células hepáticas parecían presas a peligrosas vibraciones.

Dirigí al amigo espiritual una mirada de admiración.

–¿Observó? –dijo él, bondadosamente. –Toda perturbación mental es ascendente de graves procesos patológicos. Afligir la mente, es alterar las funciones del cuerpo. Por eso, cualquier inquietud íntima se llama desarmonía y las perturbaciones orgánicas se llaman enfermedades.

Colocó su diestra amiga sobre la frente de aquel caballero y añadió:

–Este hermano, portador de un temperamento muy vivo, tiene muchísimos de los valores positivos de la personalidad humana. Ha atravesado por innumerables experiencias en luchas pasadas y aprendió a dominar los acontecimientos y las situaciones, con envidiable energía. Ahora, está aprendiendo a dominarse a sí mismo, a conquistar su iluminación interior. Sin embargo, en semejante tarea, experimenta choques intensos, pues dentro de su carácter dominador, se ve instado a destruir varias concepciones que tenía por preciosas y sagradas. En ese empeño, las mismas enseñanzas del Cristo, que le sirven de modelo a su renovación, duelen en su fuero íntimo, en ciertas circunstancias, como martillazos. No obstante, este hombre es sincero y desea de hecho reformarse. Pero sufre intensamente, porque es obligado a ausentarse de su campo exclusivo, hacia el camino del vasto territorio de la comprensión general. En el círculo de los conflictos de esa naturaleza, viene luchando desde hace tiempo, dentro de sí mismo, para acomodarse a ciertas imposiciones de origen humano

que le son necesarias para su aprendizaje espiritual, y en el gigantesco esfuerzo espiritual, él mismo produce pensamientos terribles y destructores, que segregan materia venenosa que es inmediatamente atraída hacia su punto orgánico más débil, que es el hígado. Pero, él está en oración regeneradora y facilitará nuestro servicio de socorro por la emisión de energías benéficas. Si no fuese por la oración, que le renueva las fuerzas reparadoras y si no fuese por el socorro inmediato de nuestra esfera, podría ser víctima de enfermedades mortales del cuerpo. La permanencia indefinida de material tóxico en la intimidad de este órgano de importancia vital, determinaría movimientos destructivos en los glóbulos rojos de la sangre, complicaría las acciones combinadas de la digestión y perturbaría, de modo fatal, el metabolismo de las proteínas.

Anacleto hizo una pausa más larga, sonrió cordialmente, y agregó:

–Pero eso no sucederá. En la lucha titánica en la que se empeña consigo mismo, la voluntad firme de acertar, es su ancla de salvación.

Permanecía tan sorprendido con aquella enseñanza, que no me atreví a preguntarle nada más.

Anacleto continuó de pie y le aplicó un pase longitudinal sobre la cabeza, partiendo del simple contacto y descendiendo su mano, lentamente, hasta la región del hígado, que el auxiliador tocaba con la extremidad de sus dedos radiantes, repitiendo la operación por algunos minutos. Sorprendido, observé que la nube, de oscura se iba haciendo opaca, deshaciéndose poco a poco, bajo el influjo vigoroso del magnetizador en misión de auxilio.

El hígado volvió a su plena normalidad.

Pasados algunos minutos, nos encontrábamos ante una señora en estado, en graves condiciones de debilidad.

Anacleto se detuvo más respetuosamente.

–Aquí –dijo, con visible interés– tenemos a una hermana altamente necesitada de nuestros recursos fluídicos. Anemia crónica le invade el organismo. En régimen de subalimentación, a causa de las dificultades naturales que la rodean desde hace mucho tiempo, su embarazo constituye para ella un proceso francamente doloroso. El marido gana muy poco y la esposa está obligada a hacer vigilias hasta altas horas de la noche, con el fin de ayudarlo en el mantenimiento del hogar. Sus oraciones, representan para este corazón materno, algo más que un refugio. Además de los consuelos espontáneos, ella recoge fuerzas magnéticas de substancial expresión que la sustentan en el presente drama biológico.

En seguida, indicó la región del útero y expresó:

–Observe las manchas oscuras que rodean la organización fetal.

Efectivamente, adheridas al saco de líquido amniótico, se veían microscópicas nubes pardas, vagando en varias direcciones, dentro del sublime laboratorio de fuerzas procreadoras.

Dándome a entender su profundo conocimiento de la situación, Anacleto continuó:

–Si las manchas atravesaran el líquido, provocarían dolorosos procesos patológicos en toda la zona del epiblasto. El fin de esa lucha sería el aborto inevitable.

Conmovidísimo, contemplé el cuadro divino de aquella madre sacrificada, unida a la organización espiritual de aquél que sería su hijo en el porvenir. Fue el jefe de la asistencia magnética, quien me sacó de aquella silenciosa admiración, explicando:

–No obstante la fe que adorna su carácter y a pesar de sus más elevados sentimientos, nuestra amiga no consigue, en ciertas circunstancias, substraerse totalmente a la tristeza angustiosa. Hace seis días que está desalentada, afligida. Dentro de algún tiempo, el

esposo tendrá que pagar una deuda de significativa importancia, y le faltan los recursos para hacerlo. Con todo eso, la pobre señora, además de soportar la carga de los pensamientos destructores que viene produciendo, se ve obligada a absorber emanaciones de la materia mental insalubre del compañero, que se apoya en el valor y en la resignación de la mujer. Las vibraciones disolventes acumuladas son atraídas para la región orgánica, en condiciones anormales y, por eso, las vemos congregadas como pequeñísimas nubes, en torno al órgano reproductor, amenazando, no sólo la salud materna, sino también, el desarrollo del feto.

Desconcertado ante las nuevas enseñanzas, observé que Anacleto llamó a uno de los auxiliares, recomendándole algo.

Después, muy cuidadosamente, actuó mediante la imposición de sus manos sobre la cabeza de la enferma, como si deseara aliviarle la mente. En seguida, aplicó pases rotativos en la región uterina. Vi que las manchas microscópicas se reunían en una sola, formando un pequeño cuerpo oscuro. Bajo el influjo magnético del auxiliador, la reducida bola fluídica de color parduzco, se transfirió para el interior de la vejiga urinaria.

Intensificando mi admiración, el nuevo compañero, dando los pases por terminados, aclaró:

–No conviene alargar la colaboración magnética y retirar la materia tóxica de una sola vez. Lanzada en el excretor de la orina, será expulsada fácilmente, dispensando las molestias de otras operaciones.

Fue entonces que se aproximó a Anacleto el servidor a quien me referí, trayéndole una pequeña ánfora que me pareció contener esencias preciosas.

El orientador del servicio la tomó cuidadosamente y dijo:

–Ahora, es necesario socorrer la organización fetal. La alimentación de la progenitora, por fuerza de circunstancias independientes de su voluntad, ha sido insuficiente.

Anacleto retiró del vaso cierta porción de sustancia luminosa, proyectándola en las vellosidades uterinas, con el fin de enriquecer la sangre materna destinada a suministrar oxígeno al embrión.

Expresando mi profunda admiración por el concurso eficiente de que había sido testigo, el generoso auxiliador consideró:

–No podemos abandonar a nuestros hermanos sujetos todavía a la carne, al sabor de las circunstancias, principalmente cuando procuran la cooperación necesaria a través de la plegaria. La oración, elevando el nivel mental de la criatura que confía y cree en el Divino Poder, favorece el intercambio entre las dos esferas y facilita nuestra tarea de auxilio fraternal. Inmensos ejércitos de trabajadores desencarnados, se mueven por todas partes, en nombre de Nuestro Padre. En vista de eso, hermano mío, el hombre de bien encontrará, después de la muerte del cuerpo, nuevos mundos de trabajo que lo esperan, y donde desarrollará, infinitamente, el amor y la sabiduría, cuyos gérmenes posee en su corazón.

En seguida, Anacleto pasó a atender a un caballero cuyos riñones parecían envueltos en crepé negro, dada la densidad de la materia mental fulminante que los envolvía. Con mucho cariño, le aplicó pases longitudinales, y finalizada la operación, dijo:

–Algún día comprenderá el hombre común la importancia del pensamiento. Por ahora, es muy difícil revelarle el sublime poder de la mente.

El jefe de asistencia magnética iba a extenderse, tal vez, en consideraciones educativas, pero se le acercó uno de los cooperadores en el servicio, quien, con la mayor atención, le notificó:

–Deseo recibir su orientación en un caso de “décima vez”. Se trata de un conocido nuestro que presenta graves perturbaciones en el bazo.

Extremadamente sorprendido, acompañé a Anacleto, que se dirigió a uno de los lados de la sala.

A nuestro frente se hallaba un caballero de edad, a quien el orientador examinó con atención. A mi vez, observé el hígado y el bazo, que acusaban enorme desequilibrio.

—¡Es lamentable! —exclamó el jefe del auxilio, después de llevar a cabo una larga investigación. —Solamente podremos aliviarlo. Ahora, después de diez veces de socorro completo, es indispensable dejarlo entregado a sí mismo, hasta que se decida a adoptar nueva resolución.

Y, dirigiéndose al auxiliar, agregó:

—Podrá ofrecerle mejoría, pero no debe expulsarle la carga de fuerzas destructoras que nuestro rebelde amigo acumuló para sí mismo. Nuestra misión es la de amparar a los que erraron, y no la de fortalecer sus errores.

Percibiendo mi asombro, Anacleto explicó:

—Nuestro esfuerzo, es también educativo y no podemos dejar de considerar el dolor que instruye y ayuda a transformar al hombre para el bien. En las normas de servicio que debemos atender en esta casa, es imprescindible valorar las causas en la extirpación de los males ajenos. Hay personas que procuran el sufrimiento, la perturbación y el desequilibrio, siendo razonable que sean castigadas por las consecuencias de sus propios actos. Cuando encontramos enfermos de esa condición, los salvamos por diez veces consecutivas a título de beneficencia espiritual, de los fluidos deletéreos en que se envuelven por deliberación propia. Pero si las diez oportunidades pasan sin provecho para los interesados, tenemos instrucciones superiores para dejarlos entregados a su propia obra, con el fin de que aprendan a expensas de sí mismos. Podremos aliviarlos, pero nunca liberarlos.

Después de hacer una ligera pausa, y observando que yo no me atrevía a interrumpir sus preciosas enseñanzas, Anacleto prosiguió:

—Este hombre, aunque simpatiza con nuestras actividades

espirituales, es portador de un temperamento poco simpático, por ser extremadamente caprichoso. Disfruta con las frecuentes riñas, las discusiones apasionadas y el imperio de sus puntos de vista. No controla su ira, despertando incesantemente la cólera y la aflicción de los que comparten de su compañía. Por eso mismo, se convirtió en centro de convergencia de intensas vibraciones destructoras. Vino a nuestro grupo en busca de mejoría y, desde hace muchas semanas, tratamos de orientarlo en el servicio del amor cristiano, procurando despertar su conciencia para que practique obligaciones necesarias para su propio bienestar. Pero el infeliz no nos oye. Adquiere odios con temible facilidad y no percibe la peligrosa posición en la que se sitúa. Nos frecuenta hace poco más de tres meses y, durante ese tiempo le hemos hecho ya las diez aplicaciones de socorro magnético integral, aligerándole las cargas malignas, no sólo de los pensamientos de angustia y represalias que él provoca en otros, sino también en los pensamientos crueles que fabrica para sí mismo. Ahora, tenemos que interrumpir el servicio de liberación, por algún tiempo. Más tarde, recibirá de nuevo el socorro completo.

Profundamente satisfecho con aquel proceso educativo, pregunté:

—¿Cuál es la medida de tiempo estipulada para casos de esa naturaleza?

El interlocutor, asumiendo una actitud discreta, respondió:

—Varía de acuerdo con los motivos. El efecto obedece a la causa.

Anacleto prosiguió auxiliando, mientras yo me perdía en profundas consideraciones de orden superior. Después de romper los lazos carnales, comprendemos con mayor claridad e intensidad, la función del dolor en el campo de la justicia que construye. Aquella permanencia de minutos, junto al servicio de asistencia magnética, renovaba mis concepciones con relación a socorros y

correcciones. El Señor ama siempre, pero no pierde la ocasión de perfeccionar, pulir, educar...

Fue Alejandro que, aproximándose a mí, me hizo volver a la realidad. Los trabajos habían terminado.

Abrazándome cuando me despedía, Anacleto afirmó:

–Vuelva a nuestro sector siempre que lo desee. Será siempre bienvenido. ¡Su participación nos servirá de valioso estímulo...!

No encontré palabras con qué corresponder a tan humilde generosidad, pero creo que el devoto auxiliar comprendió mi mirada de profundo agradecimiento.

Y acompañando a mi instructor, de vuelta a nuestra colonia espiritual, reconocí que mi comprensión se dilataba, como si nueva fuente de luz brotase en mi corazón.

ADIÓS

Esperaba la continuación de mis nuevos estudios en compañía de Alejandro; pero, con sorpresa mi amigo Lisias fue portador de una invitación que me enviara el caritativo instructor. Se trataba de una reunión de despedidas.

Leí el pequeño y delicado mensaje, dirigiendo los ojos hacia el mensajero.

—¿Despedidas? —pregunté.

Lisias, presuroso, me aclaró:

—Sí. Alejandro, tal y como sucede con otros orientadores de su misma posición jerárquica, de cuando en cuando, se dirigen a los planos más elevados, desempeñando tareas de sublime expresión, que todavía no podemos comprender. Creo que debe partir mañana, en compañía de algunos mentores que le son afines, y desea despedirse esta noche de sus colaboradores y aprendices.

—¿Y los trabajos en la Tierra? —indagué. —¿No es Alejandro uno de los instructores directos de una de las grandes agrupaciones espiritistas que conocemos?

El compañero respondió con toda seguridad:

–Naturalmente, ya fue dispuesta la debida sustitución, de acuerdo con el mérito y aprovechamiento de la institución a la que usted se refiere.

Y, tal vez, sintiendo la nostalgia que invadía mi espíritu, Lisias agregó:

–Lo que le puedo asegurar, es que el venerable orientador no nos olvidará. Dirigiéndose a esferas más altas, la única preocupación de él será el servicio de Jesús, con el enriquecimiento de sí mismo para sernos más útil.

–Mientras tanto –objeté– nos hará mucha falta... Siento que nos dejará en medio de la tarea, cuando tanto necesitábamos de su valioso apoyo para el aprendizaje...

Lisias percibió la naturaleza pasional de mi ponderación y arguyó con firmeza:

–¡Nada de egoísmo, André! Sabemos que Alejandro se ausentará para trabajar, pero aunque su excursión fuese muy larga y plenamente consagrada al reposo recreativo, nos corresponde a nosotros, sus deudores, la participación en la alegría de sus elevados merecimientos. Es necesario examinar el bien que todavía se puede hacer, vibrando de júbilo y esperanza con las realizaciones venideras, para no ser indolentes e improductivos; por tanto, no debemos olvidar el bien que se hizo o que hemos recibido, con el fin de que no seamos ingratos.

Aquella observación tuvo la virtud de despertar mi conciencia. Me coloqué en el equilibrio emocional indispensable. Modifiqué mi actitud íntima, reaccionando contra las primeras impresiones que la noticia me causara.

El bondadoso amigo comprendió y sonriendo afirmó:

–Además, no podemos olvidar las obligaciones que nos

corresponden. El aprendizaje, en los diferentes cursos en que se presenta, llega siempre a un fin, aunque la sabiduría sea infinita. Necesitamos demostrar el aprovechamiento práctico de las lecciones recibidas. ¿Qué mejor testimonio de asimilación podemos dar al instructor amigo, que el de recibir su campo de servicio, en el que su bondad nos inició, hasta que él regrese de su provisional excursión?

–¡Es verdad! –exclamé.

Reanimado por las palabras de ánimo del compañero, conversamos por benditos minutos, prometiéndome Lisias regresar al crepúsculo para ir juntos a la referida reunión.

Al anoecer, volvía el apreciado compañero, y nos pusimos en camino de la agradable reunión.

Contemplado desde nuestra colonia espiritual, el firmamento se mostraba singularmente bello. Numerosas constelaciones brillaban deslumbrantes y la Luna, mucho mayor de lo que aparece vista desde la superficie de la Tierra, se mostraba más acogedora y tranquila. Distantes del bombardeo de los rayos solares, que renuevan la vida incesantemente, las flores exhalaban delicioso perfume, danzando mansamente al soplo de la suave brisa.

–Muchos aprendices de Alejandro –comentaba Lisias alegremente– irán a despedirlo esta noche. Mantengámonos a la altura de los demás, conservando actitudes interiores de gratitud y de serenidad.

Estaba de acuerdo con el esfuerzo, acordándome de las sublimes lecciones recibidas. Alejandro sabía hacerse amar. Ser superior sin afectación, humilde sin servilismo, orientador siempre dispuesto, no solamente a enseñar, sino también a aprender, atendía a los elevados encargos que le eran atribuidos, sin desvarío alguno del “yo”, profundamente interesado en cumplir los designios del Padre y en aceptar nuestra sencilla cooperación, aprovechándola.

En virtud de su bendita comprensión, aquel alejamiento del instructor, aunque temporal, me dolía en el espíritu.

En esas íntimas disposiciones, contra las cuales reaccionaba prudentemente, alcanzamos el bello edificio residencial donde se reuniría la afectuosa asamblea.

Me sorprendió ver el salón magníficamente iluminado. No existía lujo en el decorado interior; pero, las lámparas en forma de estrellas, irradiaban cierta claridad azul brillante, proporcionando al ambiente una expresión de misteriosa belleza, mezclada con elevada espiritualidad. Adornaban las paredes delicados y simbólicos arabescos de flores naturales, dándonos la impresión de alegría y bienestar.

Presentado por Lisias a varios compañeros, me di cuenta, en seguida, del pequeño número de aprendices que allí se congregaba. Sólo comparecían los discípulos de Alejandro con permanencia eventual en nuestra colonia; sesenta y ocho colegas. Todos los presentes se referían al amoroso mentor con palabras de admiración. Éramos todos, grandes deudores de su corazón.

Una vez que hubo saludado a todos los invitados, vino hacia nosotros el benévolo instructor, dividiendo el cariño entre cada uno de nosotros, dejándonos enteramente a gusto, tratándonos a todos individualmente, sobre nuestras tareas, estudios y realizaciones. En seguida, con toda naturalidad, comenzó a hablarnos en tono paternal:

—Ustedes saben el objeto de la presente reunión. Quiero despedirme de todos, puesto que he de ausentarme temporalmente por elevadas razones de servicio.

Por la mirada de los presentes, noté que la mayoría de ellos era partícipe de mi nostalgia. Debíamos mucho a aquel espíritu sabio y benévolo.

Después de una pequeña pausa, continuó:

–Conozco la pureza del amor que ustedes me dedican y estoy seguro de que no ignoran el tamaño de la estimación que les consagro. Es natural. Somos amigos en la misma empresa del bien y asociados felices en la ejecución de la Divina Voluntad. Compañeros en la lucha constructiva, nos pesaría esta separación, no obstante ser efímera, si no guardáramos en lo íntimo de nuestras almas, la luz del esclarecimiento.

En ese momento, Alejandro hizo un largo intervalo, poniendo su vista sobre nosotros, como si tratara de escrutar nuestros íntimos pensamientos, y prosiguió:

–Algunos colaboradores, a quienes mucho debo, me hacen llamadas para que permanezca en nuestra colonia de trabajo, cuya gentileza agradezco conmovido. En mis palabras no hay nada personal, pero sí la estimación recíproca y fiel que nos dedicamos. No obstante, urge considerar, amigos míos, que el servidor humilde no debe absorber el lugar que Jesús debe ocupar en sus vidas. Es muy difícil descubrir el amor inmaculado y a él debemos entregarnos sin reservas. Y porque esa dificultad es flagrante en todos los caminos de nuestra evolución, casi siempre incidimos en el viejo error de la idolatría. Es muy cierto que nos encontramos en una asamblea de corazones sencillos y amigos, y que en esta sala no caben vastas y macizas consideraciones filosóficas, para que restrinjamos el bendito afecto. Pero no puedo rehuir la oportunidad de hacer serias reflexiones en torno al problema de los lazos sagrados que nos unen, sin encadenarnos unos a otros. Nuestra estrada de perfeccionamiento, así como la senda de progreso de la humanidad terrestre en general, han constituido un tortuoso camino en el cual pisamos sobre los ídolos caídos. Se suceden nuestras reencarnaciones y las civilizaciones se repiten en el curso de extensas espirales de recapitulación, porque no hemos usado la vigilancia alejándonos de los caminos rectos.

Después de una nueva pausa en su afectuosa y significativa

exposición, observé que nos igualaba a todos con un profundo respeto como consecuencia de la venerable palabra.

–Hemos creado muchos dioses particulares –continuó el instructor, conmovido–, para luego destruirlos, muchas veces, con profunda desesperación en los corazones, cuando la realidad nos amplía la visión en el infinito horizonte de la vida. En la búsqueda del confort individual, ante los graves problemas de nuestra vida, raramente encontramos la solución y sí, la fuga, de la cual nos valemos con todas las fuerzas que somos capaces, para aplazar indefinidamente la acción imprescindible de la corrección o del rescate. No obstante, vendrá el día de la restauración de la verdad, el momento de nuestro testimonio personal.

Posó sobre nosotros su muy lúcida mirada en la que veíamos el reflejo de su serena emotividad y después de una larga pausa volvió a tomar el tema de la despedida.

–Es por eso, amigos míos –prosiguió él en tono fraterno–, que el orientador consciente no puede huir a los imperativos de la evolución de sus protegidos. De vez en cuando, es necesario dejar al discípulo entregado a sí mismo, aunque las bellas notas del cariño nos sugieran lo contrario. Junto al instructor, el aprendiz casi siempre se reduce a observar. Pero, a distancia, experimenta y actúa, viviendo lo que aprendió. Es indispensable desarrollar los valores ilimitados inherentes a cada uno de nosotros, guardados como divina herencia en el potencial de nuestro mundo íntimo. La protección inconsciente que sustrae al protegido del clima de realización que le es propio, elimina los gérmenes del progreso, de la elevación, del rescate individual. Establecer la dependencia de ese orden, es crear el cautiverio del espíritu, que anula nuestra capacidad de improvisación y estimula los vicios del pensamiento. Huyamos del reprochable sistema de la recíproca adoración, en la que la falsa ternura obra como ceguera del sentimiento. Respetémonos mutuamente en la condición de hermanos

congregados para la misma obra del bien y de la verdad, pero, combatamos la idolatría; querámonos bien los unos a los otros, como Jesús nos amó; pero, cooperemos contra la influencia del exclusivismo destructor. Somos depositarios de grandes lecciones de la vida superior. Ponerlas en práctica extendiendo las manos amigas a nuestros semejantes, es nuestro objetivo fundamental. Cada uno de ustedes tiene obligaciones por separado, en los diferentes sectores de la actividad espiritual. Durante algunos meses, cuando lo permitía la oportunidad, hemos estado casi siempre juntos. Asociados, en la misma experiencia, creamos lazos santificados de amor que nos hermanan los unos a los otros. Pero, no podemos descansar sobre las comodidades del afecto. Es preciso enfrentar las asperezas del servicio, conocer la lucha, testimoniar el aprovechamiento. Nunca me valdría de la condición de instructor, para impedir el crecimiento mental de ustedes. La Tierra, nuestra madre común, reclama hijos evolucionados que colaboren en la divina tarea de redención planetaria. Por todas partes, hay multitudes esclavas del bienestar y de la miseria, de la alegría y del sufrimiento, extrañas al carácter temporal de las situaciones en que se agitan. Todos viven, pero son raros los espíritus de nuestro mundo que tomaron posesión de la vida eterna. El campo de trabajo es vastísimo. Experimenten en él lo que aprendieron, despertando las conciencias que duermen a lo largo del camino. El aprendizaje nos suministra conocimiento. La vida nos ofrece la práctica. Unamos la sabiduría con el amor en la actividad de cada día, y descubriremos la divinidad que palpita dentro de nosotros, glorificando a la Tierra que aguarda por nuestra colaboración eficiente, por el equilibrio y por la comprensión. No faltan instructores benévolos y generosos y, además de eso, ustedes deben aplicar las lecciones que recibieron, orientando igualmente a sus semejantes en la lucha y a los compañeros que todavía se sienten frágiles. Sólo las víctimas voluntarias de la idolatría convierten la ausencia en un vacío. No, amigos míos, no alimentemos cualquier proceso doloroso de añoranza sin optimismo y sin esperanza. Un

inmenso futuro de realizaciones sublimes con el Padre espera a cada uno de nosotros. Realicémosnos, aceptando que las experiencias constructivas necesitan de nuestro esfuerzo positivo. Estimo profundamente el consuelo individual, pero, por encima de nuestro bienestar, debemos procurar la liberación con el Cristo.

Indudablemente, de la exposición emanaba una severidad afectuosa que, de momento, no nos alegraba el corazón, habituado a las expresiones de incesante cariño, pero tenía la virtud de abrir nuestros ojos a la realidad, instándonos a una actitud de legítima comprensión. Aun así, en una sencilla reunión de despedida, Alejandro sabía ser grande y generoso, imponiéndonos un equilibrio que, de otro modo, no sabríamos mantener. A pesar de la comprensión, teníamos los ojos húmedos. La separación de los buenos, aunque sea temporal, es siempre dolorosa. En su compañía habíamos adquirido sublimes enseñanzas. Fuerte y sabio, cariñoso y enérgico, ejercitaba nuestras frágiles alas en los grandes vuelos de nuevos conocimientos. Comparando nuestra situación anterior con la presente, observábamos evidente mejoría general. ¿Cómo no deberle al bendito amigo de todas las horas, ilimitados testimonios de amor?

Creo que la mayoría compartía mis pensamientos, porque Alejandro, como si nos leyera el pensamiento, agregó:

—¡Debemos al Cristo-Jesús todas las gracias! Él es el Divino Intermediario entre el Padre y nosotros. Sepamos agradecer al Maestro las bendiciones, las lecciones y las tareas. ¡El espíritu de gratitud al Señor alegra la vida y da valor al trabajo de los siervos fieles...!

En seguida, el instructor se levantó sonriente, abrazó a cada uno de nosotros, dirigiéndonos palabras de incitación al Bien y a la Verdad, hinchándonos de coraje y fe.

Equilibrados por su palabra esclarecedora, los aprendices no se atrevieron a pronunciar ninguna exclamación, hija de la

ternura indiscreta. Estábamos todos edificados, en posición serena y digna.

Epaminondas, el discípulo más respetable de nuestro círculo, tomó la palabra y agradeció, sobriamente, estampando en sus afirmaciones, nuestros más nobles sentimientos, y dirigiendo al instructor amigo nuestros ardientes votos de paz y de éxito, en la continuación de sus gloriosos trabajos.

Vimos que Alejandro recibía nuestras vibraciones de amor y de reconocimiento con profunda emoción. Su frente venerable emitía sublimes irradiaciones de luz.

Terminado el breve saludo del compañero, pronunció algunas frases de agradecimiento, que no merecíamos, y dijo:

—Ahora amigos míos, elevemos al Cristo nuestros pensamientos de júbilo y gratitud, consagrándole las inolvidables emociones de nuestro adiós.

Se mantuvo de pie, irradiando intensa luz zafirina brillante, y, con los ojos mirando hacia lo alto, extendió los brazos como si conversase con el Maestro allí presente, aunque invisible para nosotros, orando con infinita belleza:

¡Señor, que sean para tu corazón misericordioso,

Todas nuestras alegrías, esperanzas y aspiraciones!

¡Enséñanos a ejecutar tus propósitos desconocidos,

Ábrenos las puertas de oro de las oportunidades del servicio,

Y ayúdanos a comprender tu voluntad...!

Que sea nuestro trabajo el taller sagrado de bendiciones infinitas,

Convierte nuestras dificultades en estímulos santos,

Transforma los obstáculos de la senda en renovadas lecciones...

*En tu nombre,
Sembraremos el bien donde surjan espinos del mal,
Encenderemos tu luz donde permanezcan las tinieblas,
Verteremos el bálsamo de tu amor donde corra el llanto del
sufrimiento,
Proclamaremos tu bendición donde haya condenaciones,
¡Desplegaremos tu bandera de paz junto a las guerras del
odio!*

*Señor,
Permite que podamos servirte
Con la fidelidad con que nos amas,
Y perdona nuestras fragilidades y vacilaciones en la
ejecución de tu obra.
Fortalece nuestro corazón
Para que el pasado no nos perturbe y el futuro no nos
inquiete,
A fin de que podamos honrar tu confianza en el día de hoy,
Que nos diste
Para la renovación permanente hasta la victoria final.
Somos tutelados en la Tierra,
Confundidos en el recuerdo
De errores milenarios,
Pero queremos, ahora,
Con todas las fuerzas del alma,
¡Nuestra liberación en tu amor para siempre!
Arráncanos del corazón las raíces del mal,*

*Líbranos de los deseos inferiores,
Disipa las sombras que nos oscurecen la visión de tu plano
divino
Y ampáranos para que seamos
Servidores leales de tu infinita sabiduría.
Danos el equilibrio de tu ley,
Apaga el incendio de las pasiones que, a veces,
Irrumpe, todavía,
En lo íntimo de nuestros sentimientos,
Amenazándonos la construcción de la espiritualidad
superior.
Consérvanos en tu inspiración redentora,
En el ilimitado amor que nos reservaste
Y que, integrados en tu trabajo de perfeccionamiento
incesante,
Podamos atender tus sublimes designios,
En todo momento,
¡Convirtiéndonos en servidores fieles de tu luz para siempre!
Que así sea.*

La conmovedora oración de Alejandro, fue la última nota del maravilloso adiós.

Salimos. Alrededor las flores exhalaban un agradable perfume bajo la luz plateada de la noche. Y, a lo lejos, en lo alto de los cielos, brillaban los astros, como fulgurantes corazones de luz, en lejanas playas del Universo, imantados, como nosotros, unos a los otros, en busca de las alegrías supremas de la unión con la Divinidad.

